

La tragedia del girasol

Benito Olmo

SUMA
de letras

Benito Olmo

La tragedia del girasol



A Lucía, Lily, Emma, Erin y Elaia

CAPÍTULO 1

Nada más introducir el Kadett en el aparcamiento del supermercado, cerrado a esa hora de la madrugada, Bianquetti vio a la mujer que le estaba esperando. Iba enfundada en una gabardina oscura y llevaba el pelo recogido en una gruesa coleta que acentuaba su altura en varios centímetros y contenía sus rizos a duras penas, para que no se desmandasen.

Detuvo el coche a un lado del parking, y la mujer dio una última calada al cigarrillo que tenía entre los dedos y lo arrojó a un lado. Después empezó a contonearse en su dirección. Caminaba moviendo las caderas de forma exagerada, un balanceo que a Bianquetti le pareció más extravagante que sensual, pero que alguien debía de haberle dicho que volvía locos a sus clientes, supuso. Se inclinó sobre el asiento del acompañante para accionar la manivela que bajaba la ventanilla.

—Hola, guapo.

La mujer mostró una sonrisa que resplandeció sobre su piel oscura como diamantes sobre un manto de terciopelo y, sin esperar invitación, abrió la puerta y tomó asiento a su lado. El habitáculo se vio inundado por una fragancia densa y empalagosa, un perfume infame que a Bianquetti le pareció diseñado para tapar otros aromas menos agradables.

—Soy Regina.

Bianquetti acogió la presentación meneando la cabeza de un lado a otro y oteó los alrededores en busca de posibles testigos. Cuando se aseguró de que no los había, le dedicó una mirada cansada.

—No eres Regina —replicó—. Al menos, no la Regina que estoy buscando.

Las facciones de la mujer recibieron el veredicto sin inmutarse, lo que le hizo pensar que, en realidad, ya esperaba aquella respuesta.

—¿No te gusto?

La cuestión se meció con un deje caribeño y delicioso que evocaba palmeras, mojitos y playas paradisíacas. Bianquetti empezó a negar de nuevo pero, antes de que pudiera verbalizar lo que estaba pensando, la mujer se desabrochó la gabardina y dejó sus pechos a la vista. Un busto desproporcionado, generoso en exceso, coronado por dos pezones gruesos y oscuros como trufas.

—No se trata de eso.

Reacia a creer que fuera inmune a sus encantos, la mujer se giró completamente para mostrarle la mercancía en toda su magnitud y adelantó una mano en dirección a su entrepierna.

—Lo vamos a pasar bien, mi *amol*...

Bianquetti interceptó aquella mano cuando estaba a punto de tocarle y la sujetó con firmeza.

—Por favor, baje del coche.

Acompañó la petición con una mirada incandescente. La chica tardó unos segundos en darse cuenta de que acababa de rechazarla por segunda vez y reaccionó soltándose de un tirón. Bajó del coche sin molestarse en abrocharse la gabardina, cerró de un portazo y le mostró el dedo corazón a través de la ventanilla, con los pechos bamboleándose de un lado a otro.

—Vete a tomar por culo, hijoputa.

El acento meloso había desaparecido como por arte de magia, dando paso a un deje andaluz que a Bianquetti le pareció mucho más bonito que el anterior, aunque ella debía de estar convencida de que era menos efectivo con los tipos que requerían sus servicios. Mientras la observaba alejarse con pasos rápidos y furiosos, sacó un cigarrillo y comenzó a jugar con él entre los dedos sin decidirse a encenderlo.

Llevaba una semana buscando a esa tal Regina y, contando a la que acababa de regalarle aquella peineta, ya eran doce las chicas de compañía que respondían a aquel nombre con las que se había citado sin éxito. Estaba empezando a preguntarse si llegaría a encontrarla alguna vez.

Percibió un movimiento en el interior de un coche estacionado en el otro extremo del aparcamiento y observó que tenía los cristales empañados por dentro. Sus ocupantes debían de estar pasando un buen rato, se dijo, lo que le impulsó a guardar el cigarrillo, arrancar y largarse de allí.

Cuando pasó junto a aquella prostituta que había ido hasta allí para nada, no pudo evitar sentir lástima por ella. Bastante jodido lo tenía como para

encima verse rechazada por alguien como él, pensó.

La rebasó sin mirarla, haciendo como que no oía sus insultos.

CAPÍTULO 2

Horas más tarde, la madrugada dio paso a un amanecer tan húmedo y frío que parecía que hubiera estado lloviendo durante toda la noche. El suelo, los bancos, las farolas y prácticamente todo el mobiliario urbano aparecían bañados en una pátina de humedad tan densa que daba la impresión de que algún dios juguetón se hubiera entretenido orinando sobre la ciudad mientras el resto del mundo dormía.

Bianquetti se arrebujó en su abrigo y maldijo aquel tiempo tan desagradable en voz baja. Una de las cosas que más odiaba de Cádiz, además del viento de levante que cada pocas semanas castigaba a sus habitantes, era aquella irritante sensación de humedad, tan persistente que resultaba imposible eludirla, ni siquiera colocándose varias capas de ropa.

Conforme pasaron los minutos el cielo fue abandonando su negrura, que fue sustituida de forma progresiva por tonos violetas y rosáceos, y Bianquetti pensó que, de no haber tenido una cita, no habría abandonado la comodidad de su domicilio en todo el día. De hecho, había estado tentado de quedarse en la cama e ignorar a aquel potencial cliente que, el día anterior, tan interesado se había mostrado por teléfono en contratar sus servicios. Si se había obligado a levantarse, darse una ducha y atravesar la ciudad a aquella hora tan intempestiva, era más por curiosidad que por ganas de aceptar ningún encargo.

Llegó a la plaza de Fragela y divisó el Bar Ducal, donde le habían emplazado. En lugar de entrar, se apostó junto a la puerta y sacó un cigarrillo, que alisó con los dedos al tiempo que dejaba pasar los minutos. Llevaba casi un mes tratando de reducir la cantidad de nicotina que acumulaba en sus pulmones y había conseguido pasar de consumir un paquete diario a solo uno o dos cigarrillos al día. Todo un logro, teniendo en cuenta que aquel vicio le había acompañado de forma ininterrumpida desde los catorce años.

Cuando solo llevaba unos minutos esperando, un Citroën de color negro emergió tras una esquina y Bianquetti le dedicó toda su atención. Le sonaba aquel coche, aunque no fue capaz de recordar dónde lo había visto antes, y al verlo aminorar y estacionar en un lugar cercano, en una plaza reservada a los taxis, se preguntó si se trataría del tipo al que estaba esperando.

Al ver bajar del Citroën al inspector Silva arrugó el gesto, y la sonrisa traviesa con la que este le saludó terminó de amargarle la mañana.

—Qué bien te veo, Bianquetti.

El saludo le hizo debatirse entre la posibilidad de mandarlo a la mierda y la de largarse sin más. Finalmente descartó ambas opciones y se limitó a quedarse allí varado, observando a su antiguo compañero mientras apretaba el cigarrillo con más fuerza de la necesaria, a punto de quebrarlo.

—¿Te apetece un café? Yo invito.

Silva entró en el Bar Ducal sin esperar respuesta y, tras unos segundos de duda, Bianquetti farfulló un juramento, guardó el cigarrillo y entró tras él. Se acodaron en un extremo de la barra, alejados de dos parroquianos que desayunaban y leían el periódico mientras un transistor sintonizado en Radio Nacional de España emitía las noticias desde el otro lado del mostrador.

—¿Qué tal todo? —preguntó Silva, empeñado en iniciar una conversación sin que el rostro malhumorado de Bianquetti pareciera desanimarlo en absoluto.

—Estupendamente, hasta que has aparecido.

—Yo también me alegro de verte.

El camarero, un sesentón con el rostro somnoliento y desganado de quien lleva treinta años haciendo lo mismo cada mañana, apareció de la nada para tomarles nota. Un cortado para Bianquetti, una Coca-Cola para Silva. Antes de que pudieran reanudar la charla, se puso en marcha el vaporizador para calentar la leche, lo que provocó un sonido estridente que durante casi un minuto completo sustituyó la letanía del transistor e impidió cualquier intento de conversación.

Bianquetti aprovechó aquella escandalosa pausa para estudiar a su antiguo compañero, que había empezado a ojear el *Marca* que descansaba a un lado de la barra, aunque sospechó que lo hacía para no tener que enfrentarse a su mirada. Seguía teniendo aquel aspecto trasnochado que le hacía parecer más un modelo que un policía, con su barbita perfectamente recortada, sus zapatillas de marca y una chaqueta de cuero muy ceñida. Cuando el zumbido

cesó, volvió a soltar el *Marca* para seguir donde lo habían dejado.

—¿Qué tal marcha la investigación privada? Espero que te dé para vivir, al menos.

—No me puedo quejar.

—Hay un nuevo comisario. Te caería bien.

—¿Tú crees?

Silva contuvo la respuesta mientras el camarero colocaba frente a él una lata de Coca-Cola y un vaso con un cubito de hielo y una rodaja de limón que parecía haber cortado a pellizcos. Después de mirar el vaso con desconfianza, decidió beber directamente de la lata. El cortado sí que tenía buen aspecto, se dijo Bianquetti. Oscuro, en vaso y con mucha espuma.

—Últimamente no paramos —continuó Silva—. El comisario siempre habla de estadísticas y de algo llamado «índice de resolución de casos». Le han apodado «el matemático».

—Me alegro mucho por vosotros.

—¿Qué tal te va como detective? ¿Has tenido ya algún encargo interesante?

—¿Por qué no te dejas de gilipolleces y me dices de una vez para qué me has hecho venir?

Silva abrió mucho los ojos tratando de parecer ofendido, aunque sus escasas dotes teatrales estropearon el efecto.

—¿Es que uno no puede llamar a un antiguo compañero para saber cómo le va?

Bianquetti imaginó que Silva habría convencido a alguien para que le telefonease haciéndose pasar por un posible cliente y concertase aquella cita.

—No me tomes por imbécil, Silva.

—¿Acaso habrías venido si te hubiera dicho quién era?

Esta vez fue Bianquetti quien esquivó la pregunta echando un sobre de azúcar en el cortado. Tras removerlo, se lo bebió de un trago.

—Dime lo que tengas que decirme y lárgate —dijo, alzando la voz lo justo para que el camarero y los dos parroquianos volvieran la cabeza y le dedicaran una mirada alarmada, temiendo que aquel bigardo de dos metros de altura y cara de mala hostia decidiera echar abajo el local con ellos dentro—. Estoy muy ocupado.

—No es eso lo que he oído.

Un fogonazo de ira prendió en su pecho, tan intenso y repentino que tuvo

que echar mano de todo su autocontrol para no coger el vaso vacío y estampárselo en el rostro, desgraciando para siempre aquel semblante de galán de cine. No supo si le molestó más el tono tranquilo con el que pronunció aquella sentencia, como si se tratara de algo obvio, o el hecho de que en comisaría estuvieran informados de su situación.

—Adiós, Silva.

—Espera.

Bianquetti negó con la cabeza y empezó a darse la vuelta, pero se detuvo al ver que su antiguo compañero se echaba la mano al bolsillo para sacar algo.

—El miércoles vendrá a Cádiz un ricachón, un tipo llamado Carlos Ferraro —extrajo una tarjeta de visita y la colocó sobre la barra—. Están organizando el dispositivo de seguridad para su protección y buscan personal. Nos han preguntado si conocemos a alguien, y me he acordado de ti.

—¿Acaso tengo pinta de guardaespaldas?

Silva pareció a punto de responder alguna ocurrencia, pero se contuvo a tiempo. Bianquetti cogió la tarjeta y la examinó en silencio. Era negra, sin dibujos ni florituras, y en el centro se podía leer la inscripción BULL EYE en letras doradas, seguida de un número de teléfono.

—No vuelvas a llamarme, Silva.

Dejó caer la tarjeta al suelo y le dio la espalda, dispuesto a abandonar la cafetería antes de que la rabia tomase el control. Lo que le pedía el cuerpo era agarrar a Silva de las solapas de la chaqueta y lanzarlo al otro lado de la barra, contra la estantería donde el transistor y varias botellas cogían polvo ante la escasez de clientes y de ganas de pasarles un trapo.

En la calle, la humedad volvió a golpearle el rostro y se encaminó hacia el lugar en el que había dejado el coche tratando de no pensar en lo que acababa de suceder. No había sido policía durante veinte años para terminar haciendo de niñera de un ricachón, se dijo, y el hecho de que Silva hubiera podido pensar lo contrario le puso furioso.

—¡Espera! —oyó a su espalda.

En lugar de detenerse, Bianquetti apretó el paso, pero Silva apareció a su lado trotando con entusiasmo.

—Te la estás jugando, guapito —dijo sin mirarlo.

—Lo siento si te he molestado, de verdad. Lo que te ha pasado es una putada.

Esta vez sí, se volvió hacia su excompañero para calibrar su sinceridad. Silva se detuvo junto a él con las manos en las rodillas y la respiración entrecortada, y a Bianquetti le pareció que estaba en bastante peor forma de lo que sugería su aspecto atlético.

—Espero que te vaya bien. —Se irguió para tenderle una mano que Bianquetti miró con aprensión—. Ya nos veremos.

Dudó un instante, retuvo un suspiro y se decidió a estrecharla. «Tal vez si lo hago desaparezca de una vez», se dijo.

Silva aprovechó el contacto para sacarse la tarjeta del bolsillo con la mano que tenía libre y ponerla entre sus dedos. Antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, dio media vuelta y echó a correr de nuevo.

La leyenda BULL EYE refulgía como si se estuviera riendo de él y Bianquetti estuvo a punto de dejarla caer por segunda vez. Contempló a Silva montarse en el Citroën, ponerse en marcha con un ruidoso derrape y alejarse a toda velocidad, como si le hubiera surgido alguna urgencia, aunque en realidad creyó que estaba huyendo de él.

CAPÍTULO 3

Bianquetti condujo durante varios minutos tratando de dejar la mente en blanco pero, por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza la propuesta de Silva, a pesar de que tenía bastante claro que no iba a aceptar aquel trabajo.

Los pitidos de varios coches, enfurecidos por su avance lento y errático, interrumpieron una y otra vez el hilo de sus pensamientos, por lo que detuvo el Kadett en una parada de autobús. Después accionó las luces de emergencia y sacó la tarjeta que le había dado Silva.

Pasó un dedo sobre la inscripción BULL EYE, que brillaba con impertinencia. Luego sacó su teléfono móvil, abrió el buscador e introdujo el nombre «Carlos Ferraro» para averiguar quién era aquel tipo que, según Silva, tanta protección demandaba. Tuvo que esperar unos minutos hasta que la búsqueda se materializó en la pantalla y le ofreció una selección de páginas web que hablaban de aquel hombre, no tantas como para considerarlo famoso, pero sí las suficientes como para deducir que se trataba de alguien importante. Eligió una de las primeras y la pulsó con cuidado de que su dedazo no resbalase y tocara en cualquier otra parte.

De nuevo tuvo que esperar mientras se cargaba la página y maldijo en voz baja aquella estúpida tarifa de datos que se agotaba antes incluso de que empezara a utilizarla, convirtiendo cada búsqueda en una agonía. Un autobús estacionó detrás de él y, tras descargar algunos pasajeros y recoger otros, le hizo ráfagas con las luces para recordarle que estaba prohibido detenerse allí. Bianquetti lo ignoró, motivando que el chófer volviera a accionar las luces con furia y, según vio a través del retrovisor, le dedicara algunos aspavientos. Al ver que no se apartaba, maniobró con brusquedad y lo rebasó, pasando a pocos centímetros del Kadett.

Bianquetti se olvidó de él y volvió a fijar su atención en la pantalla del

teléfono. La información contenida en aquella web era demasiada para asimilarla en solo unos minutos y leyó en diagonal para hacerse una idea del contenido, deteniéndose en aquellos detalles que le parecieron más interesantes. Así, descubrió que el tal Carlos Ferraro era un reputado empresario con negocios en la industria naviera, aeronáutica e inmobiliaria. El número de empresas asociadas a su nombre era abrumador y, aunque la mayoría le eran desconocidas, los nombres de algunas le resultaron inconfundibles. Un monstruo de las finanzas, decidió, al que no debían de faltarle enemigos.

Volvió atrás y añadió al buscador las palabras «visita a Cádiz», pero no encontró información sobre la supuesta estancia de aquel hombre en la ciudad. Tras unos minutos de búsqueda en vano, escribió las palabras BULL EYE y esperó. Tuvo que visitar varias páginas hasta constatar que se trataba de una empresa de seguridad perteneciente a un conglomerado empresarial bajo la titularidad del propio Ferraro.

Un nuevo autobús se detuvo tras él y comenzó a descargar pasajeros mientras el chófer miraba fijamente el Kadett, el rostro congelado en una mueca desafiante. Bianquetti volvió a ignorarlo y marcó la opción «Buscar imágenes» en el navegador.

Lo primero que pensó cuando tuvo delante la sucesión de fotografías de Carlos Ferraro fue que se trataba de un anciano. Debía de rondar los setenta años, tenía la cabeza pelada y salpicada de manchas de vejez y la mirada empuñada por unas gafas de pasta. En algunas imágenes salía en compañía de otras personalidades, entre las que destacaban algunos expresidentes del gobierno, un director de cine, varios futbolistas y el actual presidente del Real Madrid.

El claxon del autobús reclamándole que se apartase le hizo recordar dónde se encontraba y dedicó una mirada rabiosa al chófer por el retrovisor. Consciente de que ya tenía toda la información que necesitaba, arrancó y se incorporó a la circulación, aunque ralentizó su avance de forma intencionada, obligando al autocar a circular a una velocidad ridícula durante un buen rato. Observó el rostro del conductor, contraído por el enfado, y leyó en sus labios una avalancha de insultos que celebró como una victoria.

CAPÍTULO 4

Llevaba una hora lloviendo y Bianquetti abrió la ventanilla unos centímetros, lo justo para dejar que una corriente de aire purificase la viciada atmósfera del habitáculo del Kadett sin que el agua llegase a entrar y le mojase los pantalones.

Accionó la palanca de inclinación del asiento mientras dejaba que el rítmico tamborileo de la lluvia repicando contra el techo lo relajase. Sacó del bolsillo el manoseado cigarrillo con el que llevaba toda la mañana jugueteando y empezó a darle vueltas entre sus dedos, resistiendo la tentación de encenderlo.

Al cabo de media hora apareció en el otro extremo de la calle desierta el coche que estaba esperando, un Opel Corsa de color blanco que rodó hasta estacionar frente al portal de un edificio cercano. De él bajó una mujer que trató de protegerse de la lluvia con un paraguas que tenía todas las varillas dobladas en un ángulo inusual, lo que le daba un aspecto bastante cómico, si bien la situación no tenía la menor gracia. Terminó cerrando el paraguas y echó a correr hacia el portal.

Bianquetti la vio entrar en el edificio y esperó hasta que calculó que habría llegado al tercer piso, en el que vivía. Como si de una señal se tratase, la lluvia apretó y ganó en intensidad, obligándole a cerrar la mínima abertura de la ventanilla. Después sacó su móvil y buscó en la agenda el número de aquella mujer. Pulsó el botón de llamada y carraspeó para aclararse la garganta mientras lo escuchaba dar tono.

—Buenos días, Manuel.

—Buenos días, Cristina. ¿Cómo estás?

—Bien, acabo de llegar del trabajo. El turno de noche ha sido agotador.

—¿Estás demasiado cansada para charlar un rato?

—No he dicho eso.

La sospecha de una sonrisa al otro lado de la línea le reconfortó.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Cristina—. ¿Tienes alguna nueva investigación entre manos?

—Algo hay.

—Entiendo. Imagino que será un caso importante del que es mejor que no conozca los detalles.

—En realidad se trata de todo lo contrario. He recibido un encargo, pero lo he rechazado.

—¿Y eso por qué?

Un relámpago iluminó la calle de forma súbita y al momento lo acompañó un trueno que reverberó con fuerza.

—Digamos que no estoy habituado a realizar ese tipo de trabajos.

—Ya.

La línea se llenó con un silencio denso que no hizo nada por rellenar, pero Cristina no tardó en volver a la carga, resistiéndose a dejar la conversación a medias.

—No soy nadie para meterme en tus cosas, pero tal vez no sea mala idea que aceptes ese encargo.

—¿Qué te hace pensar eso? Ni siquiera sabes de qué se trata.

—Lo sé, y también sé que te molesta que te lo diga, pero creo que te vendría bien.

Le habría gustado explicarle los verdaderos motivos por los que iba a rehusar aquel trabajo de guardaespaldas, pero no creyó que fuera a entenderlo, así que optó por reducirlo a una cuestión más simple.

—No necesito ese trabajo.

—No me refiero al aspecto económico, Manuel. Hablo de la necesidad de mantenerse ocupado. De hacer aquello que mejor se te da.

Bianquetti no respondió, y confió en que su silencio fuera lo suficientemente persuasivo como para que Cristina se diera cuenta de que no se sentía cómodo teniendo aquella conversación.

—Bueno, en realidad no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer.

—Pues no lo hagas.

La cortó de una forma tan brusca que se arrepintió antes incluso de terminar la frase.

—Mira, no quería decir eso. No sé lo que me pasa últimamente.

—A eso me refiero, Manuel. La inactividad te está pasando factura, eres

como un león enjaulado y esto solo puede ir a peor. Tienes que dar rienda suelta a tu instinto de investigador.

«Hacer de niñera de un ricachón no es lo mismo que investigar», estuvo a punto de responder.

—Lo pensaré.

—Y ahora, ¿por qué no subes y seguimos charlando cara a cara?

La propuesta le arrancó una sonrisa y miró por la ventanilla en dirección a lo alto del edificio. Aunque no podía verla, pudo imaginarse a Cristina asomada a las ventanas de Climalit de su salón observando el techo del Kadett mientras hablaban.

—¿Cómo sabes que estoy aquí?

—Por favor, Manuel. He visto ese montón de chatarra nada más llegar.

—Soy demasiado predecible.

—El portero automático está estropeado, así que no tienes que llamar. El portal está abierto.

El fogonazo de un nuevo relámpago iluminó la calle, seguido de un trueno tan enérgico que dio la impresión de que algo se hubiera roto allá arriba.

—Jesús —murmuró Cristina—. ¿Has oído eso?

—Sí, y creo que voy a ponerme perdido si intento salir del coche.

—Entonces mejor lo dejamos para otro día.

Estuvo a punto de insistir, pero se contuvo a tiempo para no caer en la trampa.

—Sí —respondió, y evocó la sonrisa de Cristina tres pisos más arriba—. Creo que será lo mejor.

Despertó al cabo de unas horas y tardó algunos segundos en recordar dónde estaba. La claridad que se filtraba a través de las rendijas de la persiana le permitió observar a Cristina, que dormía a su lado dándole la espalda, y el sonido pausado de su respiración le resultó perfectamente audible en la quietud del dormitorio.

Se movió con cuidado para no despertarla y cogió el teléfono de la mesita de noche para mirar la hora. Ni siquiera se habían molestado en almorzar, como le recordó su estómago con un rugido tan estrepitoso que por un momento creyó que iba a perturbar el sueño de Cristina, pero el turno de noche debía de haberla dejado tan agotada que no parecía que fuera a ser tan

fácil desvelarla.

La propuesta de Silva volvió a tomar forma en su cabeza, como el recuerdo de un mal sueño, y se sorprendió valorando la posibilidad de aceptar aquel encargo. Por mucho que le fastidiara, sabía que su excompañero solo pretendía ayudarle, pero escoltar a un vejstorio le parecía una labor más propia de un vigilante de seguridad que de un inspector de policía.

Por si fuera poco, Cristina había exteriorizado un pensamiento que llevaba tiempo rondando por su cabeza: la inactividad iba a acabar con él. Llevaba doce meses suspendido de empleo y sueldo, y todavía le quedaban otros doce antes de cumplir con la sanción y poder volver a ejercer como inspector de policía. Se había anunciado en algunas páginas web ofreciendo sus servicios como investigador privado, pero había comprobado de la peor manera posible que en tiempos de crisis los servicios de un detective son un lujo por el que poca gente está dispuesta a pagar. La de Silva era la segunda propuesta seria que había recibido en aquel año de excedencia forzosa. La primera fue la de encontrar a aquella prostituta, Regina, aunque le costaba tomársela como un trabajo.

Durante aquellos doce meses de inactividad, sus malos modos y su permanente mal humor no habían hecho otra cosa que aumentar, y empezaba a ser consciente de que su trabajo como inspector de policía no había sido solo un medio para subsistir, sino también una vía por la que canalizar la rabia. Sin ella, antes o después, explotaría y terminaría metiéndose en un lío.

Cristina se removió como si estuviera teniendo un mal sueño. Las sábanas se deslizaron y dejaron a la vista parte de su espalda, y Bianquetti la observó en silencio. Tenía una piel bonita y con tantas pecas que resultaba imposible contarlas. Lo sabía porque lo había intentado en alguna ocasión.

A pesar de que no lo habría reconocido ni aunque le hubieran apuntado a la cara con un arma, aquella mujer era el principal motivo, y puede que el único, por el que seguía en Cádiz en lugar de regresar a Madrid, donde vivía su hija y donde probablemente sería más fácil encontrar trabajo como investigador privado. Ella misma le había preguntado en alguna ocasión por qué no lo hacía, pero nunca había llegado a darle una respuesta.

Cristina volvió a moverse y, por un momento, Bianquetti temió que fuera a despertarse, pero no tardó en volver a oír su respiración regular y continua. El cambio de postura dejó a la vista las grotescas cicatrices que adornaban su espalda y que siempre le recordaban su terrible pasado.

Aquella mujer había tenido una vida tan complicada y dolorosa que había dejado en su alma muescas tan evidentes como las que tenía en su espalda. Años de sufrimiento bajo el yugo de un maltratador que habían forjado su carácter, imbuyéndole una fortaleza inaudita para ciertos asuntos y una fragilidad extrema para otros. Eso era lo que le fascinaba y, al mismo tiempo, le asustaba de ella. Cristina ya había sufrido demasiado a lo largo de su vida y merecía ser feliz. A decir verdad, no conocía a nadie que lo mereciera tanto. Por eso sabía que si le hacía daño nunca se lo perdonaría.

Se inclinó y la besó en el cuello. Prolongó el contacto durante varios segundos, disfrutando de su calidez y del aroma a cama deshecha que parecía manar de su piel, para después tomar las sábanas y volver a taparla, ocultando su espalda y aquellas cicatrices que nunca deberían haber estado ahí.

Después se vistió sin hacer ruido y se marchó.

CAPÍTULO 5

Media hora más tarde estaba sentado en la terraza del bar El Serrallo, en la plaza del Mentidero, con un puñado de periódicos del día delante. Tras el ajetreo de los desayunos y la sobremesa, las páginas estaban manoseadas, arrugadas y presentaban accidentales manchas de café, aceite, tomate y otras sustancias indefinibles. Bianquetti cogió el primero de ellos y lo abrió por el final, directo a la sección de contactos.

Llevaba una semana tras la pista de aquella prostituta, Regina. Todo lo que sabía de ella era su nombre, su aspecto más o menos actual, merced a una fotografía que guardaba en su teléfono móvil, y que ejercía aquella ingrata profesión por la zona de la bahía de Cádiz. Se trataba de una chica de unos veinticinco años, aproximadamente, y lo que en un principio se le había antojado una búsqueda rutinaria y bastante simple había derivado en un encargo engorroso al que cada vez veía menos sentido. A lo largo de la semana había buscado en internet chicas de compañía que se llamasen Regina y había visitado páginas de contactos tan atiborradas de anuncios que dedujo que la acuciante crisis económica debía de haber empujado a muchas mujeres a tomar aquella labor como una forma de salir adelante.

No había muchas que respondieran a aquel nombre, aunque había algunas tan desesperadas por encontrar clientes que cuando les preguntaba no dudaban en mentir y decir que sí, que se llamaban Regina. Después de quedar sin éxito con varias de ellas y tras visitar prácticamente todas las páginas de contactos existentes en la web, había decidido que era el momento de pasar a la vía tradicional y consultar la sección de anuncios clasificados de la prensa en papel. Si aquello tampoco daba resultado, no iba a tener más remedio que dejarse caer por algunos burdeles para preguntar por aquella chica, algo que no le apetecía en absoluto.

El camarero llegó con su cerveza y se la colocó delante. Al hacerlo, desvió

la mirada hacia la hoja del periódico que estaba consultando y alzó las cejas. Bianquetti le lanzó una ojeada furiosa, retándole en silencio a verbalizar lo que estaba pensando, pero este pareció llegar a la conclusión de que no era asunto suyo y volvió a meterse en el establecimiento a toda prisa.

Se bebió la mitad de su cerveza de un trago y, tras asegurarse de que seguía siendo el único cliente sentado en la terraza en aquel momento, cogió su móvil y marcó el número que aparecía en uno de aquellos anuncios, que rezaba «Caribeña ardiente, deseosa de hacer tus sueños realidad».

—Hola —respondió una voz de mujer—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Cómo te llamas?

—Samantha. ¿Y tú?

—Lo siento, estoy buscando a otra persona. —Vaciló—. Se llama Regina. ¿La conoces?

—Pues no, pero si me das una oportunidad te ayudaré a olvidarte de ella.

Bianquetti colgó y volvió a mirar los anuncios. Encontró otra chica que se presentaba como «Brasileña morbosa, madre soltera, hago de todo». Teniendo en cuenta que en aquellos anuncios cada palabra de más debía de subir el precio de publicación, decidió que no se podía decir más con menos. Tecleó aquel número y volvió a llamar.

—Hola —respondió una voz tan similar a la anterior que se preguntó si no sería la misma.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

—Regina.

Lo soltó sin vacilar, lo que le hizo dudar de inmediato de su veracidad. Comparó aquel anuncio con el anterior y se percató de que, aunque parecían diferentes, en ambos figuraba el mismo número de teléfono, algo en lo que habría reparado de haber estado más atento.

—Creo que no eres la persona a la que estoy buscando.

—¿Por qué no nos vemos y lo compruebas por ti mismo?

Se obligó a permanecer en línea, aunque la posibilidad de que aquella mujer pudiera serle de ayuda le pareció bastante remota.

—Mira, estoy buscando a alguien en concreto. Si conoces a alguna chica que se llame Regina o que se haga llamar así, dale mi número y dile que me llame.

—Claro. Por amor al arte.

Esta vez fue ella la que puso fin a la llamada, y Bianquetti reprimió una

maldición y soltó el teléfono sobre la mesa. No le pareció probable que ninguna de aquellas mujeres decidiera perder su tiempo y sus ganancias pasándole trabajo a la competencia. Además, desconocía cómo funcionaba el negocio e incluso si las prostitutas de la bahía de Cádiz se conocían entre ellas.

Apartó los periódicos con hastío, cabreado por la evidencia de estar perdiendo el tiempo, y durante unos minutos no hizo otra cosa que beber en silencio. Al poco, su móvil comenzó a vibrar. No conocía el número que apareció en pantalla y aceptó la llamada con desgana.

—Me han dicho que me estás buscando. Soy Regina.

Su natural desconfianza hacia todo lo que se le presentaba así, como caído del cielo, le hizo recelar de inmediato. La chica que estaba al otro lado de la línea podía ser cualquiera que, alentada por alguna compañera de oficio, soltaba aquel nombre como un pescador pondría la carnaza en el anzuelo.

—¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Una chica a la que has llamado hace un rato. También otra chica con la que quedaste hace dos noches, en el Colorado.

Aquella referencia le hizo ponerse en guardia. Cualquier mujer podía decir que se llamaba Regina, pero que además conociera sus movimientos durante los últimos días evidenciaba que sabía de lo que hablaba.

—¿Y cómo sé que eres la persona a la que estoy buscando?

—No puedes saberlo si no nos vemos —sentenció, con una seguridad que terminó de desarmarlo—. Esta noche estoy libre.

—No sé si fiarme.

—Dime una cosa: ¿por qué tanto interés en conocerme?

—Alguien me habló de ti.

—¿Y ese alguien no te dio mi número?

No se le ocurrió qué responder, así que no dijo nada.

—Podemos vernos sobre las diez —propuso la chica—. ¿Conoces el barrio de La Inmaculada?

Quedaron en verse a esa hora y, cuando colgó, Bianquetti notó un inusual arrebatado de euforia, pese a que sabía que aquello no significaba absolutamente nada y que aquella chica bien podía ser una farsante como cualquiera de las que había conocido a lo largo de aquella semana. No obstante, su intuición le decía que estaba en el camino correcto, cada vez más cerca de conseguir su objetivo.

Se acabó la cerveza y llamó la atención del camarero para que le trajera otra. «Me la he ganado», se dijo.

CAPÍTULO 6

Cuando Bianquetti llegó al lugar en el que se había citado con aquella chica, detuvo el coche a un lado de la calle y esperó. Desde donde estaba podía contemplar el barrio de La Inmaculada, en pleno centro de El Puerto de Santa María, compuesto por varios bloques de un color blanco tan deslustrado y lleno de desconchones que le hicieron evocar una gigantesca dentadura repleta de caries.

Sacó su móvil, buscó la fotografía de la chica a la que le habían encargado encontrar y la examinó para memorizar sus facciones, aunque ya lo había hecho tantas veces antes que en realidad no necesitaba hacerlo. Era una imagen con mucho grano, como si hubiera sido tomada de lejos y con poca luz, y en ella destacaba la sonrisa despreocupada con la que la muchacha obsequiaba a alguien más allá del objetivo de la cámara que estaba retratándola. Su piel de color canela y su pelo negro y rizado terminaban de componer la imagen de una chica risueña y sonriente. De no haber sabido a qué se dedicaba, le habría parecido feliz.

Cuando la vio emerger de entre dos calles casi no se lo pudo creer. Era ella, sin duda. Llevaba el pelo recogido en una coleta que ondeaba a un lado y a otro, marcando el paso. Era menuda, de aspecto frágil, y llevaba un pantalón de una talla tan pequeña que bien podía haberse tratado de un modelo para niñas. Reparó en el Kadett y, en cuanto sus miradas se encontraron, le dedicó una sonrisa inesperada.

Cuando llegó a la altura del coche, abrió la puerta del acompañante y tomó asiento sin esperar a que la invitara a hacerlo.

—Aquí me tienes —saludó y, por si le quedaba alguna duda, añadió—: Soy Regina.

—Mucho gusto.

Antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, la joven le echó los brazos al

cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla que le dejó descolocado y confuso, poco acostumbrado a tales muestras de afecto. Trató de recomponerse arrancando y poniéndose en marcha.

—¿Te apetece comer algo?

Una sonrisa maliciosa derrapó a traición por el rostro de la joven.

—Claro, papi.

Sin darle tiempo a reaccionar, Regina apoyó una mano en su muslo e inició un movimiento de aproximación que logró esquivar a duras penas, aunque no pudo evitar dar un volantazo que provocó que algunos coches que iban tras él le dedicaran un par de toques de claxon.

—Para, por favor —suplicó, a lo que la muchacha respondió con una carcajada pueril mientras se incorporaba en su asiento—. Me refiero a si has cenado y eso.

—Sí, ya he cenado.

—Lo digo porque yo voy a ir a comer algo.

—Haz lo que quieras.

La muchacha desvió la vista hacia la ventanilla, como si de repente hubiera empezado a aburrirse, y Bianquetti aprovechó para examinarla con disimulo. No le pareció una chica escultural, pero sí bastante atractiva. Tenía un rostro bonito, mucho mejor al natural que en la foto, y un cuerpo delgado y sin apenas curvas. En cuanto notó su examen visual, se giró para clavarle una mirada entre acaramelada y divertida, y Bianquetti disimuló su azoramiento poniendo todos sus sentidos en la carretera para no estamparse contra el coche que tenía delante.

En la siguiente rotonda cambió de sentido y examinó los coches que iban tras él para comprobar si alguno hacía lo mismo. Solo uno de ellos le imitó, un Passat de color gris que mantenía una razonable distancia de seguridad.

—¿A qué viene ese interés en conocerme? Hay chicas muy guapas por ahí.

Hablaba con desparpajo, como si estuviera de vuelta de todo, y a Bianquetti le asqueó la naturalidad con la que aquella chica asumía su condición de meretriz.

—Un amigo me habló de ti.

—¿Qué amigo?

No respondió y observó por el retrovisor cómo un coche se interponía entre ellos y el Passat, pero este no tardó en adelantar al otro para volver a colocarse detrás del Kadett.

—¿Qué te ha contado tu amigo de mí? —insistió Regina, que parecía poco acostumbrada a recibir la llamada por respuesta.

—Poca cosa.

—Pues, para no haberte contado mucho, has hecho bastante por encontrarme.

Un semáforo en rojo les obligó a detenerse y Bianquetti advirtió que el Passat se había parado justo detrás de ellos.

—Dame un minuto —dijo mientras se quitaba el cinturón.

Bajó y se aproximó a aquel coche. El conductor le observó con los ojos muy abiertos y, cuando llegó a su altura, Bianquetti se agachó para acercar el rostro a la ventanilla y llamó con los nudillos.

El tipo que estaba al volante llevaba una gorra con la visera tan calada que tenía que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle. Su nuez subió y bajó varias veces, y Bianquetti repitió la llamada, esta vez con más fuerza, para dejar claras sus intenciones: «Si tengo que llamar de nuevo, atravesaré la ventanilla».

El individuo de la gorra pareció comprender que ignorarle no iba a servir de nada y accionó el mecanismo de la ventanilla, que bajó con un zumbido. Bianquetti se dejó observar durante varios segundos en toda su inmensidad y, cuando habló, pronunció cada sílaba con deliberada lentitud para asegurarse de que entendía el mensaje.

—Deja de seguirme. No te lo volveré a repetir.

El conductor pareció a punto de protestar, de argumentar cualquier cosa con tal de hacerle ver que se trataba de un malentendido, pero ni siquiera llegó a intentarlo y se conformó con asentir. Bianquetti se irguió, pero permaneció junto a él unos segundos más, incluso cuando el semáforo se puso en verde y algunos coches empezaron a pitar y a rebasarlos. Después volvió al Kadett y miró por última vez el Passat antes de sentarse al volante.

A su lado, Regina le observó meter primera y acelerar. Un instante después exteriorizó sus pensamientos con aquella risita estridente, infantil, que Bianquetti ignoró mientras veía por el retrovisor al desconocido de la gorra aumentar la distancia entre ellos y tomar el primer desvío que encontró.

Llegaron hasta el centro comercial El Paseo en silencio, como si el incidente hubiera quitado a Regina las ganas de seguir interrogándole. Bianquetti

condujo hasta el McDonald's situado en un lateral del recinto e introdujo el Kadett en la vía de servicio para vehículos.

—¿Seguro que no quieres comer nada?

Regina volvió a negar. Cuando llegó su turno, Bianquetti pidió a la chica que atendía tras la ventanilla tres menús de hamburguesas con patatas fritas. Completó el pedido con varios entrantes que eligió al voleo. Al cabo de unos minutos, colocó las dos bolsas que contenían la comida en el asiento trasero. Mientras pagaba, notó la expresión asqueada de la chica que le había atendido mientras le dedicaba una ojeada a Regina y después a él, recriminándole sin palabras que tuviera estómago para contratar los servicios de una joven a la que prácticamente doblaba en edad. Trató de convencerse de que eran imaginaciones suyas mientras cogía el cambio y se ponía en marcha de nuevo.

—¿Conoces algún lugar tranquilo en el que pueda zamparme todo esto?

Regina se encogió de hombros y demoró la respuesta unos instantes.

—Sigue por aquí, que yo te indico.

CAPÍTULO 7

Las indicaciones de la muchacha les llevaron hasta las inmediaciones del estadio José Cuvillo, a las afueras del pueblo. Las zonas aledañas al campo de fútbol, que en día de partido debían de ponerse hasta arriba de coches, estaban prácticamente desiertas, a excepción de algún que otro vehículo que, como ellos, parecía haber ido en busca de un lugar tranquilo y alejado de mirones.

Bianquetti redujo la velocidad, haciendo que el sonido de los guijarros bajo las ruedas resultara perfectamente audible. La explanada estaba delimitada por el campo de fútbol a un lado y la valla que los separaba del recinto portuario al otro, y detuvo el Kadett en un lugar alejado de los demás coches.

Apagó el motor, accionó el freno de mano y cogió una de las bolsas del asiento trasero. Sacó una hamburguesa y le dio un mordisco, al que siguió un gemido de aprobación.

—De las mejores que he comido en mi vida —mintió.

Engulló la hamburguesa en tres bocados, observado en silencio por aquella chica. Cuando terminó, se chupó los dedos y sacó un envase con patatas fritas que empezó a devorar sin ofrecerle. El silencio se hizo más pesado a cada minuto que pasaba y, durante un rato, el único sonido perceptible en el habitáculo fue el de sus mandíbulas machacando toda aquella comida. Quería que la situación se volviera lo más incómoda posible y cuando oyó a Regina chasquear la lengua supo que lo había conseguido.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Me estás tocando las narices.

Bianquetti la miró sin dejar de masticar, fingiendo no entender a qué se refería.

—¿Tengo que explicarte cómo va esto? —rugió—. Termina de comer y échame un polvo de una vez, joder.

En lugar de responder enseguida, Bianquetti se tomó un momento para

tragar y darle un trago a su refresco, y notó cómo la joven se enfadaba un poco más a cada segundo que demoraba la respuesta.

—Si te soy sincero, solo busco algo de compañía. No me gusta cenar solo.

Regina le miró de arriba abajo, como si no pudiera dar crédito. Después le dedicó una sonrisa malévola.

—Así que eres de esos —resolvió, destilando desprecio en cada sílaba—. Mira, si no quieres follar, tú te lo pierdes, pero tendrás que pagarme como si lo hubiéramos hecho. Mi tiempo vale dinero, ¿sabes?

—No te preocupes por eso.

—Anda, dame una de esas.

Bianquetti se volvió hacia el asiento trasero para coger la otra bolsa y pasársela. Regina se la colocó entre las piernas, sacó una hamburguesa y empezó a hacerla desaparecer con bocados pequeños pero implacables.

Cuando terminó de comer estaba tan lleno que estuvo tentado de desabrocharse el cinturón, pero decidió contenerse por temor a que Regina malinterpretase el gesto. Por su parte, la chica terminó su hamburguesa y se puso a mirar por la ventanilla mientras sorbía su refresco, como si ya hubiera asumido que no iban a mantener relaciones sexuales y no viera el momento de que concluyera aquella extraña cita.

—¿Quién era el tipo del Passat? —preguntó, y Regina lo miró desconcertada, así que le explicó a quién se refería—. El que nos estaba siguiendo cuando salimos de La Inmaculada.

—Ah, ya. Era Cipriano.

Por cómo lo dijo, parecía dar por sentado que todo el mundo en cien kilómetros a la redonda sabía quién era aquel tal Cipriano.

—A veces nos sigue —añadió—. Por nuestra seguridad, si no se fía del aspecto de los tipos con los que nos vamos. Ni te imaginas la de locos que hay por ahí.

—Puedo hacerme una idea. ¿Has dicho «nuestra seguridad»?

—Comparto piso con un par de chicas.

No pasó por alto que había dicho «chicas», no «amigas», lo que le hizo sospechar que no se trataba de simples compañeras de piso, sino más bien de otras trabajadoras del ramo.

—¿Nunca te has planteado dedicarte a otra cosa?

No respondió y, por un momento, Bianquetti temió que la insinuación le hubiera molestado, hasta que reparó en su rostro crispado y supo que ni siquiera había escuchado la pregunta. Siguió la dirección de su mirada, clavada en un Volkswagen Golf con los cristales tintados que acababa de llegar al descampado y se había detenido a unos diez o doce metros de ellos.

—¿Qué sucede?

Regina empezó a negar, pero interrumpió el movimiento y siguió observando aquel vehículo con obstinación.

Estaba a punto de repetir la pregunta cuando la puerta trasera del Golf se abrió y una mujer cayó al suelo, empujada desde el interior. Detrás de ella emergió un tipo con la cara desencajada que la agarró del pelo sin miramientos y tiró de ella para introducirla de nuevo en el coche. El alarido que lanzó la mujer surcó la noche con la precisión de un escalpelo.

Regina sacó un teléfono móvil del bolsillo, pero, antes de que pudiera marcar ningún número, Bianquetti bajó del coche y salió corriendo hacia el Golf.

—¡Espera! —oyó decir a Regina.

Vio a la mujer colocar un par de golpes al tipo que la estaba sujetando del pelo y, tras revolverse de forma violenta, consiguió librarse de su agarre y echó a correr sobre unos tacones que parecían a punto de hacerla caer a cada paso que daba. El dueño del Golf salió del vehículo e hizo el amago de ir tras ella, pero la mano de Bianquetti sobre su hombro lo inmovilizó donde estaba.

—Tranquilo, amigo.

El resto de coches que había en la explanada arrancaron y se marcharon a toda velocidad, sin ganas de mezclarse en los problemas que intuían que iban a tener lugar allí. El hombre se dio la vuelta para encararse con Bianquetti, con las pupilas dilatadas y la mandíbula batiendo con fuerza arriba y abajo, como si estuviera mascando chicle, lo que le hizo sospechar que se encontraba bajo los efectos de alguna droga.

—¿Y tú qué coño quieres? —dijo y se soltó de un manotazo. Después volvió a mirar en dirección al sendero por el que había huido la chica.

Bianquetti volvió a colocar la manaza en su hombro y apretó con más fuerza, como si intentara clavarlo en el suelo, pero el tipo se revolvió de nuevo.

—¡Que me sueltes, hostia!

Obedeció y le enseñó las palmas de las manos, tratando de mostrar

docilidad. El desconocido lo miró con los ojos muy abiertos y la mandíbula subiendo y bajando sin parar. Bianquetti intuyó sus intenciones y trató de disuadirle.

—No lo hagas.

En condiciones normales, probablemente aquel individuo no se habría atrevido a empezar una pelea con alguien de su aspecto y tamaño, pero las drogas debían de haber reducido su capacidad de razonamiento a una masa rabiosa y con ganas de gresca que no dudaría en enfrentarse con las manos desnudas a un tanque del ejército ruso.

—Hijo de puta —murmuró y se lanzó a por él.

A pesar de que lo estaba esperando, Bianquetti no pudo evitar que el primer puñetazo le alcanzara en el pecho. Retrocedió lo justo para que el segundo no le diera en el rostro y, antes de que pudiera lanzar un tercer golpe, echó la mano atrás y describió un arco completo con el brazo extendido.

Blam.

Su mano impactó contra la mejilla de aquel miserable y el guantazo restalló en todo el descampado, definitivo como una caída desde el Empire State.

El desconocido cayó derrengado tal que si los huesos de sus piernas se hubieran evaporado, pero las drogas debían de haberle insuflado una capacidad inaudita de resistencia a los golpes. Solo así se explicaba que, en lugar de desmayarse sin más, encontrara fuerzas para levantar la vista e hiciera ademán de ponerse en pie de nuevo. Antes de que lo lograra, Bianquetti alzó la pierna y descargó la suela del zapato contra su rostro. La inercia del pisotón calibre 50 hizo que su cabeza rebotase contra el suelo y, esta vez sí, las facciones de aquel desgraciado se relajaron y se sumergió en un letargo del que intuyó que tardaría un buen rato en despertar.

Dedicó unos segundos a contemplarlo para asegurarse de que se quedaba donde estaba. Después alzó la vista y buscó a la mujer que había salido corriendo, pero no la encontró. Se volvió a tiempo de ver cómo Regina cambiaba unas palabras por su teléfono móvil y volvía a guardárselo. Si había telefonado a la policía, más le valía largarse de allí cuanto antes, pensó.

Volvió al coche, donde la muchacha le recibió con una carcajada nerviosa.

—Ese no va a levantarse en un buen rato —aseguró mientras Bianquetti arrancaba con un derrape, provocando una lluvia de polvo y grava a su alrededor.

—¿De qué conoces a ese tío?

—¿Y quién te ha dicho que lo conozco?

No respondió para darle la oportunidad de sincerarse. Había visto la forma en la que había endurecido el gesto cuando vio llegar el Golf, así que le pareció ridículo que intentara ocultarle que lo conocía.

—Vale, no es la primera vez que lo veo —admitió y emitió un débil suspiro antes de continuar—, y no es la primera vez que zurra a una chica. Cada vez que una de nosotras ve ese coche, sabe que va a haber problemas.

—Entiendo.

—Me ha encantado verte abofetearle.

Lo dijo sin emoción, sin rastro de la alegría que había esgrimido un rato antes, transfigurada en la muchacha más triste del mundo. Bianquetti estuvo a punto de preguntarle si aquel cretino le había puesto la mano encima a ella también en alguna ocasión, pero prefirió no saberlo. Si le confesara algo así, tal vez no podría resistir la tentación de regresar al descampado y volver a pisotearle la cabeza.

Hicieron el trayecto hasta La Inmaculada en silencio. Cuando llegaron a su destino, Regina le regaló una sonrisa diferente a todas las que había esgrimido a lo largo de la noche. Bianquetti fingió no darse cuenta y extrajo de su cartera un billete de cincuenta euros.

—¿Será suficiente con esto?

—De sobra —cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón—. Siento haber sido tan borde contigo, ahora sé que eres un tío legal.

Bianquetti no supo si debía responder algo, así que no lo hizo.

—Si quieres echarme un polvo, no vas a encontrar un momento mejor que este.

La brusquedad de aquella oferta lo descolocó por completo y, antes de que pudiera pensar siquiera en una respuesta ingeniosa, Regina lo desarmó con una nueva carcajada que terminó de ridiculizarlo. Esperó a que la risa se apagara antes de hablar.

—Me gustaría verte otro día.

—Llámame cuando quieras —respondió la chica, una invitación que le supo a súplica o tal vez solo se lo imaginó—. Por cierto, no me has dicho tu nombre.

—No.

Al ver que no tenía intención de hacerlo, murmuró una escueta despedida y salió del Kadett, directa a las profundidades de La Inmaculada. Bianquetti esperó a verla desaparecer tras una esquina para sacar de nuevo su móvil y buscar en la agenda el número que llevaba toda la noche deseando marcar. Era más de medianoche, pero supo que al destinatario de aquella llamada no le importaría recibirla fuera cual fuera la hora. Prueba de ello fue que descolgó antes de que diera el segundo tono.

—La he encontrado —dijo y colgó sin añadir nada más.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente, después de pasar la noche con la vista clavada en el techo de su habitación, Bianquetti llamó al número de teléfono que figuraba en la tarjeta de BULL EYE. Se dijo a sí mismo que solo lo hacía por curiosidad, porque quería conocer los detalles de aquel dispositivo de protección antes de rechazar definitivamente el encargo. Sin embargo, cuando la llamada se puso en espera y empezó a sonar una tediosa melodía que le pareció diseñada para exasperar a cualquiera que tuviera la mala suerte de escucharla, tuvo que hacer un esfuerzo para no colgar.

La melodía se interrumpió de forma abrupta para dar paso a un gruñido en forma de sílaba.

—¿Sí?

Bianquetti carraspeó antes de responder.

—Alguien me dio una tarjeta de BULL EYE —se ahorró los buenos días— y me dijo que andaban buscando personal.

—¿Quién? —preguntó la voz y, ante el temor de ser malinterpretado, aclaró—: ¿Quién le dio nuestra tarjeta?

—Un compañero.

Su interlocutor guardó silencio, lo que le hizo intuir que estaba tratando de desbrozar el significado de aquella respuesta.

—¿Es usted policía?

Se tomó un momento para reflexionar, habida cuenta de la cantidad de aristas que tendría que sortear para dar una respuesta sincera a aquella cuestión.

—Desde hace más de veinte años. Ahora mismo en excedencia.

—Entiendo. ¿Cómo se llama?

—Oiga, ¿por qué no me habla de ese maldito trabajo? —protestó, harto de que las preguntas circularan en una sola dirección.

—Voy a serle sincero: ayer llevamos a cabo el proceso de selección de personal y ya no necesitamos a nadie más.

—Entiendo.

—No obstante —se apresuró a añadir—, dada su condición de agente de la ley, sería una buena idea tenerle en el operativo, así que le haremos un hueco.

«Esto no tiene ni pies ni cabeza», pensó, pero se obligó a seguir a la escucha de todos modos.

—El señor Ferraro estará hoy en Cádiz —explicó—. A las once horas tendremos una sesión informativa para organizar el dispositivo y explicar el plan de protección. ¿Por qué no se viene y así se lo cuento todo con más detalle?

—Puede que lo haga.

—Le espero a las once en el Parador Hotel Atlántico —decretó—. Póngase traje y corbata. Y por favor, sea puntual.

Se quedó esperando a que añadiera alguna otra cosa, pero la comunicación se cortó sin más. Si había esperado que aquella llamada aclarase sus dudas sobre aquel asunto, no solo no lo había conseguido, sino que además el efecto había sido justo el contrario; la falta de información había espoleado su curiosidad y la única manera de saciarla sería acudir a aquella cita.

Algo que no le apetecía en absoluto.

Bianquetti llegó al Parador con más de cuarenta minutos de retraso respecto a la hora acordada. Nada más entrar en el enorme *hall* del edificio, un joven recepcionista le dedicó una sonrisa cortés que flaqueó a medida que se aproximaba al mostrador y quedaba patente que su aspecto no casaba en absoluto con el del común de los huéspedes de aquel lugar.

—¿Puedo ayudarle?

No había nadie más en el vestíbulo en aquel momento, pero, aun así, Bianquetti miró a un lado y a otro antes de contestar.

—Me han citado para una reunión. De la empresa BULL EYE.

—Claro. —La sonrisa volvió a asomar, como si eso lo explicase todo—. Le esperan en la sala de juntas.

Señaló con la barbilla una escalinata situada junto a la recepción y Bianquetti esperó algo más, una indicación o alguna pista sobre la mejor

manera de orientarse mientras buscaba la supuesta «sala de juntas», pero el recepcionista volvió la vista hacia la pantalla de su ordenador a toda prisa, como si no viera el momento de perderle de vista. Empezó a subir las escaleras sin demasiada convicción y cuando llegó al primer piso se encontró ante una gruesa puerta de doble hoja tras la que debía de encontrarse su destino.

Entró sin llamar y una docena de cabezas se giró en su dirección. Los doce hombres estaban sentados en torno a una mesa de reuniones, atendiendo a las explicaciones de otro que, de pie frente a ellos, parecía el encargado de desglosar los motivos por los que estaban allí.

—Usted debe de ser Bianquetti —dijo este—. Bienvenido.

Reconoció la voz que había escuchado un rato antes por teléfono y estuvo a punto de preguntarle quién demonios le había dicho su nombre, pero se dijo que si lo hacía delante de todos aquellos tipos quedaría como un idiota, así que se limitó a sostenerle la mirada en silencio. El individuo se dirigió a los que estaban sentados alrededor de la mesa.

—Vamos a hacer un pequeño descanso. Continuaremos en cinco minutos.

Dicho esto, abandonó su posición y se dirigió hacia el lugar en el que se encontraba Bianquetti. Este detectó a un lado de la estancia una mesa supletoria con un termo de café, tazas y algunas viandas con las que hacer más llevadera la reunión. Sin esperar a que su anfitrión llegase hasta él, se acercó a aquel lugar y empezó a servirse un café.

—Encantado de conocerle —dijo a su espalda—. Mi nombre es Grégory.

—Tanto gusto —respondió sin volverse—. ¿Podría pasarme la leche?

—No parece sorprenderle que sepa su nombre.

—Sabe hacer su trabajo. ¿Quiere una medalla o algo así?

—Tengo mis contactos. También me advirtieron que no lleva bien eso de que otra persona le dé órdenes.

Bianquetti se giró para encararse con él. Pese a que al verle al otro lado de la mesa de juntas le había calculado unos treinta años, la proximidad le hizo advertir que tenía al menos diez más. Era delgado, casi igual de alto que él y tenía unos ojos extraños, que parecían permanentemente en movimiento, como si no quisieran perder detalle de nada de lo que sucedía a su alrededor.

—Creí haberle citado a las once —dijo.

—Debió confundirse.

—También le pedí que se pusiera un traje.

—Lo tengo en la tintorería.

El tal Grégory le sostuvo la mirada y, contra todo pronóstico, sonrió. Bianquetti dio un ruidoso sorbo a su taza, tratando de parecer desagradable a propósito. Era su forma de dejarle claro que no estaba dispuesto a aceptar órdenes de nadie y que, si le quería en aquel dispositivo de seguridad, tendría que dejarle a su aire. Se preguntó cuánto tiempo tardaría aquel tipo en perder la paciencia y echarle de allí a patadas.

—Encantado de tenerle en el equipo —dijo en cambio. A continuación le dio la espalda y ocupó de nuevo su lugar frente a la mesa de reuniones.

Bianquetti se terminó el café y se sirvió otra taza. En realidad no era más que un brebaje recalentado cuyo sabor recordaba vagamente al del café de verdad, pero, a falta de otra cosa, no iba a tener más remedio que conformarse con eso. Después cogió una silla que había junto a la pared y la arrastró hacia la mesa de juntas, donde tomó asiento en el lugar más alejado posible de Grégory.

Algunos de los muchachos que estaban en torno a la mesa le dirigieron saludos o inclinaciones de cabeza a las que no respondió. Aquellos doce guardaespaldas parecían cortados por el mismo patrón, todos con aproximadamente la misma edad, idénticos trajes grises y mandíbulas cuadradas y recias. Los trajes no disimulaban la gruesa musculatura que se adivinaba bajo las chaquetas, fruto sin duda de interminables sesiones de gimnasio. Algunos conversaban en voz baja con una familiaridad que denotaba que se conocían de antes y Bianquetti se preguntó de dónde los habrían sacado. No le pareció que ninguno de ellos tuviera aspecto de policía, sino más bien de porteros de discoteca.

—Sigamos —anunció Grégory y el corro de gorilas guardó silencio—. El señor Ferraro llegará a Cádiz sobre la una de la tarde. Viene en su barco, así que iremos a recogerle al puerto. Hemos hablado con la policía portuaria para que nos autoricen el acceso y no tengamos ningún tipo de problema.

Detrás de Grégory había desplegada una pantalla de buen tamaño que en aquel momento mostraba un plano de la ciudad. Varios de los chicos asintieron con entusiasmo y los más aplicados incluso tomaron nota de la hora. A Bianquetti, que la seguridad de un magnate estuviera en manos de aquella panda de rapaces le pareció un despropósito, un error que podría tener consecuencias fatales. Decidió bautizarlos como «los doce apóstoles», por su número y por el fervor que parecían mostrar ante cualquier cosa que dijera el

líder de la manada, y tomó la determinación de que, si en algún momento oía a alguno de ellos preguntar aquello de «¿Seré yo, maestro?», buscaría una ventana desde la que arrojarle al vacío.

—El grupo 1 se encargará de recoger el equipaje y traerlo al Parador. — Los aludidos, cuatro muchachos sentados en el lugar más cercano a Grégory, parecieron erguirse en sus asientos, con el rostro serio y circunspecto de soldados a los que acaban de encomendar una misión a vida o muerte—. El grupo 2 se dirigirá al restaurante El Balandro, donde el señor Ferraro va a celebrar un almuerzo de negocios con otros empresarios y amigos, para inspeccionar la zona y asegurarse de que está todo en orden cuando llegue. El grupo 3 vendrá conmigo al puerto para recogerle y trasladarlo al restaurante.

Su tono era eficaz, seguro de sí mismo, la viva imagen de la eficiencia corporativa de BULL EYE.

—Después del almuerzo, le traeremos aquí de nuevo para que descanse, ya que esta noche asistirá al estadio Ramón de Carranza para disfrutar del partido de la Copa del Rey que disputarán el Cádiz Club de Fútbol y el Real Madrid.

Aclarado aquel punto, pasó a explicar sobre el mapa de la ciudad el itinerario que deberían recorrer para ir al puerto, del puerto al restaurante, del restaurante al Parador, del Parador al estadio y del estadio al Parador de nuevo. Bianquetti escuchó las indicaciones a medias, ocupado en anotar mentalmente todas las dudas que le asaltaban en torno a aquel dispositivo de seguridad.

Un movimiento a un lado de la sala le hizo mirar en aquella dirección, donde un ascensor se abrió para dejar salir a un individuo de aspecto monstruoso. Estaba completamente calvo y tenía la nariz aplastada contra el rostro, apenas dos agujeros con algo de cartílago en el centro. Debía de pesar unos doscientos kilos, más o menos, y la anchura de su cuello, torso y brazos hacía que el traje le quedara tan ceñido como si fuera de neopreno. Por si fuera poco, su piel era de una tonalidad rosácea muy poco favorecedora, similar a la del jamón cocido. Bianquetti no hizo nada por reprimir la sonrisa que le provocó aquella comparación, y cuando el recién llegado reparó en él arrugó la frente, como si le molestase verlo allí.

Ninguno de los apóstoles dio muestras de inquietarse por el aspecto aterrador de aquel tipo, lo que le hizo deducir que ya habían tratado con él

antes de que llegase. Se preguntó si se trataría del jefe del otro, aunque por la forma en que se colocó detrás de este con los brazos cruzados creyó que más bien se trataba de su subalterno. No solo miraba a Grégory con fervor, sino que además parecía dispuesto a arrancarle la cabeza a cualquiera que se atreviera a llevarle la contraria.

—El señor Ferraro se marchará de la ciudad mañana por la mañana —dijo Grégory—. ¿Alguna duda?

Los doce guardaespaldas se miraron unos a otros y Bianquetti alzó la voz desde su lugar al fondo de la mesa.

—¿De quién estamos protegiendo al señor Ferraro exactamente?

Varios de los muchachos se giraron para mirarle y Grégory sonrió a medias, como si no entendiera la pregunta.

—El señor Ferraro es un importante empresario —explicó— y cada día toma decisiones que suponen ganancias o pérdidas de varios miles de euros para muchas personas. Es comprensible que tenga enemigos.

—Es decir, que no tienen ni idea.

La sonrisa apenas flaqueó, aunque el escolta no consiguió disimular del todo su contrariedad.

—Como le acabo de explicar, si tuviera que enumerar a todas las personas que querrían atentar contra el señor Ferraro, estaríamos aquí hasta mañana. —Guardó silencio para dejarle asimilar la información—. ¿Alguna otra cuestión?

—Y teniendo en cuenta la cantidad de enemigos que tiene, ¿no es una temeridad que asista a un partido de fútbol en el que habrá unas veinte mil personas?

Grégory trató de aparentar serenidad, sus ojos moviéndose de un lado a otro sin parar, como si quisiera abarcar distintos lugares de la habitación al mismo tiempo. El coloso que tenía detrás miró a Bianquetti con intención, como si estuviera deseando que el otro le ordenase cerrarle la boca a golpes.

—El señor Ferraro es un apasionado del Real Madrid y no se pierde ni un partido. —Grégory aprovechó para colocarse bien los puños de la camisa y ladear la cabeza, un gesto con el que trató de restarle importancia a aquella cuestión—. Me ha sido imposible convencerlo de que se quede en su habitación y lo vea por la tele.

Algunos de los apóstoles sonrieron, encantados de compartir aquella broma. A Bianquetti no le pareció que Grégory le hubiera dado una respuesta

satisfactoria, sino que más bien estaba esquivando la pregunta, pero comprendió que aquello era lo máximo que iba a obtener de él.

—¿Tiene alguna otra duda? —le animó el escolta.

—Solo una más: ¿el señor Ferraro vendrá solo?

La pregunta provocó el movimiento de las cabezas de algunos de los guardaespaldas.

—Como dije al comienzo de la reunión —empezó a decir, para dejarle claro que si no se hubiera retrasado no necesitaría preguntarlo—, al señor Ferraro le acompañará su nuera. Iba a venir su hijo también, pero finalmente le han surgido algunas complicaciones de última hora y no podrá asistir.

Esperó un instante para ver si Bianquetti le hacía alguna pregunta más y, al ver que no iba a hacerlo, se dirigió a los demás.

—Si no tienen más dudas, solo me queda darles algunas indicaciones básicas. —Hizo una pausa dramática e innecesaria para atraer la atención del grupo—. La primera es que ninguno de ustedes se dirigirá en ningún momento al señor Ferraro ni a su nuera. Si detectan alguna amenaza, observan algo sospechoso o hay algo que quieran saber, diríjense a nosotros.

Señaló al mastodonte que tenía detrás, incluyéndolo en la ecuación, y guardó silencio durante varios segundos para subrayar la importancia de aquel detalle. Miró uno por uno a los guardaespaldas sentados en torno a la mesa de juntas y, cuando en último término su mirada coincidió con la de Bianquetti, continuó.

—Ninguno de ustedes llevará armas de fuego. Solo Sergi y yo. —De nuevo señaló a su compinche—. Si alguno quiere llevar un spray de autodefensa, lo hará bajo su responsabilidad.

No dejó de mirar a Bianquetti mientras decía aquello, como si hubiera intuido la presencia del revólver que llevaba alojado junto al sobaco y que lo acompañaba a todas partes desde que tuvo que entregar su arma reglamentaria. «Si cree que voy a ir desarmado, que siga soñando», se dijo.

—Eso es todo. A las doce y media deben estar en el vestíbulo del edificio, preparados para ponernos en marcha.

Grégory dio por concluida la sesión informativa y comenzó a manipular unos documentos que tenía frente a él, sobre la mesa. Los apóstoles miraron sus relojes para asegurarse de cuánto tiempo disponían antes de la hora acordada y comenzaron a levantarse en silencio. Bianquetti estaba a punto de hacerlo cuando Grégory llegó hasta donde se encontraba y le colocó delante

un impreso con el membrete de BULL EYE en la esquina superior y un bolígrafo con el logotipo del Parador.

—Antes de irse, le agradecería que rellenase esto.

Bianquetti leyó por encima para hacerse una idea de qué era aquello.

—Es solo un acuerdo de confidencialidad —explicó Grégory— en el que se establece que no revelará a nadie nada de lo que suceda antes, durante o después del operativo. También hay un apartado en el que necesitamos que escriba sus datos de filiación, su número de teléfono y un número de cuenta para que podamos ingresarle el pago por sus servicios.

Acompañó aquella última frase con un gesto de suficiencia al que Bianquetti no respondió. No había tenido ocasión de preguntar cuánto le iban a pagar por aquel trabajo y ya era un poco tarde para hacerlo. No obstante, la importancia de la persona a la que iban a custodiar le hizo concluir que estaría bastante bien remunerado, así que comenzó a rellenar el impreso.

—He oído que ha dividido el equipo en tres grupos —dijo sin levantar la vista—. ¿En cuál estaré yo?

A pesar de no verla, pudo intuir la sonrisa sarcástica que acababa de esbozar el escolta y adivinó la respuesta antes de oírla salir de sus labios.

—Usted vendrá conmigo.

CAPÍTULO 9

Bianquetti aprovechó el escaso tiempo libre que les habían brindado para buscar una cafetería en las inmediaciones y tomar una cerveza con la que olvidar el mejunje recalentado que había ingerido en la sala de juntas. Cuando regresó al vestíbulo del Parador, esta vez cinco minutos antes de la hora a la que los habían citado, ya pululaban por allí los doce apóstoles. Algunos charlaban en corro, aunque la mayoría se limitaban a mirar de forma furtiva a un lado y a otro en busca de posibles amenazas, como si temieran un ataque inminente. Todos sin excepción le dirigieron miradas suspicaces que parecían preguntarle qué narices pintaba allí. «Eso mismo digo yo», pensó. Mientras esperaba, sacó su teléfono móvil para mirar la hora y comprobó que le habían añadido a un grupo de WhatsApp llamado BULL EYE, formado por otros catorce números.

Ninguno de los críos a los que iba a tener como compañeros durante el resto de la jornada se atrevió a dirigirle la palabra, algo que agradeció. Cuando llegó la hora, Grégory y su ayudante, aquel tipo con cara de cerdo, salieron del ascensor y les hicieron una señal, conminándoles a acompañarles tras una puerta situada en el otro extremo del vestíbulo. Los doce escoltas fueron tras ellos en fila india, como alumnos aplicados, y Bianquetti esperó a que todos hubieran pasado para colocarse en la retaguardia.

La puerta daba a una escalera que descendía hasta el parking del Parador, donde les esperaban cuatro gigantescos vehículos de la marca Audi, todos negros y con los cristales ahumados.

—El grupo 1, conmigo —decretó Caracervo, revelando una voz gutural que parecía abrirse camino en su garganta a través de varios kilos de grasa y músculos. Mientras los cuatro escoltas que conformaban aquel grupo subían al coche, el engendro dirigió una mirada bastante explícita a Bianquetti, como si hubiera algún problema entre ellos que todavía no hubieran tenido ocasión

de resolver y no viera el momento de hacerlo.

—Los grupos 2 y 3, en esos dos coches —ordenó Grégory, señalando dos de los vehículos que quedaban libres—. Bianquetti, conmigo.

Grégory subió al vehículo que tenía más cerca y, tras reprimir un exabrupto, Bianquetti ocupó el asiento del acompañante. No le gustaba la idea de estar a solas con aquel tipo ni mucho menos la sonrisa cómplice con la que le recibió cuando se sentó a su lado, con la que parecía tratar de transmitirle que ambos estaban por encima de todo aquello y pertenecían a una especie de clase superior.

—Vamos allá —dijo, en lo que le pareció un intento por relajar el ambiente que no hizo nada por secundar.

Arrancó y salieron del parking subterráneo a la cabeza de la comitiva.

—Me dijo que estaba de excedencia.

Grégory lo soltó como si se limitara a señalar un hecho objetivo, sin discusión, y Bianquetti no detectó en su tono rastro alguno de recelo o enfado. No se trataba de una acusación y le pareció que más bien lo decía para demostrar que sabía muchas cosas de él. Dado que ignoraba hasta qué punto estaría informado de su situación, decidió que no valía la pena sostener la mentira por más tiempo.

—¿Y qué esperaba? —respondió, sin dejar de mirar por la ventanilla para no dar la impresión de estar a la defensiva. No tenía ni idea de quién podía ser la fuente de información de aquel hombre en comisaría, pero no le cupo la menor duda de que se ganaba el sueldo.

—Le entiendo. A la hora de buscar trabajo, decir que está suspendido de empleo y sueldo por un expediente disciplinario no debe de ser de mucha ayuda.

Esperó a que le preguntara los motivos de aquella sanción con un «¿A ti qué te importa?» en la punta de la lengua, pero Grégory guardó un considerado silencio que bien podía significar que respetaba su intimidad o que lo sabía absolutamente todo. Más lo segundo que lo primero, concluyó.

—¿Cuánto tiempo de suspensión le queda por cumplir?

No le miró al formular aquella pregunta, como si solo se tratara de simple curiosidad. Sin embargo, Bianquetti sospechó que en realidad ya conocía la respuesta y que solo estaba tratando de evaluar su sinceridad.

—Doce meses.

El guardaespaldas asintió y Bianquetti creyó ver un conato de sonrisa

florecer en su rostro, tan efímero que probablemente nunca estuvo allí. Tomaron la carretera que discurría junto al Parque Genovés y, al pasar frente al restaurante El Balandro, uno de los coches se desvió hacia este establecimiento. Grégory siguió conduciendo en silencio durante algunos minutos, hasta que tuvieron delante el control de acceso al puerto de Cádiz.

—Si todo va bien hoy —soltó de improviso, como si le hubiera estado dando vueltas a aquella cuestión durante el trayecto—, nos gustaría contar con usted para otros trabajos. Siempre necesitamos personal.

La propuesta le pareció tan condescendiente que Bianquetti estuvo a punto de soltar una carcajada. Se sentía como un niño al que hubieran prometido una golosina si a cambio se portaba bien y eso era más de lo que estaba dispuesto a soportar, así que fingió no haber escuchado la oferta. Si aquel tipo se creía que iba a darle las gracias y tragar sin más, estaba muy equivocado.

El acceso al puerto estaba custodiado por un agente de la policía portuaria y Grégory bajó la ventanilla e intercambió con él algunas palabras que Bianquetti no llegó a oír. Acto seguido, la barrera de acceso se levantó para franquearles el paso y los tres Audis entraron en el recinto.

El escolta condujo a través de una angosta carretera paralela a la lámina de agua mientras miraba a su alrededor con el rostro serio y concentrado, tal vez evaluando el entorno y valorando posibles amenazas y riesgos para la seguridad del magnate al que debían proteger.

—Hace poco pillaron un importante cargamento de droga en este mismo puerto —dijo como de pasada—. ¿Oyó la noticia?

Bianquetti negó con la cabeza, aunque recordaba haber leído algo en la prensa. Grégory se ocupó de ponerle al corriente.

—Casi cien kilos de heroína y cocaína, que habrían alcanzado un precio en el mercado de más de seis millones de euros. Y eso sin cortarla, claro.

—Parece saber mucho del tema —dijo, aunque el guardaespaldas no pareció darse por aludido.

—La droga iba en un tráiler, escondida en un cargamento de chocolate procedente de Brasil. ¿Sabe cómo pillaron a ese tipo?

Bianquetti suspiró lo bastante alto como para que el guardaespaldas captase que no le importaba en absoluto, pero al parecer no fue suficiente.

—Llevaba una de las luces fundidas. El guardia civil que custodiaba la salida del recinto portuario iba a dejarlo irse sin más, pero, al ver que tenía la luz fundida, lo detuvo. Cuando fue a decírselo al conductor y este empezó a

titubear y a sudar como un gorrino, supo que algo iba mal y decidió registrar el tráiler. Le tocó el premio gordo.

Llegaron hasta un lugar solitario del muelle, rodeado de contenedores de carga. Grégory detuvo el Audi junto al cantil y los otros dos coches estacionaron detrás de ellos.

—¿Sabe cuál podría ser la moraleja de esa historia? —preguntó Grégory al tiempo que apagaba el motor y se volvía hacia él—. Que no importa lo bien que hagas tu trabajo, ya que siempre puedes tener mala suerte.

El escolta observó su rostro, puede que esperando que se partiera de risa con aquella anécdota, pero Bianquetti no le dirigió más que una mirada curiosa mientras se preguntaba a qué diablos venía aquel relato y, sobre todo, la estúpida moraleja final. ¿Se trataba de una amenaza, de un halago o de ninguna de las dos cosas? En cualquier caso, decidió que no estaba para adivinanzas y huyó de su mirada bajando del coche.

Los demás gorilas descendieron de sus vehículos y cuando Grégory salió del Audi, se dirigió a ellos a voz en grito.

—El señor Ferraro llegará en menos de media hora.

A Bianquetti aquella aglomeración de escoltas trajeados le recordaba más a un funeral que a un dispositivo de seguridad, y le pareció un presagio tan nefasto que prefirió no pensar en ello. Grégory mandó a los ocho gorilas a dar una vuelta por el perímetro para asegurarse de que no había ningún vehículo sospechoso en las zonas aledañas, aunque más bien le pareció que trataba de mantenerlos ocupados para que no se relajaran.

—Tienen veinte minutos —advirtió antes de que los muchachos se dispersaran por el muelle.

Bianquetti, excluido de aquel encargo, se quedó junto al cantil al lado de Grégory y Caracerdo, y se preguntó una vez más a qué venía aquella deferencia. Aunque él se consideraba por encima de aquella situación, en ningún momento había esperado tanta cortesía y le costaba creer que se debiera solo al hecho de que fuera policía. Llegó a la conclusión de que su fama de problemático le precedía, por lo que Grégory debía de querer tenerlo controlado en todo momento.

Se estableció un incómodo silencio entre los tres hombres, solo interrumpido cuando Grégory sacó un paquete de Marlboro y se lo ofreció. Bianquetti declinó la invitación y observó a los escoltas encender sus pitillos con una mezcla de envidia y nerviosismo. Caracerdo volvió a mirarle con

insistencia para tratar de incomodarlo, o eso le pareció.

Antes de que se les ocurriese iniciar una conversación, Bianquetti les dio la espalda y comenzó a pasear con las manos en los bolsillos, alejándose del áspero y tentador aroma a tabaco mientras trataba de hacerse una composición del escenario en el que se encontraban. Aquella zona del puerto estaba desierta, sin más signos de actividad que cuatro enormes grúas pórtico destinadas a la carga y descarga de contenedores. A tiro de piedra se encontraba Puerto América, un puerto deportivo donde solían atracar los yates y los veleros que arribaban a la ciudad, y que probablemente era un lugar más indicado para visitantes como el que estaban esperando. Bianquetti supuso que habían escogido atracar en aquella zona de carga porque ofrecía mayor intimidad y, por tanto, más seguridad de cara a posibles amenazas externas.

Fingió seguir inspeccionando las inmediaciones mientras dejaba pasar los minutos. A un lado y a otro veía a los demás guardaespaldas pasear por el recinto, intentando parecer ocupados a pesar de la estéril tarea que les habían encomendado. Antes de la hora prevista, Grégory recibió una llamada y, mientras respondía, Caracerdo convocó al resto del escuadrón a gritos, como un pastor llamaría a sus ovejas.

Cuando Bianquetti llegó junto a Grégory, este cortó la llamada y se volvió hacia él.

—Están llegando.

Como si de una señal se tratase, en aquel momento apareció un coche de la policía portuaria ocupado por dos agentes. Rodó despacio hasta detenerse junto a un bolardo, fuera de la zona acotada, y Grégory no les dedicó más que una ojeada despectiva antes de olvidarse de ellos. No transcurrió demasiado tiempo hasta que la silueta de una embarcación se recortó en el horizonte y entró en la bocana del puerto. A medida que se aproximaba fue quedando patente que era de un tamaño considerable y, con una velocidad inesperada, no tardó más de unos minutos en entrar en la dársena y mostrarse en todo su esplendor.

Incluso la pareja de policías portuarios que estaba dentro del patrullero bajó del vehículo y emitió sendos silbidos de admiración. Uno de ellos sacó su teléfono móvil y comenzó a tomar fotografías del yate de Ferraro, lo que provocó las miradas airadas de Grégory y los demás, pero nadie se lo impidió. Incluso Bianquetti, al que el mar no le transmitía más que una vaga

sensación de desconfianza, tuvo que reconocer que las dimensiones y la opulencia de aquel barco eran impresionantes.

En la cubierta se veía a un puñado de marineros uniformados que se movían de un lado a otro preparando el atraque. El yate se colocó en posición paralela al cantil del muelle y comenzó a aproximarse, hasta que estuvo tan cerca que uno de los marineros pudo saltar a tierra y asegurar los amarres.

Bianquetti observó de reojo a Grégory, cuyo rostro había mutado en una máscara pétreo y concentrada que poco tenía que ver con el porte despreocupado que había mostrado hasta aquel momento. Los marineros continuaron a lo suyo durante un rato, manejando amarres y defensas, y correteando de un lado para otro de la cubierta para asegurarse de que el barco quedaba correctamente atracado. El policía portuario siguió tomando fotos y Bianquetti examinó más detenidamente aquella embarcación. Le calculó unos cincuenta metros de eslora, aproximadamente, con el casco de un elegante color negro que contrastaba con el blanco innegociable de sus tres cubiertas. En la parte trasera tenía un reducido embarcadero en el que descansaban dos motos de agua y una pequeña embarcación fueraborda cubierta por una lona. En un costado, con una suntuosa caligrafía en cursiva, se podía leer el nombre del buque: «Remembranza».

Los marineros colocaron una escala metálica y bajaron del barco llevando consigo varias maletas. Tras una indicación de Caracero, los escoltas que formaban el grupo 1 se apresuraron a hacerse cargo del equipaje, lo metieron en el maletero de uno de los vehículos y partieron hacia el Parador.

Un cuarto de hora más tarde aparecieron en cubierta varias personas más. Una de ellas era el capitán del buque, reconocible por su gorra, su uniforme blanco y los ostentosos galones que llevaba en las mangas. Junto a él estaba el hombre al que Bianquetti reconoció por las fotografías que había visto el día anterior y lo primero que pensó al verle fue que en persona parecía aún más viejo. El todopoderoso Carlos Ferraro observó el grupo desde las alturas, como si estuviera preparándose para dar un discurso o algo así.

Junto a él había una mujer parapetada tras unas gafas de sol enormes. Parecía esforzarse en permanecer en un segundo plano tras aquellos dos hombres, aunque era evidente que su presencia destacaba igual que un rinoceronte en un congreso de ginecología. Resultaba imposible no fijarse en ella, decidió Bianquetti, y cuando miró a su alrededor comprobó que ninguno de los guardaespaldas podía dejar de mirarla, al igual que la pareja de policías

portuarios que pululaba por la zona, acaso hechizados por algún tipo de magia ancestral.

Tras estrechar la mano del capitán, el ricachón descendió del buque seguido de aquella mujer, que debía de ser su nuera, aunque, de no haberlo sabido, Bianquetti la habría catalogado al instante como su amante. Lucía un elegante traje gris que se ceñía a sus curvas y acentuaba sus encantos, y caminaba varios pasos por detrás de su suegro sobre unos tacones vertiginosos.

—Buenas tardes, Grégory.

Ferraro ignoró al resto de guardaespaldas que, a la manera de un ejército privado, esperaba órdenes en silencio.

—Buenas tardes, señor —correspondió el escolta, aunque no hubo apretón de manos ni nada por el estilo, y a Bianquetti le pareció que, pese a la aparente cortesía de Ferraro, la relación entre ambos no era más estrecha que la que cabría esperar entre un amo y su siervo—. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Ha estado bien. Movido, pero bien.

Articuló una sonrisa divertida en dirección a la chica que lo acompañaba, como si compartieran una broma privada a la que únicamente ellos dos tuvieran acceso, aunque esta no hizo ningún gesto que delatara que hubiera oído siquiera el comentario.

Bianquetti aprovechó su cercanía para examinar a la mujer con más detenimiento. Debía de tener unos veintiocho o veintinueve años, tal vez alguno más, y llevaba los gruesos labios pintados de un color rojo intenso y brillante. Su pelo negro contrastaba con la blancura de su piel y, pese a que las aparatosas gafas de sol ocultaban la mayor parte de su rostro, le pareció el tipo de mujer por el que sería sumamente fácil perder la cabeza.

—Si le parece, podemos ponernos en marcha —dijo Grégory.

El empresario aceptó la propuesta con un cabeceo. Caminaron hasta el Audi y Grégory sujetó la puerta mientras el anciano se acomodaba en el asiento trasero. Caracerdo hizo un gesto a los demás guardaespaldas, que se subieron al otro coche a toda velocidad.

Con pasos tranquilos y gesto altivo, la chica caminó hasta el otro lado del vehículo, donde Grégory se apresuró a sujetarle también la puerta. El escolta sonreía como un crío y Bianquetti alcanzó a oírle musitar un «Buenas tardes, Mary» que la susodicha fingió no oír.

También creyó percibir que, justo antes de subir al coche, la joven lanzaba una mirada valorativa en su dirección, aunque resultaba imposible saber con certeza lo que sucedía tras aquellos cristales oscuros. Cuando los recién llegados estuvieron dentro del vehículo, Grégory le dedicó un alzamiento de cejas que parecía decir «¿Nos vamos ya?», y Bianquetti retuvo un suspiro antes de subir al asiento del acompañante.

CAPÍTULO 10

—¿Quién es tu amigo, Grégory? —quiso saber Ferraro.

—Bianquetti. Es policía.

—Ah, policía.

Por cómo lo pronunció, Bianquetti llegó a la conclusión de que habría respondido lo mismo si Grégory le hubiera informado de que era ingeniero, zurdo o sifilítico. Giró la cabeza para mirar al viejo, que le observó con una mueca burlona en los labios.

—¿Es un apellido italiano? —preguntó.

—¿Usted qué cree?

Carlos Ferraro respondió a su insolencia con una sonrisa cortés y Grégory le arrojó una mirada cautelosa. «Cuidado», parecía a punto de decir, pero Bianquetti volvió la vista al frente sin darle demasiada importancia.

Mientras salían del puerto, miró de reojo al señor Ferraro, que parecía haberse olvidado de él y dedicaba toda su atención a un teléfono móvil que había extraído del interior de su chaqueta. La cercanía le permitió advertir que su avanzada edad se hacía más evidente en las distancias cortas, certificada por numerosas arrugas y por algunas manchas de vejez que salpicaban su calva, sus mejillas y la mano que sostenía el teléfono.

Bianquetti trató de concentrarse en el paisaje urbano que iban dejando atrás. La lluvia había vuelto a dar tregua a la ciudad, aunque el color gris deslavazado del cielo le hizo presagiar que aquel paréntesis no duraría mucho. Al mirar por el retrovisor se encontró con el rostro de la mujer que acompañaba a Ferraro, aquella tal Mary, y le pareció que aprovechaba la impunidad que le otorgaban sus gafas de sol para observarle con fijeza. Le sostuvo la mirada unos instantes, hasta que el azoramiento le obligó a desviarla y mirar al frente.

Grégory condujo con rapidez y eficacia, y llegaron a La Alameda en pocos

minutos, dejando atrás el vehículo en el que viajaban Caracerdo y el resto de los apóstoles. Durante el trayecto, Bianquetti utilizó el retrovisor para observar discretamente a aquella mujer, que parecía haberse olvidado de él y se limitaba a mirar hacia el exterior con apatía. No la vio sonreír ni hablar con el hombre que tenía a su lado ni una sola vez y, aunque parecía empeñada en mantener aquel aire reservado, le resultó evidente que no quería estar allí.

Cuando llegaron al restaurante El Balandro, el grupo de guardaespaldas que se había adelantado para inspeccionar el lugar antes del almuerzo estaba esperando junto a la entrada, como si ya hubieran controlado el interior del local o como si ni siquiera les hubieran permitido entrar. Grégory estacionó frente al establecimiento, salió del coche y abrió la puerta trasera para dejar salir a Carlos Ferraro. Sin saber qué otra cosa hacer, Bianquetti bajó del vehículo y abrió la puerta trasera de su lado, ganándose la mirada furiosa del escolta, como si considerase que aquel era su cometido y que no tenía derecho a usurpar sus funciones.

Mary bajó del coche y se irguió a su lado sin mirarle, ignorándole como si la puerta se hubiera abierto por medio de algún mecanismo automático. De cerca, Bianquetti observó que aquel bonito vestido gris se le pegaba como una segunda piel, redondeando aún más la forma de un busto generoso sobre una cintura mínima. También advirtió que no llevaba más joyas que un discreto collar de plata y una alianza de color negro.

Se acercó al señor Ferraro y le tomó del brazo como lo haría una hija obediente o una amante consentida. Ambos echaron a andar hacia el interior del restaurante precedidos por Grégory, en el momento en el que llegaba el otro Audi y estacionaba en doble fila para dejar bajar al resto de la escolta.

Cuando entraron en El Balandro, un servicial *maître* apareció de la nada para darles la bienvenida. Después les pidió que lo acompañaran y Bianquetti siguió al trío formado por Grégory, Ferraro y su nuera a través de dos tramos de escalera que desembocaban en una estancia situada en la primera planta. Solo una de las mesas de aquel salón estaba ocupada y los comensales interrumpieron la conversación al ver aparecer a Ferraro. Se pusieron en pie de forma atropellada para recibirle y Bianquetti intuyó que todas aquellas personas pretendían la caridad, el afecto o las recomendaciones del recién llegado.

Ferraro estrechó manos y sonrió sistemáticamente a todo aquel que se le acercó sin dar más muestras de cariño o cordialidad que las justas. Solo se

permitió un saludo más efusivo con uno de los presentes, un octogenario de aspecto desgastado que se movía con sumo cuidado, como si el menor movimiento en falso pudiera mandarle al hospital en busca de una cadenera nueva. Los dos ancianos se fundieron en un largo abrazo y se susurraron algunas palabras que nadie más pudo oír, lo que le hizo intuir que la amistad entre ambos venía de lejos.

Junto a ellos, Mary los observó abrazarse con una mueca de disgusto en los labios, tal que si considerase aquella muestra de cariño desproporcionada y fuera de lugar, y Bianquetti se preguntó qué clase de historia habría detrás de aquella amistad y de aquel abrazo. El resto de los comensales esperó a que terminaran de saludarse para volver a la mesa, lo que evidenció que Ferraro y el otro anciano eran los que mandaban allí.

Mary se quitó las gafas y reveló los ojos grandes y oscuros que había mantenido ocultos hasta aquel momento. Cuando notó su examen, se giró y Bianquetti se obligó a sostenerle la mirada mientras percibía que era evaluado de pies a cabeza. Solo capituló cuando notó la mano de Grégory posarse en su brazo.

—Espere abajo —ordenó y, por la forma en que lo miró, supo que no había pasado por alto aquel cruce de miradas y que no le había hecho la menor gracia. Como si se sintiera especialmente orgulloso de haberlo molestado, Bianquetti escupió una sonrisa antes de darle la espalda y alejarse en dirección a las escaleras.

Cuando iba a bajar se cruzó con Caracero, cuyo corpachón ocupaba prácticamente todo el ancho de la escalera, y le pareció que al escolta le molestaba verlo allí. No llegó a decir nada, pero sus facciones rosáceas se contrajeron lo suficiente como para que supiera que estaba conteniendo las ganas de soltar un buen par de insultos y se preguntó por qué parecía molestarle tanto su presencia. Para evitar males mayores, decidió echarse a un lado y esperar a que terminase de subir antes de bajar.

La planta baja estaba bastante concurrida y dedujo que aquella algarabía debía de ser el motivo por el que Ferraro había reservado el salón de la planta superior, para preservar la intimidad de los asuntos que se iban a tratar en aquel almuerzo de negocios. Vio a los apóstoles sentados en torno a dos mesas, incluidos los del denominado grupo 1, que debían de haber regresado del Parador tras dejar las maletas. Al verle, uno de los muchachos le hizo señas para que se aproximara, indicándole el asiento vacío que tenía a su

lado.

—Sergi nos ha dicho que nos quedemos aquí —anunció—. Nos ha pedido que estemos pendientes de que no entre nadie sospechoso y que pidamos lo que queramos.

Bianquetti trató de discernir en su tono entusiasta qué quería decir exactamente aquello de «sospechoso» e intuyó que aquel aspirante a vigilante de seguridad no debía de tener ni idea de a qué se había referido Caracerdo. Desde aquella mesa, efectivamente, tenían una bonita vista de la entrada del establecimiento, pero de ahí a decir que desde su asiento iban a poder permitir o denegar la entrada a nadie iba un mundo. «Este dispositivo es una mierda», sentenció Bianquetti, pero, en lugar de compartir sus inquietudes con el resto de los guardaespaldas, prefirió reservarse su opinión y ocupó su lugar en la mesa.

—¿Habéis visto qué barbaridad de barco? —estaba diciendo uno de los muchachos, de rostro cuadrado y patillas gruesas—. Es gente de pasta, os lo digo yo.

—Ya te digo. Y el traje era de Armani, por lo menos —secundó el que estaba a su lado.

—Grégory ha dicho que ese tal Ferraro es empresario. Me pregunto cuáles serán exactamente sus negocios.

El que había dicho aquello miró a un lado y a otro con aire conspirador, como si quisiera asegurarse de que no estaba siendo escuchado por oídos ajenos.

—Nadie gana tanta pasta siendo honrado.

—¿Y os habéis fijado en la pedazo de hembra que lo acompaña? Grégory dice que es su nuera, pero no sé yo...

Todos rieron la ocurrencia, a excepción de Bianquetti, que se dedicó a mirar uno por uno a aquellos zopencos, preguntándose qué clase de imbécil habría decidido que eran los más indicados para velar por la seguridad del magnate. Cansado de aquella panda, separó la silla de la mesa arrastrándola de forma ruidosa, se puso en pie y se alejó en dirección a la barra.

Pidió una cerveza y se volvió hacia los doce apóstoles, que lo observaron con expresiones ariscas y desconfiadas. Supo que se había ganado la antipatía de todo el grupo y, para celebrarlo, cuando llegó la cerveza la alzó en su dirección a modo de saludo. Solo uno de ellos levantó tímidamente su refresco, sin saber muy bien a qué venía aquel brindis, mientras los demás

gorilas continuaban mirándolo sin disimular su irritación.

CAPÍTULO 11

El almuerzo se prolongó durante unas tres horas, al cabo de las cuales Ferraro apareció por las escaleras llevando del brazo a su amigo, aquel anciano con el que parecía unirle una sólida y antigua amistad. Mary caminaba tras ellos, mezclada con el resto de los comensales pero sin hablar con nadie y con el semblante demudado en una expresión de disgusto, como si no viera el momento de largarse de allí. Bianquetti se separó de su lugar en la barra, donde se había permitido un abundante almuerzo por cuenta de Ferraro, y se acercó a Grégory, que ya lo estaba buscando con la mirada.

Ferraro y el otro anciano volvieron a abrazarse y a Bianquetti le pareció que se trataba de una despedida mucho más ceremoniosa de lo que habría cabido esperar. Como si en realidad no supieran a ciencia cierta si volverían a verse alguna vez, lo que no era descabellado teniendo en cuenta la edad de ambos, en especial la de aquel octogenario que se movía como si sus huesos fueran de cristal. Al abrazo le siguieron varios apretones de manos, palabras al oído y sonrisas amables que prolongaron la despedida durante varios minutos más de lo necesario, tras los cuales Ferraro y su nuera abandonaron el restaurante seguidos del resto del personal de seguridad.

Bianquetti fue directamente al coche en el que se montaron Ferraro y su nuera sin esperar a que Grégory se lo indicara. Tomó asiento y realizaron el trayecto hasta el hotel en silencio, sin que ninguno de los pasajeros hiciera el menor amago de iniciar una conversación.

Cuando llegaron al Parador Hotel Atlántico, Ferraro y Mary fueron directamente a sus aposentos, y Grégory dio instrucciones a los guardaespaldas para que patrullasen por el edificio hasta que llegase la hora de ponerse en marcha de nuevo. Bianquetti se acomodó en uno de los numerosos sofás que poblaban el vestíbulo, desde donde podía ver las evoluciones de los escoltas al tiempo que hacía la digestión.

—Saldremos sobre las ocho y media, así que estad atentos al WhatsApp — había dicho Grégory antes de tomar el ascensor junto a Caracerdo para dirigirse a su habitación.

Los escoltas que quedaron en el *hall* dedicaron unos minutos a organizarse en grupos y dividirse para hacer rondas por el edificio, excluyendo a Bianquetti del operativo, puede que al intuir que no iban a poder contar con él.

Se repantigó aún más en aquel sofá y observó a los muchachos, que se diseminaron por el vestíbulo. Se esforzaban en tratar de pasar desapercibidos, aunque sus trajes, sus rostros serios y la forma en que miraban alternativamente a un lado y otro hacían evidentes sus intenciones. Le pareció que solo les faltaba esconder el rostro detrás de unos periódicos agujereados para hacer aquella situación todavía más estrambótica y pensó que aquel circo le habría parecido gracioso de no haber estado tan cansado. Notó que los párpados se le cerraban por efecto del copioso almuerzo y de las cervezas con las que lo había regado, además de por el sueño acumulado de la noche anterior, que había pasado de un lado para otro con Regina, y no hizo nada por evitar quedarse dormido.

Cada vez que Bianquetti abría los ojos reparaba en que los guardaespaldas que custodiaban el vestíbulo eran otros. Permaneció varias horas en aquel estado de sopor, hasta que el cansancio se disipó y se incorporó a medias en su asiento.

Notó la mirada furiosa de algunos de los escoltas que pululaban por la zona, maldiciéndole sin palabras por ir a su aire. No esperaba que ninguno de ellos fuera a reprenderle, escarmentados por sus malos modos, aunque sabía que si Caracerdo hubiera aparecido por allí mientras dormía, tal vez habría tenido problemas. La presencia de aquel energúmeno le inquietaba y su actitud beligerante desbrozaba una hostilidad que no terminaba de entender. Tal vez se debiera al hecho de que fuera policía, pensó, y supuso que tendría antecedentes. Aquella masa de esteroides no debía de haber llegado a donde estaba sin reventar unos cuantos cráneos por el camino.

Sobre las ocho, su teléfono móvil emitió un débil pitido desde el interior de su chaqueta y cuando lo sacó encontró un escueto mensaje en el grupo de

WhatsApp de BULL EYE:

«En treinta minutos en el parking».

Vio a los guardaespaldas que montaban guardia en el *hall* ojear sus móviles y cruzar miradas cómplices que evidenciaron el hecho de que llevaban toda la tarde esperando aquella señal, aburridos de patrullar por el edificio. Bianquetti se puso en pie y caminó hasta la cafetería del hotel. Pidió un cortado y, cuando se lo sirvieron, respondió que podían cargarlo a la cuenta del señor Ferraro, lo que provocó los recelos del camarero.

—Me temo que eso no será posible, señor.

—Ya lo creo que sí.

Cogió el café y se lo llevó a una mesa. Vio llegar a otro camarero, posiblemente el jefe del anterior, y cruzaron algunas frases en susurros sin dejar de mirarle, pero ninguno de los dos se atrevió a decirle nada, así que se desentendió de ellos y disfrutó del cortado mientras llegaba la hora de irse.

Cuando solo quedaban unos minutos para que se cumpliese la media hora que les había concedido Grégory, Bianquetti se levantó, atravesó el vestíbulo y tomó las escaleras hasta el parking. Cuando llegó, los doce apóstoles ya estaban allí.

— ¿Dónde estabas? —se atrevió a preguntar uno de ellos, lo que le hizo pensar que habían estado hablando de él en su ausencia.

—Ni te lo imaginas.

Dejó la respuesta en el aire y, antes de que ningún otro se atreviera a volver a preguntar algo similar, las puertas del ascensor se abrieron y dejaron salir al grupo formado por Grégory, Caracero, Ferraro y Mary. El ricachón lucía una expresión risueña, como si la proximidad del partido hubiera operado un cambio en su estado de ánimo. Aquella impresión se vio reforzada cuando musitó un «Buenas noches» al que los apóstoles respondieron de forma atropellada. Se había cambiado de traje y ahora llevaba uno de color azul marino en cuya solapa brillaba un minúsculo escudo dorado del Real Madrid. Grégory le abrió la puerta de uno de los coches y Ferraro se lo agradeció con una sonrisa descafeinada.

Mary caminaba junto a Ferraro. Llevaba un abrigo oscuro de tres cuartos del que asomaban sus piernas enfundadas en medias negras y tocadas por unos tacones de aguja que resonaron en el suelo del parking como lo habría hecho el tambor de unas galeras. Esta vez llevaba a la vista aquellos ojos

grandes y oscuros que miraban sin ver. La única nota de color la ponían sus labios, pincelados de un rojo tan intenso que destacaba con impertinencia sobre su piel pálida.

Subió al coche a través de la puerta que Grégory le mantuvo abierta y Bianquetti tomó asiento en aquel mismo vehículo sin esperar a que nadie se lo dijera, dando por hecho que Grégory querría seguir teniéndolo cerca. Caracerdo y los doce apóstoles se repartieron en los otros tres coches.

—¿Le gusta el fútbol, Bianquetti?

Se volvió para mirar a Ferraro, que completó la pregunta con un gesto amable, invitándole a responder con sinceridad.

—No demasiado. Me va más el baloncesto.

—Ahora que lo dice, sí que tiene tamaño de jugador de baloncesto. ¿Es del Madrid o del Barça?

Dudó un momento antes de responder, temiendo la reacción del viejo si le decía lo que pensaba en realidad: que ambos equipos le importaban una mierda.

—Del Madrid, por supuesto.

El anciano le guiñó un ojo y palmeó la rodilla de la chica que le acompañaba, que parecía lejos de compartir su entusiasmo. A decir verdad, a Bianquetti le pareció que Mary habría preferido estar a muchos kilómetros de allí. Que asistía a todo aquel espectáculo por obligación y no tenía el menor interés en aparentar alegría o buen humor.

«Como yo», concluyó mientras se ponían en marcha.

CAPÍTULO 12

A través del retrovisor, Bianquetti tenía una visión perfecta del rostro de Mary, pero se obligó a no mirar en su dirección durante el trayecto. Algo le dijo que aquella mujer era muy consciente de las pasiones que despertaba en quienes la rodeaban y reaccionaba con una elegante discreción, siguiendo la estrategia de fijar la vista en un punto y no devolver ninguna de las ojeadas que recibía.

—Estás muy guapa, Mary.

Ferraro lo soltó como de pasada y Mary ignoró el comentario, así que el viejo no insistió y dedicó el resto del camino a mirar por la ventanilla. A medida que se acercaban al estadio Ramón de Carranza, la marea humana ataviada con los colores de ambos equipos se volvió más abundante y llegó a ocupar parte de la calzada, obligándolos a ralentizar su avance para no llevarse ningún aficionado por delante. Los cánticos de ambas hinchadas resultaban audibles incluso llevando las ventanillas cerradas, aunque evidentemente predominaban los de la afición local.

A Bianquetti siempre le había llamado la atención la devoción que derrochaba la afición del Cádiz CF, un entusiasmo tan desorbitado que no tenía nada que envidiar al de otros equipos más importantes, a pesar de militar en segunda división. Para los seguidores de un equipo tan modesto, la visita de un rival de la categoría del Real Madrid suponía todo un acontecimiento, motivo por el que la cantidad de aficionados que abarrotaba las calles era colosal, al igual que el amplio dispositivo policial desplegado. Se cruzaron con varias patrullas que vigilaban para asegurarse de que no se produjeran altercados e incluso vieron algunos policías a caballo que se abrían paso mientras lanzaban miradas hieráticas a su alrededor desde la altura que les otorgaban sus monturas.

Dejando a un lado el aspecto deportivo, a Bianquetti aquel ambiente

festivo le pareció una maldita ratonera, una pesadilla cuando se trataba de velar por la seguridad del hombre que llevaban en el asiento trasero y que en aquel momento miraba hacia el exterior con el rostro henchido de felicidad, a la manera de un muerto camino de su velatorio. En sus ojos brillaba aquella chispa juvenil que había advertido hacía unos minutos, embriagado del ambiente festivo que se respiraba a su alrededor.

Llegaron a las inmediaciones del estadio y avanzaron hasta la entrada del parking subterráneo ubicado bajo el coliseo. El acceso estaba custodiado por un buen número de vigilantes de seguridad, una cuadrilla que probablemente había sido reforzada debido a la importancia del partido, y, cuando se detuvieron frente a la barrera de acceso al aparcamiento, Grégory bajó la ventanilla para dirigirse a ellos.

—Buenas noches. Traemos al señor Ferraro.

Uno de los vigilantes consultó un documento que tenía sujeto a una carpeta de plástico y comprobó la matrícula de los coches. Una vez que les dio el visto bueno, indicó a sus compañeros que levantaran la barrera de acceso. Los cuatro vehículos se sumergieron en las entrañas del estadio, donde los gritos de los aficionados se vieron amortiguados merced a los gruesos muros de hormigón.

Tras varios minutos recorriendo el parking, Grégory detuvo el Audi en una plaza que lucía el cartel VIP, junto a un puñado de coches igual de ostentosos. Ferraro fue el primero en bajar.

—Venga, coño.

El exabrupto desconcertó a Bianquetti, aunque Grégory y Mary no parecieron en absoluto sorprendidos por aquella salida de tono. Ferraro, seguido del escolta, se dirigió al ascensor que debía llevarlos hasta las gradas con pasos cortos y rápidos que evidenciaron su nerviosismo. Mary caminaba varios pasos por detrás de estos, con su habitual expresión arisca, mientras trataba de seguirles el ritmo haciendo equilibrio sobre sus formidables tacones, y Bianquetti se colocó tras ella para cerrar la comitiva. Cuando entraron en el ascensor, justo antes de que se cerrasen las puertas, vio a los demás escoltas descender de sus respectivos vehículos capitaneados por Caracero, que miró en su dirección con furia.

Durante los segundos que duró la subida, Ferraro cambió varias veces el peso de un pie al otro y tarareó una cancioncilla infantil. Bianquetti miró su reloj y vio que todavía quedaban unos buenos quince minutos para el

comienzo del partido, aunque por la actitud nerviosa del anciano cualquiera habría pensado que llegaban tarde.

El ascensor los escupió en las entrañas de la Tribuna y, nada más abrirse las puertas, notaron el impacto sonoro de miles de gargantas que jaleaban a sus equipos, amplificadas por el hormigón que los rodeaba. Tomaron un tramo de escaleras y el terreno de juego apareció ante ellos, recorrido de arriba abajo por los jugadores de ambos equipos, que calentaban bajo la mirada y los cánticos del respetable.

Ferraro y Grégory empezaron a descender por la escalinata que debía llevarlos hasta sus asientos, y Bianquetti se retrasó a propósito para esperar a que Mary se situara delante de él. Mientras bajaban, la vio ignorar los codazos, silbidos y miradas suspicaces que su paso provocó en cada uno de los aficionados junto a los que pasaba, y estuvo seguro de que si ninguno de ellos le soltaba alguna grosería era por él. Para que no se les pasara por la cabeza la idea de intentarlo siquiera, se aseguró de repartir algunas ojeadas desafiantes a su alrededor.

Cuando llegaron a la fila en la que estaban ubicadas sus localidades, muy cerca del terreno de juego, Ferraro y Grégory se sentaron juntos. Mary se acomodó junto a su suegro y, antes de sentarse a su lado, Bianquetti hizo un recorrido visual por las inmediaciones para hacerse una composición de aquel lugar. En aquella zona del graderío, las localidades estaban protegidas del sol y la lluvia por una enorme visera. Detrás de ellos se encontraba el palco de autoridades, a unos veinte metros de su posición, y Bianquetti reconoció en él el perfil aguileño del presidente del Real Madrid, cuyo rostro le sonaba vagamente de algunos informativos y periódicos, aunque se dijo que si se lo hubiera encontrado en cualquier otro lugar y contexto no lo habría reconocido.

El público comenzó a aplaudir y Bianquetti vio que los jugadores acababan de terminar el calentamiento y se estaban retirando a los vestuarios, situados en los bajos de la Tribuna, para recibir las últimas instrucciones antes del choque. Echó una última ojeada al palco de autoridades y se preguntó por qué Ferraro no estaba en aquellos asientos, codeándose con otros empresarios y ricachones de su misma condición.

—¡La madre que os parió! —aulló alguien cerca de él, y al volverse descubrió que se trataba del propio Ferraro—. ¡Ya podéis correr, mancha de cabrones! ¡Tanta prima y tanta hostia para la mierda que hacéis!

El viejo liberó aquella sarta de insultos con el rostro congestionado, mientras Grégory sonreía por compromiso, como si acabaran de contarle un mal chiste. Mary fingió no oírle y Bianquetti dedujo que aquel era el motivo por el que Ferraro prefería ver el espectáculo mezclado con el resto del público y no junto a otros ricachones que no se sentirían demasiado cómodos con alguien que animaba de forma tan vehemente a su equipo. «Y eso que todavía no ha empezado el partido —pensó—. Habrá que ver cómo se pone si encajan un gol».

El anciano siguió insultando a los jugadores hasta que el último de estos desapareció por el túnel de vestuarios, momento en el que sustituyó los gritos por una sarta de maldiciones que masculló en voz baja, inaudibles para cualquiera que no estuviera a su lado. Bianquetti se olvidó de él y siguió inspeccionando las gradas a su alrededor. Las filas que estaban a su espalda se encontraban repletas de hinchas, incluidos algunos niños, ataviados con camisetas y bufandas de un equipo o de otro. Trató de detectar alguna posible amenaza en sus rostros recorriéndolos uno a uno, aunque tuvo que reconocer que no parecían más que aficionados sin otra preocupación ni motivo para estar allí que animar a su equipo.

Aun así, Bianquetti continuó con su inspección y varios críos se quedaron mirándole, probablemente aterrados por su aspecto sombrío. El único tipo que le llamó la atención fue un individuo de unos cuarenta años al que sorprendió en el momento en el que bebía de una petaca plateada que sacó con discreción del interior de su abrigo. Se encontraba a varias filas de distancia, muy cerca de la escalera por la que acababan de descender, y, cuando percibió la mirada de Bianquetti, se apresuró a esconder de nuevo la petaca y se embozó el rostro con una bufanda amarilla y azul.

Lo observó un instante antes de desentenderse de él y continuar su recorrido visual por cada uno de los sujetos que había a su espalda, a su izquierda y a su derecha. Solo dedicó un breve vistazo a los que tenían delante antes de decidir que ninguno de ellos representaba el menor peligro. Cuando hubo satisfecho la inspección, se sentó y comprobó que el estrecho asiento de plástico le venía bastante justo. Después dedicó una ojeada al resto del estadio, en el que nunca había estado antes, y le pareció una construcción faraónica y desmedida, teniendo en cuenta los escasos logros deportivos del equipo que lo regentaba.

Unos minutos más tarde llegaron varios de los guardaespaldas con

Caracerdo al frente y Bianquetti dedujo que los que faltaban debían de estar en el parking o patrullando por las inmediaciones. Los apóstoles se diseminaron a lo largo de la fila que ya ocupaban ellos y Caracerdo se quedó junto al pasillo, haciendo un evidente esfuerzo por encajar su corpachón en el pequeño asiento. Que ocuparan solo una fila le pareció una torpeza más que sumar a la larga lista de errores que había detectado en aquel descuidado dispositivo de vigilancia, ya que al dejar libres los asientos que Ferraro tenía delante y detrás, cualquiera con malas intenciones podría situarse en las proximidades del hombre al que debían proteger. «Vaya chapuza», resumió.

Los guardaespaldas que estaban más cerca de Bianquetti parecían muy entretenidos en una conversación sobre fútbol y futbolistas que cortaron en el momento en el que apareció por el túnel de vestuarios el trío arbitral seguido de los jugadores de ambos equipos. Por la megafonía del estadio comenzó a sonar el himno del Cádiz CF y el público se puso en pie y prorrumpió en aplausos y vítores. Bianquetti hizo lo mismo, más por integrarse en el ambiente festivo que por verdadero entusiasmo, y vio a algunas de las estrellas de la liga que ocupaban las portadas de la prensa deportiva a diario como lo que eran, simples mortales que hacían del deporte su profesión mientras a su alrededor varios miles de aficionados se encargaban de otorgarles condición de divinidad.

El sonido de un petardo le sorprendió, seguido de varias detonaciones más que parecían diseminadas por todo el estadio y que añadieron emoción al momento en el que los jugadores llegaban al centro del terreno de juego y devolvían el aplauso al respetable.

Entonces lo oyó. En realidad no supo si fue una corazonada, un mal presentimiento o simple casualidad, pero a Bianquetti le pareció advertir el sonido de una detonación a destiempo, distinta a las demás, y un movimiento a su lado le hizo girarse en el acto.

Vio a Ferraro caer desmadejado sobre el asiento que tenía delante, cuyo ocupante estaba en aquel momento puesto en pie mientras aplaudía, por lo que no se percató de lo que estaba sucediendo. Daba la impresión de que el anciano hubiera tropezado y se hubiera precipitado hacia delante y por un instante Bianquetti deseó que solo fuera eso. Que se tratase de un simple accidente y que el agujero de nueve milímetros que acababa de aparecer en la parte posterior de la cabeza del viejo no fuera más que un antojo o una marca de nacimiento. Por desgracia, era mucho pedir.

Vio a Mary llevarse una mano al rostro y retirarla manchada de sangre. No parecía haber reparado aún en lo que acababa de sucederle a Ferraro y, antes de que lo hiciera, Bianquetti la abrazó y, con la mano que tenía libre, sacó su revólver.

Buscó al tirador entre los aficionados que tenía a su espalda. Varios de ellos repararon en que iba armado, y se agacharon y empujaron unos a otros para apartarse de la trayectoria del revólver. Su instinto le hizo buscar al tipo de la petaca y le vio echar a correr en dirección a las escaleras, el rostro todavía embozado tras su bufanda amarilla y azul. Algunas personas que estaban a su lado lo señalaron y empezaron a gritar consignas que fueron apagadas por los aullidos del resto de los espectadores.

Los escoltas que estaban junto a Bianquetti comenzaron a decir algo, pero este no los oyó. Observó a Grégory agachado junto al anciano, calibrando las consecuencias del disparo que acababa de recibir, antes de mirar hacia la parte superior del estadio. Debió de ver también al tipo de la petaca tomar las escaleras, ya que salió corriendo detrás de él sin mediar palabra.

Desde el otro extremo de la hilera de asientos, Caracerdo le devolvió una mirada perpleja, puede que preguntándose la causa de tanto alboroto. Algunos de los guardaespaldas siguieron aplaudiendo como si nada, pero otros empezaron a intercambiar codazos y a mirar en su dirección. Un movimiento bajo su brazo le hizo recordar a la mujer que tenía acurrucada en su pecho, que se revolvió para mirar hacia el lugar en el que yacía su suegro. Tenía la mejilla manchada de rojo, a juego con sus labios, pero Bianquetti no vio ninguna herida y supuso que toda aquella sangre procedía del cráneo de Ferraro.

Se volvió hacia los apóstoles, que, ahora sí, enarbolaban rostros aturcidos y alucinados. Dudó entre dirigirse a ellos o a Caracerdo y creyó que sería más fácil tratar con los primeros.

—Llevala al coche —ordenó, haciendo que su vozarrón resonase sobre el bullicio—. No os detengáis hasta llegar al parking. Después llevala directamente al hotel y esperad.

Bianquetti trató de desembarazarse de Mary, que pareció tomar conciencia de lo que estaba sucediendo y se abrazó a él con más fuerza. Después de un breve forcejeo para conseguir que se soltara, los guardaespaldas se hicieron cargo de ella y se la llevaron prácticamente en volandas.

Sin esperar a ver si cumplían con su cometido, Bianquetti echó un último

vistazo al cuerpo sin vida de Carlos Ferraro y comenzó a correr detrás de Grégory y del asesino, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 13

Cuando llegó a las escaleras, Bianquetti miró en dirección a los tornos que permitían la entrada y salida de los asistentes al partido, y se preguntó si el asesino de Ferraro habría salido ya del estadio. La presencia de un buen número de policías y de vigilantes de seguridad en las inmediaciones le hizo desechar aquella opción, y decidió que, si hubiera sido él quien huía, habría preferido hacerlo escaleras arriba con la esperanza de mezclarse con el resto de aficionados y despistar así a sus perseguidores.

Tomó la decisión en una décima de segundo y empezó a subir las escaleras. A su alrededor atronaron los aullidos de los miles de personas que animaban a sus equipos con todas sus fuerzas y que no debían de haberse percatado aún del asesinato que acababa de tener lugar allí mismo.

Mientras corría hacia el nivel superior, se preguntó si no se habría equivocado de dirección, pero entonces vio a varias personas salir corriendo de una puerta que daba a los cuartos de baño. Sus rostros desencajados y sus expresiones de alarma le hicieron inferir que el asesino de Ferraro debía de haberse metido allí con la esperanza de despistar a sus perseguidores y Grégory habría entrado tras él.

Se abrió paso hasta el aseo a codazos y, cuando entró, se encontró con una escena rocambolesca. Grégory se hallaba de espaldas a él apuntando con su pistola al tipo de la petaca, que estaba detenido junto a los urinarios y le mostraba las palmas de las manos mientras suplicaba clemencia. El escolta susurró algo que Bianquetti no pudo oír, pero que hizo que el asesino del viejo abriera mucho los ojos y comenzara a negar con nerviosismo.

Supo lo que estaba a punto de suceder antes de oír el primer disparo y contempló la escena como la habría visto en una película: buscando el artificio sin terminar de creérsela. El cuerpo del asesino convulsionó como si hubiera recibido una descarga eléctrica y volvió a hacerlo a la segunda y a la

tercera detonación. El cuarto disparo le alcanzó cuando estaba ya de rodillas en dirección al sueño eterno.

—¡No!!

Al oír el bramido, Grégory se volvió hacia él. Por cómo le miró, supo que no esperaba verlo allí y mucho menos que fuera testigo del asesinato de aquel hombre. Bianquetti alzó el revólver en su dirección.

—¡Maldito psicópata! ¡Se había rendido! ¡Estaba acorralado! ¡¿Por qué coño lo has matado?!

Grégory empezó a negar con la cabeza y compuso una expresión que pretendía ser ingenua, pero que chocó frontalmente con la fiereza de sus ojos moviéndose en todas direcciones, calculando opciones y probabilidades de éxito.

—Pensé que iba a dispararme —empezó a decir y ni siquiera se esforzó en parecer sincero.

—Suelta la pistola —ordenó—. Ahora mismo.

—Estamos en el mismo equipo, Bianquetti.

—Y una mierda. Suelta el arma o te pego un tiro en los huevos.

El escolta le dedicó una ojeada silenciosa y supo que estaba preguntándose si se trataba de un farol o si de verdad sería capaz de someterle a una vasectomía desde aquella distancia. Al cabo de un instante, se agachó muy despacio y dejó la pistola en el suelo.

Tal vez fuera el cansancio provocado por la carrera o lo insólito de aquella situación, pero el caso es que Bianquetti tardó más de la cuenta en reaccionar cuando percibió un movimiento a su espalda. Por eso, cuando detectó la masa informe que se le venía encima ya era demasiado tarde.

Caracerdo le embistió con el hombro, con la contundencia y efectividad de un tren de mercancías, haciendo que saliera despedido hacia delante. Chocó contra los lavabos y cayó a varios metros de distancia, con un agudo dolor en el costado que le hizo temer haberse roto alguna costilla. Notó cómo una manaza le agarraba de la muñeca y otra lo desarmaba sin que sus dedos hicieran el menor esfuerzo por retener el revólver y cuando alzó la vista vio a Caracerdo empuñar su arma con una sonrisa sádica en el rostro, como un niño endemoniado el día de Navidad. De hecho, el revólver en sus zarpas se veía tan pequeño que parecía precisamente eso, un crío con un arma de juguete. A su lado, Grégory recogió su pistola del suelo y se la guardó. Después registró los bolsillos del cadáver y de uno de ellos extrajo otra

pistola, la que probablemente había utilizado aquel tipo para quitarle la vida a Carlos Ferraro.

Con el arma en la mano, Grégory cruzó una mirada con su esbirro y Bianquetti supo lo que estaba a punto de suceder. No dijeron nada, pero, por sus expresiones y por la forma en que evitaban mirar en su dirección, le resultó evidente lo que estaban pensando: su presencia como testigo del asesinato de aquel tipo resultaba un engorro que podían solventar en aquel mismo momento, con la misma pistola que había matado a Ferraro. Si le disparaban con ella, podrían aducir que había sido cosa del asesino, al que ellos habrían matado en defensa propia.

Por suerte, antes de que llegaran a tomar una decisión, una horda de policías emergió por la puerta del baño, apuntándoles con sus armas mientras gritaban órdenes confusas y resolvían, de paso, el dilema de aquellos dos, para alivio de Bianquetti. Caracerdo alzó las manos y Grégory se encaminó hacia los agentes sujetando el arma con dos dedos mientras trataba de explicar quién era y por qué estaba allí.

Bianquetti asistió al espectáculo desde el suelo y se arrastró hasta la pared que tenía a su espalda, constatando que el menor movimiento le provocaba un molesto pinchazo en el costado. Se recostó contra la pared, bajo un secador de manos, junto al cadáver del asesino de Ferraro, y dedicó una ojeada de desprecio a Caracerdo, que había dejado de sonreír ante la presencia de los policías que en aquel momento parlamentaban con su jefe. A una indicación de estos, dejó el revólver de Bianquetti en el suelo, aunque a suficiente distancia como para que este no pudiera alcanzarlo y regalarle un par de tiros, que era lo que en realidad le apetecía hacer en aquel momento.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el gigante se volvió hacia él y, en un gesto que podía encerrar un millón de significados diferentes, sonrió.

CAPÍTULO 14

Varias horas más tarde, Bianquetti continuaba en comisaría, sentado frente a la mesa del inspector Silva mientras notaba cómo los antiinflamatorios difuminaban el dolor del costado y comenzaban a embotar su capacidad de razonar. El temor a haberse fracturado alguna costilla merced al empujón de Caracerdo había resultado infundado, y había escapado del choque sin más consecuencias que aquella contusión que le acompañaría durante unos días en forma de dolor muscular. Todo un milagro, sentenció, ya que la contundencia del golpe y la inercia aportada por el corpachón del escolta podrían haber tenido consecuencias mucho más graves.

A esa hora de la madrugada apenas había personal de servicio y, después de haber tenido que repetir varias veces su versión de los hechos, lo agradeció. En ningún momento había dejado de repasar mentalmente lo sucedido, pero todavía no había podido encontrarle una explicación lógica, por lo que se había limitado a relatar los hechos concretos, reservándose su opinión hasta contar con más datos con los que poder elaborar algo parecido a una teoría que poner sobre la mesa.

Cuando Silva regresó llevaba una botella de agua en cada mano. Colocó una frente a Bianquetti y tomó asiento al otro lado. Permaneció en silencio unos instantes, agasajándole con una mirada curiosa a la que este respondió cerrando los ojos mientras dejaba que el ibuprofeno hiciese su trabajo.

—Vaya mierda.

Esta vez sí, Bianquetti abrió los ojos y miró a su antiguo compañero, quien trató de fingir indiferencia mientras abría su botella y daba un largo trago.

—¿Mierda? —Hizo un esfuerzo para no ponerse a gritar—. Este asunto apestaba desde el principio. Lo sabes, ¿no?

—No digas tonterías. ¿Cómo iba a saber que sucedería algo así?

—El dispositivo de seguridad era ridículo. No se puede encomendar la

seguridad de alguien como Ferraro a una panda de niños sin experiencia.

—Hemos hablado con ese tal Grégory e insiste en que el procedimiento que siguieron fue el habitual en estos casos —argumentó—. De hecho, te incluyó en el dispositivo a ti, un inspector de policía bastante experimentado. Eso debería decir mucho a su favor.

—Grégory es un hijo de puta. Acribilló a aquel tipo cuando ya estaba acorralado y desarmado.

—Dice que se sintió amenazado. Que sacó su arma y no tuvo más remedio que dispararle.

—Yo estaba allí, Silva. No sacó nada de nada. Se había rendido.

—Su compañero apoya su versión, Bianquetti.

El recuerdo de la tez rosada de Caracerdo le hizo apretar los dientes.

—¿Y qué hay de ese? Me tiró al suelo y me desarmó. ¿Te parece lógico?

—Dado su tamaño, tienes suerte de que se conformara con eso.

Silva rio su propia ocurrencia, pero la expresión furiosa de Bianquetti le instó a volver a ponerse serio.

—Nos ha contado que te vio sacar el arma y encañonar a su jefe. Tal vez tú habrías hecho lo mismo en su situación, pero si quieres denunciarlo, adelante.

—¿Así que no me crees?

Silva esquivó la pregunta dando otro trago. Cuando terminó de beber, enroscó el tapón y dejó la botella a un lado del escritorio.

—Lo que creo es que no debería haberte recomendado para este trabajo. Lamento haberte metido en esto.

—Es tarde para lamentos.

—¿Quieres que te pida perdón de rodillas o algo así?

—Lo que quiero es que me hagas caso cuando te digo que Grégory y Caracerdo son dos hijos de perra.

—Tal vez lo sean —concedió—, pero ellos no mataron al señor Ferraro.

Bianquetti negó con la cabeza, incapaz de encontrar un argumento con el que convencer a su excompañero de que lo escuchara.

—¿Qué hay del tirador? ¿Lo habéis identificado?

—Sí.

Esperó a que añadiese algo más, pero no lo hizo. El gesto bastó para dejarle claro que la investigación seguía bajo secreto de sumario y que él continuaba suspendido de empleo y sueldo, por lo que Silva no tenía intención de contarle nada. Si estaba allí era en calidad de testigo y poco más.

Reprimió una blasfemia y se echó hacia atrás en la silla con los brazos cruzados. Se tomó un momento para ordenar sus ideas y empezó a reflexionar en voz alta.

—No vi ningún rifle —dijo— y es imposible que aquel tipo hubiera podido introducir un arma de ese tamaño en el estadio, así que probablemente utilizó la pistola que llevaba en el abrigo.

Silva lo miró impasible, sin afirmar ni desmentir nada, aunque Bianquetti no necesitó que lo hiciera.

—Estaba unas nueve filas por detrás de nosotros, así que calculo que lo separaban unos doce o quince metros de su objetivo. A esa distancia, con una simple pistola y a pesar del jaleo que en aquel momento había a nuestro alrededor, acertó justo en la cabeza de Ferraro. Pocas personas son capaces de hacer algo así, lo que me lleva a pensar que se trata de un tirador muy experimentado. Un policía o... ¿Un militar, tal vez?

La comisura de los labios de Silva se contrajo de forma involuntaria y casi imperceptible, lo justo para que supiera que sus sospechas no iban desencaminadas.

—Un exmilitar metido a asesino a sueldo —tanteó, y Silva terminó de torcer el gesto—. Un rato antes de disparar contra Ferraro le vi dar un trago de una petaca que habréis encontrado en sus bolsillos. Como si estuviera cogiendo fuerzas. Eso me hace pensar en un exmilitar que lleva tiempo en horas bajas, puede que acumulando deudas, y que vio en este encargo una oportunidad de redimirse.

—Más vale que te vayas a descansar, Bianquetti.

Ya no quedaba ni rastro de camaradería en su tono, como si la cordialidad entre ambos hubiera desaparecido a medida que se acercaba a la verdad.

—¿De verdad no vas a contarme nada? —insistió—. Tú me has metido en esto, Silva. Me lo debes.

—¿Que te lo debo? —Alzó la voz—. Por si no te lo imaginas, yo mismo estoy en la cuerda floja por tu culpa. Solo pretendía echarte una mano, pero había olvidado que todo lo que tocas se convierte en mierda.

—¿Me tomas el pelo?

—Eso obviando el hecho de que accediste armado a un recinto en el que había miles de personas —le increpó hurgando en la herida—. Grégory me ha contado que, además, te negaste a obedecer algunas órdenes y que en todo momento te comportaste como si todo te importara una mierda, lo que por

otra parte tampoco me sorprende.

Bianquetti se puso en pie con rapidez y apretó los dientes al notar la cuchillada de dolor que le produjo aquel movimiento. Se llevó una mano al costado de forma involuntaria, pero trató de que su voz sonara firme.

—Empiezo a pensar que confías más en ese puto guardaespaldas que en tu antiguo compañero.

—Lárgate a descansar —sentenció Silva—. Aquí no tienes nada que hacer.

En lugar de responder, Bianquetti cogió la botella de agua intacta y la lanzó con rabia al otro extremo de la sala. Esta impactó contra la pantalla de un ordenador y la tiró al suelo, provocando un estruendo que rebotó en las paredes de la sala vacía.

—Como sigas... —empezó a decir Silva.

—Como no cierres la boca, te rompo la nariz. Verás qué guapo vas a estar.

Silva apretó los dientes, obligándose a ignorar la amenaza, y Bianquetti abandonó la sala con pasos furiosos. Sabía que si permanecía allí un minuto más, oyéndole defender a Grégory y a Caracerdo, terminaría arrojándolo por la ventana.

Cuando llegó a la entrada del edificio, vio que había comenzado a llover. El diluvio azotaba la ciudad con fuerza, con truenos tan profundos y sonoros como los retortijones de un coloso, y Bianquetti decidió esperar unos minutos a que la tormenta amainase bajo los soportales de la escalinata que daba acceso a la comisaría. Sacó un cigarrillo y comenzó a jugar con él mientras rememoraba la conversación con Silva y llegaba a la conclusión de que, por mucho que le jodiera, este tenía razón: no pintaba nada allí y no tenía ningún motivo para inmiscuirse en aquella investigación. No iba a tener más remedio que acallar su malsana curiosidad, si no quería meterse en un lío todavía mayor.

Mientras esperaba a que escampase o a que la tormenta perdiera intensidad para ponerse en marcha, se le pasó por la cabeza la posibilidad de telefonar a Cristina o tal vez a Regina, pero sabía que en aquel momento no iba a ser una buena compañía para nadie, así que prefirió no hacerlo. El recuerdo de Mary le asaltó sin avisar y rememoró el momento en el que la había tenido entre sus brazos, con un aspecto tan indefenso como el de un pajarillo que hubiera caído del nido. Estaba tan concentrado en aquel recuerdo que no se dio cuenta de que estaba destrozando el cigarrillo hasta que lo tuvo convertido en un amasijo en su mano. Maldijo en voz baja y lo tiró a un lado.

—Vaya noche, ¿eh?

La voz venía de detrás de él y, al volverse para buscar a su propietario, vio a un individuo rechoncho ataviado con un blazer azul marino, con aspecto de profesor universitario. No le había oído llegar y se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Su aspecto no le sonaba de nada y se preguntó si no se trataría del nuevo comisario, del que Silva le había hablado el día anterior. «Lo que faltaba», sentenció para sus adentros.

Volvió la vista al frente sin responder. Le pareció que el desconocido no iba demasiado abrigado, así que supuso que habría salido a fumar y en breve volvería a entrar en el edificio. No necesitó mirarlo para notar el examen visual al que lo estaba sometiendo. En lugar de protestar, se dejó observar, confiando en que su aspecto fuera lo suficientemente temible como para que el desconocido no volviera a intentar iniciar una conversación.

—¿Un mal día?

Esta vez, Bianquetti emitió un bufido de fastidio y negó con la cabeza. Después se volvió hacia aquel individuo que parecía empeñado en hacerse el simpático y le dedicó una mirada sombría, la más tenebrosa de su repertorio, con la que esperaba que se percatara de que no era el mejor día para intentar intimar con él. Sin embargo, el desconocido no pareció darse por aludido, ya que no hizo otra cosa que guiñarle un ojo y sonreír a medias mientras encendía un cigarrillo. Después le ofreció otro.

Al intuir que no iba a ser capaz de callar a aquel tipo si no era por las bravas, Bianquetti cogió el cigarrillo que le estaba ofreciendo y se lo guardó en un bolsillo. Después le dio la espalda, se subió las solapas del abrigo en torno al cuello y bajó la escalinata en dirección a la noche.

—De nada —le oyó decir.

La lluvia lo recibió azotándole las mejillas, como si le hubieran arrojado un puñado de alfileres al rostro, y se alejó a paso torvo, quedando empapado de pies a cabeza en cuestión de segundos. Cuando se hubo alejado lo suficiente, volvió la cabeza con discreción y vio que el tipo del blazer seguía donde lo había dejado, varado bajo los soportales de la comisaría mientras miraba en su dirección, fumando a solas como si no tuviera nada mejor que hacer. Estuvo tentado de gritarle que se metiera en sus malditos asuntos, pero dudaba que desde aquella distancia pudiera oírle, así que se arrebujó en el abrigo y se obligó a seguir caminando.

CAPÍTULO 15

Cuando despertó, notó la boca seca y un tremendo dolor de cabeza que temió que lo acompañase durante todo el día. Al intentar cambiar de postura, un acceso de dolor en las costillas le recordó de golpe todo lo sucedido el día anterior y, apretando los dientes, se incorporó a medias en la cama. En la penumbra de su dormitorio, echó un vistazo al reloj que tenía sobre la mesita de noche, junto al revólver, y llegó a la conclusión de que ya se había permitido descansar lo suficiente, si es que se podía llamar «descansar» a aquel estado de ansiedad que lo había mantenido toda la noche con la vista clavada en el techo, embotado por efecto de los antiinflamatorios y sin poder dejar de darle vueltas a lo sucedido.

Las pocas horas que había conseguido dormir le habían dejado retazos incongruentes de algunas pesadillas en las que se mezclaban los rostros de Grégory, de Ferraro y de Mary. Decidió fulminarlas con la ayuda de un café bien cargado y se puso en pie trabajosamente, con la espalda dolorida y las piernas congestionadas. «Si una simple carrera es capaz de dejarme en este estado, debería hacérmelo mirar», sentenció para sus adentros.

Anduvo hasta la cocina, preparó la cafetera y la puso en el fuego. Después buscó en los cajones una caja de ibuprofeno que recordaba haber visto allí hacía tiempo. Cuando la encontró, reparó en que la fecha de caducidad era de hacía unos meses, pero no le dio importancia y se metió dos pastillas en la boca. Encontró un vaso que parecía limpio y lo olisqueó en busca de algún olor extraño antes de llenarlo de agua y beber para hacer descender la medicina.

El recuerdo de Caracero y de su sonrisa feroz le asaltó a traición, y lamentó no haber tenido oportunidad de devolverle el golpe. El gorgoteo de la cafetera lo sacó de sus ensoñaciones y fue a la cocina para apartarla del fuego.

Armado con un café, cogió su teléfono móvil y marcó el número de Cristina.

—Buenos días, Manuel.

Su tono tranquilo le reconfortó al momento y todo lo sucedido la noche anterior quedó en un segundo plano como por arte de ensalmo. Cada vez que oía su voz experimentaba la misma sensación de serenidad, como si los problemas de su día a día se arrinconasen en un lugar de su mente hasta volverse insignificantes. Una sensación a la que estaba empezando a acostumbrarse.

—Buenos días. Espero no haberte despertado —dijo mientras se acomodaba en el sofá.

—Son casi las doce de la mañana.

—Ya.

—¿Una mala noche?

—Tan mala como un trago de sulfumán.

La oyó reír y le pareció que el café y su risa combinaban extraordinariamente bien.

—Por cierto, ¿qué sucedió con aquel trabajo del que me hablaste? —preguntó Cristina, y la realidad le golpeó con su mazo inmisericorde—. ¿Lo aceptaste?

—Sí. —Se permitió un instante para asimilar la pregunta y escoger una respuesta adecuada—. De hecho, ayer estuve todo el día trabajando.

—Es una buena noticia. ¿Te han pagado bien?

—No me puedo quejar.

—En un rato me iré a trabajar, pero esta noche podríamos vernos. Así me lo cuentas con más detalle.

—Me encantaría.

—Estaré en casa a partir de las diez y media.

Después de colgar, Bianquetti permaneció unos minutos más con el teléfono en las manos, pensando en lo agradable que resultaba tener un lugar y una persona a la que acudir, pero la sonrisa que patinó por su rostro no tardó en oscurecerse a medida que los recuerdos de lo sucedido la noche anterior iban desfilando ante sus ojos.

No era la primera vez que veía morir a alguien, pero había algo en la forma en la que Ferraro había dejado de existir que le parecía grotesco, inverosímil. Había pasado de un «es» a un «era» sin darse cuenta; de desgañitarse

insultando a los jugadores de su equipo a caer sobre el asiento que tenía delante con un agujero en el cráneo.

Visualizó al asesino, al que había visto beber de su petaca en busca de fuerzas para lo que estaba a punto de hacer. Había cruzado su mirada con él y la había ignorado sin más, al creerle inofensivo. Se había confiado, se había equivocado, y eso le había costado la vida al hombre al que le habían encargado proteger.

A su cabeza regresó la imagen de Mary llevándose la mano al rostro y retirándola manchada de sangre y restos de materia gris de su suegro. Recordó a los doce apóstoles, perplejos y con rostros desconcertados mientras Grégory salía detrás del tirador. A pesar de lo rápido que había sucedido todo, las imágenes aparecían tan nítidas en su cabeza que pudo observarlas con detenimiento y cuestionarse varias incongruencias.

Una de ellas era que Grégory hubiera abandonado a Mary sin más para echar a correr detrás del asesino, lo que le pareció una negligencia imperdonable, y se preguntó qué habría sucedido de no haber estado él allí. Probablemente los apóstoles se habrían quedado donde estaban, preguntándose unos a otros si habían visto algo mientras algún espectador bienintencionado llamaba a la policía.

Abrió el navegador del teléfono móvil e introdujo las palabras «tiroteo, Ramón de Carranza, fútbol». Encontró varias noticias referidas a lo sucedido y abrió una de ellas al azar. Tras resumir en varias líneas que el despliegue policial practicado en el estadio del Cádiz CF no había sido suficiente para evitar un tiroteo durante el encuentro, identificaba a los fallecidos por sus iniciales. El tal C. F. M. tenía que ser Carlos Ferraro, por lo que las iniciales A. S. D. debían de corresponder a su asesino y Bianquetti las memorizó. El resto de la noticia era igual de escueto y no hablaba de la persecución en pos del asesino de Ferraro ni de la intervención de Grégory como verdugo de este. No encontró declaraciones de ningún testigo, pistas sobre el motivo del tiroteo ni la versión oficial de los hechos emitida por la policía, con la excusa de que la investigación aún estaba abierta.

Dispuesto a conseguir algo de información, cerró el navegador y marcó el número de Miguel Morgado, que contestó con su delicadeza habitual.

—Coño, Bianquetti.

El veterano debía de estar en comisaría en aquel momento, y casi pudo imaginárselo sentado en su despacho mientras leía el *Marca* en la pantalla del

ordenador.

—¿Cómo vas, Morgado?

—No me va mal. Al menos mejor que a ti, por lo que he oído.

Bianquetti asumió, por las palabras de su antiguo compañero, que se encontraba en boca de todos los agentes de servicio. Fue el propio Morgado quien verificó sus sospechas.

—Por aquí no se habla de otra cosa. La muerte de ese tipo en medio de un partido de fútbol ha dejado en evidencia a los compañeros encargados del dispositivo de seguridad del estadio.

—Pues vi a muchos policías por las inmediaciones.

—El choque estaba catalogado como «de alto riesgo», así que el dispositivo fue espectacular. Eso sí, la mayor parte de los efectivos estaban diseminados por la zona del graderío donde, presumiblemente, iban a acomodarse los hinchas más radicales de ambos equipos. En Tribuna nunca pasa nada.

—Hasta que pasa.

—Correcto.

Durante el año que había trabajado en la comisaría de Cádiz, Morgado había sido el único policía con el que había experimentado algo parecido a la amistad, aunque le costaba llamarlo de esa manera. Estaba encargado de la custodia del archivo físico de aquellas dependencias, una labor prácticamente inexistente desde que empezaron a almacenarse los datos de forma digital, por lo que día tras día apenas hacía otra cosa que leer la prensa, tomar cafés y charlar con otros compañeros. Por ese motivo solía estar enterado de todo lo que se cocía en el edificio.

—Morgado, ¿te suenan de algo las iniciales A. S. D.?

—Antes de responder, debo decirte que esta mañana ha estado Silva por aquí.

La mención del inspector le obligó a ahogar una retahíla de insultos y dedujo que aquel zoquete iba a estar pendiente de cada paso que diera.

—Quería saber si te habías puesto en contacto conmigo —continuó Morgado— y me ha advertido que no hable contigo sobre nada referente al asesinato de ese tipo.

—No pensaba preguntarte nada de eso.

—Mejor. Respecto a las iniciales A. S. D., pueden significar cualquier cosa. Antonio Saldaña Dávila, por ejemplo.

—Gracias de todas formas —dijo y memorizó la información sin molestarse en reprimir una sonrisa.

—No hay por qué darlas —titubeó antes de continuar—. Respecto al otro asunto...

—Estoy en ello, Miguel.

Creyó que llamarlo por su nombre le haría sentirse más tranquilo y le empujaría a seguir confiando en él. Morgado captó la intención y cambió de tercio.

—¿Cómo va el Kadett? ¿Ya lo has llevado al desguace?

—Todavía no.

Su risa retumbó al otro lado de la línea. Aquel vehículo destartado había servido al Cuerpo Nacional de Policía desde tiempos inmemoriales, aunque estaba tan deslustrado y hecho polvo que hacía mucho que ninguno de los agentes de servicio lo utilizaba y había quedado relegado a un rincón apartado del parque móvil, hasta que Bianquetti empezó a usarlo. Por eso, cuando el mismo día que le comunicaron que estaba suspendido de empleo y sueldo lo cogió sin más, nadie se lo impidió. A decir verdad, aunque no creía que nadie fuera a echar de menos aquella tartana, esperaba que en cualquier momento lo llamaran de comisaría para preguntarle si, por casualidad, él la había tomado prestada.

—El tipo que estaba al mando del operativo para proteger a Ferraro se llama Grégory. ¿Podrías contarme algo sobre él?

—Podría. Dame unos días.

—Te llamaré mañana.

Colgó y probó un sorbo de café, que se había quedado frío. Después se puso en pie obviando el dolor del costado, caminó hasta la cocina y se sirvió el resto de la cafetera.

CAPÍTULO 16

Bianquetti estacionó el Kadett a un lado de la calle Marinero en Tierra y observó el portal del edificio en el que, según la web de las *Páginas Blancas* de Telefónica, vivía un tal Antonio Saldaña Dávila. Fue una suerte que su nombre apareciera en el boletín, ya que no todos los abonados a la compañía telefónica daban su consentimiento para que así fuera y, aunque sabía que había muchas posibilidades de que se tratase de «otro» Saldaña Dávila distinto al que andaba buscando o de que esa dirección fuera antigua y se hubiera quedado desfasada hacía años, decidió que no perdería nada por intentarlo.

Bajó del coche y empezó a caminar hacia el edificio, pero detuvo su avance cuando vio un zeta de la Policía Nacional estacionado en doble fila. Se acercó de forma discreta para asegurarse de que estaba vacío y, aunque el coche podía estar ahí por cualquier otro motivo, inspeccionó los alrededores de todas formas.

La presencia del Citroën negro de Silva confirmó sus sospechas. Estaba aparcado algo más adelante que el zeta y Bianquetti dio media vuelta y volvió a su coche mientras ojeaba las inmediaciones con disimulo. Al no ver a Silva, supo que se encontraría dentro del edificio, registrando el domicilio del asesino de Carlos Ferraro y puede que interrogando a sus vecinos y a quien viviera con él, si es que vivía con alguien.

Una vez que estuvo de nuevo al volante, sacó un cigarrillo con el que hacer más llevadera la espera y durante media hora no hizo otra cosa que retorcerlo entre los dedos, sin encenderlo. Transcurrido ese tiempo vio a Silva salir del portal del edificio que estaba vigilando, seguido de una pareja de agentes. Le pareció que el inspector estaba más serio de lo habitual, con el rostro contrariado de quien no ha encontrado las respuestas que andaba buscando. Uno de los agentes que lo acompañaban llevaba una caja de cartón que debía

de contener los efectos personales y la documentación del fallecido.

Antes de subirse al coche, Silva echó un vistazo a su alrededor con la frente arrugada, como un zorro que hubiera olisqueado una presa en las proximidades, y por un momento Bianquetti temió que hubiera detectado su presencia. Sin embargo, su mirada resbaló sobre el Kadett sin detenerse y, tras un instante de indecisión, se puso al volante y se marchó. Al poco, el zeta hizo lo mismo.

Bianquetti se dijo que si había alguien en el domicilio de Saldaña, y su instinto le decía que así era, la visita de Silva y de los dos agentes debía de haberle dejado traspuesto, y creyó oportuno dejar pasar unos minutos antes de probar suerte. Para hacer tiempo, sacó su teléfono y buscó en la agenda el número de Sol. Mientras daba tono, trató de calcular cuándo había sido la última vez que había hablado con su hija, pero hacía tanto que fue incapaz de recordarlo antes de que su voz se materializase al otro lado.

—Hola, papá.

El saludo le transmitió de inmediato una sensación de paz y aplacó la inquietud que le había embargado durante los últimos días, meses y años. Como siempre que hablaba con ella, se preguntó por qué diablos había dejado pasar tanto tiempo desde la última vez que la había escuchado. Era Sol, su niña, la que siempre tenía una palabra alegre en los labios y nunca le censuraba por su dejadez.

—¿Te pillo ocupada?

—No te preocupes, ya me tocaba hacer un descanso.

—¿Cómo anda todo por allí?

Sol empezó a ponerle al día y le habló de exámenes, de clases particulares y de un concierto al que iba a ir al final de esa semana. Bianquetti la escuchó con placidez y dejó que su tono despreocupado le inundase, instalándose en el lugar que hasta hacía unos minutos habían ocupado sus problemas. La única persona con la que había llegado a experimentar una sensación parecida era Cristina, pero no se podía comparar ni de lejos con la serenidad que sentía cuando oía a Sol hablar de cualquier cosa, mezclando el entusiasmo de sus casi dieciocho años con una madurez que siempre le sorprendía.

—¿Qué tal marcha la investigación privada? —quiso saber y le pareció que últimamente todo el mundo le preguntaba lo mismo—. ¿Te ha salido algún trabajo interesante?

—Tengo algunos asuntos entre manos.

—Me alegro.

—¿Y tú cómo andas? ¿Los exámenes qué tal?

—Bien.

Le pareció que titubeaba antes de responder, algo inusual en ella, y esperó un instante para dejar vía libre por si quería añadir algo más, pero Sol también guardó un obstinado silencio que terminó de convencerle de que le estaba ocultando algo.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer el año que viene?

—Sí.

Otra vez se produjo aquel silencio, que le hizo apretar la oreja contra el auricular para poder oír cualquier sonido que se produjese al otro lado.

—¿Y bien?

El suspiro que siguió a aquella pregunta, lejos de aclarar sus dudas, terminó de emborronarlas. La última vez que tuvieron aquella conversación sobre su futuro, Sol intentaba decidirse entre realizar el grado de Magisterio o estudiar Derecho, sin tener todavía las ideas claras. Que hubiera tomado una decisión debía de ser algo positivo, si bien sus reticencias a contárselo le hicieron temer lo peor.

—Voy a ser policía.

La revelación le produjo una sensación de vértigo, como si el suelo se hubiera abierto bajo las ruedas del Kadett, precipitándole a los infiernos. De repente, se dio cuenta de que no quería tener aquella conversación, al menos hasta que tuviera oportunidad de pensar en ello y de buscar alguna forma de disuadirla. Porque ni loco quería esa vida para ella, se dijo.

—Sol...

No supo cómo seguir. Sol emitió un bufido que sonó como si una ráfaga de aire se hubiera instalado en la línea, aumentando la distancia entre ambos.

—No pienses que es algo que se me ha ocurrido y ya está —se explicó—. Llevo mucho tiempo dándole vueltas y creo que sería una buena policía.

Bianquetti reparó en que no había dicho que le gustaría ser policía ni que estaba pensando en prepararse las oposiciones. Sus palabras exactas habían sido «Voy a ser policía», y la conocía lo suficiente como para saber que se trataba de una sentencia inapelable. Si se lo proponía, nada ni nadie le impedirían alcanzar su objetivo, y eso era lo peor de todo. Aun así trató de buscar algún argumento con el que convencerla de que, al menos, se lo pensase mejor.

—Así que policía.

Sol no tuvo que decir nada para que Bianquetti intuyera el enfado que le provocaron aquellas tres palabras, tan desalentadoras y condescendientes que no podía creer que hubieran salido de su boca.

—Es algo que tengo que hacer y ya está —afirmó—. Quiero ayudar. Así evitaré que otras chicas pasen por lo que yo pasé.

Ahí estaba, agazapado, el terrible suceso que la había marcado para siempre. A los dieciséis años, Sol había sufrido una paliza a manos de un desgraciado, un chico «normal» que un mal día degeneró en una mala bestia que la usó como blanco de sus golpes. A pesar de que no sufrió heridas de gravedad, pasó casi un año en tratamiento psicológico, hasta que estuvo recuperada del todo, aunque aquella repentina decisión de convertirse en agente de la ley le hizo preguntarse si de verdad estaba recuperada de las secuelas de aquella experiencia o si las había asimilado en forma de trauma en las profundidades de su subconsciente. Sol acababa de reconocer que aquel suceso estaba detrás de su decisión de hacerse policía y el hecho de que una experiencia como aquella dictase las decisiones que iba a tomar a lo largo de su vida le pareció algo tan peligroso como inevitable.

—Eres mayor para tomar tus propias decisiones —empezó a decir y supo que lo más sensato sería dejarlo ahí, pero no lo hizo—, aunque hay muchas maneras de ayudar y no todas implican ponerse detrás de una placa.

—Creía que tú, más que nadie, me entenderías.

—Entiéndeme tú a mí —respondió, pese a saber que se estaba poniendo a la defensiva—. He visto demasiada mierda a lo largo de mi carrera, más de la que nunca creí que fuera capaz de soportar. Comprenderás que no me haga ilusión, precisamente, saber que vas a pasar por lo mismo.

—¿Y crees que es mejor alejarme de toda esa mierda? ¿Acaso así estaré a salvo?

Pese a tener una réplica preparada en la punta de la lengua, Bianquetti se obligó a callar, ante la certeza de que cualquier cosa que dijera solo empeoraría la situación.

—Mira, tengo que seguir estudiando. Ya hablaremos.

—Sol...

—No me esperaba esto de ti. De mamá puede, pero no de ti.

Cortó la comunicación y el teléfono inerte entre sus manos le devolvió a la realidad con la contundencia de un puñetazo en plena cara. Bianquetti guardó

el móvil, apretó el volante con ambas manos y soltó una tonificante palabrota que reverberó en el habitáculo del Kadett.

Dejó pasar unos minutos mientras se recomponía y daba vueltas una y otra vez a la conversación en su cabeza, preguntándose qué podría haber dicho para que hubiera terminado de una manera diferente. Al cabo de un rato, concluyó que ya no tenía solución y que más le valía dejar que Sol digiriese el enfado antes de volver a hablar con ella.

Movió la cabeza de un lado a otro para sacudirse la irritación y esperó hasta que vio a una anciana aproximarse al portal del edificio donde se encontraba el domicilio de Saldaña. Bajó del Kadett y alcanzó el portal a la carrera, justo a tiempo para entrar detrás de ella antes de que la puerta se cerrase. Ignoró su mirada desconfiada mientras examinaba los buzones en busca del apellido Saldaña.

La inspección de los buzones le permitió averiguar dos cosas: que el domicilio de Antonio Saldaña Dávila estaba en el piso 5º D y que con él vivía una tal Belinda Chamorro Sigüenza. Se acercó al ascensor y se colocó junto a la señora que le había permitido el acceso al edificio, que lo miró con recelo. La perspectiva de compartir el ascensor con él pareció aterrarla y, sin decir nada, la anciana le dio la espalda y tomó las escaleras.

«Le vendrá bien algo de ejercicio», pensó Bianquetti mientras la veía marchar.

Llamó al timbre, pero no le pareció que produjese sonido alguno y aguardó un instante antes de llamar de nuevo. Cuando estaba a punto de hacerlo por tercera vez, la puerta se abrió de golpe y dejó asomar a una muchacha pecosa de unos veintidós o veintitrés años.

—¡Joder! —Fue lo primero que soltó, aunque empezó a arrepentirse en cuanto reparó más detenidamente en la apariencia de Bianquetti. Se puso lívida, pero aun así encontró fuerzas para seguir aparentando estar enfadada —. No hacía falta llamar tanto.

Bianquetti empezó a articular una disculpa, pero el llanto de un crío procedente de algún lugar en el interior del piso acaparó por completo la atención de la joven, que le dio la espalda y anduvo en dirección a los sollozos, dejándole en el rellano solo y desconcertado. Desde allí vio a la chica desaparecer en el interior de una de las habitaciones y, sin saber qué

otra cosa hacer, entró en el piso y cerró la puerta a su espalda.

Avanzó hasta el salón y reparó en que los escasos muebles que poblaban aquel espacio estaban desparejados y rotos por las esquinas, lo que le hizo sospechar que los habían heredado o tal vez rescatado de algún contenedor de basura. En las paredes, amarillentas y llenas de desconchones, no había fotografías ni cuadros que dieran al piso un aspecto más personal y menos tétrico. El único lugar para sentarse era un arcaico sofá de espuma con un estampado horrible que apenas lograba disimular las manchas y, frente a este, había una mesa de centro repleta de platos sucios y cercos de una sustancia marrón que Bianquetti intuyó o más bien esperó que fuera café. El sueño húmedo de cualquier cucaracha, pensó.

A un lado del salón había un aparador con las patas delanteras calzadas con cuñas de madera y aspecto de estar a punto de venirse abajo, en el que descansaba un televisor de tubo. En la parte superior del mueble había varias fotografías enmarcadas y reconoció a Saldaña en dos de ellas. En una aparecía bastante más joven de lo que recordaba, vestido de militar con un rifle en las manos en lo que parecía un campo de maniobras y en la otra, mucho más reciente, posaba junto a la muchacha que acababa de abrirle la puerta. Ambos dedicaban a la cámara sonrisas despreocupadas o, mejor dicho, el tipo de sonrisas que las personas preocupadas suelen blandir para aparentar despreocupación.

Bianquetti detectó la puerta que daba a la cocina. Como la muchacha se estaba tomando su tiempo en volver, anduvo hasta allí y comprobó que estaba tan sucia y descuidada como el salón. Los muebles eran antiguos, de una tonalidad amarillenta que en sus orígenes debía de haber sido blanca, y la encimera estaba deslucida y llena de restos de pan y otras sustancias.

Sin importarle que la joven pudiera regresar en cualquier momento, abrió el frigorífico y comprobó su exiguo contenido, consistente en varias piezas de fruta y verduras a punto de caducar, dos yogures, un tarro de comida infantil y un puñado de sobres de ketchup. Después abrió la alacena, en la que apenas encontró algunos botes de conservas y un paquete de macarrones mediado.

Un ruido procedente de otra habitación le hizo interrumpir el registro y regresó al salón al mismo tiempo que la chica, que le dedicó una ojeada extrañada con la que parecía preguntarle «¿Qué porras estabas buscando ahí?». Llevaba en brazos a un bebé de apenas unos meses de vida que berreaba sin control, con los ojos apretados con fuerza y la boca bien abierta,

dejando a la vista unas encías sonrosadas desprovistas de dientes. El crío tenía un aspecto de lo más lozano, algo admirable teniendo en cuenta las penosas condiciones en las que vivía.

—Lo has despertado.

Bianquetti encajó la pulla mientras la veía tomar asiento en el sofá de espuma y, sin pudor alguno, levantarse la camiseta y dejar a la vista un pecho hinchado y oscilante. El niño pareció notar la proximidad del sustento y dejó de llorar mientras buscaba el pezón con avidez y lo encontraba con una habilidad que ya querrían para sí algunos sabuesos. Durante varios segundos, el único sonido audible en la habitación fue el que hacía el crío al succionar mientras su madre observaba a Bianquetti sin invitarle a sentarse, reclamando sin palabras una explicación a su presencia.

—Es usted Belinda, ¿verdad? —La chica no contestó—. Lamento lo de su marido.

El pésame fue acogido con un parpadeo de perplejidad, al que siguió un gesto de aprobación. Después la muchacha volvió a mirar a su hijo, aunque algo le dijo que en realidad lo hacía para que no pudiera leer la tristeza en su rostro. Le pareció muy joven, mucho más que Saldaña en todo caso. Llevaba un pijama raído y sin pretensiones, y tenía el pelo de un color óxido algo desvaído, tal que si hubieran pasado algunos meses desde la última vez que se lo había teñido.

—¿Sabe quién le encargó matar a aquel hombre?

Belinda, esta vez sí, lo miró con el rictus congelado en una mueca de espanto y Bianquetti vio en su mirada mucho más de lo que esperaba.

—¿Eres policía?

Lo preguntó con más miedo que asombro, lo que le permitió deducir que no le había dejado pasar a su domicilio por educación, sino porque le había confundido con otra persona. Reflexionó sobre ello y concluyó que, si no le había tomado por un investigador, tal vez había creído que era la persona que había contratado a Saldaña para matar a Ferraro, que acudía para pagarle a ella por los servicios prestados.

—Investigo la muerte de su marido —esquivó la pregunta.

—Joder. —El miedo dio paso al alivio, y Belinda no tardó en recomponerse y volver a protestar—. Ya le he contado a su compañero todo lo que sé. ¿A qué viene esto?

—Vuelva a hacerlo, por favor.

Negó con la cabeza y volvió a observar a su hijo, que seguía a lo suyo, alimentándose como si no hubiera un mañana.

—No sé nada —empezó a decir sin mirarle, de forma mecánica y estudiada—. No sé por qué Toni fue al estadio y disparó contra aquel tío. Tampoco sé qué motivos podía tener para ello ni si alguien le pagó para que lo hiciera.

A Bianquetti se le ocurrían unos cuantos motivos por los que Saldaña habría aceptado de buena gana aquel encargo. No había más que ver aquel piso cochambroso, el frigorífico vacío o el hijo al que Belinda y él tenían que alimentar y vestir, y al que no iban a poder dar mucho más de lo que había a la vista.

El crío empezó a protestar y su madre le dio la vuelta para ofrecerle el otro pecho. Mientras la veía hacer, Bianquetti se preguntó qué impresión le habría causado aquella chica a Silva y si este habría dado por sentado que no sabía nada. Saldaña no tenía por qué haberla puesto al corriente de sus intenciones y lo más lógico habría sido que hubiera aceptado el encargo sin contarle nada, consciente de que a su mujer no le haría ninguna gracia que se jugara la vida de esa manera, y menos con un recién nacido en casa.

Sin embargo, no podía olvidar algo tan significativo como el hecho de que Belinda le hubiese dejado pasar a su domicilio antes de que tuviera oportunidad de identificarse. La posibilidad de que estuviera esperando la visita de un desconocido, alguien que acudiría si a su marido le sucedía algo para asegurarse de que no le faltase de nada, le pareció más real cuanto más pensaba en ella y llegó a la conclusión de que el error de aquella chica había sido dar por sentado que no era policía.

—Ahora, si no te importa, quiero estar sola —sentenció, recuperando parte de su aplomo.

—¿Sabe quién contrató a Toni? —insistió, llamándolo intencionadamente del mismo modo que ella.

Comenzó a negar y Bianquetti siguió mirándola durante el tiempo suficiente como para hacer que se sintiera incómoda. Belinda se concentró otra vez en la contemplación de su hijo, buscando en él una excusa para no tener que decir nada más. Aquella forma de desviar la mirada le dijo que sí, que sabía algo y que se negaba a contárselo porque intuía lo que sucedería si le iba con el cuento a la policía. Con su marido muerto y un bebé de apenas unos meses a su cargo, aquella chica tenía mucho más que perder que lo que podía ganar diciendo la verdad y le iba a resultar imposible convencerla de lo

contrario.

Comprendió que no tenía mucho más que hacer allí y decidió marcharse. En cuanto se puso en pie el crío pareció reparar en él y le dirigió una mirada curiosa sin dejar de succionar. «¿Y tú quién eres, colega?», preguntó sin palabras, y estuvo tentado de responderle.

—Que vaya bien.

Belinda hizo como si no lo oyera y Bianquetti abandonó el piso negando por lo bajo y lamentando que la mala suerte, la perra mala suerte, se cebara siempre con los mismos.

CAPÍTULO 17

Tras un paso fugaz por su piso para ducharse, afeitarse y engullir otro par de antiinflamatorios, Bianquetti tomó el Kadett y enfiló la salida de Cádiz por el puente de la Pepa, el coloso que se alzaba de un lado a otro de la bahía. Desde el día de su inauguración, cada vez que lo cruzaba pensaba en lo mismo: en lo llamativo que resultaba que una ciudad tan pequeña disfrutara de aquel puente excesivo y desproporcionado, el más largo de España, cuya construcción había durado cuatro años más de lo previsto y había terminado costando casi el doble de lo presupuestado inicialmente. «Lo que pasa siempre», sentenció.

No había quedado con Cristina hasta una hora más tarde, pero tenía tantas cosas en la cabeza que creyó que iba a volverse loco si se quedaba en casa. Por eso había decidido que le vendría bien dar una vuelta en coche y pensar en sus cosas. Aunque no creía que fuera a funcionar, decidió intentarlo de todos modos.

La reciente conversación con Sol ocupaba un lugar privilegiado en su lista de preocupaciones. La perspectiva de ver a su hija convertida en agente de policía no le atraía lo más mínimo y se preguntó hasta qué punto era culpable de que hubiera tomado aquella decisión. ¿Acaso no se había dado cuenta de la vida de mierda que llevaba él? No era precisamente un modelo de buena conducta y no creía que su ejemplo fuera capaz de alentar a nadie a seguir sus pasos, habida cuenta de adónde le habían llevado: a languidecer en aquella ciudad al sur del sur, malvendiendo sus servicios como investigador privado mientras cumplía con la sanción disciplinaria y dando las gracias por no haber sido expulsado del cuerpo. Si Sol quería algo así para ella, pensó, era porque estaba loca de remate.

Interrumpió su razonamiento cuando, al tomar la salida en dirección a la barriada del Río San Pedro, observó por el retrovisor cómo otros dos coches

tomaban aquel mismo desvío. Siguió en dirección al Paseo Marítimo y comprobó que, casualidades de la vida, ambos vehículos lo imitaban. «Tal vez me esté volviendo paranoico», se dijo, pero continuó observándolos mientras llegaba al Paseo y aprovechaba una rotonda para dar media vuelta y volver por donde había venido. Cuando se cruzó con ellos, los examinó y comprobó que eran un Opel Calibra y un Seat León, ambos de innegociable color negro. «Típicos coches de camellos de barrio», pensó. Detectó dos tipos en cada vehículo, muchachos de menos de treinta años que miraban al frente como si les fuera la vida en ello, mientras trataban de fingir que no se habían percatado del examen al que los estaba sometiendo el desconocido del Kadett que circulaba con lentitud en dirección contraria. Cuando los rebasó, Bianquetti aminoró la marcha aún más y observó por el retrovisor para ver qué dirección tomaban.

Por si le quedaba alguna duda, ambos coches dieron la vuelta completa a la rotonda y volvieron a tomar la calle por la que habían venido, poniéndose de nuevo detrás de él.

Lanzó una maldición, metió primera y aceleró a fondo.

Recorrió el pueblo a toda velocidad, saltándose cada semáforo que encontró en su camino y atravesando varias rotondas sin mirar. Aunque apenas había tráfico, un par de sorprendidos conductores se vieron obligados a frenar a su paso y le obsequiaron con prolongados y furiosos toques de claxon. Tras unos minutos de conducción errática, tomó un nuevo desvío en dirección a las afueras del pueblo que desembocó en una carretera desierta. Aprovechó para reducir la velocidad y mirar por el retrovisor en busca de sus presuntos perseguidores. No vio nada y, cuando estuvo seguro de que nadie le seguía, volvió a acelerar y puso rumbo al domicilio de Cristina sin dejar de preguntarse si aquella persecución había sido real o fruto de su imaginación.

Como si de una respuesta se tratase, vio por el retrovisor dos formas que emergieron en la lejanía. Concluyó que se trataba de dos coches que habían tomado la misma carretera que él y circulaban a toda velocidad con las luces apagadas. Aturdido por lo inesperado de la situación, no tuvo tiempo de reaccionar cuando uno de ellos le adelantó y se colocó delante de él. La posibilidad de haberse equivocado se esfumó cuando vio el color y el modelo del coche.

El Calibra frenó de golpe, obligándole a clavar el pie en el pedal de freno para no empotrarse contra él. El Kadett culebreó a lo largo de varios metros,

acompañado del chillido de las ruedas derrapando contra el pavimento, pero consiguió detenerlo a pocos centímetros del vehículo que tenía delante.

Antes de que pudiera celebrarlo siquiera, notó el impacto del otro coche por detrás. No fue demasiado brusco, como si aquel hubiera frenado al mismo tiempo que él pero no hubiera sido capaz de evitar la colisión. Aquello provocó que el Kadett golpease también el vehículo que tenía delante, en un choque en cadena a cámara lenta que, pese a no resultar demasiado aparatoso, lo dejó encajonado entre ambos vehículos.

Observó por el retrovisor los rostros de las dos personas que iban en el coche que le había dado por detrás. Aunque no vio nada inusual en sus facciones, la manera en la que permanecieron mirando al frente sin hablar entre ellos le convenció de lo que era ya un secreto a voces: habían ido a por él.

Los dos ocupantes del vehículo que tenía delante bajaron del coche al mismo tiempo. El que había estado al volante se detuvo junto al maletero y fingió observar los desperfectos mientras se frotaba la nuca con una mano, en un gesto que le pareció tan teatral que, en otras circunstancias, Bianquetti habría soltado una carcajada. Su compinche, menos dotado para tales artificios dramáticos, se quedó al otro lado mirándole fijamente.

El plan en sí no era demasiado imaginativo: simular un accidente, obligarlo a detenerse y bajar del coche para comprobar los daños, discutir sobre quién había tenido la culpa con más beligerancia de la necesaria y, finalmente, aprovechar su desconcierto y la incuestionable superioridad numérica para cargárselo. Una función representada miles de veces antes, pero que no por ello dejaba de ser efectiva. Además, aquella carretera estaba desierta y Bianquetti no detectó ni una triste casa en varios kilómetros a la redonda, lo que propiciaba aún más que no hubiera testigos del asalto. Se había metido él solito en el peor lugar posible para afrontar aquella situación, se dijo.

Observó de forma fugaz a los sujetos que tenía delante y reparó en sus gruesos chaquetones, en los que debía de resultar extremadamente fácil ocultar un arma. El que había bajado por el lado del conductor le dedicó una sonrisa que pretendía ser conciliadora sin dejar de frotarse el cuello, en plan «Qué mala suerte», y supo que tenía que tomar la iniciativa si no quería que aquella situación se le fuera de las manos y terminase de la peor forma posible.

Se obligó a esperar mientras observaba el espejo retrovisor, atento a los

movimientos de los tipos que iban en el coche de detrás. Cuando los vio bajar del vehículo, concluyó que había llegado el momento de actuar.

Metió primera, giró el volante y aceleró al máximo mientras rezaba por que, en su precipitación, aquel capullo hubiera olvidado echar el freno de mano. El Kadett empujó el coche que tenía delante con toda la fuerza que sacó de sus exhaustos caballos, logrando que la sonrisa del conductor que estaba de pie junto al vehículo flaqueara, y una décima de segundo más tarde el deportivo se desplazó levemente, lo justo para que pudiera rebasarlo. Bianquetti enderezó el volante sin pensar en lo que hacía mientras el Kadett se encabritaba y se llevaba por delante al conductor del Calibra, que cayó sobre el capó con las facciones desencajadas, provocando un ruido sordo contra la carrocería antes de deslizarse hasta el suelo.

Un nuevo chillido de los neumáticos sirvió de banda sonora a una situación que le pareció más esperpéntica cuanto más pensaba en ella y, sin tiempo para detenerse a pensar en las consecuencias del atropello, Bianquetti hundió el pie en el acelerador. Las últimas dudas que tenía sobre las intenciones de aquellos matones se vieron disipadas cuando oyó los primeros disparos y notó al menos uno de ellos impactar contra el maletero del Kadett.

Vio a los matones volver a montarse en sus respectivos vehículos para salir tras él, el conductor del Calibra renqueando tras el atropello mientras se sujetaba un brazo y rodeaba el coche para ceder el volante a su compañero de fechorías. Sin embargo, la maniobra había sido tan inesperada que le permitió sacarles una buena ventaja, que trató de aumentar poniendo el coche a tope de revoluciones.

Cuando ya apenas podía distinguirlos en la distancia, una curva hizo que los perdiera de vista y, unos metros más adelante, encontró una herrumbrosa gasolinera que parecía llevar varios años cerrada. Tomó aquella salida, se detuvo junto a un viejo túnel de lavado de vehículos y salió del coche de un salto. Rodeó el túnel y se colocó al otro lado, en un lugar desde el que tenía una visión perfecta de la carretera. Con la espalda pegada contra la pared, sacó su revólver y esperó.

Estaba seguro de que en cuanto aquellos tipos tomasen la curva y vieran el Kadett, se acercarían para terminar la faena. Comprobó la munición del arma y notó cómo una traicionera gota de sudor le entraba en un ojo, provocándole un escozor que trató de combatir parpadeando varias veces con fuerza.

Después de varios minutos en los que no sucedió absolutamente nada,

dedujo que aquellos imbéciles debían de haber dado media vuelta, al entender que una vez perdido el factor sorpresa lo iban a tener muy difícil para liquidarle. Aun así permaneció un rato más en la misma postura, apretado contra la pared del túnel de lavado sin perder de vista la carretera por la que debían aparecer los matones que alguien había contratado para eliminarle. A pesar de que en el poco tiempo que llevaba en Cádiz se había ganado un buen número de enemigos, tenía una ligera sospecha de quién había enviado a aquellos tipos a por él.

Diez minutos más tarde, seguro de que aquellos indeseables no iban a aparecer, salió de su escondite y examinó el Kadett para hacerse una idea de los desperfectos. El parachoques delantero tenía el lateral lleno de arañazos por el roce contra el Calibra y el trasero estaba repleto de abolladuras, aunque ya lo estaba antes del incidente. A un lado del maletero, un pequeño agujero evidenciaba el lugar en el que había impactado uno de los disparos de aquellos infelices. Utilizó la llave del coche para hurgar en él y sacó la bala, convertida en un amasijo de metal de apenas un centímetro de anchura. Se la guardó en un bolsillo y se dijo que, en caso de verse obligado a devolver el coche en alguna ocasión al parque móvil, lo iba a tener difícil para explicar aquellos desperfectos.

Volvió a ponerse al volante y encajó el cañón del revólver en el hueco del cenicero, a su alcance por si necesitaba echar mano de él. Después empezó a recorrer a la inversa el trayecto que había transitado un rato antes y accionó las luces largas para no pasar por alto ningún detalle, atento a cada lado de la carretera por si detectaba algún coche oculto en la maleza. Identificó el lugar en el que había tenido lugar el asalto por las marcas de neumáticos allí donde el Kadett había derrapado, respondiendo a sus exigencias con una solvencia impropia de un vehículo tan viejo. Sin detener el motor, se detuvo a un lado de la carretera, bajó la ventanilla y examinó el lugar con atención.

Durante unos minutos jugueteó con la posibilidad de que aquello no fuera lo que parecía. De que a aquellos maleantes no los hubiera enviado nadie y se tratase tan solo de una banda de rateros que pretendía desvalijarle y lo había escogido como víctima al azar. Por desgracia, la experiencia le había enseñado que las casualidades no suelen existir más allá de la imaginación de cada uno y menos las que son tan oportunas. Además, se dijo que si él se dedicase a asaltar a conductores para robarles, no escogería a uno al volante de un coche tan desvencijado como el suyo, sino a alguien que condujera un

vehículo de alta gama que augurase un botín más suculento, motivo por el que descartó aquella hipótesis de inmediato.

Que alguien se tomara tantas molestias para quitarle de la circulación era un factor que aportaba consistencia a la teoría que llevaba todo el día amasando: que haber presenciado el momento en el que Grégory ajustició al asesino de Carlos Ferraro le había convertido en un molesto testigo al que no interesaba dejar con vida.

Antes de cerrar la ventanilla, escupió a la noche. Después se puso en marcha.

CAPÍTULO 18

—No me encuentro bien.

—Entiendo.

Bianquetti percibió que, desde el otro lado del teléfono, Cristina trataba de camuflar su decepción tras aquella escueta respuesta y se sintió un miserable por ello.

—Prefiero quedarme en casa, a ver si mañana me siento mejor.

Deseó que protestase. Que le insultara y le dijera que no se molestase en volver a llamarla. Cualquier cosa que sustituyera al silencio con el que acogió aquella mentira que no se esforzó en defender.

—¿En qué andas metido, Manuel?

Estuvo tentado de contárselo, pero sabía que sería un error y que la preocuparía de forma innecesaria. Por eso se agarró a aquel débil farol con la ingenuidad de un jugador primerizo.

—En nada.

—Vale.

Cristina colgó y Bianquetti murmuró una maldición. Sabía el daño que le estaba haciendo al ocultarle aquello que le inquietaba y que hacerlo no bastaría para evitar que se preocupase. A pesar de que no dejaba de repetirse que lo hacía por su bien, no podía pasar por alto que, salvando las diferencias obvias, estaba cometiendo los mismos errores que habían hecho fracasar su primer matrimonio. Si su relación con Cristina se resentía por ello, jamás se lo perdonaría.

Sacudió la cabeza de lado a lado, tratando de liberarse de aquellas preocupaciones. Después soltó el teléfono y atisbó por la ventana de su domicilio en busca del coche de alguno de los individuos que lo habían asaltado o de cualquier otro vehículo que le resultara sospechoso.

No podía contarle a Cristina que si no había ido a verla era porque no

quería llevar a sus perseguidores hasta ella. En el caso de que aquellos tipos u otros como ellos hubieran vuelto a dar con él y le hubieran seguido sin que se percatara, prefería llevarlos hasta su domicilio. Por eso seguía allí, apostado junto a la ventana del salón a oscuras, sin atreverse a encender la luz para no revelar su presencia a nadie que observase desde la calle.

El tono rojizo y recargado del cielo le insinuó que no iba a dejar de llover en toda la noche y siguió vigilando con obstinación, a pesar de que la imagen que le devolvía la calle desierta continuaba siendo la misma minuto tras minuto. Apoyó la cabeza en el marco de la ventana mientras las gotas de agua repicaban contra el cristal con un sonido hipnótico. Un relámpago iluminó la noche, sin dejar ni un solo rincón de la calle sin alumbrar, seguido de un trueno tan estrepitoso que parecía que algún edificio en las inmediaciones se hubiera venido abajo.

Bianquetti se aseguró de tener todos los sentidos en guardia, divididos para cubrir todos los flancos, y no se trataba de una frase hecha.

La vista, concentrada en la calle que tenía a sus pies, atento por si detectaba cualquier movimiento anómalo.

El oído, pendiente de que al otro lado de la puerta de su domicilio no se produjera ningún sonido que delatase la presencia de algún extraño en el edificio.

El tacto, consciente del familiar peso del revólver, mientras se repetía una y otra vez que no iba a dejar que le pillasen con la guardia baja.

El olfato, incapaz de ignorar aquel hedor a tensión acumulada, a sudor y a la grasa del arma que sostenía, todo mezclado para componer una fragancia macilenta que ningún perfumista se atrevería a embotellar.

El gusto, embotado del sabor amargo que le subía desde la boca del estómago al evocar lo sucedido o, mejor dicho, lo que no había llegado a suceder. Reconoció el sabor del miedo, más evidente cada vez que volvía a pensar en lo que habría pasado de no haberse percatado de la presencia de los malnacidos que le habían seguido hasta Puerto Real. No por su seguridad, por supuesto, sino por la de Cristina.

Les habría llevado hasta ella. Habría conducido con despreocupación hasta su domicilio y, una vez conocida su existencia, puede que se les hubiera ocurrido hacerle daño a Cristina si Bianquetti interfería de alguna manera en sus asuntos.

Apretó los dientes y siguió observando la calle. Deseó en secreto que

alguno de los tipos que habían tratado de asaltarle apareciera y le diera una excusa para pegarle un tiro. Juguetó con la posibilidad de que fueran Caracerdo y Grégory quienes tuvieran la inconsciencia de ir a por él, lo que tampoco estaría nada mal, ya que entonces tendría la oportunidad de ajustarles las cuentas.

El recuerdo de los escoltas le hizo rememorar el asesinato de Carlos Ferraro y se preguntó quién podría estar detrás de todo aquello. «Alguien que se beneficiaría de su muerte», decidió, aunque Grégory había dejado caer que el viejo tenía tantos enemigos que la lista de sospechosos debía de ser kilométrica.

Si de algo estaba seguro era de que el asesino, aquel tal Saldaña, no tenía nada en contra del magnate y apostó a que se trataba de un simple peón, la mano ejecutora de un asesinato por el que alguien debía de haberle prometido una buena suma. Aunque ignoraba los pasos que daría Silva para tratar de averiguar quién había contratado a aquel pistolero, algo resultaba innegable: la muerte de Saldaña complicaría mucho la investigación.

Por eso no podía dejar de preguntarse qué papel desempeñaba Grégory en todo aquello. Le había visto ajusticiar a aquel fulano sin que le temblara el pulso, eliminando a la única persona que podría haber señalado con total certeza quién estaba detrás de la muerte de Ferraro, y estaba seguro de que, en realidad, Grégory no necesitaba interrogarle para saberlo.

No se le había ocurrido que Bianquetti pudiera estar presente en el momento de matar a Saldaña, convirtiéndose en testigo de una escena que nadie más debería haber presenciado, y recordó el titubeo que había visto atravesar su rostro cuando le ordenó soltar el arma. Como si su llegada lo hubiera estropeado todo, obligándole a improvisar. Recordó también la mirada que le había visto cruzar con Caracerdo, cuando lo tenían tirado y desarmado entre ambos.

Estaba seguro de que, de no haber llegado la caballería, le habrían matado a él también. Cuanto más lo pensaba, más sentido le veía.

No obstante, Silva se había encargado de cortarle las alas y recordarle que lo que él pudiera pensar le importaba una mierda. La inconsciencia de aquel muchacho le sacaba de quicio, siempre empeñado en salvar su culo antes que en hacer bien su trabajo, y se dijo que debía buscar la forma de convencerle de que confiase en él.

Cambió de postura frente a la ventana y trató de observar los hechos desde

otro punto de vista. Intentó vaciar la mente de ideas preconcebidas y dejó que su imaginación completase los retazos de información de la que no disponía para elaborar una teoría alternativa que explicase lo sucedido.

¿Y si la persona que había contratado a Saldaña hubiera pagado también a Grégory para que eliminara al primero una vez terminado el trabajo? De esa forma, no correrían el riesgo de que el homicida, en caso de ser detenido posteriormente, cayese en la tentación de hacer un trato con la policía y desvelase la identidad de la persona que estaba detrás de todo. Además, nadie iba a reprochar a Grégory que acabase con la vida de un asesino, ya que, a la vista de los hechos, le había bastado con decir que había temido por su integridad y había actuado en defensa propia.

Por muy grotesca e irreal que le pareciera aquella teoría, Bianquetti siguió dándole vueltas durante un rato, limando las incongruencias y sustituyendo algunos detalles que ignoraba por otros de su propia cosecha. Llegó un momento en el que el plan le pareció tan admisible que no pudo creer que no se hubiera dado cuenta antes de lo que estaba sucediendo. «Por eso Grégory ha mandado a esos cabrones a por mí», sentenció.

Un nuevo relámpago le devolvió a la realidad y puso la calle en blanco sobre negro, y el trueno que lo siguió sonó como si un martillo neumático se estuviera ensañando con las nubes. No detectó el menor movimiento en las inmediaciones y se preguntó si sería buena idea interrumpir la vigilancia para poner una cafetera. Al fin y al cabo, la noche iba a ser larga.

CAPÍTULO 19

La madrugada transcurrió con la pereza de las noches en vela. Las horas se deslizaron con una desidia que Bianquetti maldijo en varias ocasiones, pese a que sabía que la ausencia de cambios era la mejor noticia posible.

Dejó de llover sobre las cinco de la madrugada y a través de la ventana asistió al espectáculo de ver cómo la ciudad se desperezaba de forma inexorable. En primer lugar detectó a varios desdichados cuyas ocupaciones les obligaban a madrugar tanto que se convertían durante unas horas en los únicos transeúntes en varios kilómetros a la redonda. Como Eduardo Noriega en aquella película, recordó.

Después vio a algunos valientes salir a hacer deporte cuando todavía no había amanecido, ataviados con prendas térmicas de colores reflectantes y trotando con un entusiasmo que no envidió en absoluto. Progresivamente, las calles se fueron llenando de madrugadores que acudían a sus respectivos compromisos y la ciudad despertó con un sonido de motores, toques de claxon, sirenas lejanas y alguna ocasional conversación a gritos perfectamente audible desde su ventana.

Bianquetti no se engañaba. Sabía que pasar la noche en vela, atrincherado en su domicilio como si de un búnker se tratase, no le iba a ayudar a librarse de aquellos que querían acabar con él y la vigilia le había dado tiempo más que de sobra para pensar en sus próximos movimientos. Intuía lo que sucedería si le iba con el cuento a Silva; en el caso improbable de que consiguiera convencerle de que estaba en peligro, lo único que este podría hacer sería ponerle protección. Puede que un patrullero con una pareja de agentes apostados cerca de su domicilio, mientras le obligaba a permanecer allí como si estuviera bajo arresto domiciliario durante unos días, lo justo hasta que se cansaran y dieran por sentado que aquella sensación de peligro era fruto de su imaginación.

Se estiró y notó el crujido de algunas vértebras, agarrotadas por las horas que había permanecido en la misma postura. Se apoyó junto al marco de la ventana y consideró la posibilidad de interrumpir la vigilancia para desayunar, pero antes de que pudiera tomar una decisión un movimiento en la calle focalizó toda su atención.

Un Audi de color negro que le resultó sospechosamente familiar emergió por una bocacalle y estacionó frente a su domicilio, en un lugar destinado a la carga y descarga. Como una confirmación de sus peores temores, las puertas delanteras se abrieron y dejaron salir a Grégory y a Caracerdo, que dirigieron una ojeada curiosa hacia las ventanas del bloque en el que vivía, puede que preguntándose cuál de ellas correspondería a la de su domicilio.

Se apartó de la ventana y encadenó varias maldiciones entre dientes mientras alzaba el revólver. «Vienen a por mí», decretó y se preguntó si sería conveniente pedir refuerzos o bien esperar a que subieran para acabar con ellos. Siempre podría alegar que lo había hecho en defensa propia, se dijo.

Cuando se atrevió a mirar de nuevo hacia la calle, vio a Grégory abrir la puerta trasera del coche para dejar salir a un individuo alto, trajeado y con cara de llevar seis meses sin hacer de vientre. A pesar de la distancia que los separaba, constató que parecía una versión rejuvenecida del difunto Carlos Ferraro. Caracerdo abrió la puerta de su lado y Mary también bajó, con aquella actitud afectada de quien se sabe el centro de todas las miradas allá donde vaya.

Mary y su marido cruzaron la calle en dirección al portal del edificio. Los guardaespaldas se quedaron junto al vehículo, con las manos cruzadas por delante en posición de descanso, y a Bianquetti le alivió saber que aquellos dos no tenían intención de subir a su piso, pero, antes de que pudiera empezar a celebrarlo, el telefonillo emitió un timbrazo que sonó como una señal de alarma.

Antes de pensar siquiera en lo que hacía, apretó el botón que abría el acceso al edificio.

Retiró la silla con la que había trabado la puerta y salió al rellano. Cuando llegó el ascensor, Mary y su marido salieron y se lo encontraron de frente, con la mano que sostenía el revólver balanceándose delante y atrás. Ferraro dio un respingo, sorprendido por el recibimiento.

—Buenos días —saludó la mujer tras un titubeo y Bianquetti reparó en que era la primera vez que oía su voz—. Espero que no le hayamos despertado.

Aquel comentario le bastó para concluir que la noche en vela debía de haber impreso a su rostro evidencias del cansancio y las horas de vigilia. No se había molestado en cambiarse de ropa y, sobre la camisa arrugada, la funda sobaquera del arma le otorgaba cierta dignidad o eso quiso creer. Por si fuera poco, su domicilio estaba tan desordenado como de costumbre. «De haber sabido que tendría visita, lo habría adecentado un poco», pensó.

El marido de Mary, algo recuperado de la impresión inicial, le examinó de arriba abajo y luego otra vez arriba, con la profesionalidad de un sepulturero que trata de calcular a ojo las medidas de un posible cliente. Tenía la nariz arrugada en un gesto de desagrado, como si hubiera detectado en el ambiente un hedor imperceptible para el resto de los mortales, pero que él no pudiera pasar por alto. Una breve ojeada al traje, a la corbata y al grotesco reloj que adornaba su muñeca le hizo intuir que el valor de lo que aquel tipo llevaba encima era muy superior a todo lo que había ganado a lo largo de su carrera como policía.

—Buenos días —dijo el recién llegado y dio un paso al frente para tenderle la mano—. Mi nombre es Leo Ferraro.

Sus ojos se desviaban una y otra vez en dirección al revólver que Bianquetti sostenía con desgana. Cuando se hubo asegurado de que lo había visto bien, volvió a enfundarlo y estrechó la mano que el hijo de Carlos Ferraro le ofrecía. «Tanto gusto», murmuró. Se aseguró de apretar con la fuerza suficiente como para dejarle claro quién mandaba allí y le vio contraer los labios en una mueca de dolor que trató de disimular todo lo que pudo. Cuando le soltó, Leo Ferraro se masajeó la mano antes de guardársela en el bolsillo, a salvo de otro apretón.

Incapaz de concluir ningún motivo lógico por el que aquellos dos hubieran decidido hacerle una visita, Bianquetti les dio la espalda y entró en su domicilio. Mary entró tras él, acompañada del repiqueteo de sus tacones hincándose sobre las baldosas con rabia, y después lo hizo el joven Ferraro, que tras cerrar la puerta miró a un lado y a otro del piso con extrañeza, lo que le hizo pensar que era la primera vez que se encontraba en uno de esos. Se estableció entre los tres un incómodo silencio que Bianquetti intuyó que le iba a tocar a él romper.

—Pónganse cómodos.

Señaló el sofá y, sin esperar a ver si tomaban asiento o no, se acercó a la ventana y miró hacia el lugar en el que los escoltas seguían junto al coche. Grégory esgrimía una expresión grave mientras le contaba algo a su compinche y Bianquetti pensó que no debía de sentirse cómodo al saber que sus jefes estaban en aquel momento hablando con él.

Cuando se volvió de nuevo hacia la pareja, vio que Mary había tomado asiento a un lado del sofá, tan erguida que parecía que más bien estuviera apoyada en él, dispuesta a levantarse de un salto en cualquier momento. Por su parte, su marido se quedó de pie junto a ella, examinando el piso sin disimular la estupefacción que parecía provocarle el hecho de que alguien pudiera vivir en un espacio tan angosto. Llegó a la conclusión de que debía de estar acostumbrado a moverse por lugares más fastuosos y elegantes que aquel y acusaba el cambio con una mirada que bailaba entre la curiosidad y el desprecio.

Bianquetti se preguntó si sería conveniente ofrecerles café, agua o cualquier otra cosa que denotase un mínimo de hospitalidad. No tardó en concluir que no quería ni necesitaba ser hospitalario con ellos.

—Lamento su pérdida.

Los labios de Leo Ferraro dibujaron la palabra «gracias», sin que saliera sonido alguno de ellos. Bianquetti reparó más detenidamente en sus facciones. De cerca, el parecido con su padre resultaba obsceno y le calculó algo menos de cuarenta años, aunque su rostro parecía avejentado por los sucesos de los últimos días. Exteriorizó el cansancio cruzándose de brazos, resistiéndose aún a sentarse y a permitir que Bianquetti se dirigiese a él desde las alturas.

—¿A qué se debe esta visita?

El hombre intercambió una mirada explícita con Mary, como si estuviera pidiéndole permiso para hablar, y a Bianquetti le pareció que se trataba precisamente de eso.

—Mi mujer me ha contado lo que sucedió. Quería darle las gracias.

—No tiene por qué. Solo hice mi trabajo.

—Aun así me gustaría ofrecerle una gratificación.

Introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta con deliberada lentitud, con Bianquetti pendiente del movimiento en busca del menor indicio de peligro. Casi hubiera deseado que sacase una pistola, un machete o un puñetero AK-47, pero lo que sacó fue un sobre que colocó sobre la mesa que

presidía el salón. A pesar de que estaba cerrado, su grosor le hizo intuir que se trataba de un buen puñado de euros.

—No es necesario —mintió.

—Lo sé.

Bianquetti examinó a Mary para averiguar qué opinaba de aquello. La encontró ocupada en la contemplación de las manos que tenía sobre las rodillas, como si hubiera visto algo en ellas que mereciera toda su atención.

—¿La policía ha descubierto ya quién está detrás del asesinato de su padre?

Lo preguntó al vuelo, como si en realidad no le importase la respuesta, y Ferraro pestañeó varias veces, perplejo.

—El asesino murió —resumió—. Grégory lo abatió mientras intentaba escapar.

—Lo sé, yo estaba allí —le recordó—. Me refiero a la persona que contrató a aquel pistolero.

Leo Ferraro hizo un gesto de quitarle importancia.

—No tengo ni idea, pero hay mucha gente a la que le encantaría hacernos daño. El dinero crea poderosos enemigos, señor Bianquetti. De ahí que vayamos a todas partes con protección.

Trató de acompañar el comentario con una sonrisa petulante y Bianquetti supo que mentía. Aquel tipo sabía o sospechaba quién había ordenado la muerte de su padre, aunque no tenía la menor intención de ponerle al corriente de ello.

—Claro.

Trató de que su tono sonase neutro, pero la ira que se dibujó en el rostro del hombre que tenía delante le hizo deducir que no lo había conseguido y le pareció evidente que aquel tipo no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—El tipo que mató a mi padre no era nadie —insistió—. Solo un desgraciado, un borrachín que estaba hasta el cuello de deudas. La policía no ha descubierto aún quién pudo contratarle y, entre usted y yo, dudo mucho que vaya a hacerlo.

«Es muy conveniente», pensó Bianquetti, a quien la elección de un asesino con tales problemas personales le pareció muy acertada. Casi tanto como el hecho de que hubiera sido eliminado después de cumplir con su cometido.

—Debería preocuparse. Puede que vuelvan a intentar algo, esta vez contra

usted o contra su familia.

—Confío en los hombres a los que tengo encomendada mi seguridad.

—Su padre también confiaba en ellos.

Se arrepintió nada más decirlo, pero ya era tarde para rectificar. Notó cómo los ojos de Leo Ferraro ardían con furia y se desviaban hacia Mary, en busca de un motivo para seguir escuchándole. Ella permaneció en la misma posición, sin que nada en su semblante indicase que hubiera oído la conversación siquiera. Sin embargo, la visión de su mujer pareció proporcionar a Ferraro la serenidad que necesitaba para templar los nervios.

—Si estoy aquí es por ella. —La señaló con la cabeza para que no le quedase ninguna duda—. Mi esposa confía en usted.

Aquella aseveración le hizo buscar una explicación en el rostro de Mary, pero esta siguió mirando hacia otro lado con estoicismo.

—¿Qué quiere de mí exactamente?

—Me ha pedido que le incorpore a nuestro equipo de seguridad.

Bianquetti saboreó el ofrecimiento unos instantes antes de negar con la cabeza.

—Lo siento, pero no me dedico a eso. Lo del otro día fue algo puntual.

—Estoy dispuesto a pagarle bien.

—No es una cuestión de dinero.

Ferraro respondió con una sonrisa sobria, conveniente; la sonrisa de quien no ha oído nada más absurdo en su vida. No obstante, el cansancio y la tristeza que lastraban su rostro convirtieron aquel gesto en una caricatura de lo que debería haber sido.

—He venido a Cádiz para estar con mi mujer. Vamos a retirarnos durante unos días a una casa que tenemos en la playa, para reponernos.

Calló un instante para que Bianquetti asimilase la información y este supo adónde quería llegar antes de que lo dijese.

—Nos gustaría que viniera con nosotros. A ella le gustaría —se apresuró a corregir—. Dice que no puede confiar en nadie, solo en usted, aunque no puedo entender por qué.

Pareció a punto de añadir algo más, pero en el último momento decidió reservárselo y darle la oportunidad de dar su opinión. Bianquetti volvió a mirar a Mary, que seguía luciendo aquella expresión serena, ausente. Fría como una reina de ajedrez.

—Siento no poder ayudarle.

Mary se hundió de forma tan sutil que apenas resultó perceptible. Su postura no varió un ápice, pero la tristeza tomó posiciones en cada centímetro de su rostro, encontrando acomodo en su hermosura a las bravas, sin pedir permiso ni perdón por ello. Bianquetti se sintió mal al instante, por ser el culpable de la decepción que podía leer entre las líneas de su rostro, pero sabía que estaba haciendo lo correcto.

Observó a Ferraro, que en aquel momento también estaba contemplando a su esposa, pero, a diferencia de ella, él no hizo nada por disimular su turbación. Sus rasgos parecían haberse reblandecido, como si el mundo hubiera desaparecido a su alrededor y solo fuera capaz de percibir la tristeza que embargaba a su mujer. La impotencia por ser incapaz de ponerle remedio le hizo parecer desolado y, cuando se volvió hacia Bianquetti, no había ni rastro de la arrogancia de la que había hecho gala hasta aquel momento.

—Por favor.

Pronunció aquellas dos palabras como si las sacara desde el fondo de su alma, después de años sin tener que recurrir a ellas.

Bianquetti recibió aquella súplica con escepticismo y miró al hombre que la había pronunciado con renovada curiosidad, incapaz de creer lo que estaba sucediendo. Leo Ferraro no le había parecido en absoluto la clase de persona que contempla la posibilidad de implorar nada a nadie, pero su apariencia parecía haberse desgarrado y entre las costuras atisbó a un hombre débil, plgado a los designios de un poder superior que no podía controlar.

Aquel hombre estaba enamorado, decidió, y no le habría dado mayor importancia de haberse tratado de un enamoramiento sano, sensato. Sin embargo, lo que tenía ante él respondía más bien a un sentimiento enfermizo, que colapsaba la parte más racional de su cerebro y le nublabla el juicio y la capacidad de pensar por sí mismo, convirtiéndolo en un títere en manos de aquella mujer. «Como un girasol —se dijo—, condenado hasta el final de sus días a seguir el movimiento del sol que le da la vida; el mismo sol que al cabo de unas semanas se la quitará, achicharrándolo». Se preguntó si Mary era consciente del efecto que provocaba en aquel hombre y decidió que sería imposible que no se diera cuenta. Aquel tipo estaba maniatado por sus encantos y la sensación de ser testigo de algo así no le gustó en absoluto.

Por si le quedaba alguna duda, Ferraro dio un paso en su dirección y se colocó frente a él, interrumpiendo la línea visual entre Bianquetti y su esposa. Titubeó, buscó palabras con las que convencerle y, al no hallarlas, volvió a

echar mano del único argumento que conocía.

—Le pagaré lo que sea.

Bianquetti volvió a negar y vio cómo Mary alzaba la cabeza tras su interlocutor para dedicarle una mirada lastimosa. Sus ojos brillaban como si estuvieran a punto de estallar y en su rostro asomaba el desaliento de quien se sabe en peligro. El miedo parecía atenazarla con la solidez de una pesadilla que se resistía a disiparse, y su visión le provocó un apretón en las entrañas que le hizo recapacitar y morderse los labios para no soltar nada de lo que pudiera arrepentirse más tarde.

Se sabía entre la espada y la pared, y se maldijo por ello. El hombre enamorado hasta el absurdo volvió a murmurar un débil «por favor» que llegó amortiguado a sus oídos, mientras continuaba rumiando sus propios pensamientos.

Mary estaba en peligro, decidió, aunque no supo si en realidad estaba buscando una excusa para decir que sí.

Grégory había enviado a unos matones para acabar con él hacía tan solo unas horas, recordó. Además, le había visto matar a Saldaña sin el menor reparo. Mary y Ferraro tenían un asesino en casa y, de entre todas las preguntas que se agolpaban en su mente, una comenzó a reverberar con más fuerza que las demás: «¿Y si Grégory trata de cargárselos a ellos también?». A continuación llegó la otra pregunta. La que le hizo lamentar haber dejado entrar en su domicilio y en su vida a aquella pareja: «¿Y si lo consiguen?».

La sensación de estar a punto de cometer una estupidez se volvió más fuerte. Reconoció los síntomas, pero no hizo nada por reprimirla, sabiendo que ya no había vuelta atrás. Su cabeza había dictado sentencia y, dadas las circunstancias, no cabía otra posibilidad que la de pactar las condiciones en las que iba a aceptar aquel encargo.

En algún lugar de su subconsciente sonó la voz de alarma, el zafarrancho de combate, ante la certeza de que iba a cometer un error imperdonable.

—Iré por libre —avisó y, para que no quedase ninguna duda, insistió—: No responderé ante nadie.

—Eso es un poco... —empezó a decir Ferraro, pero Bianquetti le cortó.

—Nadie me dirá en ningún momento lo que tengo que hacer. Ni siquiera ese gilipollas de Grégory.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada, retándose en silencio.

—De acuerdo —transigió el empresario, que pareció comprender el estrecho margen de negociación del que disponía—. Solo responderá ante mí.

—No.

Sus facciones se crisparon, denotando su escasa predisposición a escuchar aquella palabra.

—En todo caso responderé ante ella.

No le hizo falta señalarla para que comprendiera a quién se estaba refiriendo. Mary recibió el anuncio sin hacer ningún gesto, sumida de nuevo en la contemplación de sus manos. Tras comprobar que no había ninguna objeción, Bianquetti continuó enumerando sus condiciones.

—Iré armado.

Hizo un gesto explícito en dirección al revólver que portaba bajo el sobaco. Para su sorpresa, pese a ser un punto en el que no esperaba desacuerdos, Ferraro comenzó a negar con la cabeza.

—No me gusta la idea de que un desconocido se pasee por mi casa armado.

—Pues hará una excepción.

Ferraro le sostuvo la mirada un instante antes de poner los ojos en blanco y bajar la cabeza, como si considerase inadmisibles su escasa capacidad para ceder en algo tan simple. A Bianquetti le pareció que aquel tipo se tomaba el asunto con mucha más ligereza de la esperada y llegó a la conclusión de que no se creía realmente en peligro y de que si contrataba sus servicios era más bien para darle el capricho a su mujer. Estuvo a punto de recordarle que hacía apenas dos días alguien había ejecutado a su padre de un tiro en la cabeza, pero prefirió no hurgar en su dolor.

—¿Algo más?

—Sí.

Dejó pasar varios segundos para que el silencio hiciera su trabajo e incluso Mary alzó la vista para prestarle atención.

—Cualquier cosa que hagan estará bajo mi supervisión. Con esto quiero decir que tendrán que avisarme si van a dar un paseo, a hacer deporte o a desarrollar cualquier otra actividad para que yo les dé el visto bueno y les permita hacerlo.

Mary le miró con curiosidad, mientras Ferraro se echaba las manos a la cabeza.

—¿Me está diciendo que tendremos que pedirle permiso cada vez que vayamos a hacer algo?

—Lo ha entendido a la primera.

Volvió a negar mientras enarbolaba de nuevo aquella sonrisa triste, un recurso que debía de utilizar para quitar hierro a cualquier asunto al que no quisiera dar importancia.

—Se ha vuelto loco —sentenció.

—No lo crea. Ya lo estaba antes de que vinieran a ofrecerme trabajo.

Ferraro pareció furioso, pero Bianquetti no relajó el semblante y sostuvo aquella débil mano mientras el empresario lo estudiaba con detenimiento, como si se estuviera preguntando de dónde demonios había salido. «Vosotros habéis venido a buscarme —trató de dejar claro sin verbalizarlo—, así que seré yo quien ponga las condiciones».

La ausencia de réplica le permitió adivinar que había terminado de captar el mensaje y estaba buscando un argumento con el que rebatirlo. Al no encontrarlo, se volvió hacia su mujer, pero ella lo ignoró sin más, como si supiera que su mutismo sería más elocuente que cualquier argumento que pudiera pronunciar. Ferraro lanzó un bufido antes de claudicar.

—Usted gana.

No creyó que esperase ninguna respuesta, así que Bianquetti no dijo nada. Aquello pareció poner a Ferraro todavía más nervioso y notó cómo apretaba los dientes y contenía las ganas de largarse de allí.

—Todavía no me ha dicho cuánto quiere cobrar por sus servicios.

Bianquetti arrugó la frente y, cuando el empresario estaba a punto de repetir la pregunta, armó una sonrisa a destiempo.

—Ponga usted el precio —dijo y señaló el sobre que yacía sobre la mesa—. Confío en su generosidad.

Ferraro rumió la respuesta en busca de la trampa, del ardid, de la treta escondida entre las aristas de aquella decisión. Al no hallar nada de eso, volvió a suspirar y tocó el hombro de Mary, que reaccionó al contacto poniéndose en pie.

Bianquetti los acompañó hasta el rellano y Ferraro se volvió hacia él mientras esperaba a que llegase el ascensor.

—Mandaré un coche a buscarle mañana. Cuando esté listo, le llevará a nuestra casa en la playa.

—¿Dónde es, exactamente?

—En la playa de los Alemanes. ¿Sabe dónde está?

Bianquetti no tenía ni idea, pero asintió de todas formas. Le sonaba que se encontraba por la zona de Zahara, aunque no habría puesto la mano en el fuego por ello.

Sin añadir nada más, Leo Ferraro sostuvo la puerta del ascensor para que su mujer pasara delante de él. Antes de hacerlo, Mary le dirigió a Bianquetti una mirada discreta y dibujó una curva sobre sus gruesos labios, tan explícita que tuvo la impresión de que se había quedado con ganas de despedirse de él de forma más afectuosa. Siguió pensando en ello incluso después de que el ascensor se pusiera en marcha.

Permaneció unos instantes más encallado junto a la puerta, jugueteando con aquella posibilidad antes de que la parte más racional de su cerebro le impeliera a borrar la imagen que acababa de dibujarse en su subconsciente y a desecharla por ridícula e irreal. Tenía cosas más importantes en las que pensar, se dijo.

CAPÍTULO 20

Bianquetti siguió mirando por la ventana hasta que el Audi desapareció de su ángulo de visión y la calle volvió a convertirse en el mismo paisaje anodino que había pasado la noche observando. Solo entonces abandonó su puesto de vigilancia y se acercó a la mesa de centro para coger el sobre que Ferraro había dejado allí.

Ahogó un silbido de admiración cuando sacó el fajo de billetes amarillos y verdes. Se pasó el dinero de una mano a la otra y contabilizó un total de tres mil euros. No era una millonada, pero sin duda le iba a servir para tapar algunos agujeros.

Estuvo tentado de comenzar a hacer planes para aquel dinero, pero sabía que no podía volverse loco y ponerse a derrochar sin más. Todavía le quedaba un año de suspensión y más le valía administrarlo bien para no tener que seguir echando mano de sus ahorros, ya de por sí bastante menguados.

Para Ferraro, aquellos tres mil euros no debían de ser más que calderilla, una limosna en comparación con su inmenso patrimonio. «Probablemente lleve esta cantidad cada día en los bolsillos», se dijo. Se preguntó si tendría hermanos o si era el único heredero de la fortuna familiar. Jugueteó con la idea de que hubiera sido él mismo quien hubiera ordenado la ejecución de su padre para quedarse con sus empresas. No tardó demasiado en desecharla, convencido de que aquel tipo no necesitaba tomar medidas tan extremas para ser obscenamente rico.

Lo que en realidad le parecía increíble era que el hijo de Carlos Ferraro, supuestamente educado para ser un tiburón de los negocios, fuera capaz de perder la cabeza por una mujer de una manera tan enfermiza. Antes de conocerlo se lo había imaginado como un tipo frío, racional, a imagen y semejanza de su padre. Nada que ver con el idiota enamorado al que había visto crispase ante la posibilidad de no poder hacer realidad los deseos de

Mary. No obstante, tenía que reconocer que aquella mujer tenía cierto magnetismo, un aire embaucador. Él mismo, que se consideraba bastante alejado de sentimentalismos, notaba un hormigueo en la boca del estómago cada vez que evocaba su presencia, sus miradas o la sensual forma de sus labios, pese a que no dejaba de repetirse una y otra vez que aquella mujer no le interesaba de aquel modo.

Buscó en la agenda del móvil el número de Morgado y, mientras lo oía dar tono, volvió a meter el dinero en el sobre y lo dejó sobre la mesa.

—Diga —ladró Morgado, con la calidez y la educación de un rottweiler con hemorroides.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó, más por costumbre que porque de verdad se plantease la posibilidad de haberle interrumpido haciendo algo importante.

—Claro.

—Siento molestarte. ¿Tienes algo para mí?

—Sí, un consejo: elige mejor tus amistades.

—Si quisiera un consejo, llamaría al puñetero teléfono de la esperanza.

Morgado respondió a aquel veredicto con una risotada mucho más vehemente de lo que esperaba.

—Empecemos por el principio —anunció, cortando la carcajada sin previo aviso—. La organización de la que me hablaste, BULL EYE, forma parte de un conglomerado de empresas y se dedica básicamente a prestar servicios de vigilancia y protección a sus asociados. Para que te hagas una idea, es como si Carrefour creara una empresa de seguridad que se encargase de vigilar sus centros, ahorrándose así tener que contratar a una empresa externa.

—Me imaginaba algo parecido.

—No quiero aburrirte, así que me saltaré la parte técnica sobre quién ostenta la titularidad de BULL EYE, ya que la cantidad de asociados es abrumadora. La dirección ejecutiva está a cargo de un tal Gregorio Montalvo. Debe de tratarse de ese Grégory del que me hablaste.

—Probablemente. ¿Qué sabes de él?

—Un tipo muy interesante. Exmilitar, destacado en misiones en Bosnia, Líbano, Turquía y Afganistán.

—Creía que nuestros soldados nunca estuvieron en Afganistán —bromeó.

—Pues este estuvo y debió de pasárselo en grande. Al parecer pertenecía a

un cuerpo de élite, una especie de escuadrón al que encomendaban misiones especialmente peligrosas.

Bianquetti asimiló aquellos datos mientras se alejaba de la ventana y llegaba a la conclusión de que, de haber creído en las casualidades, aquella le habría parecido de lo más oportuna. Había conjeturado que Saldaña era exmilitar y el hecho de que Grégory también hubiera pertenecido al ejército insinuaba la posibilidad de que se conocieran e incluso de que hubieran llegado a compartir trinchera alguna vez. «Hay que investigar esa vía», se dijo. Si demostraba que el escolta y Saldaña se conocían antes del asesinato, tal vez consiguiese vincular al primero con la muerte del ricachón.

—Salió del ejército con una hoja de servicios brillante —continuó Morgado— y no duró en el paro más de unos meses, hasta que lo contrató BULL EYE. A él y a otro de sus compañeros de aventuras.

—Déjame adivinar —le interrumpió, tratando de recordar el nombre de Caracervo—. ¿Un tal Sergi?

—Sergi Ramírez. ¿Le conoces?

—Sí, nos hicimos muy amiguitos.

—Pues está a las órdenes del otro, un peldaño por debajo en la escala de mando. Hay varios empleados más, por si quieres información sobre alguno en concreto.

—No será necesario. Gracias por todo, Miguel.

—Cuídate.

Bianquetti colgó y volvió a ocupar su lugar junto a la ventana mientras sacaba un cigarrillo y se lo colocaba en los labios. Lo dejó ahí, sin encender, mientras miraba hacia el exterior y se preguntaba hasta cuándo sería razonable seguir encerrado. Algo le decía que si Grégory pretendía intentar algo contra él, lo más probable sería que esperase a que estuviera en la playa de los Alemanes, donde sin duda jugaría con ventaja al tratarse de su territorio.

Unos minutos más tarde fue a la cocina y tiró el cigarrillo aún sin encender a la basura.

Después volvió junto a la ventana.

CAPÍTULO 21

A lo largo de la tarde tuvo que eludir una y otra vez la tentación de telefonar a Cristina. Incluso buscó en la agenda su número y lo tuvo delante en varias ocasiones, pero no tenía ganas de inventarse otra mentira, así que prefirió no llamarla. Tampoco llamó a Sol, a pesar de que tenían una conversación pendiente. Intuyó que estaría demasiado enfadada con él como para que la charla transcurriera, al menos, de forma cordial.

Después de darle muchas vueltas, terminó telefoneando a Regina. Quedaron en verse esa misma noche, en el mismo lugar que la última vez y Bianquetti realizó el trayecto hasta El Puerto de Santa María pendiente de cada coche que lo rebasaba o se ponía detrás de él, atento por si veía aparecer el Opel Calibra, el Seat León o cualquier otro vehículo que diera la impresión de estar siguiéndole. Llegó con bastante antelación para poder examinar las inmediaciones del lugar en el que había quedado con aquella chica y callejeó por el centro del pueblo con la intención de detectar si alguien le seguía. Una vez que se hubo asegurado de que no había peligro, se dirigió a La Inmaculada.

Cuando llegó al barrio, estacionó en el mismo lugar que el día anterior y esperó. A un lado del bloque en el que supuestamente vivía Regina vio estacionado el Passat que lo había seguido la otra noche. El conductor estaba cerca del vehículo, apoyado contra la pared, acompañado de dos tipos con el mismo aspecto patibulario y tocado con aquella gorra que llevaba incrustada hasta las cejas. «Cipriano», recordó. Desde la impunidad que le permitía la docena de metros que los separaban, el rufián le dirigió una mirada desafiante, nada que ver con la mueca asustada que había exhibido durante su último encuentro. Como si el hecho de encontrarse en su barrio o la cercanía de sus dos secuaces le proporcionara una inmunidad que a Bianquetti, en realidad, no le pareció para tanto.

Pasados unos minutos, Regina salió del portal de aquel mismo edificio y caminó en su dirección, y dedujo que le habría visto llegar desde alguna de las ventanas que había más arriba. Pasó junto a Cipriano y sus dos amigotes sin mirarlos y cuando se subió al asiento del acompañante obsequió a Bianquetti con una sonrisa almibarada.

—¿Dónde quieres ir hoy? —preguntó la chica mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Esta vez no lo saludó con un beso ni nada parecido, como si ya hubieran alcanzado el nivel de confianza que hacía innecesarias tales muestras de cariño, y Bianquetti lo agradeció mientras arrancaba y se ponía en marcha. Antes de abandonar el barrio, dedicó un último vistazo a Cipriano para asegurarse de que se quedaba donde estaba.

—¿Dónde te apetece ir a ti?

—Me da igual —subió los pies al asiento y se abrazó las rodillas—. El que paga manda.

El restaurante Bienmesabe se encontraba junto al barrio del Tejar, casi a las afueras de El Puerto de Santa María. Según Regina, si quería disfrutar de una buena hamburguesa, «mejor que las que te ponen en el McDonald's», aquel era el lugar idóneo. Estacionó cerca de la entrada y, cuando estaba a punto de bajarse del coche, observó que ella seguía con el cinturón puesto y abrazada a sus rodillas, sin la menor intención de moverse.

—Estaremos más cómodos dentro —le advirtió, pero ella negó con la cabeza.

—Prefiero que traigas la comida y nos vayamos a comer a otro sitio. Conozco un lugar en el que podremos estar tranquilos.

Trató de reforzar aquel argumento con una nueva sonrisa, tan forzada que Bianquetti se dio cuenta de adónde quería llegar y decidió no insistir. Pudo suponer lo incómoda que se sentía cuando algún cliente la hacía acompañarle a cualquier sitio, convirtiéndola en el blanco de miradas mal disimuladas, murmullos suspicaces y muecas reprobatorias de todo aquel con quien se cruzaba dada su condición de meretriz, que difícilmente pasaba desapercibida. Por eso la dejó en el Kadett, decidido a ahorrarle el mal trago, y entró solo en el Bienmesabe.

Como no sabía qué clase de hamburguesa preferiría Regina, pidió tres diferentes, dispuesto a comerse las que ella no quisiera. Completó el pedido

con varias raciones de frituras y dos botellas de agua. En los diez minutos que tuvo que esperar a que preparasen la comida, miró varias veces hacia el exterior para asegurarse de que no había ningún vehículo sospechoso merodeando por la zona. Una vez que el pedido estuvo listo, pagó y cargó con las dos bolsas de comida hasta el Kadett. Al entrar en el coche, el habitáculo se llenó de un apetitoso aroma a comida que Regina recibió respirando hondo con los ojos cerrados, en un gesto que no le pareció del todo intencionado.

Antes de que pudiera preguntarle qué dirección tomar, ella se le adelantó.

—Tira recto.

Atravesaron la ciudad de punta a punta, lo que no les llevó más de unos minutos, y cuando estaban a punto de abandonarla, Regina le indicó que tomara la siguiente salida, en la que un letrero anunciaba la proximidad del barrio de Valdelagrana.

El desvío les llevó hasta una explanada desierta junto a la playa, entre un restaurante llamado Tadeo con aspecto de llevar años cerrado y una rampa de skate repleta de pintadas. No había ni un solo coche por la zona y Bianquetti estacionó de cara a la carretera, para no tener que maniobrar en caso de verse obligado a salir huyendo. Después abrió las ventanillas y recibió con nitidez el sonido de las olas rompiendo en la orilla con pereza.

—Coge la que quieras.

Le tendió a Regina la bolsa en la que llevaba la comida y la chica cogió la primera hamburguesa que vio. Sin detenerse a mirar los ingredientes ni pensárselo demasiado, comenzó a devorarla, confirmando algo que Bianquetti ya sospechaba: estaba hambrienta.

—Aquí tienes agua y patatas fritas, y más cosas.

Le acercó la otra bolsa, pero Regina ignoró el ofrecimiento, ocupada en hacer desaparecer la hamburguesa con aquellos mordiscos suyos, pequeños e implacables, mientras Bianquetti se preguntaba si aquella sería la primera vez que comía en todo el día.

Echó un vistazo a su alrededor para hacerse una composición del lugar en el que se encontraban. Un puñado de urbanizaciones y bloques de pisos se alzaban en hilera frente a ellos, y a su espalda, en la distancia, el puente de la Pepa se apreciaba con nitidez, merced a las luces rojas y blancas que marcaban su altura y longitud. La noche era tan clara que la silueta de Cádiz también resultaba perfectamente visible al otro lado de la bahía y, en el cielo,

solo un puñado de jirones de nubes se resistía a desaparecer, dando tregua a aquella semana lluviosa e incómoda.

—Es un buen sitio —certificó Regina, que no había pasado por alto la forma en la que miraba a su alrededor—. En verano, Valdegrana se llena de veraneantes y se pone imposible, pero durante los meses de invierno es un lugar tranquilo y solitario al que da gusto venir a pasear.

—Prefiero este sitio al del otro día.

Regina engulló el último trozo de hamburguesa y sacó de la bolsa un envase con patatas fritas. Empezó a devorar una patata tras otra y Bianquetti se preguntó dónde diantres iría a parar toda aquella comida, dado el poco espacio disponible en aquel cuerpecillo.

—Hablando de eso —añadió mientras se chupaba los dedos—, ¿hoy tampoco quieres follar?

Le asqueó la rudeza con la que lo dijo, como si se tratara de un simple trámite. Durante el tiempo que llevaban juntos, Bianquetti había tratado de obviar su profesión, convencido de que si se limitaba a cenar con ella se diferenciaría del resto de hombres que contrataban sus servicios y la haría sentirse algo mejor, pero la mirada con la que Regina urgió una respuesta le dejó bien claro lo que ella estaba tratando de darle a entender: que si estaba allí con él era por su dinero, no por amistad, camaradería ni nada por el estilo. Como un recordatorio de que la vida era así de infame y de que ninguno de los dos podía hacer nada para evitarlo.

—Nunca he pagado por sexo —respondió— y no voy a empezar a hacerlo hoy.

—Si quieres tirar tu dinero, adelante.

—No lo estoy tirando, lo estoy invirtiendo.

Regina hizo un gesto de desinterés, «Allá tú», y Bianquetti se preguntó a qué venía aquella agresividad.

Entonces cayó en la cuenta de un detalle, tan obvio que lo había dado por hecho sin más: aquella chica estaba allí contra su voluntad. Si permanecía a su lado era porque le pagaba y, aunque pretendía que su comportamiento fuera respetuoso y educado, no dejaba de ser un desconocido que pagaba por su compañía. No era sexo, pero, al fin y al cabo, estaba disponiendo de ella a su antojo.

Se sintió mal al instante y Regina debió de percatarse de ello, ya que dejó a un lado las patatas y se puso a mirar por la ventanilla. Bianquetti intentó

convencerse de que estaba haciendo lo correcto y de que, si no estuviera allí con él, estaría con cualquier otro. Puede que con alguien que no dudaría en tomar aquello por lo que pagaba y hacer con ella lo que le apeteciera. Sin embargo, Regina le veía como un cliente más y lo peor era que no podía culparla por ello.

Aquella certeza le hizo perder el apetito, algo inaudito en él, y volvió a guardar la hamburguesa intacta. Pasaron los siguientes minutos en silencio, con el resto de la comida enfriándose en las bolsas.

Harto de aquella situación tan violenta para los dos, Bianquetti bajó del coche y dio un corto paseo para estirar las piernas. Anduvo hasta la rampa de skate, apoyó la espalda contra ella y contempló el coche a lo lejos. Regina le observó desde su asiento, tratando de aparentar indiferencia, y Bianquetti se preguntó si sería un buen momento para desvelarle los verdaderos motivos que le habían llevado a buscarla, pero decidió que no era el mejor día para tener aquella conversación. «La próxima vez que nos veamos se lo diré», sentenció.

Se preguntó si entonces encontraría el valor para hacerlo.

Durante la siguiente hora y media, Bianquetti intentó sin éxito recuperar la confianza de Regina, pero ella respondió a cada conversación que él iniciaba con monosílabos, como si no tuviera el menor interés en estar allí y estuviera deseando terminar de una vez aquella ridícula cita y perderle de vista.

Finalmente, Bianquetti guardó silencio. Durante un rato, el único sonido audible en el habitáculo fue el que hacían las olas al batir detrás de ellos. Cuando estuvo seguro de que no iba a sacar nada más de aquel encuentro, arrancó y puso rumbo de vuelta a La Inmaculada.

Mientras conducía, se preguntó qué podría haber dicho o hecho para que la situación hubiera sido diferente, pero no encontró ninguna respuesta que le convenciera. Regina tenía sus propios problemas y había sido un iluso al pensar que podría hacer que se olvidase de ellos con una cena y un paseo en coche. Se había comportado como un idiota y, probablemente, lo había echado todo a perder.

Cuando llegaron a La Inmaculada, Bianquetti detuvo el Kadett junto al edificio en el que la había recogido y sacó dos billetes de veinte euros de su cartera. Regina cogió el dinero, pero se resistió a bajar del coche. Se quedó

allí, mirando al frente con los labios apretados en una mueca furiosa.

—Siento haber sido tan borde.

Le pareció que le costaba mucho formular aquella disculpa y miró para otro lado para que no tuviera que pasar por el trago de enfrentarse a su mirada condescendiente.

—No te preocupes.

—Estoy segura de que eres un buen tipo —continuó y por un momento pareció que iba a añadir algo más, pero no lo hizo.

—Cuídate, Regina.

Aquello sonó a despedida y no hizo nada por evitarlo. Antes de salir del coche, Regina se volvió hacia él.

—Llámame cuando quieras. Me gustará verte otra vez, aunque entenderé que tú no quieras verme más.

En sus labios apareció una sonrisa a la que no acompañaron sus ojos tristes, que parecían implorar algo de comprensión. Antes de bajar del coche cogió las bolsas que contenían el resto de la cena, fría pero todavía comestible, probablemente para comérsela al día siguiente o para compartirla con sus compañeras de piso. Se alejó en dirección al bloque en el que debía de tener su hogar y Bianquetti no dejó de observarla hasta que la vio desaparecer en el interior del portal.

Todavía tardó algunos minutos más en ponerse en marcha, deseando en secreto que se lo pensara mejor. Que apareciese de nuevo y le dijera: «Llévame contigo, aléjame de todo esto». No sucedió nada parecido, por lo que ahogó un suspiro y se alejó del barrio, sin perder de vista el retrovisor. Por si acaso.

CAPÍTULO 22

Otra noche en vela, otro puñado de horas sin hacer otra cosa que mirar por la ventana, intentando no relajarse por más que una voz en su cabeza le repetía que no había peligro y que nadie iba a ir a su domicilio para atentar contra él. Llegó el alba y la ciudad se desperezó sin pedir permiso, mientras Bianquetti se apoyaba contra la pared y se obligaba a permanecer en aquel estado de alerta, cada vez menos convencido de lo que estaba haciendo.

Sobre las nueve de la mañana llegó el coche que debía llevarle hasta la casa de la playa de los Ferraro. Para no dar lugar a equívocos, Ferraro había enviado uno de aquellos Audis y Bianquetti se preguntó si habría sido tan idiota como para mandar a Grégory o a Caracerdo a por él. Por fortuna, cuando la puerta del conductor se abrió dejó bajar a un tipo al que no conocía de nada. Llevaba traje y corbata, aunque con la desgana de quien está acostumbrado a vestir de otra forma y solo se arregla así cuando las circunstancias le obligan a hacerlo.

El chófer se apoyó en el capó, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, provocándole unas terribles e innegociables ganas de ponerse a fumar también. Siguió observándole hasta que se terminó aquel maldito cigarro y no transcurrieron más de unos segundos antes de que volviera a encender otro.

Bianquetti creyó que ya había visto suficiente y se separó de la ventana. Sabía que estaba cometiendo un error, que iba a meterse en un lío mucho mayor del que ya lo tenía empantanado hasta la cintura, pero se dijo que ir a la boca del lobo en busca de problemas era mucho más conveniente que esperar a que los problemas fueran a por él. Porque el peligro no había desaparecido, ni mucho menos, y lo más probable era que los tipos que lo habían asaltado hacía dos noches estuvieran esperando la ocasión de pillarle desprevenido y acabar lo que no habían tenido siquiera ocasión de empezar.

Había pasado la noche reflexionando sobre lo cretino que podía llegar a ser

aun sin proponérselo y dándole vueltas a la conversación a tres bandas que había mantenido con Ferraro y su mujer, pensando en lo que se había dicho y también en lo que no.

Porque había sido a tres bandas, de eso no le cabía la menor duda. Aunque Mary no hubiera abierto la boca, sus silencios habían sido más convincentes que todos los argumentos que había empuñado su marido. Las imágenes volvieron a su cabeza con nitidez y hubo un momento en el que las dudas comenzaron a amontonarse, amenazando con desbordarle si no les daba respuesta pronto.

En un intento por ahuyentar aquellas dudas antes de que se convirtieran en un problema, tomó su móvil y marcó el número de Cristina. Empezó a preguntarse qué iba a decirle, pero respondió antes de que hubiera tomado una decisión.

—Buenos días, Manuel.

—Hola.

Ambos se quedaron en silencio, esperando a que fuera el otro quien diera alas a la conversación. Finalmente fue Cristina quien habló, con un tono que a Bianquetti no le pareció tan cordial como habría deseado.

—Espero que te encuentres mejor.

—Mucho mejor —contestó, sin mentir del todo—. ¿Me perdonas por haberte dejado tirada?

—No hay nada que perdonar, Manuel.

—Mientes fatal.

—Pues anda que tú.

A Bianquetti le habría gustado reír, bromear y quitarle importancia, pero el enfado de Cristina traspasaba la línea y se solidificaba a su lado obligándole a elegir con cuidado las palabras para no terminar de fastidiarla. Le preguntó por su trabajo y ella le contestó que disponía de unos días libres, lo que le pareció una invitación para hacer algo juntos. Tuvo que contener una maldición mientras buscaba la mejor manera de excusarse.

—Voy a ausentarme unos días —dijo—. Estaré fuera de la ciudad.

—Vale.

Así, sin más. Aquel «vale» le sonó lapidario, resolutivo, y buscó la manera de suavizarlo.

—Me ha surgido un trabajo y tengo que marcharme enseguida. ¿Conoces la playa de los Alemanes?

—No tienes que darme explicaciones.

Aquello fue más de lo que pudo soportar. Se separó el teléfono de la oreja y miró fijamente su nombre en la pantalla, incapaz de encontrar una salida digna a la conversación. No quería contarle nada sobre lo que tenía entre manos, ya que cualquier cosa que le dijera haría que se preocupase de forma innecesaria. Separar su vida personal de la profesional era primordial para mantenerse cuerdo, se repitió. Sin embargo, también entendía que ocultárselo equivalía a excluirla de su vida, a sabotear la extraña relación que se había fraguado entre ellos. La certeza de estar alejándose de ella como un barco sin gobierno horadó su capacidad de razonar y un puñado de frases se agolparon en sus labios, empujándole a sincerarse y a tratar de darle una explicación que ella había dejado claro que no quería escuchar. Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no hacerlo.

—Tengo que dejarte —dijo y no pensó en la multitud de sentidos que podían esconder aquellas palabras hasta que salieron de sus labios, demasiado tarde para remediarlo.

—Ya nos veremos —decretó Cristina.

Cortó la comunicación y Bianquetti estuvo tentado de lanzar el teléfono al otro lado de la habitación. Estaba furioso consigo mismo por ser incapaz de dominar la situación y dejar que su relación, amistad o lo que diablos fuera aquello se deteriorase por culpa de aquel maldito encargo.

Buscó el paquete de cigarrillos y extrajo uno. Comenzó a alisarlo con los dedos para mitigar su nerviosismo mientras caminaba de un lado a otro del piso con la impaciencia de una bestia enjaulada y, cuando llegó junto a la ventana, miró hacia la calle y contempló al chófer, que, haciendo gala de una paciencia infinita, seguía fumando para dejar pasar el tiempo.

El conductor fumaba como un adicto, sin apenas descanso entre una calada y la siguiente. La visión de aquel muchacho machacándose los pulmones le crispó, sin saber muy bien por qué, y no fue consciente de las ganas que tenía de ponerse a fumar hasta que se percató de que estaba alisando el cigarrillo con demasiada fuerza, a punto de partirlo en dos. Antes de que su subconsciente le traicionase y le obligase a encenderlo, se lo guardó en el bolsillo.

Todavía tardó un par de horas más en bajar. Aprovechó aquel lapso de

tiempo para darse una ducha y comer algo. De vez en cuando miraba hacia la calle para asegurarse de que el chófer seguía en su lugar, tenaz como un maldito guardia inglés. Sacó del armario una vieja bolsa de deporte y se preguntó qué debería llevarse, teniendo en cuenta que no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a pasar en Zahara. Se decidió por un par de pantalones, varias camisas y camisetas, suficientes mudas para una semana y un grueso jersey. Tras meter también un neceser con útiles de aseo, cerró la bolsa de deporte y se puso en marcha.

El conductor lo reconoció nada más verle salir del edificio, lo que evidenció que debían de haberle descrito su aspecto, y le dedicó una sonrisa amigable.

—Buenas tardes, señor —saludó, y arrojó el cigarro humeante a un lado mientras se despegaba del capó—. Soy Osorio.

Se acercó e hizo amago de tomar su equipaje, pero Bianquetti denegó el ofrecimiento con la cabeza, reacio a desprenderse de su bolsa. Observó que la porción de suelo a los pies del conductor estaba tapizada de colillas y calculó que durante la espera habría consumido una cajetilla y media de tabaco, aproximadamente. El tal Osorio sacó una llave del bolsillo, pulsó un botón y el maletero del Audi se abrió con un chasquido.

Bianquetti le echó una ojeada desconfiada que el muchacho ignoró mirando hacia otro lado. Todavía no había llegado a dilucidar si se trataba de un simple guardaespaldas o de otro esbirro de Grégory, que no dudaría en eliminarle si le daba la ocasión. Hasta que lo supiera, no pensaba bajar la guardia. No apreció en su chaqueta el bulto que delataría la presencia de un arma, pero, aun así, no lo perdió de vista mientras metía su frugal equipaje en el maletero y cerraba con más fuerza de la necesaria, acostumbrado al trato con su viejo Kadett. Cuando iba a entrar en el coche, el joven se le adelantó y le sostuvo la puerta trasera mientras le animaba a subir con una sonrisa.

Poco acostumbrado a tales cortesías, Bianquetti entró y se acomodó en la parte trasera mientras Osorio le sostenía la puerta sin perder en ningún momento el gesto amable. Después cerró y se puso al volante. El coche cobró vida con un ronroneo y se pusieron en marcha.

Mientras salían de la ciudad, Bianquetti se dio cuenta de que aquella situación le transmitía una mansa incertidumbre. Tenía la sensación de que acababa de poner rumbo directo a la perdición de forma voluntaria, un error que podía costarle muy caro, y sin embargo no estaba tan preocupado como

debería.

«A tomar por culo —pensó mientras se repantigaba en su asiento—. En caso de que me dirija al infierno, al menos lo hago en un coche con clase».

CAPÍTULO 23

Bianquetti estaba tan cansado y tenía tanto sueño acumulado que llegó a cabecear en varias ocasiones durante el trayecto. Tampoco ayudaba el hecho de que el Audi se desplazara con tanta suavidad, aunque Osorio llegó a alcanzar los ciento sesenta kilómetros por hora en las rectas, lo que demostró lo poco que le importaba la presencia de radares de tráfico que pudieran sancionarle por superar con creces la velocidad máxima permitida.

Mientras se dejaba llevar, en un intento por no quedarse dormido, introdujo en el buscador del teléfono móvil las palabras «playa de los Alemanes» y descubrió que se trataba de una cala cercana a Zahara. Según se creía, recibía aquel nombre porque durante la Segunda Guerra Mundial sirvió como lugar de vigilancia y aprovisionamiento de los barcos alemanes que circulaban por el Estrecho, aunque también se rumoreaba que se llamaba así porque tras la guerra algunos oficiales nazis habían recalado allí huyendo de los Aliados, en busca de un lugar tranquilo en el que vivir el resto de sus días en el anonimato. Sea como fuere, se trataba de un entorno paradisiaco ocupado por un buen número de residencias de lujo, entre las que debía de hallarse la casa de veraneo a la que se había referido Leo Ferraro.

Pasó parte del viaje examinando la nuca del conductor, tratando de hacerse una idea de cómo era la persona que iba al volante. Tenía el pelo negro tocado por algunas canas prematuras, pese a que no debía de llegar a los treinta años, y llevaba un traje de color negro a juego con sus pulmones, aunque lo lucía con la desgana de quien preferiría ir en bañador y camiseta. Daba la impresión de querer alejarse del arquetipo de chófer almidonado y gentil para situarse en el otro extremo, el de alguien que se ha hecho conductor profesional simplemente porque se le da bien y punto. En varias ocasiones lo sorprendió tarareando las canciones que se oían a través del equipo de música del coche, al volumen justo para resultar agradable, y

tamborileando con los dedos sobre el volante. No le habló en todo el trayecto, algo que agradeció, ya que le permitió pensar tranquilamente en sus asuntos.

La velocidad a la que circulaban hizo que tardaran menos de cuarenta minutos en llegar a su destino. Pasaron junto a Vejer, atravesaron Zahara de los Atunes y siguieron circulando hacia un promontorio en el que los chalés de lujo se alzaban sobre una playa de arena fina y tintes caribeños, conformando una urbanización de aspecto exclusivo en la que nunca había estado antes. El desagradable clima de los últimos días parecía haberse disipado a medida que se acercaban a su destino y, en aquel momento, Bianquetti podía sentir el agradable cosquilleo del sol a través de la ventanilla como una invitación a la relajación y a olvidar los problemas que habían dejado en la ciudad.

El tamaño y los acabados de las mansiones que iban dejando a un lado y a otro de la carretera superaron todas sus expectativas, pese a que ya se había imaginado que la «casa en la playa» a la que se había referido Leo Ferraro debía de ser una construcción impresionante, a la altura de su extenso y excelso patrimonio. Bianquetti notó que el chófer le observaba de reojo por el retrovisor, como si quisiera ser testigo de su reacción ante la visión de tanta opulencia. Por eso se esforzó en no parecer sorprendido y en observar cada chalé junto al que pasaban con desdén, como si viera palacetes como aquellos a diario.

Después de unos minutos se detuvieron frente al portón de acceso a una finca circundada por un muro de piedra de unos cinco metros de altura que imposibilitaba ver lo que había al otro lado. Osorio sacó un mando a distancia de un compartimento junto a la palanca de cambios y cuando lo accionó el portón comenzó a deslizarse hacia un lado, permitiéndoles el acceso a aquella especie de paraíso privado.

El coche entró en el recinto y avanzó a través de un sendero de cemento rodeado por un fastuoso jardín. El camino terminaba frente a un garaje ocupado en aquel momento por tres vehículos. «Parece más un hangar que un garaje», pensó Bianquetti, y contabilizó otros dos Audis de color negro y un Porsche Cayenne de proporciones descomunales.

Osorio detuvo el coche allí mismo, dado que no había sitio para estacionarlo en el interior del garaje, y Bianquetti se adelantó a sus intenciones y bajó por su propio pie. La temperatura era agradable, con un cielo tan limpio de nubes que le pareció una maldita estampa ibicenca, y el

sol llameaba con tanta intensidad que echó de menos sus gafas de sol.

Tras el garaje estaba la casa; una monstruosidad de dos plantas y formas retorcidas y opulentas, con tantas curvas y ribetes que le recordó a una gigantesca tarta de bodas. El blanco era el color predominante, roto por los reflejos de algunas cristaleras aquí y allá que lo hacían refulgir como si de un palacio de cristal se tratase. Apostadas junto a la puerta había dos figuras en las que no había reparado hasta aquel instante y reconoció a Grégory y a Caracerdo antes incluso de que echaran a andar en su dirección.

Los esperó con las manos en los bolsillos y, a medida que se aproximaban, advirtió que ambos escoltas enseñaban los dientes. La sonrisa de Grégory era prudente, acorde con sus ojos felinos, que se movían en todas direcciones para observar su rostro, el de Osorio, el coche y el resto del perímetro, todo a la vez. Por su parte, la sonrisa de Caracerdo era más primaria, de puro entusiasmo. Igual que una boa constrictor sonreiría al contemplar a un ratón que se hubiera introducido en sus dominios con el evidente propósito de servirle de almuerzo, pensó. Ambos iban en mangas de camisa, dejando a la vista las fundas sobaqueras en las que portaban sendas pistolas automáticas.

—Me alegro de verle de nuevo —saludó Grégory cuando solo los separaban unos metros y Bianquetti fue incapaz de digerir la condescendencia que destilaba aquella forma de darle la bienvenida a su territorio.

—Descansa, soldadito.

El escolta torció la sonrisa, lo que evidenció su contrariedad por el hecho de que hubiera escarbado en su pasado. Osorio sacó la bolsa de deporte del maletero y se la tendió a Bianquetti, que la cogió sin dejar de mirar al dúo de aspirantes a gánsteres que tenía delante, preguntándose hasta cuándo iba a tener que soportar sus insolencias.

La puerta de la tarta de bodas se abrió para dejar salir a sus anfitriones. Leo Ferraro y su esposa se acercaron a ellos y, mientras lo hacían, Mary le dedicó una sonrisa tímida, con la que parecía pedirle disculpas por haberle arrastrado hasta allí. La presencia de los dueños de todo aquello provocó que Grégory y Caracerdo relajasen el gesto y se retirasen de forma silenciosa hasta quedar en un apropiado segundo plano.

—Espero que haya tenido un buen viaje —saludó Ferraro.

No sonrió y tampoco le ofreció la mano, por lo que Bianquetti dedujo que habría aprendido la lección. Seguía exhibiendo aquella expresión, mezcla de derrota y resignación, que apenas se correspondía con la supuesta

despreocupación que transmitía aquel entorno paradisiaco, y Bianquetti tuvo la impresión de que el exceso de obligaciones que conformaban el día a día de aquel individuo no le había permitido todavía un respiro para velar la memoria de su padre. Se quedó esperando un «Bienvenido a nuestra humilde morada» tan novelero que habría terminado de ridiculizar la situación, pero Ferraro no parecía dispuesto a llegar hasta ahí y por su gesto quedó claro que consideraba su presencia un engorro, un capricho que no había sabido negarle a su mujer, pero del que se arrepentía un poco más a cada segundo que pasaba.

Mary se acercó a Bianquetti y se agarró a su brazo con una familiaridad que sorprendió a todos los presentes, empezando por él mismo.

—Te enseñaré tu habitación —anunció y, antes de que pudiera protestar, tiró de él obligándole a seguirla con pasos torpes.

Su «habitación» resultó ser un cuarto de invitados situado en el primer piso de la mansión. Para llegar hasta él tuvieron que recorrer un salón kilométrico con muebles de diseño y una enorme cristalera tras la que se podía ver el océano en toda su extensión. Mary siguió aferrada a su brazo, como si se tratase de un invitado al que estuviera enseñando la casa, y Bianquetti se dejó llevar con más inercia que convicción, sin terminar de entender por qué aquella mujer con la que apenas había cruzado una o dos frases desde el día en que se conocieron se tomaba tantas confianzas con él.

—Espero que te guste —apuntó Mary, algo ridículo teniendo en cuenta que solo aquella estancia era casi tan grande como su domicilio entero. Tenía un cuarto de baño para él solo y una enorme cama de matrimonio repleta de almohadones que parecían llamarlo a gritos para que disfrutase de unas horas de descanso.

Mary se separó de él para acercarse a la ventana que había a un lado de la habitación y subir la persiana, y Bianquetti dejó la bolsa de deporte sobre la cama.

—Aquí abajo está la piscina y en aquel edificio de allí se encuentran las habitaciones del servicio.

Bianquetti se acercó a la ventana y observó el lugar que estaba señalando. Se trataba de una modesta construcción de una sola planta situada en el extremo más alejado de la parcela, y si no le hubiera dicho nada habría

pensado que se trataba de un trastero en el que guardaban las herramientas o algo así. Mary le dedicó una mirada explícita y le pareció que trataba de transmitirle que estaba siendo muy considerada con él y que, en condiciones normales, lo habrían mandado a dormir a aquel edificio con el resto del personal que trabajaba para ellos.

Un carraspeo a su espalda le hizo volverse y encontrarse con Ferraro. Estaba junto a la puerta del dormitorio, apoyado en el quicio, y su expresión ceñuda le reveló que, si por él hubiera sido, lo habría enviado a dormir al felpudo.

—¿Le gusta la habitación? —preguntó, sin molestarse en disimular su antipatía, puede que por el hecho de que fuera a tener libertad para moverse por su casa durante los próximos días.

Bianquetti alzó los hombros por respuesta y Mary pasó a su lado empuñando una sonrisa incierta.

—Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que decírnoslo —añadió para crispación de Ferraro, que meneó la cabeza al oír el ofrecimiento—. Nuestra habitación está aquí al lado.

Lo dijo como si se tratara de un detalle sin importancia, pero a Bianquetti le pareció mucho más que eso y decidió que aquella mujer disfrutaba haciéndole sentirse incómodo. Cuando el matrimonio lo dejó solo, se acercó a la puerta y comprobó que no tenía pestillo ni ningún otro mecanismo de seguridad y se lamentó por ello. A pesar de que un simple pestillo no detendría a cualquiera que quisiera entrar por las bravas, podría concederle algunos segundos muy valiosos en caso de que alguien fuera a por él.

Examinó el que iba a ser su alojamiento durante los próximos días y le pareció una habitación digna de un hotel de lujo. Estaba decorada con buen gusto, sin escatimar en cuadros ni muebles con los que hacer más llevadera su estancia. Un armario de buen tamaño descansaba a un lado, junto a la puerta, y en el cuarto de baño había una bañera en la que habría cabido perfectamente, algo inaudito dada su corpulencia. El televisor de plasma que había colgado en la pared era de mucha mejor factura que el que tenía en casa y no pudo evitar una incómoda sensación de ridículo al recordar la expresión con la que Ferraro había observado la ratonera que tenía por domicilio.

Se quitó el abrigo y lo dejó sobre la cama, junto a la bolsa de deporte. Después tomó asiento y se frotó el rostro con fuerza mientras reflexionaba sobre sus últimos movimientos, sin terminar de creérselos del todo. ¿Qué

demonios estaba haciendo allí, rodeado de extraños y sin saber cuál era exactamente su cometido?

Se permitió un breve receso para extraer algunos factores que le permitieran comprender mejor lo que estaba sucediendo. En total resumió la situación en tres puntos, a cuál menos halagüeño. A saber:

En primer lugar, como había razonado el día anterior, había muchas posibilidades de que Grégory estuviera involucrado de alguna forma en la muerte de Carlos Ferraro; no le iba a quedar más remedio que tenerlo controlado y, si se le presentaba la ocasión, trataría de interrogarlo al respecto.

En segundo lugar, estaba Mary y su extraño comportamiento. Hacía gala de una frivolidad a la que no veía sentido, como si estuviera de vacaciones, aunque bien podía tratarse de un mecanismo de defensa con el que su subconsciente hacía frente a la traumática situación por la que había pasado a lo largo de los últimos días.

En tercer lugar, el factor más importante de todos: estaba en un lugar que no conocía, rodeado de personas de las que no sabía prácticamente nada, así que más le valía andarse con ojo. «Debo estar atento si no quiero que me saquen de aquí con los pies por delante», sentenció.

Cuando hubo aclarado aquellos puntos, sacó su revólver y examinó el tambor para asegurarse de que estaba cargado, más por costumbre que porque necesitara hacerlo. Después caminó hasta la ventana y observó la piscina que había a sus pies, de formas redondeadas y llena de agua de un color turquesa tan intenso que no parecía real. Junto a la piscina, Caracerdo permanecía con los brazos cruzados por delante, sin hacer nada en absoluto, y transcurridos unos segundos alzó la vista hacia la ventana, como si hubiera percibido que estaba siendo observado. Cuando vio a Bianquetti, le dedicó una mueca espeluznante, premonitoria, a la que este respondió enseñándole el dedo corazón.

Mary entró en su campo de visión. Llevaba un albornoz vaporoso que se quitó mientras se acercaba al borde de la piscina y dejó a la vista un bikini de color negro y un tamaño inversamente proporcional al de sus atributos.

Dejó el albornoz sobre una hamaca y, con una elegancia digna de una nadadora olímpica, se colocó en el borde de la pileta y se lanzó al agua. Estuvo sumergida durante un buen rato antes de salir a la superficie y empezar a nadar de un lado a otro con brazadas enérgicas y eficaces.

Caracerdo la observó moverse de un lado a otro sin pestañear y Bianquetti decidió que la situación le habría hecho gracia de no haber resultado tan extravagante.

Cuando pareció darse por satisfecha, Mary se quedó a un lado de la piscina con los brazos apoyados en el borde, y Bianquetti no pudo evitar fijarse en el generoso busto que permanecía a flote frente a ella, apenas contenido por aquel bikini mínimo. Permaneció allí unos minutos mientras recuperaba el aliento, antes de salir del agua y tumbarse en la hamaca en la que había dejado el albornoz.

Bianquetti lo tomó como una señal de que había llegado el momento de ponerse manos a la obra y, tras remangarse la camisa por encima de los codos, salió de la habitación.

Encontró a Leo Ferraro en la planta baja, derrengado en uno de los sofás de piel que dominaban el salón, frente a una chimenea de centro apagada.

Bianquetti examinó con más detenimiento aquella estancia. Tanto las paredes como el suelo de mármol eran de un insultante color blanco que proporcionaba una luminosidad espectacular y la visión de tanta opulencia hizo que una punzada de rencor se instalara en su estómago, al pensar en los sueldos de miseria que hacían posible que algunos ricachones disfrutaran de aquel estilo de vida y de una finca más propia de narcotraficantes colombianos que de personas presuntamente honestas.

Aquella reflexión le hizo recordar la sentencia que formuló uno de los apóstoles durante el almuerzo en El Balandro: «Nadie gana tanta pasta siendo honrado». Aunque en aquel momento el que lo había dicho le había parecido un capullo, en medio de tanto lujo empezó a verle sentido a tan funesto dictamen.

Ferraro miraba el vacío frente a él, con un gesto de infinito cansancio que mutó en una mueca furiosa cuando le vio aparecer.

—Espero que esté todo a su gusto.

Bianquetti prefirió no contestar y detectó a Grégory a un lado del salón, con los brazos cruzados mientras velaba por el descanso de su jefe y trataba de confundirse con el resto del mobiliario. Caminó en su dirección y se colocó frente a él, a lo que el guardaespaldas respondió con un parpadeo nervioso, puede que preguntándose qué diablos quería.

—Voy a echarme un rato —anunció Ferraro.

Por el rabillo del ojo observó al dueño de la casa ponerse en pie con pesadez y dirigirse a las mismas escaleras por las que él había descendido. Subió cada peldaño como si le costara un gran esfuerzo y cuando hubo desaparecido en dirección a su dormitorio, Grégory le dedicó una sonrisa gatuna. El guardaespaldas trataba de aparentar serenidad, aunque le traicionó la forma en la que descruzó los brazos y se metió los pulgares en los bolsillos, en guardia, lo que puso de manifiesto la inquietud que le provocaba su proximidad y, sobre todo, el hecho de que Caracerdo no estuviera allí para protegerle.

—¿Cuánta gente hay en la casa, soldadito?

El escolta dedicó un instante a mirarle de arriba abajo antes de responder con otra pregunta.

—¿Por qué quiere saberlo?

Bianquetti acortó la distancia que los separaba e invadió su espacio personal.

—Escúchame, Grégory: como me toques los cojones, te suelto una hostia de las de antes. De las que ya no se dan. ¿Está claro?

Grégory balbuceó algo, sus ojos moviéndose en todas direcciones como si estuviera a punto de darle una embolia, hasta que finalmente encontró valor para responder.

—No me asustas, Bianquetti. Me he enfrentado a tipos más grandes que tú.

—Pero no te has enfrentado a mí.

Acompañó el comentario con una sonrisa exagerada que dejó los colmillos a la vista y provocó un cambio en la expresión del guardaespaldas.

—Si crees que...

—Dame un motivo. —Colocó un dedo frente a su rostro y lo agitó adelante y atrás para asegurarse de que lo veía bien—. Solo uno.

Dejó que el silencio fluyera, aportando todos aquellos detalles que no necesitaba pronunciar en voz alta, y, cuando creyó que Grégory había comprendido lo que sucedería si no le daba una respuesta satisfactoria, dio un paso atrás para permitirle recuperar su espacio antes de repetir la pregunta.

—¿Cuántas personas hay en la casa?

El escolta negó con la cabeza y Bianquetti siguió mirándole fijamente. Grégory vaciló un instante y, como si hubiera llegado a la conclusión de que responder a aquella cuestión no iba a hacerle daño a nadie, comenzó a

enumerar.

—El señor Ferraro, su mujer, Sergi, la cocinera y yo.

Bianquetti calibró la información ladeando la cabeza.

—¿Y Osorio?

—Se aloja en Zahara. Solo viene de vez en cuando, para encargos puntuales. ¿A qué viene ese interés?

En lugar de responder, Bianquetti le dio la espalda y se alejó en dirección a una cristalera que daba a la zona de la piscina. Mientras lo hacía, notó la mirada de Grégory horadándole la espalda como algo sólido. Antes de salir, se fijó en que sobre un aparador cercano había unas gafas de sol de la marca Porsche, a juego con el Cayenne que había visto en el garaje. Dado que el dueño de la casa no estaba allí para pedírselas prestadas o puede que precisamente por eso, cogió aquellas gafas y se las puso, constatando que le iban un poco pequeñas. Le pareció que Grégory mascullaba una protesta, pero hizo como que no lo oía y salió del edificio.

Detectó a Mary en la tumbona, con aspecto de estar echándose una siesta. Caracerdo permanecía en el mismo lugar que antes, la calva refulgiendo debido al sudor, y dedujo que a aquel energúmeno le debía de resultar extremadamente difícil soportar aquella temperatura. Pese a ello, este se empeñó en armar una sonrisa bobalicona.

Bianquetti caminó con lentitud hasta quedar en el lado opuesto de la piscina, desde donde podía observar a Mary sin perder de vista a Caracerdo. Grégory emergió desde el interior de la mansión y se situó al lado de su esbirro. Cuando estuvo junto a él, ambos se colocaron en posición de descanso, reminiscencias de su pasado castrense, y hablaron en susurros mientras le fusilaban con miradas suspicaces y sonrisas insolentes que dejaron bastante claro que estaban hablando de él.

«Comienza el juego», se dijo Bianquetti y cruzó los brazos sobre el pecho sin dejar de mirarlos.

CAPÍTULO 24

La piscina refulgía con descaro reflejando el sol de la tarde. La temperatura era agradable, pero Bianquetti llegó a notar cómo algunas gotas de sudor se deslizaban por su espalda mientras permanecía allí erguido, con los brazos cruzados y sin perder de vista a Mary ni a los dos escoltas.

La chica durmió durante casi dos horas, ajena al duelo de miradas que estaba teniendo lugar a su alrededor. Cuando despertó, se desperezó como un gato sobre la hamaca, estirándose todo lo que le permitieron sus articulaciones, y, cuando reparó en Bianquetti, le dedicó una sonrisa afable que este simuló no ver.

Después de unos minutos más en la misma posición, se desperezó por segunda vez y se puso en pie. Se dirigió a la casa tomando por el lado de la piscina en el que se encontraba Bianquetti y el efecto de verla caminar sin sus tacones la hizo parecer aún más menuda. Su manera de desplazarse le resultó algo forzada, como si la costumbre de andar sobre plataformas afiladas hubiera cambiado para siempre su forma de moverse. Cuando pasó a su lado, Mary le dedicó otra sonrisa a la que intentó corresponder sin demasiado éxito. Le pareció que se contoneaba algo más de lo necesario, y siguió observándola incluso cuando lo rebasó y se encaminó hacia el interior de la casa. Empezó a caminar tras ella y, para su sorpresa, la vio desanudarse la parte de arriba del bikini con una mano. Sin mediar palabra, la dejó caer al suelo.

Trató de no darle importancia y siguió caminando. Cuando pasó junto a aquel trozo de tela se le pasó por la cabeza la ridícula idea de recogerlo y devolvérselo a su dueña. Su sentido común le hizo desechar aquella ocurrencia y entró en la mansión con el corazón encogido, temiendo encontrársela desnuda sobre el sofá.

Por fortuna, en el mismo momento en el que entró en la casa, vio a Mary

desaparecer escaleras arriba en dirección a los dormitorios, llevando aún la parte de abajo del bikini. «Su marido se olvidará de las penas cuando la vea aparecer así», decidió y aquel pensamiento le provocó una sonrisa infantil que se congeló en sus labios al reparar en la mujer que le observaba desde el otro lado del salón, junto a la puerta que debía de dar a la cocina. Llevaba un delantal que le hizo deducir que se trataba de la cocinera a la que se había referido Grégory y, por la forma en que lo miró, supo que le había visto sonreír mientras contemplaba los movimientos de la señora de la casa, un gesto fácil de malinterpretar que no parecía haberle hecho ninguna gracia.

—Hola —saludó y, dispuesto a arreglar el estropicio, caminó en su dirección—. Soy Manuel Bianquetti. Voy a pasar aquí unos días.

Llegó hasta ella y le tendió su manaza. La mujer tardó unos segundos en ofrecerle la suya, regordeta y minúscula, sin abandonar el gesto desconfiado.

—Tanto gusto —murmuró—. Mi nombre es Victoria.

—¿Es usted la cocinera? —preguntó y ella asintió, como si la respuesta a aquella pregunta no fuera obvia.

—Si necesita cualquier cosa, no tiene más que pedírmelo —ofreció.

—Pues si hay café hecho, me tomaría una taza.

—Lo prepararé ahora mismo.

—No se moleste, solo...

Victoria se escabulló tras la puerta de la cocina dejándole con la palabra en la boca, y Bianquetti no supo si lo hizo porque era así de servicial o porque estaba huyendo de él, aunque se inclinaba más por lo segundo.

A través de la cristalera vio que Grégory y Caracerdo se habían quedado junto a la piscina, compartiendo confidencias. Siguió vigilándolos durante varios minutos, preguntándose qué estarían tramando, hasta que oyó la voz de la cocinera a su espalda.

—Aquí tiene.

Se dio la vuelta y la observó dejar una bandeja con un café expreso, una pequeña lechera y un cuenco con azucarillos sobre una pequeña mesa de centro.

—¿Por qué no se toma un café conmigo?

La mujer fingió no haber oído la propuesta y volvió a escapar en dirección a la cocina, lo que sirvió para corroborar su impresión inicial: le tenía miedo.

Pasó la hora del almuerzo, pero nadie bajó a comer y Bianquetti se quedó en el salón, el epicentro de la casa, donde ni Grégory ni Caracerdo pusieron un pie, posiblemente para evitar tener un encontronazo con él. Dejó pasar las horas sentado en uno de los cómodos sofás de piel, tratando en vano de mantenerse despierto.

Sobre las ocho de la tarde, Victoria salió de la cocina y murmuró una escueta despedida. Había sustituido su delantal por una cazadora vaquera y antes de irse le dijo que había dejado algo de cena en el frigorífico. Cuando se marchó, Bianquetti volvió a echar una ojeada a la zona de la piscina. Vio a Grégory marcharse al edificio en el que estaban las habitaciones del servicio, dejando a cargo de la vigilancia a su compinche, que comenzó a dar vueltas por el perímetro de la mansión, vigilado por Bianquetti de forma discreta a través de las diferentes ventanas de la planta baja. Por desgracia, nada parecía indicar que aquellos dos hicieran otra cosa que cumplir con su trabajo, y lamentó para sus adentros estar perdiendo el tiempo de esa manera. «Al menos me pagarán bien», trató de convencerse.

Ya era de noche cuando vio bajar a Mary. Llevaba un salto de cama azul tan leve que no pudo evitar desviar la mirada en cuanto la vio.

—Buenas noches —lo saludó, aparentando no darse cuenta de su azoramiento—. Espero que estés bien.

Bianquetti no respondió. La vio entrar en la cocina y, tras unos minutos, volver a salir mientras mordía una manzana de aspecto verde y saludable. Caminó hasta el sofá en el que se encontraba él y tomó asiento en el otro extremo, donde dio un nuevo bocado a la pieza de fruta sin dejar de mirar en su dirección.

—¿Cuánto hace que eres policía?

Lo preguntó con la entonación de una niña de seis años y Bianquetti respondió lo mismo que le habría respondido a alguien de esa edad.

—Mucho.

—¿Y puedo saber por qué te suspendieron de empleo y sueldo?

—Por llevarme rotuladores de la comisaría.

Mary abrió mucho los ojos y se tapó la boca con una mano, siguiéndole el juego.

—Vaya fechoría. ¿Hubo algún herido?

—Demasiados.

—Seguro que fuiste fuerte y no delataste a otros compañeros implicados.

—Me cobraré el favor cuando vuelva.

Mary interrumpió el diálogo para dar un nuevo mordisco a su manzana, que provocó una salpicadura de jugo en dirección a su escote que no hizo nada por limpiar. Bianquetti observó aquella gota traicionera perderse en el interior del salto de cama y contuvo las ganas de ir tras ella.

—Disculpa a Leo. Está muy afectado.

—Me hago cargo.

—Además, la muerte de su padre ha sucedido en un momento bastante delicado para sus negocios. Está superado por la situación.

Bianquetti se obligó a morderse la lengua para no responder que había que ser muy miserable para insinuar que el viejo habría podido elegir un momento más oportuno para morir o para que lo matasen. Mary pareció adivinar lo que estaba pensando y se apresuró a tratar de explicarse.

—Su padre era la cabeza visible del negocio familiar. Estamos en medio de varias transacciones muy importantes, cruciales para el futuro de la empresa, y Leo no va a tener tiempo siquiera de llorar su muerte antes de tener que arremangarse y luchar.

—¿Y cuáles son esos negocios, exactamente?

Mary negó con la cabeza para darle a entender que ya había hablado más de la cuenta y dejó el resto de la manzana sobre la mesa sin el menor reparo, dando por hecho que ya vendría alguien a quitarlo por ella.

—Que descanses, Manuel —dijo, poniéndose en pie.

Hasta aquel momento había pasado por alto que lo tuteara, pero que se tomase la licencia de llamarle por su nombre era más de lo que creía ser capaz de soportar. Sin embargo, se obligó a musitar un «Buenas noches» que no creyó que ella oyera, ya de camino hacia su dormitorio.

Mientras la veía tomar las escaleras, Bianquetti trató de eludir las suculentas imágenes que empezaban a dibujarse en su cabeza con aquella mujer como protagonista y llegó a la conclusión de que, entre las condiciones que había pactado antes de aceptar aquel encargo, debería haber incluido una cláusula que estableciera que jamás la vería en salto de cama ni en bikini, y mucho menos sin él. En cualquier otra situación le habría parecido una circunstancia curiosa y puede que hasta placentera, pero no podía dejar de pensar en los motivos por los que estaba allí. Algo le dijo que la frivolidad de la que aquella mujer hacía gala debía a la fuerza esconder algo más. Puede que la inseguridad provocada por el hecho de saber que su vida estaba en

peligro. De cualquier modo, no quedaba nada de la joven asustada y desvalida que se había presentado en su casa el día anterior para suplicarle protección.

Desde lo alto de las escaleras, Mary se giró y le habló en voz lo suficientemente alta como para que pudiera oírla a pesar de la distancia.

—Si quieres cenar, en la cocina hay de todo.

Bianquetti volvió a asentir y pensó que, ya que insistían tanto, tal vez debería hacer caso y comer algo. Su estómago apoyó la moción con un rugido furioso, recordándole que llevaba sin probar bocado desde por la mañana. Mary retrasó su marcha unos segundos mientras lo observaba desde las alturas.

—Si necesitas cualquier otra cosa, dímelo.

Dejó la propuesta en el aire y la subrayó con un mohín de sus labios, tan fugaz que Bianquetti se preguntó si no se lo habría imaginado. Después le dio la espalda y volvió a dejarle solo en el salón, más confundido que hambriento, más excitado que confundido.

Al inspeccionar la cocina, encontró una bandeja con chuletas de cerdo en el frigorífico, cocinadas y cubiertas con film transparente. No se le pasó por la cabeza la posibilidad de cenar en aquel salón que no era el suyo y comió allí mismo, en la cocina, de pie frente a la encimera y sin tomarse siquiera unos minutos para calentar la comida.

Se preguntó qué sorpresas le depararía la noche y se dijo que el hecho de que nadie hubiera atentado aún contra Mary o contra su marido no quería decir que estuvieran fuera de peligro, ni mucho menos. ¿Habría disuadido su presencia a Grégory y a su secuaz de intentar nada mientras estuviera en su territorio? Por la forma en la que los había visto murmurar, estaba convencido de que tramaban algo, aunque no tenía manera de demostrarlo. Ocasionalmente, un destello de sensatez le empujaba a creer que estaba exagerando, que tenía demasiada imaginación y que aquellos dos guardaespaldas estaban allí para proteger a los señores de la casa y no para asesinarlos. Sin embargo, cada vez que rumiaba la posibilidad de dejarse llevar por la lógica de aquel razonamiento, recordaba la ejecución a sangre fría del asesino de Carlos Ferraro a manos de Grégory, al que no le había temblado el pulso a la hora de quitarle la vida.

Estaba tan ocupado en aquellas reflexiones que, antes de darse cuenta, ya se había zampado más de la mitad de las chuletas que había en la bandeja. Se preguntó si debería dejar algo para los otros dos guardaespaldas, pero decidió que daba lo mismo y dedicó los siguientes minutos a acabar con el resto de la comida. Tras chuparse los dedos con fruición, llegó a una conclusión inevitable: Victoria era una cocinera excelente.

Abrió el frigorífico de nuevo y encontró dos solitarias latas de cerveza al fondo del último estante, posiblemente olvidadas desde hacía meses por quien las hubiera puesto allí. Se bebió una de ellas en dos sorbos y tuvo que contener un eructo.

A través de la ventana de la cocina, dedicó una ojeada al edificio en el que se alojaban los dos escoltas. No había luces que denotaran la menor actividad y dedujo que debían de estar durmiendo, patrullando las inmediaciones o puede que turnándose para hacer ambas cosas. Después cogió la lata de cerveza que quedaba en el frigorífico y subió las escaleras en dirección a su habitación, intentando hacerlo de la forma más silenciosa posible, aunque en la quietud de la noche le pareció que sus pisadas retumbaban como si se tratase de un maldito dinosaurio. Cuando llegó al piso superior observó la puerta que daba a la habitación principal, en la que debían de estar Mary y su marido, y estuvo tentado de acercarse y pegar la oreja, pero la imagen le recordó demasiado a aquellas películas antiguas sobre mansiones victorianas y mayordomos cotillas. Aun así permaneció unos segundos más varado en el pasillo, aguzando el oído para tratar de captar algún sonido, pero no oyó nada, así que se dirigió a su dormitorio.

La posibilidad de abrir la puerta y encontrarse a Mary tumbada sobre la colcha, esperándole con aquel salto de cama y nada más, le hizo plantearse la posibilidad de quedarse en el pasillo, pero por suerte no se encontró con nada de eso.

Cuando cerró la puerta a su espalda pensó en darse una ducha, pero se conformó con echarse agua en el rostro. Sabía que la luz de la habitación podría traicionarle e indicar su posición a cualquiera que observase desde el exterior, así que apagó la lámpara y anduvo a oscuras hasta la ventana para mirar hacia la zona de la piscina en busca de alguno de los dos escoltas, pero no los vio.

La cama ofrecía un aspecto confortable y la promesa de una noche envuelto en sueños de algodón. Bianquetti apartó aquellos pensamientos de

su cabeza e introdujo las almohadas bajo las sábanas hasta formar un bulto que en la oscuridad se podría confundir con la silueta de alguien durmiendo a pierna suelta, convencido de que los viejos trucos seguían siendo los más efectivos. Después abrió la puerta del armario y tomó asiento en una butaca que había junto a este, quedando oculto a la vista de cualquiera que entrase en la habitación. Sacó su revólver y abrió la lata de cerveza.

Sabía que irían a por él, pensó mientras daba un trago. Lo que no sabía era cuándo.

CAPÍTULO 25

Fue a las cuatro de la madrugada.

Bianquetti no oyó pasos, cuchicheos ni nada por el estilo. Más bien detectó un cambio en el ambiente, la sensación de que algo no iba como debía. Eso le hizo levantarse del sillón y ocultarse detrás de la puerta del armario para usarla como parapeto entre él y quien quiera que fuera a abrir la puerta.

Pasaron varios minutos en los que no sucedió absolutamente nada y llegó a preguntarse si no se lo habría imaginado. Si las horas de vigilia y su maltrecha imaginación, aliadas con el hecho de encontrarse en un lugar extraño, le habían llevado a creerse en peligro cuando en realidad no tenía nada que temer.

Por desgracia, el clic que escuchó a continuación fue muy real.

Un chasquido mínimo, casi inaudible, que identificó como el que haría el pomo de la puerta al accionarse desde el exterior y le hizo contener la respiración y alzar el revólver. Aguzó el oído, pero la persona que estaba tratando de entrar en su dormitorio parecía usar zapatos de terciopelo.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, así que no tuvo problemas para distinguir el cañón de la pistola que asomó al otro lado de la puerta del armario, grotescamente alargado por el silenciador que llevaba acoplado.

Contuvo las ganas de darle una patada a la puerta para golpear con ella a quien estuviera al otro lado. En lugar de eso, esperó hasta ver la mano que sujetaba el arma y apuntaba en dirección al bulto oculto bajo las sábanas mientras se acercaba con lentitud. A la mano le siguió un brazo que parecía no tener fin, y a este, el corpachón y la tez rosada de Caracerdo. Le sorprendió que pudiera ser tan silencioso a pesar de su corpulencia y, consciente de que no iba a tener otra oportunidad como aquella, le acercó el revólver a la sien.

—Dios, qué ganas tenía de hacer esto.

Caracerdo se quedó inmóvil al oír su voz y, cuando detectó el cañón del revólver que le estaba apuntando a la cabeza, tragó saliva de forma ruidosa.

—Agáchate despacio y pon tu arma en el suelo. Si no lo haces, redecoraré esta habitación con tus sesos.

El escolta asimiló la amenaza mientras desviaba la mirada de forma alternativa hacia él y hacia el bulto que había bajo las sábanas, como si cada una de sus neuronas estuviera ocupada en descifrar la trampa en la que había caído. Después se agachó, dejó su pistola en el suelo y volvió a erguirse mostrándole las palmas de las manos.

—¿Dónde está el otro gilipollas?

—Cerca, Bianquetti.

La voz de Grégory le sorprendió y no tardó más de una milésima de segundo en comprender que había sido un estúpido al pensar que Caracerdo había ido solo. Grégory entró en la habitación empuñando una pistola en su dirección, también con silenciador, y encendió la luz, lo que le cegó de forma momentánea.

—Gracias por la visita. Menos mal que no me he puesto todavía el pijama.

Acompañó el comentario con una risita mientras calculaba posibles vías de escape, desechándolas una tras otra por impracticables. Grégory era lo suficientemente inteligente como para no darle la menor oportunidad. Aun así Bianquetti siguió apuntando a Caracerdo, cuyo rostro se había transfigurado y ahora parecía irradiar una felicidad inmensa.

—Vas a coger el arma por el cañón y se la vas a dar a Sergi —dijo Grégory. No lo pidió ni lo ordenó, sino que se limitó a señalar lo que iba a hacer, sin necesidad de verbalizar lo que sucedería en caso contrario.

«Morir matando», se dijo Bianquetti, resistiéndose a dejar su destino en las manos de aquel miserable. Si Grégory quería acabar con él, al menos iba a llevarse a Caracerdo por delante. No tardó en recapacitar, al recordar que las vidas de varias personas más dependían de él. Aunque era imposible saber si Mary y Ferraro seguían con vida, sabía que los silenciadores de sus armas podrían amortiguar parte de la detonación, pero ningún silenciador del mundo era capaz de apagar de forma completa el sonido de un disparo. De haber usado sus pistolas en la habitación de al lado, Bianquetti lo habría oído. Por eso dedujo que habían ido a por él en primer lugar, sabiendo que era el más peligroso de los tres y que eliminándole tendrían más posibilidades de atentar contra la vida de sus jefes sin peligro de que se entrometiera.

Al menos, se dijo, sus sospechas sobre las intenciones de Grégory no iban desencaminadas, aunque la situación era demasiado complicada como para celebrar siquiera aquella pequeña victoria. La determinación del escolta le convenció de que no tenía más opción que plegarse a sus designios y decidió que más le valía obedecer si con eso conseguía unos minutos más de vida. Muy despacio, cogió el cañón del revólver con la mano libre y se lo ofreció a Caracerdo.

Este cogió el arma y se la cedió a Grégory, que se la guardó en la funda sobaquera.

—¿Cuál de los dos va a hacerlo? —preguntó Bianquetti—. ¿Quién de vosotros va a matar a este poli?

Esperó que aquella alusión a su condición de agente de la autoridad, aunque estuviera suspendido de empleo y sueldo, les hiciera pensárselo mejor. Matar a un madero era la pesadilla de todo delincuente, ya que hacerlo implicaba convertirse en enemigo de todo el cuerpo y la esperanza de vida de los asesinos de policías era muy corta.

Por desgracia, en el rostro de Caracerdo se dibujó una sonrisa despiadada y supo que aquel argumento, lejos de disuadirle, parecía animarle todavía más a hacerlo. La posibilidad de matar a un policía debía de ser algo con lo que aquel tipo llevaba mucho tiempo fantaseando.

—Lo haría yo mismo —dijo Grégory—, pero le prometí a Sergi que le dejaría ocuparse de ti. Está deseando, ¿sabes?

—No me digas. ¿Estás excitado, Caracerdo? No te pongas nervioso o te correrás antes de tiempo.

La sonrisa de Caracerdo flaqueó durante una fracción de segundo y sus ojos reverberaron con rabia. Bianquetti no supo si le cabreó más aquel comentario obsceno o descubrir el mote con el que lo había bautizado, pero decidió que tanto daba. Aquel engendro estaba deseando acabar con él y parecía a punto de ponerse a salivar por la emoción.

—Es cosa mía —corroboró este para que no quedara ninguna duda.

—Que sea rápido —dijo Grégory.

Caracerdo se volvió hacia su jefe y le respondió con una sonrisa traviesa, para dejarle claro que iba a hacer justo lo contrario. Este se la devolvió, como si no esperase otra cosa, y, sin más ceremonia, salió al pasillo y los dejó a solas en la habitación.

—Soy todo tuyo, campeón —le provocó Bianquetti—. Hazme lo que

quieras.

Las facciones de Caracerdo volvieron a contraerse por la furia, pero trató de ocultar su enfado detrás de una mueca terrorífica. Bianquetti no pasó por alto que el guardaespaldas no había cogido su arma del suelo y en un primer momento pensó que se había olvidado de hacerlo. Sin embargo, no tardó en concluir que, en realidad, era perfectamente consciente de lo que hacía: pretendía matarlo con sus propias manos.

«Tengo una oportunidad», concluyó.

—Qué ganas tenía de hacer esto.

El gorila soltó aquello con ira, los dientes tan apretados como los de un tiburón a punto de darse un festín.

—Poli —añadió, como si escupiera.

Bianquetti se dijo que aquello no era lo peor que le podía pasar. A pesar del aspecto titánico de su adversario, al menos iba a tener la oportunidad de defenderse. Y no era manco, se dijo. Por eso, sabiendo que no iba a tener otra ocasión como aquella, se lanzó hacia él con los puños por delante, decidido a sorprenderle antes de que tuviera tiempo de ponerse en guardia, y le soltó una rápida serie de tres puñetazos en el rostro con toda la fuerza que fue capaz de reunir.

Antes de que pudiera soltar un cuarto golpe, Caracerdo repelió el ataque con un empujón seco, inesperado, el mismo movimiento que habría hecho para espantar a un insecto impertinente.

El empujón lo mandó al otro lado de la habitación y Bianquetti cayó de culo, pero se puso en pie de forma inmediata. «Es como golpear un maldito bloque de mármol», constató mientras contemplaba aquel rostro sonrosado, cuya sonrisa parecía imperturbable.

Entonces Caracerdo sonrió y tomó la iniciativa.

CAPÍTULO 26

Bianquetti apenas tuvo tiempo de incorporarse antes de que aquel mastodonte se abalanzara sobre él a la carrera y le lanzara varios puñetazos que le obligaron a retroceder. Se cubrió el rostro con ambas manos para mitigar la fuerza de los golpes, si bien le pareció que cualquiera de aquellos mazazos, por sí solo, habría bastado para mandar a la lona al boxeador más experimentado.

Acertó a colocar un par de golpes defensivos que apenas perturbaron la entereza del escolta y llegó a la conclusión de que si aquel energúmeno había decidido matarle con sus propias manos, en lugar de pegarle un tiro sin más, era porque sabía que tenía medios y capacidad de sobra para ello. «Probablemente no es la primera vez que lo hace», sentenció para sus adentros. El intercambio acabó con Bianquetti tirado en el suelo y con Caracerdo sentado a horcajadas sobre él, rodeados del escaso contenido de su equipaje, volcado durante la refriega.

Bianquetti apretó los dientes y golpeó una y otra vez aquel amasijo de anabolizantes, pero Caracerdo respondió a cada puñetazo con una sonrisa y devolvió cada golpe multiplicado por tres. En varias ocasiones creyó que iba a perder la conciencia y estuvo a punto de rendirse y abandonarse al castigo del energúmeno que, sobre él, se tomaba su tiempo en alzar el puño y dejarlo caer como un martillo contra su nariz, su mejilla y sus labios.

El sonido de una detonación detuvo en seco el correctivo y dejó a Caracerdo con el puño alzado, a punto de descargarlo contra su rostro por enésima vez. Bianquetti se espabiló de inmediato y supo que el disparo provenía de una habitación cercana. El escolta notó su cólera y articuló una sonrisa infame, malvada, que dejó patente que se lo estaba pasando en grande. Sin pensar en lo que hacía, Bianquetti concentró las pocas fuerzas que le quedaban en lanzarle un salivazo al rostro.

El escupitajo impactó con fuerza en su mejilla. La masa viscosa y rojiza permaneció allí un instante, hasta que el escolta reaccionó y se limpió el rostro con el dorso de la mano. Cuando volvió a mirarle, sus ojos refulgían de odio y Bianquetti celebró aquel pequeño triunfo con una mueca burlona, a la que Caracerdo respondió mascullando un insulto. Acto seguido alzó ambos puños para lanzar un último golpe que Bianquetti vaticinó definitivo y apenas tuvo tiempo de interponer sus brazos para evitar que aquel martillazo lo descabezara.

Antes de que tuviera ocasión de golpear de nuevo, lanzó una de sus manos a la oreja del esbirro. Agarró aquel trozo de cartílago y lo retorció sin miramientos, una maniobra que habría hecho chillar a cualquiera, pero no a Caracerdo, que no dio más muestras de dolor que un gruñido. Mientras trataba de librarse de su agarre, Bianquetti lanzó la otra mano a su rostro y le introdujo el pulgar en el ojo. Apretó sin compasión, notando cómo una leve consistencia gelatinosa cedía a la presión y un líquido viscoso y caliente se derramaba por sus dedos.

Esta vez sí, el escolta soltó un alarido y, temiendo quedarse tuerto, se soltó de un manotazo y se lanzó hacia atrás para huir de él. Bianquetti aprovechó aquel momento para lanzarse sobre su adversario y, una vez que estuvo encima de él, le colocó varios golpes en el ojo herido, del que resbalaban lágrimas de color rojo.

El sonido de un nuevo disparo le hizo detener el castigo una fracción de segundo, lo justo para que Caracerdo aprovechara para devolverle dos puñetazos que estuvieron a punto de hacerle perder el conocimiento. Mientras se recomponía, el escolta extendió el brazo y cogió su pistola, que había quedado a menos de un metro de donde se encontraban. Después apuntó y disparó.

De no haber tenido puesto el silenciador, aquel disparo se habría llevado su rostro por delante, se dijo Bianquetti. Por suerte, aquella prolongación del cañón chocó contra su mejilla en el momento de disparar y ocasionó que el tiro se perdiera en dirección al techo. La certeza de haber estado a punto de morir lo llevó a echar todo su peso sobre el brazo marmóreo que sostenía la pistola, seguro de que Caracerdo no volvería a fallar.

Durante un instante los dos hombres quedaron inmóviles, sus rostros a pocos centímetros el uno del otro, y las gotas de sudor de Bianquetti salpicaron la mejilla de su adversario haciéndole parpadear con fuerza con el

ojo sano. El arma estaba entre ambos, temblando igual que la cuerda de una guitarra tensada al límite. El cañón del arma se desvió ligeramente hacia Bianquetti y este supo que, si no hacía nada por evitarlo, todo acabaría allí mismo. Como si hubiera adivinado lo que estaba pensando, Caracerdo le regaló otra sonrisa sádica.

A la desesperada, Bianquetti ejerció todo su peso sobre el arma, consiguiendo que quedase apretada contra el cuello del matón. Después lanzó un cabezazo que impactó en la nariz del coloso. El movimiento fue tan violento que le pilló desprevenido y la pistola se disparó. Al no sentir nada, se preguntó si la adrenalina se estaría encargando de diluir el dolor y minimizar los efectos del disparo, pero entonces se percató del agujero que acababa de abrirse en el pescuezo de Caracerdo.

Este exteriorizó su sorpresa con un estertor pavoroso y la mano que sostenía el arma se quedó sin fuerzas mientras la vida se le marchaba a borbotones por aquella herida. Bianquetti se hizo con el arma e, incapaz de creer que todo hubiera terminado, se echó hacia atrás y vio cómo el escolta se retorció boca arriba, tratando inútilmente de detener la hemorragia con sus manos.

Se guardó la pistola y cogió una de las camisas que habían quedado desperdigadas por el suelo durante la pelea. Se agachó junto a Caracerdo y aplicó la prenda en la herida, pese a que intuía que el esfuerzo sería inútil. El titán le imploró piedad con su único ojo lloroso, mientras el otro permanecía cerrado, rodeado de una costra de sangre que ya estaba empezando a secarse. Bianquetti siguió apretando la herida mientras buscaba su teléfono móvil, incapaz de encontrarlo entre todo aquel desorden. Cuando lo halló, lo cogió de un zarpazo sin soltar la camisa que presionaba contra el cuello del escolta, pero, antes de que pudiera marcar el número de urgencias, Caracerdo murió con la vista anclada en el techo, como si la proximidad de la muerte le hubiera hecho ver algo allí arriba que mereciera toda su atención.

CAPÍTULO 27

«Dos disparos», pensó Bianquetti tratando de concentrarse en lo que había sucedido más allá de aquella habitación reconvertida en un ring de lucha extrema, sin poder apartar su mirada del cuerpo sin vida de Caracerdo. «Mary y Ferraro». Dedujo que a aquellas alturas ambos estarían muertos y que, si Grégory había terminado con ellos, no tardaría en regresar a su habitación para ayudar a su subalterno a terminar el trabajo, así que no podía permitirse el lujo de tomarse unos minutos para recuperar el aliento.

Mientras se ponía en pie, tratando de ignorar el dolor que sentía en cada centímetro de su cuerpo, Bianquetti pensó en que Grégory debía de haber planeado matar a Mary y a Leo Ferraro con su propio revólver, convirtiéndole así en el principal sospechoso de sus muertes. Al matarlo para que no pudiera defenderse de las acusaciones de homicidio, alejaría además las sospechas de él, de su compinche. Nuevamente serían unos héroes que, si bien no habían conseguido evitar la muerte de sus jefes, al menos habrían acabado con su asesino.

Tuvo que sortear varios objetos y muebles que habían quedado desperdigados por el suelo antes de llegar a la puerta entreabierta y se asomó muy despacio. El pasillo estaba desierto, así que avanzó con el arma de Caracerdo en ristre en dirección al dormitorio principal, del que estaba seguro que provenían los disparos que había escuchado hacía un instante. Asió el picaporte con lentitud y tomó aire, tratando de hacerse una idea de la escena que iba a encontrarse al otro lado.

Giró la manilla y entró con la pistola apuntando al frente.

Sin duda, no era lo que esperaba.

Grégory yacía en el centro de la habitación, tumbado panza arriba frente a una cama de matrimonio con las sábanas revueltas. Su inmovilidad anunciaba a gritos su defunción, certificada por el agujero del tamaño de una moneda de

cinco céntimos que adornaba su frente.

No vio a Mary ni a Ferraro, pero su visión periférica detectó un movimiento a su espalda que le hizo volverse justo a tiempo para observar cómo el matrimonio, que había estado escondido tras la puerta, empuñaba sendas armas en su dirección.

Bianquetti apuntó a la cara de Ferraro, por ser el que tenía más cerca, y observó sus facciones desencajadas por el miedo y la rabia mientras se percataba de que le estaba apuntando con su propio revólver.

—Suelten las armas. Ahora.

Mary bajó la pistola, pero Ferraro siguió apuntándole con los dientes apretados en una mueca furiosa. La mano que sostenía el revólver temblaba como si estuvieran a cuarenta bajo cero y Bianquetti temió que el nerviosismo le empujara a apretar el gatillo sin querer.

—Creíamos que sería Sergi —explicó la mujer, antes de apoyar una mano en el hombro de su marido y hablarle en susurros—. Ya no hay peligro.

—Y una mierda. Él también viene a por nosotros.

A Bianquetti le resultó curioso que, de los dos, fuera Mary quien mantuviera la serenidad necesaria para encarar la situación con algo de sentido común, mientras Ferraro se debatía entre la posibilidad de pegarle un tiro y la de hacerle caso a su mujer. Se fijó en que estaba descalzo, en calzoncillos, y en que Mary todavía lucía aquel bonito salto de cama.

—Leo, estoy aquí para protegerle —dijo Bianquetti sin dejar de apuntarle—, pero no podré hacerlo si me dispara.

—¿Te envía Andrade? ¿Cuánto te ha pagado?

—¡Calla, idiota! —gritó Mary, y Bianquetti arrugó el entrecejo mientras se preguntaba qué diablos estaba sucediendo allí.

Ferraro se volvió hacia su mujer y le dirigió una mirada suplicante. Bianquetti no se detuvo a pensar en los problemas conyugales de aquellos dos y aprovechó la distracción para reducir la distancia que lo separaba de él y aferrar la muñeca de la mano con la que sostenía su revólver.

Mary respondió al movimiento alzando de nuevo su arma, pero Bianquetti la ignoró mientras desarmaba a Ferraro y se guardaba su revólver. Después se cambió la pistola de mano y, sin previo aviso, liberó un guantazo que estalló en el rostro del millonario y lo lanzó a unos metros de distancia, haciéndole perder la verticalidad.

A pesar de la gravedad de la situación, Bianquetti no pudo dejar de advertir

que era un gustazo pegarle a alguien que sí que notaba los golpes, no como el malnacido de Caracerdo.

—Ahora mismo van a contarme lo que ha sucedido en esta habitación —dijo, mirando alternativamente a Mary y a su marido—. Y de paso, quién es ese tal Andrade.

Mary siguió apuntándole, impertérrita, pero Bianquetti no volvió a alzar la pistola, convencido de que aquella mujer no iba a dispararle. Dedicó una ojeada a Ferraro, que se puso en pie despacio mientras se frotaba el lugar en el que había recibido la bofetada. Cuando dejó de hacerlo, Bianquetti vio que tenía la silueta de su manaza impresa en la mejilla y decidió que no le quedaba mal.

—Se va a arrepentir de esto.

—Hable o le pongo a juego la otra mejilla.

Ante la posibilidad de que cumpliera su amenaza, Ferraro dio un paso atrás y se apretó contra la pared. El sonido de unas sirenas lejanas le hizo deducir que algún vecino habría oído los disparos y alertado a la policía, aunque tal vez hubiera sido el propio Ferraro quien los había llamado. Notó cómo el matrimonio se miraba entre sí, debatiéndose entre la conveniencia de hablar o de reservarse para ellos lo que había sucedido en aquella estancia.

—¿Dónde está Sergi? —quiso saber Mary, repentinamente inquieta ante la posibilidad de que el gigantón irrumpiera en la habitación sin previo aviso.

—Lejos. Muy lejos.

La respuesta no pareció convencerla, pero la forma en la que torció el gesto le hizo concluir que estaba calculando sus opciones. Tras emitir un ruidoso suspiro, al fin, Mary bajó el arma.

—Escuchamos ruidos procedentes de tu habitación —empezó a decir—. Nos temimos lo peor, así que Leo cogió su pistola y esperamos. Grégory entró y nos disparó. Mi marido respondió con otro disparo y lo mató.

Bianquetti desvió la mirada hacia el cadáver de Grégory, esperando que este asintiera, protestase o realizara cualquier otro gesto que aportara verosimilitud a aquella historia, pero no hizo nada de eso. «Hasta muerto es un gilipollas», pensó. Se acercó hasta él y se ahorró el trámite de buscarle el pulso, porque sabía que no lo iba a encontrar. Después miró en dirección a la cama *king size* que dominaba la habitación y observó la pared que tenía detrás. Encontró el agujero de bala que corroboraba la versión de Mary junto a la mesita de noche y se volvió hacia ella con la frente arrugada.

—¿Le mató con esa pistola? —quiso saber, señalando con la barbilla el arma que sostenía Mary, y esta asintió—. ¿Y de dónde la ha sacado?

Ferraro pareció a punto de responder, pero Mary fue más rápida.

—Alguien mató a su padre hace unos días, así que no íbamos a estar desarmados sin más, esperando a que cualquiera viniera a por nosotros. ¿Acaso tú no habrías hecho lo mismo?

—Así que Leo tenía esa pistola —completó Bianquetti—, y, cuando Grégory entró y les disparó, falló. Calculo que por un metro, más o menos. Su marido aprovechó para devolverle el disparo y lo mató. A continuación le dio su arma y cogió el revólver que llevaba el guardaespaldas. Después se escondieron tras la puerta para esperar a Sergi.

Mary se ahorró responder a aquel razonamiento en un sentido o en otro y Bianquetti asintió mientras dejaba escapar una sonrisa escéptica, con la que pretendía dejarle claro que no pasaba por alto las incongruencias de aquel relato. La más evidente era que él había estado en otra habitación de aquella misma planta y había escuchado con nitidez que los dos disparos se habían producido con casi un minuto de diferencia entre el primero y el segundo. Dudaba que, después de errar el primer tiro, Grégory hubiera esperado tanto en lugar de vaciar el tambor contra ellos.

Si hubiera tenido que hilvanar una teoría a partir de lo que veía en aquella habitación, habría sido que Ferraro había disparado a Grégory de forma preventiva antes de que este llegase a abrir fuego contra ellos. Después se acercó al cadáver y, sin retirar el revólver de su mano, le hizo apuntar hacia la cama y disparar a la pared, conformando así los detalles necesarios para dar verosimilitud a su historia.

Observó a Ferraro, que se había acercado a su esposa mientras esta relataba lo sucedido y en aquel momento permanecía erguido a su lado, dispuesto a corroborar cualquier mentira que saliera de sus labios.

—Vale, le compro esa historia —aceptó Bianquetti—, pero a cambio tienen que contarme algo más.

Dejó que varios segundos de silencio horadasen la resistencia de la pareja, expectante él, en guardia ella, antes de lanzar la pregunta que llevaba un rato rondando por su cabeza.

—¿Quién coño es Andrade?

Ferraro desvió la mirada hacia Mary, que mantuvo el rostro congelado en una máscara de ignorancia, y Bianquetti llegó a dos conclusiones: la primera,

que no iban a decir ni una palabra acerca de aquel tal Andrade; la segunda, que a diferencia de su marido, Mary era una embustera consumada.

Con las sirenas cada vez más cerca, Bianquetti les dio la espalda y salió de la habitación. Mientras bajaba las escaleras, dejó caer la pistola de Caracerdo, que rebotó contra los escalones con un ruido sordo. Sin embargo, mantuvo la mano en la empuñadura de su revólver, observando de reojo por si a alguno de aquellos dos se le ocurría ir tras él y atacarle por la espalda, aunque no creyó que se atrevieran a intentar algo así. Ya tenían bastantes problemas.

CAPÍTULO 28

Cuando Bianquetti salió de los juzgados de Chiclana de la Frontera ya hacía un rato que había amanecido y el sol brillaba con tanta intensidad que tuvo que usar la mano a modo de visera para otear a un lado y a otro de la calle. Después de toda la noche dando explicaciones sobre lo sucedido y, tras jurar y perjurarse que Caracerdo se había pegado un tiro él solito y sin ayuda de nadie, por fin habían consentido en dejarle ir. No habían presentado cargos contra él, aunque el juez de guardia le había advertido que en los próximos días querrían volver a interrogarlo.

Notaba la nariz tumefacta y los pómulos palpitando por la hinchazón provocada por los golpes de Caracerdo. Tenía los labios hinchados y doloridos, y se alegró de no tener a mano un espejo en el que mirarse. Sentía los brazos tan pesados como si hubiera pasado la noche trabajando en una cantera y sus nudillos estaban desollados. Cuando empezó a andar, se dio cuenta de que cojeaba ligeramente, aunque esperaba que después de una buena cura de sueño todo o casi todo volviera a la normalidad.

Estaba empezando a barajar la posibilidad de tomar un taxi hasta Cádiz, a pesar de que le habría costado una millonada, cuando un Citroën de color negro estacionado a un lado de la calle le hizo ráfagas con las luces. Le sorprendió ver a Silva por allí, pero dedujo que resultaba lógico que lo hubieran avisado. Siendo el encargado de la investigación del asesinato de Carlos Ferraro, un tiroteo en la casa de su hijo por fuerza tenía que ser de su interés.

Arrastró los pies hasta el Citroën y se subió al asiento del acompañante. Silva lo miró con intención, puede que esperando una explicación, un «Buenos días» o cualquier otra cosa, pero, en lugar de eso, Bianquetti se limitó a ponerse el cinturón y a apoyar la cabeza contra la ventanilla con los ojos cerrados, con la esperanza de dormir aunque fuera unos minutos durante

el trayecto.

Silva emitió un ruidoso suspiro antes de arrancar y ponerse en marcha. A pesar de tener los ojos cerrados, Bianquetti notó las bruscas maniobras y los frenazos que daba, dispuesto a no dejarle descansar por las buenas, pero estaba demasiado cansado como para prestarle atención.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que el paisaje había cambiado de forma radical y, aunque no sabía cuánto tiempo había dormitado, se dio por satisfecho y miró a Silva con intención.

—¿Qué cojones hacías en Chiclana?

Silva fingió no oírle, aunque la fina línea que se dibujó en sus labios resultó bastante explícita.

—Esos cabrones se han quedado con mi revólver. ¿Podrías conseguirme uno?

Esta vez sí, Silva se volvió para mirarlo y Bianquetti le dedicó una sonrisa que, dado su actual aspecto, debía de resultar pavorosa.

—¿Y a ti qué coño te ha pasado? —dijo al fin—. Parece que te ha pasado un camión por encima.

—Ya sabes lo que me ha pasado.

—Pues sí, lo sé y no tiene ningún sentido. ¿Por qué no me lo cuentas todo desde el principio?

Bianquetti movió la cabeza de un lado al otro y miró hacia el exterior. Había pasado la noche repitiendo a los agentes de la benemérita, al juez de guardia y al abogado de oficio su versión de lo que había sucedido en la mansión Ferraro y lo último que le apetecía era ponerse a contarlo de nuevo, sobre todo teniendo en cuenta que Silva ya debía de estar al corriente de todo. Hacer a los sospechosos repetir una y otra vez los hechos hacía que, de forma inconsciente, se contradijesen y añadieran detalles que tal vez habían decidido reservarse en las primeras declaraciones. Él mismo había utilizado aquella estrategia en demasiadas ocasiones como para caer en la trampa sin más, así que se ciñó al mismo relato cada vez, procurando soltar la menor cantidad de detalles posibles, porque ahí moraba el diablo.

No le extrañó que le hubieran requisado su revólver, algo que resultaba obvio, dado que había sido utilizado durante un tiroteo que se había saldado con dos muertos. A efectos prácticos, eso suponía que podía despedirse de él durante una temporada, ya que entraría en un complejo laberinto burocrático de custodia y almacenamiento de pruebas del que sería más fácil olvidarse

que tratar de encontrar la salida.

—Bianquetti —empezó a decir Silva y su tono evidenció que estaba al límite de su paciencia—, pasar la noche en el calabozo es lo mínimo que te podía pasar después del lío en el que te has metido. ¿Qué carajo estabas haciendo en casa de Ferraro?

—Me han tendido una trampa.

—¿Eso crees?

—Eso es lo que ha sucedido y si no me crees, es que eres idiota.

Silva contuvo de forma evidente las ganas de responderle con otro insulto y Bianquetti se repantigó en su asiento, constatando que el menor movimiento hacía que sus músculos gimieran de dolor y cansancio.

—Me hicieron ir a Zahara con la excusa de trabajar para ellos.

Evocó el rostro de Mary, aquella mujer que el día anterior había fingido estar desvalida, pero que había demostrado tener la cabeza mucho mejor amueblada que su marido. Recordó la tibieza con la que le había relatado la muerte de Grégory y la severidad con la que reprendió a Ferraro cuando este reveló el nombre de aquel tipo, Andrade.

—Fue una encerrona. El matrimonio me contrató para velar por su seguridad, pero cuando Grégory me tuvo aquí, vio la oportunidad de eliminarme.

—Ajá.

—Alguien contrató a Grégory y a Caracerdo para que asesinaran a Ferraro y a su mujer. Mi presencia aquí les vino de maravilla, ya que tendrían a alguien a quien cargar el muerto. La idea era eliminarme y después matar a la pareja con mi revólver. Al igual que con Saldaña, hubieran alegado que me habían reducido pero no habían llegado a tiempo de evitar que asesinara al matrimonio. No solo tendrían un chivo expiatorio bastante oportuno, sino que eliminarían de paso al único testigo de la ejecución de Saldaña.

Bianquetti dedujo que, a poco que hubiera investigado, Grégory habría averiguado que tenía un pasado bastante turbio y violento, y que muchos de sus antiguos jefes y compañeros lo consideraban un desequilibrado. Por eso muchos le creerían si argumentaba que Bianquetti había aceptado el encargo de matar a Ferraro a cambio de una buena suma de dinero.

—Estás de coña —fue todo lo que dijo Silva.

A pesar de la incredulidad con la que acogió su teoría, Bianquetti continuó dándole vueltas, engrasándola y puliéndola, convencido de que no iba tan

desencaminado. Sin embargo, no podía obviar un detalle que le chirriaba por encima de todos los demás: el hecho de que él estuviera allí para dar forma a los planes de Grégory le parecía una coincidencia demasiado oportuna para ser real y hacía tiempo que había dejado de creer en las casualidades.

¿Por qué Mary le había convencido para ir a Zahara?

—¿No es un poco rebuscado? —preguntó Silva, verbalizando las preocupaciones de Bianquetti sin saberlo.

En lugar de responder, Bianquetti empezó a barajar una opción que en un primer momento rechazó por descabellada, pero a la que comenzó a dar vueltas hasta que empezó a verle sentido.

¿Y si Mary estaba detrás de todo? Al fin y al cabo, había demostrado ser una persona completamente diferente a la que él creía. ¿Por qué no iba a engañar a todos los demás?

Ella había convencido a su marido de que le contratara, pese a tener a Grégory y a su compinche para velar por ellos. ¿Y si sospechaba de las intenciones de estos?

Tantos «¿y si?» amenazaban con terminar de colapsarle y Bianquetti decidió dar un descanso a sus exhaustas neuronas hasta estar lo suficientemente fresco como para poder razonar con claridad.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Silva, cambiando de tercio.

—Lo sé.

—No te preocupes, terminaremos enseguida.

El comentario le hizo fruncir el ceño y miró a su antiguo compañero fijamente. Este fingió no darse cuenta de su enfado y se concentró en mirar la carretera.

—Ni en broma, Silva.

—Tienes que venir conmigo a comisaría para aclararme...

—Otro día, Silva. Quiero descansar de una maldita vez.

Silva rumió la petición un instante y, aunque no parecía muy seguro de lo que hacía, terminó asintiendo con desgana.

—Entonces te dejaré en el hospital.

Bianquetti articuló una carcajada sin otra intención que sacarle de quicio. Por la forma en la que le vio apretar el volante con ambas manos, supo que lo había conseguido.

—Mejor llévame a un bar —sentenció y volvió a cerrar los ojos.

CAPÍTULO 29

Al final, Silva no le dejó en urgencias ni tampoco en un bar, sino en el portal del edificio en el que vivía.

—Hablaré con Ferraro y con Mary —dijo a modo de despedida, para hacerle ver que había decidido tomar en consideración sus sospechas, aunque Bianquetti intuyó que aquella concesión escondía en realidad una súplica bastante evidente: «Yo me encargo, así que no vayas a hacer nada por tu cuenta».

Bajó del coche sin despedirse y tardó una eternidad en alcanzar el portal, tomar el ascensor y arribar al sexto piso. Nada más llegar a casa, trabó la puerta con una silla, sacó de un cajón de la cocina una caja de ibuprofeno y se metió dos pastillas en la boca. Al no encontrar ningún vaso limpio, bebió directamente del grifo para hacerlas descender.

No le hacía ninguna gracia andar desarmado, habida cuenta de la cantidad de personas que habían intentado acabar con él durante los últimos días, y decidió que tendría que buscarse un revólver cuanto antes. De otro cajón sacó un cuchillo de cocina que examinó a contraluz para asegurarse de que estaba lo suficientemente afilado.

Se conformó con eso, de momento, y arrastró los pies hasta el dormitorio. Guardó el cuchillo bajo la almohada y se tumbó sin desvestirse. Antes de quedarse dormido reparó en un detalle que hasta aquel momento había pasado por alto: el equipaje que había llevado a Zahara había quedado desperdigado por la habitación en la que Caracerdo había intentado matarlo. A pesar de que no llevaba nada importante o irremplazable, el hecho de que sus pertenencias le hubieran sido arrebatadas de una forma tan burda le puso más furioso que todos los puñetazos que le habían caído la noche anterior.

Horas más tarde, la escandalosa melodía de su teléfono móvil lo despertó de golpe. Una vez recuperado del susto inicial, fue consciente del dolor y el cansancio que atenazaba todo su cuerpo. Notaba la lengua pastosa y la cabeza le palpitaba igual que si acabara de despertarse después de una noche de farra. Consiguió reunir fuerzas para sentarse en la cama y sujetarse la cabeza con ambas manos, convencido de que si no lo hacía saldría rodando por el piso.

El móvil siguió sonando y, cuando lo cogió de la mesita de noche y miró el número que aparecía en la pantalla, no lo reconoció. A pesar de que no creía estar en condiciones de mantener una conversación civilizada con nadie, la curiosidad le empujó a aceptar la llamada.

—Sí —respondió, economizando sílabas para que quien estuviera al otro lado no supiera que acababa de despertarse.

—Buenas tardes, Bianquetti. —Una voz de hombre se materializó en la línea, segura y sin inflexiones que pudieran ayudarle a determinar su procedencia—. Me llamo Palacios.

—Felicidades.

—Aléjese de Ferraro.

Lo soltó así, sin más, y Bianquetti calló para darle la oportunidad de añadir algo, pero no lo hizo.

—¿Sabe una cosa? —empezó a decir y se permitió un carraspeo para aclararse la garganta—. Cuanto más me dicen que me aleje de Ferraro, menos ganas tengo de hacerlo. Deberían cambiar de estrategia.

—Probablemente tenga razón. ¿Qué le parece si nos vemos en persona para discutirlo?

Bianquetti se puso en pie de golpe, alcanzó el salón a la carrera y atisbó por la ventana, en busca de alguien que estuviera en aquel momento hablando por el móvil o de un coche que no debiera estar ahí, pero no vio nada de eso. La cotidianidad le golpeó en el rostro e hizo que se sintiera confuso y desorientado, antes de recordar que había un tipo al otro lado del teléfono esperando una respuesta.

—Estupendo. ¿Dónde nos vemos?

Llegó a Jerez una hora más tarde. Tuvo que estacionar en un lugar bastante alejado de la entrada principal de Ikea, ya que al ser sábado había tanta

afluencia de clientes que el parking estaba abarrotado. Que el tipo que se hacía llamar Palacios lo hubiera citado en un lugar tan concurrido le hizo barruntar que su intención era tener una conversación con él y no pegarle un tiro, al menos a priori.

De cualquier modo, lo averiguaría pronto.

Atravesó el aparcamiento con las manos en los bolsillos, lanzando ojeadas a su alrededor para asegurarse de que no veía nada fuera de lugar, mientras ignoraba las miradas estupefactas que le dirigía todo aquel con quien se cruzaba. Su rostro, ya de por sí poco agraciado, estaba adornado por varios moratones en las mejillas y un feo corte en el labio que le había vuelto a sangrar durante el trayecto hasta Jerez. En la frente lucía un chichón grotesco justo donde empezaba el cuero cabelludo, como un monumento a las neuronas caídas bajo los mazazos de Caracerdo. Dado su aspecto, lo de menos era que lo mirasen y casi esperaba que en cualquier momento algún ciudadano de bien llamase a la policía para alertar de su presencia.

Aunque las heridas de sus nudillos parecían cicatrizar a buen ritmo, notaba las manos hinchadas y doloridas. Bajo la camisa tenía más rasguños y hematomas repartidos por todo el torso, y concluyó que, dada la paliza que había recibido, era un milagro que la refriega se hubiera saldado con la muerte de Caracerdo y no con la suya. Notó cómo los antiinflamatorios hacían su trabajo y aliviaban el dolor de sus contusiones y heridas, aunque esperaba que no embotasen su capacidad de razonar cuando tuviera delante al tipo que le había citado allí.

Nunca había estado antes en aquella tienda y cuando atravesó la puerta giratoria tamaño XXL, tuvo que seguir los carteles para averiguar que la cafetería estaba en la primera planta. Antes de subir, se detuvo junto a una pequeña exposición de muebles identificados con nombres impronunciables y fingió examinar la mesa Nornäs, el sofá Klippan y la alfombra Tåstrup mientras miraba a su alrededor con disimulo en busca de cualquier persona de aspecto sospechoso o que pareciera no estar haciendo nada en absoluto.

Cuando hubo satisfecho la inspección, tomó unas escaleras mecánicas que desembocaron en una cafetería de grandes dimensiones con mesas, sillas y sofás de diferentes modelos, tamaños y colores. Los clientes se servían café de varias máquinas de autoservicio estratégicamente dispuestas y algunos críos jugaban en un pequeño recinto enmoquetado con césped sintético repleto de peluches y juguetes de madera.

Bianquetti caminó entre las mesas buscando al tipo que lo había citado allí, pero la ausencia de una descripción física de aquel tal Palacios unida al hecho de que todos los hombres que había por allí parecían más padres de familia que otra cosa lo convirtió en una misión imposible. Ignoró de forma conveniente las ojeadas curiosas de unos y otros, y encontró una mesa vacía en un rincón alejado de la entrada, junto a una cristalera que ofrecía una panorámica completa del aparcamiento y del resto de aquella área comercial llamada Luz Shopping.

Tomó asiento y observó a la clientela sentada en las proximidades, compuesta por una pareja de jubilados, dos familias con niños gritones y maleducados que correteaban alrededor de las mesas y una chica embarazada de siete u ocho meses acompañada por un muchacho, acaso el padre de la criatura. Ninguno de ellos tenía el aspecto que le habría atribuido al tipo al que esperaba y miró su teléfono móvil para consultar la hora y comprobar de paso que no tenía ninguna llamada perdida.

Dejó pasar algunos minutos sin hacer nada en absoluto, buscando en cada nuevo cliente al hombre al que esperaba, hasta que reconoció al tipo que emergió por la escalera mecánica por la que él mismo había subido. Se trataba del individuo rechoncho con pinta de profesor universitario con el que había coincidido en la escalinata de la comisaría hacía algunas noches y que había intentado sin éxito entablar una conversación con él. Volvía a llevar aquel elegante blazer de color azul marino y, al verlo, esbozó una sonrisa amistosa a la que Bianquetti no quiso responder.

El recién llegado sorteó varias mesas en su dirección, sin perder en ningún momento aquel gesto de alegría perpetuo. Cuando llegó a su mesa, tomó asiento frente a Bianquetti y se permitió un instante para extraer una cartera del bolsillo interior del blazer y abrirla con rapidez, lo justo para mostrar la placa reluciente que había en su interior.

—Palacios. Tanto gusto.

Volvió a guardar la cartera y miró a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que todo seguía en orden. Bianquetti notó que actuaba con cierta afectación, acostumbrado a llevar el mando de la situación y a que todos los que lo rodeaban bailaran al son que él se empeñase en tocar. La primera vez que lo vio se preguntó si se trataba del nuevo comisario, del que le había hablado Silva, pero ahora que lo tenía delante se dijo que no, que sus modos no eran en absoluto los de un comisario, sino más bien los de un

agente de campo, aunque su aspecto le recordaba más a un catedrático o a un abogado de éxito.

—Yo antes tenía una de esas —dijo Bianquetti, señalando con la barbilla en dirección a la cartera que Palacios acababa de guardarse.

—Lo sé.

La pareja de jubilados de una mesa cercana se levantó y el sitio que dejaron libre fue ocupado por un joven que llevaba una taza de café en una mano y el catálogo de Ikea en la otra. Bianquetti se obligó a dejar de observarle y se concentró en Palacios, que le miraba con una expresión divertida en el rostro.

—Espero que me perdone por ser tan repetitivo, pero allá va: aléjese de Ferraro.

Pronunció aquella orden sosteniendo aún aquella incongruente sonrisa y a Bianquetti le pareció que aquel tipo estaba demasiado acostumbrado a caer bien.

—¿Esa petición viene con explicación incorporada? ¿O me la tengo que imaginar?

—Por el amor de Dios, mírese. ¿De verdad necesita una explicación?

—Lo que necesito es un café, pero me han dicho que el de aquí no es muy bueno.

—Si quiere le traigo un café, pero a cambio prométame que va a pensar en lo que acabo de pedirle.

—¿Por qué no manda mejor a su chico? —Se volvió para dirigirse al muchacho que se acababa de sentar en la mesa de los jubilados—. ¡Eh, amigo!

El joven levantó la vista del catálogo que estaba leyendo y, con un gesto de infinito desconcierto, arrugó el entrecejo.

—Un cortado —dijo y se volvió hacia Palacios—. ¿Usted qué toma?

Este negó con la cabeza y se giró hacia el joven, que seguía con cara de no entender lo que estaba pasando allí.

—Otro para mí, Paco.

El tal Paco, aturdido al ver destapada su identidad, siguió mirando unos instantes en dirección a Bianquetti y a Palacios antes de decidirse a obedecer y poner rumbo a las máquinas expendedoras de bebidas.

—Es bueno —concedió Palacios—. ¿Cómo ha sabido que...?

—Se lo contaré en otra novela. Ahora dígame por qué tiene tanto interés en

que me aleje de Ferraro.

—¿No basta con que se lo ordene?

—Estoy suspendido de empleo y sueldo, así que está claro que no. — Bianquetti se echó hacia atrás en su silla y se cruzó de brazos—. Además, me gustaría saber qué interés tiene la policía judicial en esto.

Palacios hizo un gesto de quitarle importancia e ignoró el guante que le había lanzado, lo que prácticamente equivalía a un «Sí, soy de la judicial».

—¿No es evidente? Han matado a Carlos Ferraro y han intentado cargarse a su hijo. Comprenderá que algunos jefes hagan preguntas. Ya sabe lo tiquismiquis que son.

—Claro. ¿A qué unidad de la judicial me ha dicho que pertenece?

—Si se lo digo, no tendrá gracia. Mejor le dejo que lo adivine.

Lo primero que pensó fue que aquel tipo pertenecía a la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal, y que debía de estar investigando el vasto patrimonio de los Ferraro en busca de delitos de blanqueo, sobornos o algún otro tipo de estafa. No obstante, tanto la ejecución del patriarca como el posterior intento de asesinato de Leo Ferraro y de Mary le parecieron prácticas demasiado violentas e impropias de ese tipo de criminales. Desde que había despertado, no había parado de darle vueltas a la posibilidad de que los Ferraro estuvieran metidos en negocios turbios, pero no era más que una simple corazonada, un argumento imposible de esgrimir sin pruebas con las que sostenerlo.

El tipo al que Palacios se había referido como Paco regresó y colocó delante de ellos sendas tazas de café, dos sobres de azúcar y dos cucharillas de plástico.

—Si no te importa, Paco, ¿podrías traerme un sobre de sacarina?

Bianquetti acompañó la petición con una mueca inocente, pero el muchacho le lanzó una ojeada furiosa antes de volverse hacia Palacios. Cuando este asintió, les dio la espalda a ambos y se alejó de nuevo hacia las máquinas de bebidas mientras negaba por lo bajo.

Una vez solos de nuevo, Palacios observó a Bianquetti con curiosidad.

—Ya me habían dicho que era usted un encanto.

—¿Y qué más le han dicho de mí?

—Que es inteligente, así que espero que me lo demuestre olvidándose para siempre de Ferraro.

—¿Y qué pasará si no lo hago?

Palacios negó con la cabeza para dejarle claro que ni siquiera había contemplado aquella posibilidad e hizo como que cambiaba de tema.

—Había un tipo, un grandullón llamado Sergi Ramírez, que trabajaba como guardaespaldas de Ferraro. ¿Sabe de quién le hablo?

Bianquetti apretó los dientes y vislumbró adónde quería llegar.

—El muy cabrón se pegó un tiro en el cuello con su propia pistola — continuó—. No queremos darle demasiadas vueltas a su muerte, ya que no se trataba precisamente de un angelito, y mucho menos queremos complicarle a usted la vida, pero el hecho de que encontrásemos su cadáver en una habitación llena de sus pertenencias es jodido. Incluso tenía una de sus camisas apretada contra el cuello, con la que se intentó taponar la herida. ¿Se lo puede creer?

Paco llegó con los sobres de edulcorante, los lanzó al centro de la mesa y se quedó de pie junto a su superior, pero Bianquetti no le prestó atención, concentrado en el discurso de Palacios. Detrás de su cortesía y de la ingenuidad que trataba de aparentar flotaba la amenaza de cargarle la muerte de Caracerdo, una circunstancia que podría complicarle mucho la vida.

—Le citaremos, ya sabe, como testigo y eso —añadió, quitándole importancia con un gesto, como si se tratara de un simple trámite burocrático—, aunque el hecho de que hayamos encontrado huellas tuyas en la habitación lo complica todo.

—Comprendo.

—Así las cosas, no creo que sea necesario tener que repetirle que le conviene alejarse de Ferraro. Olvídese de él y, seguramente, nosotros nos olvidaremos de usted.

Sonrió de nuevo y a Bianquetti le pareció que era su forma de disculparse por amenazarle de esa manera. Por toda respuesta, se puso en pie y dio la espalda a la pareja de agentes sin despedirse, dejando la taza de café intacta y el sobre de sacarina sin abrir.

Cuando se hubo alejado unos metros, se detuvo y se volvió hacia ellos con la frente arrugada, como si acabara de recordar algo. Se permitió titubear un instante antes de hablar.

—¿Quién es Andrade?

Lo preguntó a bocajarro y Palacios entrecerró los ojos, como si le hubiera hablado en arameo.

—No me suena, lo siento.

Acogió la respuesta con un asentimiento, para darle a entender que ya esperaba que dijera algo así, y Palacios sostuvo la mentira sin pestañear. Convencido de que no iba a añadir nada más, Bianquetti volvió a darle la espalda y se alejó de allí.

Al salir de Ikea un par de gotas impactaron contra su nariz, como prólogo de la tormenta que estaba a punto de desatarse. Caminó sin prisa hacia el Kadett, rumiando la extraña conversación que acababa de mantener, y, una vez en el coche, se tomó un momento para tomar aire varias veces y tratar de serenarse.

Después golpeó el salpicadero del Kadett una vez y otra, y otra más. Bramó dos maldiciones y cuatro insultos mientras apretaba el volante, a punto de retorcerlo, y se acordó de toda una generación de la familia Palacios, especialmente de su madre, a la que dedicó una retahíla de blasfemias que habrían hecho palidecer al mismísimo capitán Haddock.

Cuando se hubo desahogado, arrancó y se puso en marcha.

CAPÍTULO 30

Llamó al timbre del piso en el que vivían Belinda y su hijo una sola vez. Una pulsación corta que no provocó ningún sonido audible desde el rellano, pero que Bianquetti supo que bastaría para que la chica lo oyera desde el interior. Cuando finalmente la puerta cedió unos centímetros y vio el rostro pecoso de Belinda asomarse y mirarle con desconfianza, trató de componer la mueca más ingenua de su repertorio.

—Buenas tardes. ¿Puedo pasar?

La joven escudriñó los moratones de sus mejillas, pero fue la visión de las bolsas que llevaba en cada mano lo que le hizo decidirse a abrir la puerta del todo. Bianquetti pasó por su lado y entró hasta la cocina. Dejó las bolsas en el suelo y comenzó a colocar su contenido sobre la encimera.

Tras unos segundos de indecisión, Belinda se acercó y observó la compra en la que Bianquetti había invertido parte del pago que hacía unos días le había hecho Ferraro por sus servicios. De una bolsa sacó un buen surtido de papillas, purés de verduras, pañales y otros productos infantiles, además de un paquete de café, un bote de cacao en polvo y varios briks de leche. De las otras bolsas sacó varias piezas de fruta, verduras, pizzas congeladas, botellas de zumo, galletas, yogures, huevos y una buena cantidad de viandas enlatadas.

—¿Me ayuda a guardar todo esto?

Lo dijo sin mirarla, concentrado en vaciar la última bolsa, repleta de productos de limpieza. Notó cómo Belinda negaba con la cabeza y sollozaba de forma casi inaudible, pero al cabo de un instante se acercó al frigorífico y empezó a guardar los productos que tenía más cerca. Pasaron los siguientes minutos moviéndose con diligencia por el angosto espacio de la cocina, en un silencio que solo fue roto cuando la muchacha murmuró un débil «Gracias» que Bianquetti fingió no oír. Había hecho la compra un rato antes, en un

supermercado cercano, escogiendo los productos al azar sin molestarse en leer etiquetas ni comparar precios. Esperaba que toda aquella comida le durase al menos dos o tres semanas y, aunque aquel gesto no iba ni mucho menos a solucionarles la vida a aquella chica y a su hijo, esperó que al menos le permitiera ganarse su confianza. De momento le había servido para mitigar la desazón que le provocó ver cómo vivían. A pesar de que sabía que estaba pensando de forma egoísta, lo cierto es que se sintió reconfortado.

Dejó que Belinda guardase los últimos tarros de papillas y vio cómo se limpiaba con disimulo las lágrimas que hacía un momento habían anegado su mirada.

—No soy nadie para decirle lo que tiene que hacer, pero, por el bien de su hijo, debería mantener esto un poco más limpio.

Belinda se mordió los labios, conteniendo las ganas de pedirle que se metiera en sus asuntos. En lugar de hacerlo, asintió con desgana y se apoyó de espaldas al frigorífico, a la espera de que a aquella observación le siguieran algunas más, como si el hecho de haberle llenado la despensa le diera derecho a hacerle cuantos reproches estimase oportunos por la forma en la que criaba a su hijo.

—Toni era militar, ¿no?

La pregunta hizo que Belinda arrugase la frente y se tomó su tiempo antes de torcer la cabeza en un gesto afirmativo.

—Hace años que dejó de serlo.

Bianquetti asintió a su vez. Tenía una oportunidad única de que aquella chica le facilitase la información que andaba buscando, así que escogió con cuidado sus palabras.

—¿Ha venido alguien a verla estos últimos días?

—No.

—Así que la han dejado tirada.

Belinda bajó la vista al suelo y dirigió una mirada fugaz hacia el pasillo en el que se encontraban las habitaciones, donde debía de estar durmiendo su hijo.

—¿Le dijo Toni para qué le contrataron?

Comenzó a negar antes de que terminase de formular la pregunta.

—No, señor. De haber sabido que iba a matar a alguien se lo habría impedido. Él no era un asesino.

—Al final, resultó que sí lo era.

Las lágrimas volvieron a enturbiar la mirada de Belinda, que, esta vez sí, se ocultó el rostro con ambas manos y comenzó a llorar en silencio, sin importarle que él estuviera delante. Bianquetti la dejó desahogarse un rato, lo que tardó en derrochar su escasa reserva de lágrimas y decidirse a darle una explicación.

—Nuestra situación era desesperada —dijo, mientras se pasaba una mano por el rostro para limpiarse el llanto—. Toni y yo acabábamos de ser padres de un bebé al que apenas podíamos dar de comer. Además, debíamos seis meses de alquiler y están a punto de cortarnos la luz. No pretendo justificar lo que hizo, pero quiero que comprenda que estaba al límite de sus fuerzas. Él no era así.

Bianquetti no iba a discutir con ella, así que dejó que su mutismo hablara por él y la empujase a seguir soltando información.

—Todo lo que me dijo fue que le había salido un trabajo que no le gustaba ni un pelo, pero que nos iba a permitir vivir de forma decente durante una temporada, hasta que las cosas se arreglaran.

Sus ojos brillaron por la furia contenida y soltó un exabrupto antes de continuar.

—También me dijo que, si le pasaba algo, los que le habían contratado se encargarían de que a Hugo y a mí no nos faltase de nada.

—Pero no han dado señales de vida.

Belinda volvió a negar y Bianquetti dejó que el silencio se solidificase entre él y la viuda antes de hacerlo saltar en pedazos.

—Ellos no van a darle nada. Matar a aquel tipo les ha salido gratis y creen que pueden salirse con la suya.

La chica alzó la vista de nuevo.

—He perdido a mi marido y mi hijo ha perdido a su padre. No es justo.

—No lo es. —Bianquetti espoleó la rabia que debía de sentir aquella muchacha, en parte porque pensaba igual que ella—. Por eso tiene que ayudarme.

Belinda se mordió los carrillos y Bianquetti supo que estaba derribando los últimos muros de su reticencia.

—¿Y si vienen a por mí?

—Me encargaré de que no lo hagan.

Belinda respondió con un movimiento de hombros, presa del escepticismo, pero Bianquetti supo que quería confiar en él. Quería creer que era capaz de

protegerla. Lo necesitaba.

—¿Quién contrató a su marido?

A la mirada cansada, resignada a lo inevitable, le siguió otra ojeada a la puerta tras la que descansaba el pequeño Hugo. Después negó varias veces en silencio, espantando a sus propios demonios.

—Todo lo que sé es que Juanca está detrás de todo —admitió al fin, como si diera por hecho que Bianquetti sabría quién era ese tal Juanca solo con mencionarlo.

—Así que Juanca —murmuró—. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

CAPÍTULO 31

La calle Santo Cristo era tan estrecha que, cada vez que pasaba un coche, Bianquetti tenía que ponerse de perfil sobre la acera para que no se lo llevara por delante. Divisó el portal del edificio en el que le había dicho Belinda que vivía aquel tipo, Juanca, y observó junto al portero automático una placa de la Junta de Andalucía con la inscripción «Rehabilitación del casco histórico de Cádiz 2005».

Llamó al segundo piso y a los pocos segundos la puerta de la finca se abrió sin mediar identificación, contraseña ni nada que se le pareciera. Según Belinda, Juanca era un camello de poca monta que se dedicaba a trapichear desde su propio domicilio. Bianquetti imaginó que, al ser sábado, sería el día de la semana en el que tendría mayor afluencia de clientes, motivo por el que ni siquiera se molestaba en identificar al visitante antes de facilitarle el acceso.

Atravesó un patio atestado de macetas, tomó las escaleras hasta el segundo piso y encontró la puerta del domicilio de Juanca abierta. Al no haber nadie vigilando, entró sin más y encontró a tres tipos sentados en un sofá, viendo un programa de cotilleo en un televisor que había a un lado de la habitación. Debían de rondar los veinticinco años, y la escena le habría parecido ingenua y cotidiana de no ser porque frente a ellos había una pequeña mesa de centro con varias bellotas de hachís ordenadas por tamaño, un cuchillo de cocina, una tabla de cortar y un paquete de cigarrillos abierto. En el aire flotaba un olor agrio a porros y tabaco que Bianquetti recibió arrugando la nariz.

El que estaba en el centro del sofá se volvió hacia él y, al verle, torció el gesto en una mueca de desagrado.

—¿Y tú quién coño eres?

Bianquetti lo identificó como el dueño de la casa y, por tanto, el jefe de aquel tinglado. Su tono pretendía ser amenazador, pero le pareció que estaba

demasiado fumado como para resultar peligroso para nadie. Los chavales que estaban a cada lado del anfitrión se giraron y esgrimieron expresiones fieras al tiempo que se ponían en pie de golpe, como perros guardianes alertados por la presencia de un extraño.

Bianquetti se acercó, colocó su mano en el rostro de uno de ellos y, de un empujón, lo lanzó a unos metros de distancia. Después encaró al otro chico, que cogió el cuchillo de la mesa y lo sostuvo en su dirección.

—Como te acerques, te pincho —amenazó.

—Como me pinches, te mato.

El chico dudó y desvió la vista hacia el que seguía sentado en el sofá, que se había quedado mirando a Bianquetti con el rostro desencajado de quien se ha fumado demasiados canutos como para poder defenderse con garantías.

—¿Qué..., qué coño quieres? —preguntó este.

—Quiero charlar contigo. —Miró con intención al muchacho que seguía apuntándole con el cuchillo y a su compinche, que acababa de levantarse del suelo—. A solas.

El dueño de la casa empezó a negar con nerviosismo.

—Juanca, aunque no lo creas vengo en son de paz —trató de tranquilizarle—, pero si lo prefieres puedo ponerme violento.

Notó que el muchacho boqueaba como una merluza, sin saber qué decir. Cuando por fin pareció tomar una decisión, miró a sus esbirros, que permanecían expectantes a la espera de sus órdenes.

—Dejadnos un momento.

Los chicos se miraron entre sí y después a su jefe, incapaces de comprender aquella orden, aunque visiblemente aliviados por no tener que hacer frente al recién llegado. El que había cogido el cuchillo volvió a dejarlo sobre la mesa, lo bastante cerca de su jefe como para que este pudiera utilizarlo para defenderse en caso de verse en peligro, aunque Bianquetti no creyó que hubiera reparado en ello siquiera. Se apartó para dejarles el paso libre hacia el rellano y los secuaces de Juanca lo rebasaron. Cuando salieron del piso, Bianquetti cerró la puerta tras ellos y echó la cadena de seguridad.

—¿Hay alguien más?

Juanca negó con la cabeza y Bianquetti permaneció en silencio unos instantes con las manos algo separadas del cuerpo para acentuar su tamaño, dejándose contemplar. Se preguntó si Juanca tendría algún arma escondida entre los cojines del sofá, pero no lo creyó posible.

—Pagaste a Saldaña para que matase a Ferraro.

El muchacho abrió mucho los ojos y tardó más de lo recomendable en acordarse de volver a parpadear.

—¿A Toni? Qué va, tío. Solo fui un intermediario. Nada más.

—Así que alguien te pidió que buscaras a un tirador para matar a Ferraro.

—Sí, eso es.

—Cuéntame cómo fue.

Juanca volvió a negar, pero Bianquetti lo miró durante el tiempo suficiente como para que supiera que aquella negativa no le satisfacía y que más le valía hablar cuanto antes. Al cabo de un instante, capituló y empezó a cantar.

—Ellos me dieron la entrada para el partido y la pistola. Toni fue militar, le gustaba la caza y siempre andaba presumiendo de lo buen tirador que era, así que cuando me pidieron que buscara a alguien que hiciera el trabajo, supe que él era el tío perfecto.

Bianquetti rumió aquella explicación mientras daba un pequeño paseo por el salón y Juanca prosiguió, ansioso por convencerlo.

—Me dieron una foto del viejo y me dijeron el asiento que iba a ocupar. Le pasé toda la información a Toni.

Mientras ataba cabos en su cabeza, Bianquetti volvió junto a la mesa, cogió una de las bellotas de hachís y se la llevó a la nariz para olisquearla. Después la dejó junto a las demás y volvió a observar a Juanca, que esperaba su veredicto con las facciones contraídas por el espanto.

—La viuda de Toni me ha pedido que te haga una visita —mintió— y que recoja el dinero que le ibas a pagar por el trabajo.

—Yo... no sé...

Los balbuceos se apagaron sin necesidad de que Bianquetti verbalizara lo que sucedería si no le daba el dinero. Juanca pareció comprender que no tenía opción de negociar con él y, sin protestar, se metió una mano en los pantalones y se sacó de los calzoncillos un fajo de billetes perfectamente enrollados y sujetos con una goma que colocó sobre la mesa.

Bianquetti apenas dedicó un vistazo a aquel fajo maloliente antes de volver a concentrarse en el camello.

—No hace falta que te diga lo que sucederá si te acercas a ella, ¿verdad?

El chico abrió mucho los ojos y negó varias veces, para darle a entender que nunca se le pasaría por la cabeza intentar nada parecido.

—Lo estás haciendo muy bien, Juanca —le felicitó—. Ya queda poco, ¿de

acuerdo? En un minuto me marcharé y podrás seguir con tus cosas.

Algo parecido a la esperanza se dibujó en el rostro del chico y Bianquetti supo que estaba rezando por que fuera verdad.

—Dime quién te encargó buscar a alguien para matar a Ferraro.

La esperanza desapareció de forma súbita del rostro de Juanca, que volvió a negar con energía e incluso se permitió una sonrisa sarcástica, como si aquello fuera lo más ridículo que le hubieran preguntado nunca.

—Me matarán si hablo, tío. Y la verdad, prefiero que me mate usted a que lo hagan ellos.

Completó la sentencia con una carcajada nerviosa que mutó enseguida en una expresión asustada, temiendo que Bianquetti se lo tomara al pie de la letra. Este volvió a pasear por el salón, deteniéndose aquí y allá para admirar un cuadro, un mueble o el televisor en el que los tertulianos se gritaban unos a otros. Cogió el mando a distancia de la mesa y subió el volumen del televisor, haciendo que los gritos ganaran en intensidad. Después se volvió hacia Juanca.

—¿Fue Andrade?

El rostro del joven se contrajo por el pánico que le produjo la mención de aquel nombre, y Bianquetti supo que había dado en el clavo sin que fuera necesario que se lo confirmase.

Antes de que pudiera reaccionar, Bianquetti se abalanzó sobre él y le tapó la boca con una mano para que no gritara y alertara a los secuaces que tenía apostados en el rellano. Después se colocó a horcajadas sobre sus rodillas, cogió el cuchillo de la mesa y se lo introdujo un par de centímetros por la nariz, haciéndole gemir y soltar algunas lágrimas de dolor.

—¿Quieres que me largue? —preguntó, pese a que Juanca no podía responder, ocupado en permanecer quieto y muy erguido para que el cuchillo no le llegase hasta el cerebro—. Entonces dime dónde puedo encontrar a ese tal Andrade.

Retiró la mano con la que le estaba tapando la boca y esperó. Al ver que no decía nada, subió un poco más el cuchillo y el muchacho jadeó mientras manoteaba sin demasiada convicción y alzaba el cuello al máximo siguiendo la dirección de la hoja.

—¡Te lo diré!

—Muy bien —Bianquetti aflojó la presión, pero mantuvo el cuchillo en el mismo sitio y observó un grueso goterón de sangre surgir de la nariz de aquel

muchacho en dirección a sus labios—, pero antes sácate de los huevos el resto del dinero. La mujer de Toni se merece una compensación, ¿no crees?

A los pocos minutos, Bianquetti salió del piso y vio a los secuaces de Juanca en el rellano, sentados en las escaleras. Sus expresiones rabiosas le hicieron temer que hubieran escuchado a través de la puerta cerrada la conversación con Juanca y supo que más le valía largarse de allí antes de que intentaran darle un correctivo.

Bajó sin mediar palabra y, de camino al coche, lanzó varias ojeadas a su espalda para asegurarse de que aquellos matones no salían tras él para recuperar su pasta. Subió al Kadett y condujo de vuelta hasta las inmediaciones del domicilio de Belinda.

Cuando aparcó, se tomó un momento para contar el dinero. Los nueve fajos de billetes enrollados contenían doscientos euros cada uno, en billetes de cinco y de diez sobre todo, fruto del trapicheo que aquel camello realizaba en su propio domicilio con una impunidad insólita. Después de desenrollar todos los fajos, sacó del bolsillo el sobre con el resto del dinero que le había entregado Leo Ferraro días atrás e introdujo todos los billetes en él.

Mientras bajaba del coche, decidió que cuando pasaran unos días llamaría a comisaría para alertar de la existencia de aquel punto de venta de droga en la calle Santo Cristo. «Pagaría por ver la cara que pone Juanca cuando le cierren el chiringuito», pensó.

Subió hasta el quinto piso y, cuando estaba a punto de pulsar el timbre, se lo pensó mejor y llamó con los nudillos, para no despertar al crío en caso de que estuviera durmiendo. La puerta se abrió, solo unos centímetros, y dejó a la vista el rostro desconfiado de Belinda. Cuando vio que era Bianquetti, la desconfianza dio paso al alivio y abrió la puerta del todo. Llevaba a su hijo dormido en brazos y le hizo un gesto perentorio para que no hiciera ruido mientras daba un paso atrás y lo invitaba a pasar.

No tenía intención de entrar, pero lo hizo de todos modos y notó de inmediato el olor a lejía y a friegasuelos. Para su sorpresa, la chica le había hecho caso y había limpiado el piso, que lucía como si no fuera el mismo. La miró con intención, pero Belinda fingió no darse cuenta, y prefirió no incomodarla con ninguna observación al respecto.

Sin mediar palabra, sacó el sobre del bolsillo y lo dejó en la mesa de

centro, que ahora estaba vacía y reluciente. Belinda ahogó un gemido de sorpresa.

—¿Eso es...? —preguntó en voz muy baja para no despertar al niño.

—Es lo que Toni habría cobrado por matar a ese tipo —completó en susurros—. No es dinero limpio ni ganado honradamente, pero prefiero que lo tenga usted.

Belinda volvió a mirar el sobre sin atreverse a tocarlo, esta vez con una mueca de repugnancia en los labios, consciente de que aquel dinero era el culpable de la muerte de su marido. A Bianquetti le pareció que se debatía entre la repulsión por la forma en la que aquellos billetes habían llegado hasta ella, y la necesidad de alimentar y vestir al muchachito que tenía en brazos.

—Belinda, el dinero no dura para siempre. No se lo tome como el precio de la muerte de Toni, sino como una oportunidad para cambiar de vida.

Las lágrimas empezaron a brotar y Belinda no hizo nada por evitarlo, demasiado ocupada en mecer a su hijo. Bianquetti se dijo que más le valía marcharse antes de decir o hacer nada de lo que pudiera arrepentirse más tarde. Llegó a escuchar un escueto «Gracias» que le pilló de camino a la puerta.

Una vez en el Kadett, ahogó un suspiro mientras pensaba en lo que acababa de hacer. Se había encargado de completar la transacción por la muerte de Ferraro y sabía que no debía estar orgulloso por ello. Sin embargo, tampoco podía evitar una sensación de optimismo y de que había hecho lo correcto. Gracias a aquel dinero, Belinda y Hugo tendrían una mínima oportunidad de salir adelante. Esperaba que la chica supiera aprovecharla.

Además, se dijo que no era mal destino para aquel dinero sucio y hediondo. «Mejor en las manos de Belinda que en los calzoncillos de Juanca», sentenció mientras arrancaba y se ponía en marcha.

CAPÍTULO 32

La cafetería estaba en el interior del puerto, junto a la terminal de catamaranes que cubría la línea entre Cádiz, El Puerto de Santa María y Rota. Bianquetti entró y divisó tras la barra a un tipo mayor, que dedujo que sería el dueño, junto a un camarero que apenas debía de frisar la mayoría de edad, ocupado en servir cervezas a una pareja de estibadores.

—Se van a llevar la línea a Huelva, os lo digo yo —aseguraba el camarero—. Allí el atraque es más barato y tienen bonificaciones del Ministerio de Fomento o algo así.

Los estibadores entraron al trapo en la discusión mientras el dueño miraba a su empleado y meneaba la cabeza, disgustado por verle discutir con los clientes en lugar de limitarse a hacer su trabajo. Apenas había más parroquianos en aquel momento, por lo que el trío no se molestó en bajar el volumen ni se ahorró calificativos a la hora de defender sus posturas. Bianquetti se situó en el otro extremo de la barra y pidió una cerveza.

Juanca le había revelado la vida y obra de Andrade, al que se había referido como el capo del negocio de la droga en la Bahía de Cádiz. Había comenzado como un simple camello, pero, con los años, había empezado a mover tal volumen de producto que se había visto obligado a disponer de toda una red de vendedores a su cargo. En su ascenso había dejado el hachís a otros traficantes menores para pasarse a la cocaína y desde hacía algún tiempo también a la heroína, una droga que después de varios años de letargo había vuelto con fuerza, merced a la acuciante crisis económica. Bianquetti sabía que muchos adictos a la coca encontraban en la heroína un buen sustituto de aquella por la mitad de precio, sin importarles sus devastadores efectos.

Era evidente que Juanca no tenía contacto directo con Andrade y alguien le había encargado ocuparse del asesinato de Ferraro a través de una llamada de

teléfono. Después de que Saldaña hiciera lo suyo, una persona había ido al domicilio de Juanca y le había entregado el pago por los servicios prestados. Un modo muy cauteloso de actuar que haría muy difícil demostrar la implicación de Andrade en la muerte de Ferraro solo porque lo dijera aquel camello de medio pelo.

Ahora Bianquetti tenía el número de teléfono desde el que habían llamado a Juanca y esperaba el mejor momento para llamar, pese a que había muchas posibilidades de que aquel número ya hubiera sido dado de baja o que quien quiera que respondiese al otro lado le ignorase sin más, llevándole a un callejón sin salida.

De todas las dudas que le asaltaban, una atronaba con más fuerza que las demás: ¿por qué un narcotraficante como Andrade habría querido ver a Ferraro muerto? Juanca había asegurado que no tenía ni idea y para Bianquetti la única explicación posible era que el viejo hubiera interferido en sus negocios de alguna manera. A pesar de que en un primer momento desechó la idea por descabellada, los acontecimientos de los últimos días le obligaron a contemplar las cosas desde otro punto de vista.

Los estibadores terminaron la discusión, pagaron su cuenta y se marcharon, dejando al camarero sin nadie con quien charlar. El dueño del establecimiento salió a atender a una pareja que estaba sentada en las mesas del exterior y Bianquetti aprovechó para llamar la atención del joven mientras apuraba la cerveza de un trago.

—Otra, por favor.

Mientras se la servía, Bianquetti examinó al muchacho y buscó la mejor manera de abordarle. Había ido a aquella cafetería en busca de algún borrachín al que interrogar sobre las últimas noticias de lo que se cocía en los muelles sin levantar sospechas, pero le pareció que aquel camarero tan charlatán podía ser una fuente de información bastante fiable.

—¿Es verdad que hace poco pillaron un contenedor lleno de droga?

El muchacho le colocó delante la segunda cerveza y Bianquetti se tuvo que morder la lengua para no decirle que cuatro dedos de espuma eran mucho más de lo tolerable.

—Eso fue la semana pasada —dijo el camarero, encantado de tener a alguien que le escuchase—. Un contenedor que venía de Brasil con un cargamento de chocolate. El conductor del tráiler no se dio cuenta de que tenía una de las luces fundidas y, claro, los guardias que vigilan la salida del

puerto le dieron el alto y registraron el contenedor.

—Hay que tener mala pata.

Bianquetti comprobó que aquel relato coincidía con lo que le había contado Grégory el día que se conocieron. Hasta hacía un rato no había comprendido por qué le había hecho partícipe de aquella anécdota y lo había atribuido, simplemente, a que tenía ganas de palique. Sin embargo, el hecho de que un traficante como Andrade estuviera implicado en la muerte de Ferraro le hizo plantearse aquella conversación de otro modo.

—De mala pata nada —aseguró el muchacho—. Tienes que ser muy bobo para no darte cuenta de que llevas fundida una de las luces, sobre todo si transportas una carga tan delicada. A no ser...

Dejó la cuestión en suspenso y miró a Bianquetti con aire conspirador, como si supiera algo que nadie más sabía.

—A no ser ¿qué?

El joven miró a un lado y a otro para asegurarse de que no había oídos indiscretos a su alrededor, pero ninguno de los escasos clientes parecía interesado en la conversación entre el camarero y aquel desconocido siniestro y lleno de moratones.

—A no ser que se tratara de un sabotaje. Piénsalo. —Se llevó un dedo a la sien—. Tal vez a alguien no le interesaba que aquel cargamento llegase a su destino y manipuló las luces del camión para que la guardia civil lo parase. No es tan difícil.

El camarero se alejó unos pasos, como si quisiera dejarle solo para que pensara en lo que acababa de contarle. Bianquetti ya había contemplado aquella posibilidad, aunque oírla en labios de otra persona contribuía a darle forma y credibilidad. Pasó los siguientes minutos en silencio, ordenando la información de la que disponía, lo que le permitió sacar unas conclusiones que no terminaba de creerse, pese a que todas las evidencias apuntaban hacia allí. Transcurrido un rato, el muchacho volvió a colocarse frente a él.

—Es el segundo cargamento que pillan este mes —aseguró en susurros, ganándose su atención—. Hace unas semanas interceptaron otro contenedor con cerca de sesenta kilos de cocaína.

«Aquí hay algo», pensó Bianquetti, que no creía que la aprehensión de dos cargamentos de droga en el mismo mes se hubiera producido por casualidad. Alguien debía de estar muy cabreado por esas pérdidas y todo apuntaba al tipo conocido como Andrade. ¿Había tenido Ferraro algo que ver? ¿Por eso

había ordenado su muerte?

Pagó las dos cervezas y salió del establecimiento. Aprovechó para acercarse al cantil y dedicó unos minutos a observar la lámina de agua, sin apenas ondulaciones debido a la ausencia de viento, algo inusual en aquella ciudad. Empezó a pasear con las manos en los bolsillos y observó a lo lejos el lugar en el que había visto atracar el fastuoso barco de Ferraro, ahora sustituido por un carguero de grandes dimensiones que descargaba un contenedor tras otro.

¿Por qué se había envuelto Ferraro en los asuntos de Andrade? La posibilidad de que el viejo tuviera negocios relacionados con el narcotráfico le parecía un disparate, pero la sospecha de que había tenido algo que ver con la pérdida de aquellos cargamentos de droga le parecía cada vez más verosímil.

Después de unos minutos caminando sin rumbo, levantó la vista y reparó en que había llegado hasta uno de los extremos del muelle, y se vio rodeado de tráileres y contenedores oxidados. Cada contenedor estaba identificado por un código de siete dígitos y recordó haber leído en alguna ocasión que la cantidad de contenedores que arribaban a puerto cada día era tan abrumadora que resultaba imposible examinarlos todos en busca de drogas u otro tipo de mercancía ilegal. La guardia civil y los agentes de vigilancia aduanera se conformaban con realizar inspecciones aleatorias y hacer caso a chivatazos para poder captar algunos de aquellos cargamentos antes de que llegasen a su destino. La mayoría de las aprehensiones de droga tenían detrás varios meses de trabajo de investigación, pero algunas se debían pura y llanamente a oportunos golpes de suerte o a corazonadas a las que alguien decidía hacer caso.

Se dio la vuelta para enfilar de nuevo la salida del puerto y la evidencia le golpeó en pleno rostro.

Frente a él había un contenedor negro con la inscripción BULL SEA en letras blancas, en una caligrafía que le resultó muy familiar.

Para asegurarse, sacó su cartera y extrajo la tarjeta de la empresa BULL EYE. La alzó frente a sus ojos para compararla con la inscripción del contenedor y comprobó que la similitud entre ambas fuentes era evidente. Algo le dijo que, si buscaba información sobre la empresa BULL SEA en internet, terminaría descubriendo que pertenecía al conglomerado de

sociedades bajo la titularidad del difunto Carlos Ferraro.

Que Ferraro hubiera tenido una empresa que se dedicaba al transporte marítimo, que la guardia civil hubiera interceptado dos envíos de droga ese mes y que un narcotraficante hubiera ordenado la muerte de Ferraro eran circunstancias que por sí solas podían tener muchos significados diferentes, pero la conjunción de las tres resultaba inconfundible y demasiado reveladora como para pasarla por alto.

Así las cosas, los motivos por los que Andrade habría querido ver a Ferraro muerto se reducían considerablemente y Bianquetti eligió los dos que le parecían más evidentes para tomarlos como punto de partida.

El primero, que Ferraro hubiera formado parte del sistema logístico de envío y recepción de contenedores de droga y, de alguna manera, hubiera fallado en su cometido. Su jefe, Andrade, habría tomado la decisión de castigarle de la peor forma imaginable.

El segundo, que Carlos Ferraro se dedicase al tráfico de droga y hubiera decidido eliminar a la competencia que operaba en el puerto de Cádiz para convertirlo en su feudo particular, usurpando a Andrade el puesto de capo del narcotráfico en la bahía. Algún oportuno chivatazo y tal vez el sabotaje de las luces del camión que transportaba el último contenedor de Andrade habrían bastado para poner a su adversario en un serio aprieto y ganarse su enemistad, materializada en la bala que Saldaña depositó en su cabeza.

Ambas explicaciones le parecieron rocambolescas y retorcidas, pero, a decir verdad, la mayoría de los acontecimientos en los que se había visto implicado durante los últimos días le parecían rocambolescos y retorcidos. La pregunta clave de todo aquel asunto era evidente: ¿estaba implicado Carlos Ferraro en una red de tráfico de drogas?

Solo había una manera de averiguarlo, decidió, y sacó su teléfono móvil.

CAPÍTULO 33

Cuando Bianquetti llegó a la bolsa de aparcamientos de la Loma del Puerco, en el Novo Sancti Petri, el lugar estaba desierto. No había ni un solo vehículo estacionado en las inmediaciones, ni más luz que la de la luna y la que arrojaban las exiguas farolas que había a un lado y a otro del recinto. Detuvo el Kadett y salió al frío de la noche mientras pensaba en la insensatez que estaba a punto de cometer, al tiempo que contenía las ganas de meterse de nuevo en el coche y huir antes de que fuera demasiado tarde.

Hacía más de una hora que había llamado al teléfono que le había facilitado Juanca. Cuando una voz de hombre se materializó al otro lado, dijo su nombre y expresó su deseo de tener una charla con el señor Andrade. En lugar de responder le habían colgado sin más, algo que ya esperaba, ya que no existía ningún motivo real por el que aquel tipo aceptaría verse con él.

Al cabo de media hora aproximadamente, le devolvieron la llamada, emplazándole a acudir a aquel lugar solo y desarmado. No le habían dicho ninguna hora concreta, pero fue de todos modos.

Dio algunos pasos por el aparcamiento vacío, mientras exhalaba volutas de vaho frente a su rostro y escuchaba el sonido del mar rompiendo tras el barranco que daba acceso a la playa. Tenía la sospecha de que le estaban observando desde la distancia para asegurarse de que había ido solo y de que le dejarían en barbecho un buen rato más, así que se dispuso a esperar mientras lamentaba no disponer de su revólver.

Veinte minutos más tarde vio a lo lejos las luces de un vehículo torcer en dirección al aparcamiento. Miró la hora en su teléfono móvil y comprobó que era más de medianoche. A medida que se fue acercando, pudo ver que se trataba de una furgoneta Ford de color blanco y aspecto impecable, y memorizó la matrícula mientras estacionaba al otro lado de la bolsa de aparcamientos.

Dos hombres bajaron de los asientos delanteros y la puerta corredera se abrió para dejar salir a un tercero. Tres matones, pensó, de buen tamaño y con los inconfundibles abultamientos a un lado de la chaqueta, señal de que iban armados. Caminaron sin prisa hasta quedar a unos metros de Bianquetti, que les devolvió una mirada aburrida con la que trató de aparentar que no les tenía miedo.

—Aquí me tiene.

El que habló fue el que estaba en el centro del grupo y Bianquetti lo identificó como el jefe de los otros dos. Le calculó alrededor de unos cuarenta años y hablaba con el aplomo de quien se veía en situaciones como aquella a diario.

—Y una mierda.

El cabecilla torció el gesto, pero no pareció sorprendido, como si de alguna manera hubiera esperado que dijera algo así.

—¿No había dicho que quería verme?

—Tú no eres Andrade. No pierdas el tiempo intentando convencerme de esa gilipollez.

Sus secuaces se miraron entre ellos y después al que había hablado. Este alzó las cejas en un gesto que parecía decir: «Piensa lo que quieras», e hizo una señal a uno de sus muchachos, que dio un paso en dirección a Bianquetti.

—Apoye las manos en el capó.

Debía de frisar la treintena, pero tenía el rostro aniñado y barbilampiño de un crío de quince años. Bianquetti le observó en silencio y parpadeó varias veces, escéptico.

—Vete a la mierda, Peter Pan.

El rostro del esbirro se ensombreció de rabia. Por si fuera poco, sus dos colegas rieron la ocurrencia de forma ruidosa, lo que pareció enervarle todavía más.

—Se la está jugando, amigo.

—Yo no soy tu amigo, Peter Pan.

Con una velocidad que no esperaba, el rufián extrajo del bolsillo trasero de su pantalón un relámpago plateado que colocó en el cuello de Bianquetti en apenas una décima de segundo. Los matones que lo acompañaban dejaron de reír en el acto y Bianquetti examinó el rostro infantil de aquel palurdo mientras notaba la hoja de la navaja hundirse levemente en su cuello, a un golpe de muñeca de seccionarle la yugular.

—Por favor, obedezca —dijo el cabecilla, y a Bianquetti le pareció que de verdad estaba suplicando, como si temiera que la situación se le fuera de las manos.

Se permitió observar durante algunos segundos más a aquel psicópata, que no se esforzó en disimular las ganas que tenía de acabar con él.

—Guárdate eso, nene.

Esta vez sus acompañantes no rieron el comentario y el sicario se tomó un momento antes de retirar la hoja de su pescuezo. Solo cuando le vio guardar la navaja, Bianquetti se dio la vuelta y colocó ambas manos sobre el capó, con la cabeza girada a medias para no perderle de vista.

El muchacho le registró a conciencia, sin prisa. Fue sacando el escaso contenido de sus bolsillos y colocándolo sobre el techo del Kadett. Cuando pasó las manos por su entrepierna y palpó en busca de algún objeto oculto, Bianquetti desoyó a su sentido común y le dedicó una risita desdeñosa.

—¿Te lo estás pasando bien?

Por fortuna, el sujeto ignoró el comentario y siguió registrándole en silencio, con aplomo y eficacia. Bianquetti atribuyó su locuacidad al nerviosismo que le provocaba la peligrosa situación en la que se hallaba inmerso. No pasaba por alto que incluso el líder del grupo había torcido el semblante al ver a aquel tipo sacar la navaja, lo que puso en evidencia lo cerca que había estado de cagarla.

Cuando el esbirro terminó de registrarle, se retiró unos pasos hasta colocarse junto a sus camaradas y Bianquetti miró de reojo sus pertenencias, depositadas sobre el techo del vehículo. Una cartera, un teléfono móvil, dos juegos de llaves y un cigarrillo arrugado. Se preguntó si sería apropiado volver a coger sus cosas, pero decidió no dar a aquel grupo ningún motivo para reducirle y se quedó apoyado en el capó de nuevo, como si no hubiera pasado nada. Todavía notaba un leve escozor allí donde aquel indeseable había plantado la hoja de su cuchillo y se llevó una mano al cuello para comprobar si le había cortado, pero al retirarla solo tenía una mínima gota de sangre, por lo que debía de tratarse de un rasguño.

—Va a tener que acompañarnos.

El que habló fue el que llevaba la voz cantante y Bianquetti guardó silencio mientras examinaba a los acompañantes de aquel hombre, que seguían metidos en su papel de custodios, uno a cada lado de su jefe. El que tenía cara de niño lo miraba fijamente, como si no viera el momento de acabar lo que

había comenzado cuando le colocó la navaja en el cuello, y Bianquetti concluyó que era el más peligroso de los tres. El más difícil de controlar. El que debía neutralizar en primer lugar.

—No voy a ir a ninguna parte.

El lugarteniente de Andrade o lo que fuera aquel tipo estuvo a punto de repetir la orden y Peter Pan empezó a moverse, pero Bianquetti fue más rápido. En dos zancadas se plantó frente a este y le descargó un mazazo en la mandíbula, un golpe de abajo arriba que lo hizo volar un par de metros. Estaba a punto de volverse hacia el otro esbirro cuando notó una mordedura en la parte baja de la espalda y un torrente de dolor le subió hasta el cuello, contrayendo sus músculos y haciéndole caer como si le hubieran abandonado las fuerzas.

Alcanzó a ver el táser que empuñaba el tipo que le había derribado, y que volvió a aplicar en su pierna para soltarle una nueva descarga. Le pareció que presionaba aquella arma contra su piel durante mucho más tiempo del aconsejable, puede que convencido de que para derribar a alguien de su tamaño no bastaría con la dosis habitual. Cuando por fin dejó de apretar el táser contra su pierna, intentó levantarse, pero una brusca arcada le obligó a doblarse sobre sí mismo y derramó el escaso contenido de su estómago a su lado. Permaneció consciente durante varios segundos más, en los que vio a Peter Pan ponerse en pie, tambaleándose, y mirar en todas direcciones buscando el autobús que lo había atropellado. Cuando reparó en Bianquetti, apretó los dientes y tomó carrerilla para descargarle una patada en el rostro.

Después todo se volvió negro.

Cuando despertó, no vio a su alrededor más que oscuridad. Le pareció distinguir las formas difusas de algún que otro mueble e intuyó el contorno de una puerta en la pared que tenía delante, pero nada más.

Le dolía la cabeza como si la noche anterior se hubiera bebido veinte litros de cerveza seguidos y notaba un latido sordo a la altura de la sien, allí donde había impactado el patadón de Peter Pan. Todavía llevaba puesto el abrigo y el sudor le empapaba el rostro y las axilas, haciendo que la camisa se le pegara al cuerpo. Estaba sentado en una silla con las manos atadas a la espalda y cuando trató de moverlas notó cómo las bridas de plástico se hundían en su piel sin piedad, reabriendo heridas que aún no habían

terminado de cerrarse. También le habían atado los tobillos a las patas de la silla, imposibilitando que se moviera.

Intentó eludir la angustia de saberse prisionero haciéndose una composición del lugar en el que lo tenían. La habitación olía a cerrado y trató de recordar cómo había llegado hasta allí, pero solo consiguió arañar algunos recuerdos en forma de jirones de escenas que le parecieron lejanas e irreales. Así, recordó cómo le habían arrastrado hasta la furgoneta y cómo se había revuelto al notar que iban a maniatarle, ganándose una nueva descarga del tásar que el esbirro de Andrade usaba con tanta generosidad.

Estaba intentando calcular cuánto tiempo llevaba inconsciente cuando percibió un sonido a su espalda, el sonido que haría alguien que trata de respirar de la forma más silenciosa posible. Al saber que no estaba solo, giró el cuello todo lo que pudo y volvió a luchar contra sus ataduras, ignorando la dentellada de las bridas, pero allá donde mirase solo veía oscuridad. La tesitura de tener un enemigo invisible a su espalda le pareció más de lo que podría soportar y concentró todos sus esfuerzos en adivinar de dónde venía aquella respiración.

—Tranquilo, jefe. Sigo con usted.

La voz de Peter Pan sonó mucho más cerca de lo que había esperado y Bianquetti notó un líquido denso y caliente bajar desde sus muñecas magulladas, empapando sus dedos de vida. El dolor se alió con la sensación de impotencia al saber que estaba a merced de aquel psicópata y exteriorizó su frustración con un alarido que retumbó en las paredes y volvió a él con una solidez que no esperaba.

Sin saber qué otra cosa hacer, se concentró en el contorno de la puerta que tenía delante y fantaseó con la posibilidad de que se abriera para dejar entrar a la caballería, pero los minutos pasaron sin que sucediera nada parecido. El sicario permaneció en silencio y Bianquetti apostó que estaba disfrutando como nunca.

—Ponte delante, Peter Pan —trató de provocarle—. Así podré verte mejor.

Alcanzó a oír una risita ahogada, como si aquel mote hubiera dejado de molestarle e incluso le pareciera divertido que siguiera llamándole así en una situación tan poco ventajosa. A la risa le siguió el inconfundible chasquido de un mechero, cuya luz iluminó momentáneamente la habitación, y en la pared que tenía delante se reflejó durante unos instantes su sombra, acrecentada por la distancia. Bianquetti encogió los dedos, por si a aquel majadero le daba por

achicharrárselos. Sin embargo, la estancia no tardó en impregnarse de un áspero aroma a tabaco que le indicó que no tenía intención de hacer nada parecido, al menos por el momento.

Captó el sonido de succión que hacía aquel tipo cada vez que daba una calada, con el sentido del oído agudizado al verse privado del de la vista.

—Al menos dame una calada, colega. Estoy hecho una mierda.

El esbirro volvió a reír, pero Bianquetti escuchó el roce de sus ropas, señal de que se estaba acercando.

—¿Cómo puede seguir teniendo ganas de bromear?

Peter Pan le habló al oído, mucho más cerca de lo que había esperado, y Bianquetti giró la cabeza en su dirección y tomó impulso. Sabía que desde aquella posición le iba a ser imposible propinarle un cabezazo, que era lo que de verdad le apetecía, y concentró todos sus esfuerzos en el escupitajo que llevaba un rato amasando.

Lanzó el esputo con todas sus fuerzas, ayudándose con un movimiento seco del cuello para imprimirle fuerza y velocidad. Escuchó el salivazo impactar contra algo y el exabrupto que soltó aquel malnacido le hizo intuir que había acertado en su rostro. «Ojalá le haya dado en el ojo o en la boca», se dijo. Lo celebró con una carcajada en forma de alarido, exagerando su alegría para sacar de quicio a su captor, y prolongó su risa durante casi un minuto completo.

Cuando dejó de reír tenía las mandíbulas doloridas por el esfuerzo, pero decidió que había valido la pena y se dijo que habría pagado por que le permitieran encender la luz y ver el rostro furioso de Peter Pan mientras se limpiaba el escupitajo. El silencio volvió a tomar la habitación antes de que el sicario lo desgarrara con cinco palabras.

—Maldito poli de los cojones.

El insulto llegó por sorpresa, como si su carcelero no hubiera podido contenerlo durante más tiempo. Aun así Bianquetti prefería sus insultos al silencio y a no saber sus intenciones ni de dónde vendría el siguiente golpe. Mientras siguiera hablando tendría controlada su posición, se dijo, y trató de buscar argumentos con los que mantenerle lo suficientemente enfadado como para que cometiera alguna imprudencia. Hacía un rato que había dejado de temer por su vida, con la certeza de que si quisieran matarle lo habrían hecho ya. Si le mantenían allí era porque querían algo de él y, hasta que supiera de qué se trataba, podría entretenerse provocando al matarife que tenía a su

espalda y que, muy a su pesar, debía de tener órdenes de no hacerle daño.

—Acércate, Peter Pan —lo retó—. Ya no me queda saliva.

El silencio pareció solidificarse a su alrededor y Bianquetti dudó. La certeza de que preferían mantenerle con vida chocó de forma brusca con el recuerdo de la expresión inestable del psicópata al que habían encargado vigilarle y se preguntó si aquel individuo sería capaz de mantener a raya sus ansias de venganza o si, por el contrario, volvería a dejarse llevar como había hecho en el aparcamiento, cuando le colocó la navaja en el cuello.

Como confirmación de sus peores temores, Peter Pan le aprisionó el cuello entre el antebrazo y el bíceps. Empezó a apretar al tiempo que le hablaba al oído, inundándolo con su aliento infecto.

—No te muevas, jefe. Verás qué guapo te voy a dejar.

Bianquetti movió la cabeza a un lado y a otro, con la esperanza de que impactase en la mejilla o en la nariz de aquel individuo, proporcionándole así alguna posibilidad de librarse de su agarre, pero el brazo siguió aferrado a su cuello, privándole de aire. Empezó a tener problemas para respirar, pero intuyó que aquella no iba a ser la mayor de sus preocupaciones.

Incluso en la oscuridad pudo detectar el brillo de la navaja que se le acercaba por la diestra y volvió a contorsionar el pescuezo para alejarse lo más posible de ella. Notó el frío del metal en la mejilla y cuando la hoja comenzó a deslizarse hacia abajo, acariciando su piel con la suavidad de una canción de cuna, apenas le dolió.

La navaja llegó hasta la altura de su mandíbula, donde se separó con un inesperado y violento tirón, y Bianquetti utilizó sus últimas fuerzas para exhalar un bramido que compitió en volumen con la carcajada histriónica de Peter Pan, que ahora sí parecía estar pasándoselo como nunca.

—¿Sigues teniendo ganas de bromear, jefe?

Trató de decir algo, pero la falta de oxígeno hizo que las palabras no llegasen a salir de sus labios y el miserable relajó un punto la presa, permitiendo que el aire volviera a sus pulmones. Bianquetti empezó a aspirar grandes bocanadas, sin saber cuándo volvería a tener la oportunidad de hacerlo de nuevo.

—Esta te la debo, Peter Pan.

Su carcelero volvió a reír, incapaz de tomarse en serio la amenaza, y el brillo de la navaja volvió a acercarse, peligroso, al sitio donde lo había dejado.

En aquel momento la puerta que tenía delante se abrió. Alguien entró y encendió la luz, y el brazo que tenía en torno al cuello se retiró con rapidez, como si hubiera sido sorprendido en falta. El súbito cambio de iluminación cegó a Bianquetti y, cuando sus ojos se habituaron, vio que el que acababa de llegar era el lugarteniente de Andrade, que contemplaba la escena como si no pudiera dar crédito. Por la mirada que dirigió a su esbirro, le pareció que le entraban ganas de descerrajarle un tiro allí mismo. Le acompañaba aquel otro tío, el del táser, y le alivió ver que no lo llevaba en las manos.

Giró la cabeza a tiempo de ver cómo Peter Pan le mostraba las palmas de las manos a su jefe, tratando de aparentar inocencia, y supo que aquel descerebrado se iba a llevar, por lo menos, una reprimenda por no haber sido capaz de controlar sus impulsos. El cabecilla negó un instante y volvió a mirar a Bianquetti con fruición.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Para qué quería vernos?

El emisario parecía dispuesto a proseguir la conversación en aquel punto, como si no hubiera pasado nada, y Bianquetti guardó un tozudo silencio mientras trataba de recuperar el aliento. Le habían llevado hasta allí en contra de su voluntad, le habían maniatado, le habían obsequiado con varias descargas de táser y, por si fuera poco, lo habían encerrado con aquel chalado que había estado a punto de prepararse un kebab con la carne de su mejilla. Si creían que iba a ponerse a hablar sin más, estaban muy equivocados.

—Lo sabemos todo sobre usted, Bianquetti —continuó—. Sabemos que es inspector de policía, que está suspendido de empleo y sueldo, y que ha trabajado para Ferraro. También sabemos que ese tarugo de Juanca le pasó mi número de teléfono.

—No sabéis una mierda —apuntó.

—También sabemos que ha estado viéndose con la viuda de Saldaña, esa tal Belinda. ¿Se la está tirando, canalla?

Bianquetti hizo ademán de levantarse y, a pesar de que no podía moverse de donde estaba, el gesto bastó para que el lugarteniente de Andrade retrocediera un paso, amedrentado.

Notó las gotas de sangre que se deslizaban desde su mejilla y goteaban sobre su abrigo, y se obligó a tranquilizarse y evaluar de nuevo la situación, sopesando sus posibilidades al tiempo que trataba de adivinar qué querían aquellos tipos de él.

—¿Por qué ordenaron ejecutar a Ferraro?

Trató de imprimir a la pregunta un tono cauto, discreto. Quería marcar el tempo de la conversación y dejar claro que se trataría de eso, de una conversación y no de un interrogatorio como pretendía el tipo que estaba al mando. Este pareció leerle el pensamiento y respondió con otra pregunta.

—¿Acaso cree que Ferraro era un santo o algo así?

—Cada vez lo dudo más —reconoció.

—Él hacía sus negocios en el puerto de Valencia y en el de Barcelona, sobre todo. Estaba planeando expandirse a la parte de Cádiz, Sevilla y Algeciras, que es donde operamos nosotros. ¿Sabe eso que dicen de que no puede haber dos gallos en el mismo corral?

Ahí estaba, pensó, la confirmación de sus sospechas. Casi sin darse cuenta, aquel capullo acababa de corroborar la teoría que llevaba toda la tarde fraguando en su cabeza: Ferraro traficaba con drogas.

—Tengo entendido que durante el último mes han perdido dos cargamentos.

Un ligero parpadeo le indicó que se estaba acercando a la verdad.

—Tres, en realidad: dos en Cádiz y uno en Algeciras.

—¿Por eso le mataron? ¿Fue Ferraro quien filtró a la policía la existencia de esos envíos?

—Eso es jugar sucio, ¿comprende? —El matón hizo un gesto de suficiencia, como si eso lo justificara todo—. El pastel es demasiado grande como para pelearnos por un trozo, pero Ferraro se volvió codicioso.

En aquel momento, como un fogonazo repentino, Bianquetti ató cabos en su cabeza y supo que la relación entre Andrade y Ferraro debía de ser mucho más estrecha de lo que aquel hombre pretendía aparentar. Habían sido colegas en un oficio en el que no solían abundar los camaradas y, por lo que estaba oyendo, dedujo que en algún momento Andrade habría tratado de convencer a su adversario de que la codicia podría pasarle factura.

—Vi a Andrade almorzando con Ferraro en El Balandro el mismo día que lo mataron.

Fue un tiro a ciegas, pero un nuevo parpadeo le indicó que estaba en lo cierto. En eso consistió aquel almuerzo, se dijo, en el que había oficiado como guardaespaldas junto a los doce apóstoles; el octogenario con el que Ferraro había compartido mesa y con quien se había abrazado de forma tan efusiva debía de ser Andrade y aquella cita había sido un intento desesperado de convencerle de que no había tenido nada que ver con las filtraciones.

Horas más tarde, el mismo hombre que había almorzado con él había enviado a Saldaña para que le pegase un tiro. «Bonita forma de forjar alianzas», pensó.

—Este es un negocio duro —se excusó el emisario—. Se puede ganar mucha pasta, pero también hay mucho que perder.

—Así que Ferraro sabía que estaba en la cuerda floja y aun así fue a hablar con Andrade para explicarle que las filtraciones de esos cargamentos no habían sido cosa suya. ¿Le parece lógico?

—Son tiempos extraños —eludió la cuestión—. Ferraro nunca lo admitió, ¿sabe?

—Y ahora su hijo seguirá con el negocio.

El enviado de Andrade se permitió sonreír mientras miraba a un lado y a otro, como si buscara a un auditorio invisible al que dirigir sus palabras.

—Sé adónde quiere llegar y la respuesta es no: no tuvimos nada que ver en el intento de asesinato del hijo de Ferraro.

—Hay quien dice que Andrade pagó a Grégory, el guardaespaldas de Ferraro, para que matara a su hijo.

—Si fuera cosa nuestra se lo diría, no lo dude.

Bianquetti miró fijamente a su interlocutor, tratando de evaluar su sinceridad.

—Para eso me han traído aquí —sentenció—. Para averiguar hasta dónde sé, pero también para declararse inocentes del intento de asesinato de Leo Ferraro.

—Son tiempos extraños —repitió—. Mañana será el entierro de Ferraro y créame si le digo que al señor Andrade le encantaría asistir. Eran amigos antes que rivales.

—Qué bonita amistad.

El lugarteniente fingió no escuchar el comentario y buscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta. Bianquetti se puso en guardia, pero lo que sacó de allí no fue un arma, sino un trozo de papel doblado en dos.

—Esto por las molestias

Le introdujo el papel en el bolsillo del abrigo. El otro guardaespaldas se adelantó y sacó aquel táser al que parecía tener tanto cariño.

—¿Consume mucha batería ese cacharro? —quiso saber Bianquetti.

El cabecilla del grupo volvió a articular aquella sonrisa sarcástica mientras su acompañante se acercaba y le aplicaba el táser en el muslo. Ya esperaba la

descarga, pero, aun así, le dolió igualmente.

Cuando la puerta de la furgoneta volvió a abrirse después de un trayecto de algo más de quince minutos, Bianquetti comprobó que estaban en el mismo aparcamiento en el que le habían recogido. Sorprendentemente, sus pertenencias seguían en el techo del Kadett, señal de que nadie había estado por allí durante su ausencia.

—Vamos.

Los dos esbirros lo cogieron, uno por cada brazo, para ponerlo en pie y obligarle a caminar entre ambos. Le habían desatado los tobillos, algo comprensible para no verse obligados a cargar con el peso de aquel grandullón que avanzaba de forma torpe, como si colocar un pie delante del otro le supusiera un esfuerzo inaudito. De hecho, así era.

Cuando llegaron junto al Kadett, le dieron un empujón que le hizo caer al suelo, bocabajo, y se quedó en aquella posición con las manos atadas a la espalda.

—Espero sinceramente que no volvamos a vernos nunca —oyó decir al lugarteniente de Andrade.

Alguien se sentó a su espalda y, con un golpe de navaja, cortó las ataduras de sus muñecas. Supo que se trataba de Peter Pan antes de que volviera a echarle su repulsivo aliento en la oreja.

—Dale recuerdos a tu hijita, cabronazo.

Aquello fue más de lo que pudo soportar.

La rabia nubló su capacidad de razonar, y el dolor y el cansancio desaparecieron. Bianquetti aprovechó aquel subidón de adrenalina para girar sobre sí mismo y golpear a Peter Pan con el dorso de la mano. La navaja salió volando y, antes de que el otro pudiera recomponerse, logró darse la vuelta y quedó a horcajadas sobre él, que lo miró con los ojos muy abiertos, sin explicarse aún cómo había acabado debajo de él.

El puño de Bianquetti empezó a subir y a bajar, y notó cómo los dientes de Peter Pan se astillaban con cada golpe y los huesos de su nariz y mejillas temblaban bajo cada puñetazo. El matón estaba demasiado ocupado tratando de cubrirse el rostro para intentar siquiera recuperar su navaja, así que Bianquetti se despreocupó y siguió golpeando una y otra vez, con un puño y con el otro, desgraciando aquel rostro aniñado hasta que la sangre lo volvió

irreconocible.

En un momento de lucidez detuvo el castigo y se preguntó por qué los compinches del tipo que tenía debajo no habían intervenido todavía. Alzó la vista, con los puños aún en alto, y vio al otro gorila con el táser en la mano, a varios metros de distancia. El lugarteniente de Andrade lo tenía sujeto del brazo para impedirle intervenir y dirigió a Bianquetti una mirada explícita que translució lo que estaba pensando: que el puto Peter Pan se merecía aquel correctivo y que resultaba bastante oportuno que fuera él quien se lo diera.

Asqueado por el hecho de estar cumpliendo los deseos de aquel tipo, Bianquetti se puso en pie. Se alejó en dirección al Kadett caminando de espaldas para no perder al trío de vista y se apoyó en el capó mientras observaba cómo el otro gorila ayudaba a su compañero a levantarse y le permitía apoyarse en él para caminar hasta la furgoneta, un trayecto que no habría podido completar por su propio pie.

El emisario del traficante le lanzó una sonrisa a la que no se vio capaz de responder. Incluso cuando la furgoneta se alejó, Bianquetti se quedó unos minutos más fuera del coche observando las luces traseras perderse en la lejanía, con la sospecha de que en cualquier momento cambiarían de idea y decidirían volver y darle un escarmiento todavía mayor. Se miró las manos y comprobó que las heridas de los nudillos se habían abierto y sangraban profusamente. Apenas notaba ya el dolor del corte que Peter Pan le había hecho en la mejilla, aunque tampoco tenía ganas de mirarse al espejo para evaluar sus consecuencias.

Después de un rato a solas, convencido ya de que no iban a regresar, se sacó del bolsillo el papel que había metido allí el emisario de Andrade. Lo abrió y leyó lo que decía.

Al principio no supo qué era aquello, pero, en cuanto recapacitó sobre los acontecimientos de los últimos días, intuyó de qué se trataba. Volvió a guardarse el papel mientras contenía las ganas de echarse a reír.

—Maldito bastardo.

CAPÍTULO 34

Bianquetti estacionó en las inmediaciones del cementerio de la Almudena y se estiró tanto como le permitió el estrecho habitáculo del Kadett, acompañando el movimiento con un bostezo. Después de toda la noche conduciendo no había tardado más de seis horas en hacer un trayecto que conocía bien y había llegado a Madrid poco antes del amanecer.

Nada más concluir su entrevista con los enviados de Andrade había buscado en internet información sobre el entierro de Carlos Ferraro, aunque sin demasiada esperanza de encontrar nada. Sin embargo, comprobó que un buen número de páginas anunciaban que la ceremonia tendría lugar al día siguiente en aquel cementerio a partir de la una de la tarde. Dado que tenía toda la mañana por delante y bastante sueño acumulado, programó la alarma del teléfono a las doce y accionó la palanca que regulaba la inclinación del asiento al máximo. Pese a que no se trataba de una postura demasiado cómoda, estaba tan cansado que no lo tuvo en cuenta y cerró los ojos con la esperanza de que el agotamiento alejase las preocupaciones que seguían rondando por su cabeza y le permitiese descansar, aunque solo fuera durante un par de horas.

Por el camino se había detenido en una estación de servicio para tomar café. Ignoró las miradas asustadas que le dirigieron los empleados de la cafetería cuando vieron su rostro ensangrentado y compró allí mismo un pequeño botiquín que contenía agua oxigenada, esparadrapo y vendas. Fue al baño para valorar el alcance de sus heridas y comprobó que el corte en su mejilla derecha no era tan profundo como había creído, aunque apostó que le iba a dejar una bonita cicatriz de recuerdo. Se curó como pudo aquella herida y las de los nudillos, y examinó las mordeduras del táser, que le habían provocado algunas quemaduras a las que no dio demasiada importancia.

Aún con los ojos cerrados pudo notar la herida de la mejilla palpitándole y

los nudillos al rojo vivo tras el castigo que le había propinado a Peter Pan. Sin embargo, ya en frío, solo podía arrepentirse de haberle golpeado como lo había hecho. No porque sintiera lástima por él, ni mucho menos, sino porque se trataba de un psicópata, de un tipo altamente inestable, y no tenía la menor duda de que guardaría aquella ofensa en un rincón de su memoria, hasta encontrar la oportunidad de resarcirse.

Antes de que pudiera pensar en alguna forma de solucionarlo, se quedó dormido.

El cielo presentaba una tonalidad gris y sucia, a juego con las lápidas que se sucedían en todas direcciones, como una colmena diseñada para el almacenamiento óptimo de los difuntos. Bianquetti se detuvo frente a una tumba cualquiera, tratando de pasar desapercibido mientras observaba a lo lejos el tumulto concentrado en el lugar en el que estaba siendo enterrado Carlos Ferraro. Un buen número de guardias de seguridad se encargaba de mantener alejados a los fotógrafos que trataban de inmortalizar algunos de los rostros más conocidos que se aglomeraban alrededor del lugar en el que descansaba el féretro.

Bianquetti estaba a suficiente distancia como para pasar inadvertido, y entre los amigos y familiares que habían acudido a dar el último adiós a Carlos Ferraro distinguió a algunos personajes ilustres, inquilinos habituales de las páginas de la prensa del corazón y de algunos programas de televisión. Mary estaba en el centro de aquella vorágine, en el papel de nuera afectada. Incluso estando tan lejos, Bianquetti pudo apreciar que había cambiado el color rojo fuego de sus labios por una tonalidad algo menos llamativa y llevaba un abrigo negro hasta los tobillos y unas gafas de sol tamaño XXL.

Leo Ferraro estaba a su lado y ambos miraban con estoicismo el ataúd que tenían delante. Varias personas los rodeaban, compartiendo su dolor y pasándose pañuelos de papel unos a otros.

Bianquetti se fijó en que las atenciones de los presentes se repartían entre la pareja y una anciana situada a unos metros de estos, que miraba el féretro con insistencia, con más ira que tristeza, mientras se dejaba consolar por unos y otros. Intuyó que se trataba de la madre de Leo Ferraro y viuda del viejo que estaba a punto de ser enterrado.

Después de un rato observándolos, Bianquetti reparó en un detalle que le

pareció bastante revelador: desde su llegada, la anciana había intercambiado algunas palabras y gestos de ánimo con su hijo, pero no había dedicado más que una ojeada despectiva a Mary, algo completamente fuera de lugar teniendo en cuenta las circunstancias, lo que le hizo preguntarse qué podía tener la madre de Ferraro contra ella.

«Solo hay una manera de averiguarlo», se dijo.

Cuando terminó la ceremonia, varios empleados del cementerio utilizaron unas cuerdas para hacer descender el féretro en el agujero en un procedimiento que apenas duró unos minutos. A continuación, los asistentes se acercaron a dar el pésame a Mary y a Ferraro, y pronto se improvisó una larga cola de personas que llegaban hasta ellos, les daban la mano o un par de besos y les dedicaban algunas palabras de afecto a las que estos respondían con educación y sonrisas tristes. Dado el tiempo que dedicaban a cada persona que se detenía a presentarles sus condolencias, Bianquetti calculó que permanecerían al menos un cuarto de hora más en aquel lugar.

La madre de Ferraro, en cambio, rechazó la presencia de todo aquel que se le acercó y comenzó a alejarse del lugar en el que reposaban los restos de su marido, flanqueada por dos adolescentes que debían de pertenecer a su familia más cercana. Los chicos la llevaban sujeta de los brazos, pese a que la mujer parecía perfectamente capaz de valerse por sí misma. Antes de alejarse del grupo, dedicó una mirada furiosa al lugar en el que Mary recibía los pésames de los asistentes y masculló algo que nadie más oyó.

Decidido a obtener algunas respuestas, Bianquetti se dirigió al sendero que estaba recorriendo la anciana. Cuando la tuvo delante, los chicos que la acompañaban le dirigieron miradas temerosas, impresionados por su envergadura y posiblemente también por las heridas que adornaban su rostro. De haber sido de noche, tal vez las manchas de sangre habrían pasado inadvertidas sobre su abrigo negro, pero a esa hora del día resultaba imposible no fijarse en ellas. Cuando la anciana reparó en él parpadeó varias veces, un gesto de extrañeza que denotó que sabía quién era, lo que tampoco le sorprendió. La mujer detuvo su avance, obligando a los muchachos a detenerse también, aunque ambos se mostraron ansiosos por alejarse cuanto antes de aquel bigardo que parecía haberse escapado de su propio entierro.

—Lamento su pérdida.

La anciana no hizo ningún gesto que delatase que le hubiera oído siquiera.

—Usted es el policía.

No era una pregunta, así que Bianquetti no respondió. En lugar de eso le ofreció su mano y la mujer soltó al joven que tenía al lado para estrechársela. Contradiendo la apariencia frágil de aquella mano huesuda, el apretón fue firme. Le siguió una mirada lúcida, antes de que la anciana se dirigiera a los chicos que la acompañaban.

—Esperadme en el coche. Estaré bien.

Los muchachos se miraron el uno al otro sin comprender, pero el tono en el que lo dijo no dejaba el menor espacio para la improvisación. La mujer parecía acostumbrada a mandar y, sobre todo, a ser obedecida al instante, así que la soltaron y se alejaron en dirección a la salida del cementerio con pasos cautelosos, volviéndose en varias ocasiones para mirar a Bianquetti con curiosidad y temor.

La anciana esperó hasta que los chicos se hubieron alejado lo suficiente antes de hablar.

—Me han dicho que estuvo presente cuando mataron a Carlos.

—Siento no haber podido hacer nada para evitar la muerte de su marido.

—Exmarido —le corrigió.

—Lo que sea.

—También estuvo cuando a Grégory se le fue la cabeza y trató de matar a mi hijo.

Que no incluyera a Mary en aquella ecuación le confirmó lo que ya temía: aquella mujer no le tenía ninguna simpatía a la esposa de su hijo. La viuda pareció adivinar lo que estaba pensando y alzó una ceja, su rostro convertido en un enorme signo de interrogación.

—¿A qué ha venido, exactamente?

—En realidad no lo sé.

Se midieron en silencio unos instantes, antes de que Bianquetti desviara la mirada hacia el lugar en el que Mary y Ferraro seguían recibiendo abrazos y gestos cariñosos, y la anciana siguió la dirección de su mirada. Siendo la exmujer de Ferraro, Bianquetti tenía bastante claro que estaría al día de los negocios de su marido y buscó la mejor manera de sacarle información sin comprometerla ni provocar que alertase a los guardias de seguridad para que lo echasen de allí a patadas.

—Leo y Mary continuarán llevando los negocios de su marido.

Lo dijo al aire, como si fuera una observación sin la menor relevancia, y percibió cómo la anciana desviaba la vista hacia él, probablemente

preguntándose hasta qué punto estaba informado de en qué consistían aquellos «negocios». Bianquetti se dejó observar, convencido de que el silencio era su mejor baza.

—Exmarido, le he dicho.

—Lo que sea.

La viuda empezó a armar una sonrisa, aunque se apresuró a sustituirla por una mueca desconfiada.

—¿Está Leo preparado para ponerse al frente del negocio?

—Por supuesto.

Lo soltó sin dudar, como si la mera insinuación de lo contrario fuera un insulto que no estaba dispuesta a consentir.

—Al menos no estará solo.

Bianquetti señaló con la barbilla en dirección a la pareja y, en esa ocasión, la anciana no hizo nada por disimular la mueca de repulsión que se dibujó entre sus arrugas.

—Esa zorra.

Fue todo lo que dijo y esta vez fue él quien le dirigió una mirada extrañada, pero los pensamientos de aquella mujer parecían a kilómetros de allí.

—Apareció hace unos meses —continuó sin que fuera necesario que se lo pidiera—. Embaucó a mi hijo e incluso a Carlos. Yo sé que no es otra cosa que una mala puta, pero ninguno de los dos ha querido escucharme nunca.

La mujer se volvió hacia Bianquetti, atenta por si se producía algún cambio en su expresión al oírla hablar así de su nuera, pero este trató de permanecer inmutable.

—No están casados, ¿sabe?

Bianquetti se preguntó si aquella información tendría algún significado oculto, pero antes de que pudiera encontrarlo advirtió un movimiento a su espalda. Al volverse, vio que dos hombres se aproximaban hacia ellos desde el otro lado del sendero. Por su aspecto amenazador, dedujo que los muchachos que habían acompañado antes a la anciana les habían alertado de que un energúmeno de apariencia tétrica les había abordado por el camino. Sabiendo que el tiempo se le acababa, extendió la mano para despedirse de la mujer.

—Gracias por todo.

La anciana se la estrechó por segunda vez.

—Vaya con cuidado —le advirtió esta y no supo discernir si se trataba de un consejo o de una amenaza.

De cualquier forma, aceptó el apunte guiñándole un ojo y se alejó en dirección al lugar en el que Ferraro había sido enterrado. Observó de reojo cómo los hombres que habían acudido a interrumpir su conversación con la anciana eran retenidos por esta, que con un gesto imperativo les conminó a dejarle en paz y les aseguró que no había ningún problema con él.

Llegó junto al foso en el que reposaba el féretro y resistió el impulso de mirar allí adentro, porque pudo imaginar lo que vería si lo hacía. A varios metros de distancia, los operarios que habían bajado el ataúd mataban el tiempo fumando y charlando entre ellos, ajenos al ambiente funesto que se respiraba a su alrededor, mientras esperaban a que todos se marchasen para tapar aquel agujero con una losa. Sin saber muy bien por qué, envidió la desgana con la que aquellos hombres asumían su labor de sepultureros. Para ellos, la muerte formaba parte de su modo de vida, y Bianquetti decidió que no era un mal negocio. «La gente nunca dejará de morirse», concluyó.

Siempre se había imaginado a los sepultureros como tipos siniestros, vestidos de negro y pertrechados con un pico y una pala como herramientas de trabajo, una imagen muy alejada de la de aquellos operarios que usaban calzado de seguridad, monos de trabajo de color azul con reflectantes y fajas lumbares con las que evitar lesiones. Decidió que él mismo, con su abrigo negro, sus dos metros de altura y su aire tenebroso, tenía más aspecto de sepulturero que aquellos tipos y sonrió al recordar que en Madrid sus antiguos compañeros le habían apodado, precisamente, «el Enterrador», aunque habían procurado no utilizar nunca aquel mote en su presencia.

Desvió la mirada hacia Mary, que estaba a unos diez metros de distancia y ya había reparado en él. Lo miró con una mezcla de horror y desconcierto, sin duda preguntándose qué diantres hacía allí. Llamó la atención de su marido dándole un codazo y este dejó de prestar atención a las personas que le susurraban palabras de ánimo en aquel momento para mirar aquello que se empeñaba en señalarle su mujer. «Su novia, mejor dicho», recordó Bianquetti mientras notaba cómo el espanto se abría paso entre las facciones de Ferraro.

Se quedó donde estaba, contemplando a la pareja mientras la veía despachar a toda prisa al resto de personas que hacían cola para presentarle sus respetos sin dejar de mirar en su dirección. Observó a cuatro hombres que permanecían cerca de ellos, como cuatro ángeles de la guarda, todos con el

inconfundible abultamiento en la chaqueta que evidenciaba que iban armados. También reconoció a Osorio muy cerca de sus jefes, lo que le llevó a pensar que la muerte de Grégory le había permitido subir varios peldaños en el escalafón.

De los cinco escoltas, se fijó en uno en particular que llevaba el brazo en cabestrillo y lo reconoció como el tipo al que había atropellado hacía unos días, cuando trataron de asaltarle de camino al piso de Cristina. Verle allí sirvió para confirmarle que, definitivamente, había tenido razón al concluir que había sido Grégory quien los había enviado a por él.

Mary y Ferraro atendieron sin ganas a la última pareja que se les acercó y cuando estuvieron solos se quedaron donde estaban. Osorio y otro gorila cerraron filas frente a ellos, mientras los otros tres, en perfecta sincronía, se acercaron a Bianquetti blandiendo expresiones fieras que este ignoró.

—He venido a darles el pésame —anunció, alzando la voz para que pudieran oírle a pesar de la distancia que los separaba, a lo que Ferraro respondió abriendo mucho los ojos, como si no terminara de creerse que estuviera allí.

—Estamos enterrando a mi padre, por Dios. ¿Por qué no nos deja tranquilos?

—¿Por qué mandaron a esos gilipollas a por mí?

Señaló con la cabeza al que tenía el brazo en cabestrillo, que palideció al saberse reconocido. Antes de que Ferraro pudiera responder, Mary tomó la palabra.

—Fue cosa de Grégory.

—Ya, bueno. Es muy oportuno tener a mano un muerto al que echarle la culpa.

Los matones que estaban más cerca de él se volvieron a medias para dirigir una mirada interrogativa a sus jefes. Ferraro tenía los dientes apretados y las mejillas rojas de ira, pero Mary mantenía la serenidad con un aplomo del que el otro podría aprender, pensó Bianquetti.

—¿Qué has venido a buscar? —dijo ella.

—A vosotros, naturalmente —respondió y adornó la frase con un encogimiento de hombros, como si en realidad no le diera la menor importancia—. No me gusta que me tomen el pelo, que me encañonen ni que manden a cuatro capullos a darme un correctivo. La próxima vez que sean ocho.

—No se preocupe, no habrá próxima vez.

—Estoy harto de mentiras, Mary. Y algo me dice que no vais a olvidaros de mí tan fácilmente.

Los escoltas parecían rabiosos y Bianquetti creyó que ya se había expuesto lo suficiente como para dar la reunión por terminada, por lo que les dedicó un saludo militar y dio la espalda al grupo, enfilando un sendero entre dos hileras de tumbas en dirección a la salida.

Cuando ya había avanzado unos metros, se giró y, sin detenerse, le guiñó un ojo a Ferraro.

—Andrade le manda recuerdos.

No se detuvo a presenciar el efecto de sus palabras, ni falta que le hacía. Siguió caminando mientras notaba varios pares de ojos clavados en su espalda como puñales de cólera. Al menos había conseguido lo que quería, se dijo. Los había puesto nerviosos y ahora sabrían que estaría pendiente de cada paso que dieran.

Pasó junto a los operarios del cementerio, que habían contemplado la escena sin saber qué estaba pasando y se apartaron de su camino sin atreverse a mirarle a la cara. Como si se tratase de la mismísima parca que hubiera salido a dar un paseo por sus dominios.

CAPÍTULO 35

—Hola, papá.

—¿Te pillo ocupada?

—Qué va, dime.

Sol respondió en un tono que pretendía ser neutro, pero Bianquetti detectó al otro lado del teléfono el resquemor alojado tras su aparente normalidad.

—Estoy en Madrid. ¿Comemos juntos?

—¿En Madrid? ¿Y qué haces aquí?

—He ido a un entierro.

—Lo siento.

—No te preocupes, no era mi amigo.

—Vale. ¿Te pasas por casa?

—Ya estoy en el barrio. Te espero por aquí.

—Te advierto que ya he comido.

—No pasa nada. Yo como y tú me miras, entonces.

Un cuarto de hora más tarde, Bianquetti vio a su hija salir del portal del edificio en el que vivía con su madre y mirar a ambos lados, buscándole. Dedicó un momento a contemplarla, maravillándose de la mujer en la que se había convertido, antes de salir del coche.

Cuando Sol reparó en él, comenzó a caminar en su dirección. Se esforzó en componer una mueca anodina, pero su rostro fue endureciéndose a medida que se acercaba y descubría las heridas que adornaban su rostro.

—¿Pero qué te ha pasado?

—Un accidente.

—Venga ya.

Trató de quitarle importancia con una sonrisa descafeinada, pero Sol siguió

mirándolo con reprobación, incluso cuando se acercó y le plantó un beso en la mejilla que parecía menos magullada.

—Si sigues empeñada en ser policía, tal vez algún día te levantes con un aspecto similar.

—¿No estabas suspendido de empleo y sueldo?

Prefirió no responder y ambos echaron a andar calle abajo, sumidos en un silencio denso más propio de desconocidos que de un padre y su hija. A pesar de todo, como cada vez que la veía, Bianquetti notó la agradable sensación de estar donde tenía que estar y de que no todo lo que había hecho a lo largo de su vida le había salido mal. Con su metro ochenta, Sol era mucho más alta que la media de chicas de su edad, algo que había heredado de él. Por suerte, la genética había tenido a bien proporcionarle los rasgos armoniosos de su madre en lugar de los suyos.

—¿Conoces algún lugar en el que se coma bien?

—Allí —respondió Sol, señalando con la barbilla un establecimiento situado al otro lado de la calle, y le pareció que ya había decidido de antemano que iban a ir allí.

Entraron en el bar y se acomodaron en una mesa al fondo del local. Sol pidió un cortado y Bianquetti una cerveza y un filete con patatas. Cuando el camarero los dejó solos, se midieron en silencio unos instantes. Ella examinó sin disimulo sus moratones y el feo corte que tenía en la mejilla.

—¿Vas a contarme cómo te has hecho eso?

—No.

Ella chasqueó la lengua en el mismo momento en el que el camarero regresó para ponerles sus bebidas delante. Cuando volvieron a estar solos, fue Bianquetti quien habló.

—¿Qué opina tu madre de que quieras ser policía?

En esa ocasión le tocó a Sol encogerse de hombros, lo que le hizo intuir que no se lo había contado. Había decidido confiárselo a él en primer lugar, puede que esperando contar con su apoyo, y se sintió un idiota por haberla defraudado.

—Voy a ser policía —dijo y se permitió un titubeo antes de continuar—. Os guste o no.

—Si vas a ser policía, deberías ser la mejor.

Sol alzó las cejas, desconfiada. El camarero volvió a aparecer de la nada y puso frente a Bianquetti un plato combinado, cocinado en un tiempo récord

que le hizo mirarlo con desconfianza. Después comenzó a echar sal en las patatas fritas mientras fingía ignorar la mirada extrañada de su hija.

—¿Dónde está el truco?

Levantó la vista, como si no hubiera entendido la pregunta, y Sol le sostuvo la mirada sin pestañear.

—No hay truco, Sol. —Se metió varias patatas en la boca y se ocupó de masticarlas y tragarlas antes de continuar—. Pero ya hay muchos policías y no me gustaría que fueras una más.

—No lo seré.

Lo dijo con una convicción que no dejaba el menor resquicio para la duda, como si estuviera dispuesta a llevarse por delante a cualquiera que intentara impedirselo, y Bianquetti asintió, encantado de escucharla.

—Por eso quiero que estudies. No te conformes con ser un mero peón.

Sol sonrió sin ganas y negó.

—Ahí está el truco.

—Fórmate —dijo ignorando el comentario—. Estudia una carrera, haz el grado en Criminología o en cualquier otra cosa que te interese, vete de Erasmus... Si cuando acabes la carrera quieres seguir siendo policía, prepárate para ser inspectora y entra en el cuerpo por la puerta grande. No te conformes con ser un poli más. Ya hay muchos de esos.

Sol miró para otro lado. Bianquetti casi podía oír los engranajes de su cerebro girando a toda velocidad.

—Por supuesto, si prefieres prepararte la oposición directamente y empezar desde abajo, estás en tu derecho. —Pinchó varias patatas sin mirarla—. Te apoyaré sea cual sea tu decisión.

Siguió comiendo mientras esperaba a que su hija dijera algo, cualquier cosa. Ya que no hablaba, esperó que al menos apreciara su postura. No quería que fuera policía, pero Sol ya había tomado una decisión y enfrentarse a ella solo serviría para agrandar el abismo entre ambos, ya de por sí bastante abrupto.

—¿Y mamá? —preguntó al fin, tan bajo que pareció que lo susurrara.

Se sostuvieron la mirada en silencio y Bianquetti no necesitó verbalizar lo que ambos sabían: que en cuanto su madre se enterase de que quería seguir sus pasos en el Cuerpo Nacional de Policía se pondría hecha una furia.

—Si quieres, hablaré con ella.

—Como se lo cuentes tú, me echa de casa.

Le dedicó una breve sonrisa para darle a entender que estaba exagerando, a pesar de que pensaba igual que ella. Continuó comiendo en silencio, fusilado por la mirada de su hija, que le pareció algo más animada que hacía un rato. Incluso llegó a murmurar un «Gracias», que Bianquetti eludió dando un trago a su cerveza.

Tal vez no fuera tan mala idea, después de todo, pensó. Que fuera a la academia y aprendiera a defenderse por sí misma. Así, si algún desgraciado como Peter Pan trataba de hacerle daño, sabría defenderse sola.

—¿Hasta cuándo te quedarás?

Detectó en su tono algo similar a la ilusión y sintió una oleada de vergüenza subirle desde la boca del estómago. Por eso se juró a sí mismo que volvería a Madrid para estar con ella en cuanto resolviera lo que tenía entre manos.

—Hasta que me termine el filete.

CAPÍTULO 36

Fiel a su promesa, después de almorzar dejó de nuevo a Sol en casa, tomó el Kadett y condujo de vuelta a Cádiz. En las horas que pasó al volante tuvo tiempo de sobra para planear sus próximos movimientos y recibió hasta doce llamadas del teléfono móvil de Palacios, que ignoró una tras otra. Cuando estaba a solo una hora de la ciudad, telefoneó a Regina y le preguntó si le apetecía que se vieran esa noche, a lo que esta respondió de forma afirmativa.

Cuando llegó al barrio de La Inmaculada, la muchacha le estaba esperando al borde de la carretera. Detuvo el Kadett a su lado y Regina subió con entusiasmo, pero su alegría se quebró en cuanto reparó en sus heridas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, abriendo mucho los ojos y formando una «O» perfecta con los labios.

Sin ganas de ponerse a dar explicaciones, Bianquetti le quitó importancia con una mueca y se puso en marcha. Antes de abandonar el barrio alcanzó a ver al capullo del Passat, aquel tal Cipriano, observándolos desde su lugar habitual como si de un centinela se tratase, apoyado contra la pared del edificio con una mirada de perdonavidas bajo la gorra.

El cansancio por las horas de viaje le había quitado las ganas de charlar y Regina debió de darse cuenta, pues guardó un respetuoso silencio y se limitó a permanecer en su asiento, dejándose llevar a donde quiera que fuesen. Bianquetti condujo con la cabeza en otro sitio, lo que le hizo saltarse algunos semáforos y verse obligado a frenar con brusquedad en varias ocasiones. En una de ellas, Regina no pudo contenerse.

—Si vas a pensar en tus cosas, más vale que me dejes conducir a mí.

Ignoró el consejo y se dirigió a las inmediaciones del estadio José Cuvillo, donde estuvieron la primera vez que quedaron. A medida que se acercaban notó que la chica se ponía algo tensa y dedujo que no había pasado por alto que en esta ocasión no estaba tan locuaz ni la había llevado a comprar comida

como las otras veces. Bianquetti condujo hasta la parte trasera del estadio, donde en aquel momento ya había otros dos coches estacionados. Uno de ellos tenía varias camisetas enganchadas en los cristales, a modo de improvisados parasoles, para preservar la intimidad de lo que estaba sucediendo en su interior, mientras el otro estaba vacío.

Estacionó el Kadett a bastante distancia de ambos vehículos, accionó el freno de mano y se volvió hacia Regina, que le dirigió una mirada resignada. Aquel día llevaba un chándal de algodón de aspecto más cómodo que bonito y una tira de felpa en el pelo que apenas podía contener su cabellera rizada.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

Bianquetti no contestó enseguida y siguió observándola sin decir nada, mientras se preguntaba cómo podía resignarse nadie a aquel tipo de vida. Le resultó inevitable acordarse de Sol y se obligó a apartar esa imagen de su mente con un cabeceo.

—¿Que te apetece hacer a ti? —dijo al fin.

Regina no respondió. Permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho, en lo que a Bianquetti le pareció una postura defensiva. Aprovechó su mutismo para estirarse en su asiento, constatando que las horas al volante le habían dejado la espalda hecha unos zorros. «Necesito una ducha y una buena cama», sentenció. Después abrió la ventanilla unos centímetros y dejó que el aire del habitáculo se renovara antes de hablar.

—¿Por qué haces esto, Regina?

La chica lo miró como si no hubiera entendido la pregunta, pero Bianquetti no se molestó en aclarársela.

—¿A qué te refieres?

—Eres joven —respondió— y bastante más inteligente que muchas personas que conozco. Podrías ganarte la vida de otra manera.

—Guárdate tus consejos. No sabes nada de mi vida.

—Sé lo suficiente como para tener la certeza de que tu futuro no es muy prometedor.

Observó cómo apretaba los dientes, conteniéndose para no mandarle al diablo, y aprovechó para seguir hablando.

—Dime una cosa: ¿dónde crees que estarás dentro de un año? —Antes de que pudiera responder, continuó—: ¿Y dentro de cinco años? ¿Y de diez?

Ella negó con un gesto.

—No tengo tiempo de pensar en el futuro —aseguró, sin molestarse en

parecer sarcástica.

—Te voy a decir lo que sucederá. Seguirás siendo puta, malvendiendo tu cuerpo hasta que una enfermedad venérea acabe contigo o algo peor.

La chica acogió la aseveración en silencio y consiguió mantener la entereza a duras penas.

—En unos años, tu belleza caducará —continuó sin darle tregua—. Pronto los clientes empezarán a escasear, tendrás que bajar los precios y probablemente te echarán del piso en el que vives. Terminarás viviendo en la calle o alojada con un montón de esclavas sexuales en cualquier polígono.

Regina volvió a negar y trató de componer una mueca de indiferencia, como si no pensara que nada de eso fuera a suceder, pero su mirada explícita la delató y dejó patente que sí que había pensado en ello alguna vez.

—Seguro que sueñas con que te pase como a Julia Roberts en *Pretty Woman*, que un tío contrate tus servicios, se enamore de ti y te saque de la calle. Déjame decirte algo: eso no va a suceder. A los tipos que pagan a mujeres para follar no se les pasa por la cabeza la idea de enamorarse de una de ellas. Las ven como objetos. Como algo de usar y tirar.

Aquello sí que pareció conmoverta y su expresión se tornó soberbia, desafiante. Volvió a mirarle con un punto de orgullo, triste y furiosa a la vez.

—Las cosas son así —sentenció la chica.

—Las cosas no tienen por qué ser así.

—Qué sabrás tú.

—Sé bastante de esto. He sido policía durante mucho tiempo y sé cómo terminan estas cosas.

—Así que eres poli. Habérmelo dicho y te habría hecho descuento.

Esgrimió una sonrisa ladina, pero Bianquetti no se dejó provocar.

—¿Nunca has soñado con hacer otra cosa? ¿Con tener un trabajo, una familia y una vida medio normal?

Regina negó con energía.

—¿Te crees que eres mi padre o algo así?

Bianquetti guardó silencio y dejó que el habitáculo del Kadett se sumiera en la atmósfera triste y pesimista que él mismo se había encargado de crear.

—¿Conoces a tu padre?

Al preguntarlo, notó que el enfado de Regina remitía para dar paso a un nuevo sentimiento: desconfianza.

—¿A qué viene eso?

No respondió y percibió cómo rumiaba aquella cuestión, atando cabos en su cabeza.

—¿Quieres que empecemos a hacernos confianzas? ¿Como si estuviéramos en un putó plató de Telecinco?

Añadió una sonora carcajada a la que siguió un silencio pesado y durante varios minutos ninguno de los dos dijo nada. No hicieron otra cosa que medirse sin palabras, como si la conversación hubiera muerto en aquel punto, pero intuyó que Regina estaba demasiado enfadada e impaciente como para dejarlo estar sin más. Transcurrido un rato, la oyó emitir un suspiro y, al fin, comenzó a hablar.

—Mi madre me contó que mi padre era un antiguo cliente suyo —dijo, con un tono ligero que pretendía quitarle importancia a aquella revelación—. El tipo estaba casado, así que en cuanto se quedó embarazada no quiso saber nada de ella ni de mí. Por eso, por lo que a mí respecta, mi padre no fue más que alguien que fertilizó a mi madre hace unos cuantos años. Pura biología.

—Tu madre murió hace menos de un año, ¿verdad?

Esta vez sí, Regina se enderezó en su asiento, abrió mucho los ojos y desapareció de ella cualquier rastro de alegría.

—¿Cómo sabes eso?

Estaba fuera de sí, con las facciones crispadas y los puños apretados, y por un momento Bianquetti temió que fuera a golpearle.

—Sé más cosas —añadió—. También sé que era prostituta, que te has criado entre prostitutas y que no conoces otra forma de vida.

Regina acogió la explicación con el rostro contraído, conteniendo la ira a duras penas.

—Eres un cabrón. Un putero. Un desgraciado que tiene que pagar para tener compañía.

—Déjame decirte algo —ignoró sus insultos—. Sí que existe otra forma de vida. Tienes una salida.

—No tienes ni idea de nada.

—Conozco a tu padre.

Si antes estaba sorprendida, aquella declaración convirtió a Regina en la viva imagen del desconcierto y parpadeó varias veces como si quisiera asegurarse de haber oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Él es quien me envía. Tu madre contactó con él antes de morir para

hablarle de ti. Le suplicó que te cuidara, que te sacara de las calles y te consiguiera un futuro diferente al suyo.

De nuevo se produjo aquel veloz parpadeo que indicaba que su cabeza estaba funcionando a pleno rendimiento, asimilando la información recibida.

—Tienes una oportunidad de empezar de cero —insistió—. Tienes a alguien que se preocupará por ti y se encargará de que no te falte de nada.

—No necesito a nadie. Sé cuidarme sola.

—Tu madre deseaba una vida diferente para ti, ¿recuerdas? Ella nunca quiso que te hicieras puta.

—Si vuelves a mencionar a mi madre, te daré un puñetazo.

Lo dijo sin el menor asomo de duda, como si no se tratara de una amenaza, sino de una profecía ineludible. Algo que sucedería y punto.

—Tu padre era un hombre casado, por eso dejó a tu madre embarazada y sola. Él pensaba que el bebé que esperaba podía ser de cualquiera, pero tu madre sabía que era suyo.

Regina armó el puño y lo lanzó con rabia. Bianquetti vio venir el golpe, pero no hizo nada por evitarlo. El puñetazo sonó hueco, igual que si hubiera dado en un muro de estuco, e impactó justo contra el corte que tenía en la mejilla.

Notó cómo la herida se abría y sacó un pañuelo del bolsillo. Lo aplicó sobre el corte y, cuando lo retiró, vio que estaba manchado de sangre, lo que le hizo mascullar un juramento.

—Te lo advertí.

Regina tenía todavía los puños levantados en su dirección y Bianquetti alzó una mano en señal de rendición, más sorprendido que dolorido por la fiereza del ataque.

—No voy a defender ni a justificar lo que hizo tu padre —continuó, sosteniendo el pañuelo contra la mejilla para contener la sangre—. Está en tu mano perdonarle o no, pero déjame decirte algo: intentó olvidaros, a las dos, pero nunca lo consiguió. Tu madre decidió criarte sola y no pedirle ayuda, aunque nunca le perdió la pista. Por eso, cuando estaba en el hospital, con el cáncer extendido por cada célula de su cuerpo, contactó con él y le pidió que te rescatara.

Las lágrimas empezaron a anegar el rostro de Regina, que no hizo nada por impedirlo. Bajó los puños y se volvió hacia la ventanilla, sollozando de forma ruidosa.

—Tienes una oportunidad de cambiar de vida —continuó Bianquetti—. Tu padre te ayudará a hacerlo. Es lo que tu madre habría querido.

Ella volvió a negar y sorbió ruidosamente por la nariz antes de contestar.

—No necesito a nadie.

Lo dijo con tan poca convicción que Bianquetti supo que ni ella misma se lo creía, y sus hombros continuaron subiendo y bajando debido al llanto.

—Puedo llevarte a conocer a tu padre ahora.

Empezó a arrepentirse de decirlo antes incluso de terminar la frase. El movimiento de sus hombros se detuvo y Regina se volvió hacia él con el rostro aterido de pánico.

—¡Déjame en paz!!

Antes de que pudiera evitarlo, Regina abrió la portezuela del coche y salió corriendo. A Bianquetti se le pasó por la cabeza la idea de ir tras ella, pero sabía que en aquel momento no le escucharía y decidió que sería mejor dejarle digerir la información antes de volver a intentar hablar con ella.

La observó alejarse a la carrera, hecha un manojo de juventud y rabia, y ahogó un suspiro resignado. Se preguntó si no se habría precipitado al contarle todo aquello de golpe y si debería haber esperado a conocerla un poco más antes de tener aquella conversación, pero sabía que nunca iba a ser un buen momento. Él había hecho su parte y ahora le tocaba a ella tener la sensatez de dejarse ayudar.

Se retiró el pañuelo de la mejilla y notó la quemazón de la herida abierta de nuevo. Echó un vistazo a su alrededor y vio que durante el tiempo que llevaba allí habían ido llegando algunos coches más, en los que no había reparado hasta aquel momento. Un error imperdonable, se dijo, teniendo en cuenta la cantidad de gente a la que le gustaría verlo muerto. Sin saber qué otra cosa hacer, guardó el pañuelo y arrancó, sin dejar de observar por el retrovisor si alguno de aquellos vehículos salía tras él.

CAPÍTULO 37

La mañana siguiente volvió a sorprender a Bianquetti junto a la ventana de su piso, apostado a la espera de unas novedades que no se produjeron. Las horas sin descansar empezaban a pasarle factura y en varias ocasiones estuvo a punto de quedarse dormido de pie, pero consiguió mantener el sueño a raya a duras penas. Era casi mediodía cuando recibió la llamada de Palacios y decidió que ya le había hecho esperar lo suficiente, así que contestó.

—Sí.

—Tiene una curiosa forma de mantenerse alejado de Ferraro.

—Ya me irá conociendo mejor.

—¿Se puede saber por qué carajo pensó que sería una buena idea ir al entierro?

—Quería presentarle mis respetos. ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

Palacios respiró hondo y soltó el aire con aspereza, llenando la línea con un desagradable sonido estático que le obligó a separarse el móvil de la oreja.

—¿Le parece que mantengamos esta conversación cara a cara, mejor?

—Estupendo, tengo la tarde libre —respondió Bianquetti.

—A las cinco en la plaza de la Catedral.

La comunicación se cortó y Bianquetti observó el teléfono durante unos segundos antes de dejarlo otra vez sobre la mesa de centro, junto al cuchillo.

Tardó casi una hora en llegar a casa de Cristina, un trayecto que en condiciones normales no le habría llevado más de unos quince minutos. Fue dando un exagerado rodeo, tomó por calles por las que no había ido nunca e incluso circuló en dirección prohibida en varias ocasiones, para asegurarse de que nadie le seguía.

Llegó a la barriada de Casines con la certeza de que, en caso de que

alguien hubiera estado siguiéndole, no habría tenido más remedio que dejar de hacerlo. Aun así permaneció unos minutos más dentro del coche, frente al domicilio de Cristina, observando las inmediaciones para asegurarse de que no había ningún vehículo sospechoso ni nadie que no debiera estar allí. Cuando estuvo seguro de que no le habían seguido, sacó su móvil y la llamó. El teléfono sonó durante mucho más tiempo del habitual y se preguntó si la habría pillado ocupada o simplemente sin ganas de responder.

—Buenas tardes, Manuel —contestó al fin.

Su voz sonó cansada, aunque no le pareció un cansancio físico, sino más bien un hastío impropio de ella, y reprimió las ganas de colgar.

—¿Te pillo muy liada?

—Sí. Como siempre.

El recuerdo de la última conversación que habían mantenido salió a flote. El «ya nos veremos» con el que Cristina zanjó aquel encuentro le pareció admonitorio, definitivo, pero trató de no pensar en ello.

—¿Podemos vernos?

Lo preguntó así, sin más, sin ganas de buscar excusas ni de seguir dando rodeos y le pareció que se tomaba más tiempo del que necesitaba en responder.

—Estás en el barrio, ¿verdad?

La respuesta no le sorprendió, pero sí la forma en que lo dijo. Lo había soltado como si le molestara, como si su presencia allí fuera algo inevitable e inoportuno, y Bianquetti estuvo tentado de mentirle.

—Sí.

—Espérame en la cafetería.

Una oleada de decepción empezó a fraguarse en su estómago. Había dado por hecho que le invitaría a subir a su casa, pero sabía que no debía sorprenderse. Su actitud durante los últimos días dejaba mucho que desear y se dijo que cualquier otra persona con menos paciencia que ella habría decidido mucho antes poner tierra de por medio y alejarse de aquel grandullón que parecía atraer los problemas como un cadáver atraería a las moscas.

—No te asustes cuando me veas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Cristina, con un punto de alarma en la voz.

—Nada, cosas mías.

Cortó la comunicación y volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de que todo seguía igual. Después salió del coche y notó que sus piernas respondían con más lentitud de lo habitual. Puso rumbo a una cafetería cercana, con el nombre El Aljibe rotulado en mayúsculas sobre un toldo desgastado y sucio. Había estado allí con Cristina en varias ocasiones, por lo que cuando dijo «la cafetería» supo que se refería a aquella en concreto.

Cuando entró, el camarero lo saludó con un «Buenos días» que se quedó a medias cuando reparó en las heridas de su rostro. Los moratones habían adquirido una tonalidad negruzca que provocaba el curioso efecto de que parecieran mucho más graves que durante los días anteriores y el corte de su mejilla tenía los bordes enrojecidos. Bianquetti estaba empezando a acostumbrarse a provocar reacciones como aquella y se alegró de que en ese momento no hubiera más clientes en el establecimiento. No le devolvió el saludo y se dirigió directamente a una mesa situada en un lateral, junto a una enorme cristalera desde la que podía observar la calle. Cuando el camarero encontró el valor necesario para acercarse a preguntarle qué quería tomar, pidió un cortado.

Media hora más tarde, cuando ya iba por el tercer café, vio a través de la cristalera a Cristina salir del portal de su edificio en dirección a la cafetería. Trató de descifrar su expresión en busca de alguna pista sobre sus intenciones o su estado de ánimo, pero no fue capaz de averiguarlo.

Cuando entró en el establecimiento y lo vio, su expresión pasó de la cautela al asombro y luego a la preocupación. Después se acercó a la mesa y tomó asiento frente a él.

—¿Pero qué te ha pasado?

—Te dije que no te asustaras.

Cristina acercó una mano a su rostro y la deslizó por su mejilla sana con una delicadeza infinita, mientras él la dejaba hacer.

—Duele menos de lo que parece.

—Estás loco —decidió y miró las manos que tenía plantadas sobre la mesa. Al advertir las heridas de los nudillos su boca se crispó en un ademán furioso. Cuando retiró la mano de la cara de Bianquetti, ya no quedaba el menor rastro de compasión en su rostro—. ¿Con quién te has peleado?

—Fue en defensa propia.

—¿Cuántos eran?

—Solo uno, pero enorme.

Ella volvió a negar y Bianquetti no pudo contener una sonrisa que pareció enfurecerla todavía más.

—¿Recuerdas que te dije que me habían ofrecido un trabajo? Pues al final lo acepté.

—¿Así que a esto te dedicas ahora?

—No es lo que piensas.

—Ya. Y supongo que no podrás contarme nada.

El camarero llegó para preguntarles si querían tomar algo más, justo a tiempo para librar a Bianquetti de tener que responder, pero, en cuanto Cristina dijo que no y volvieron a quedarse solos, insistió.

—A lo mejor no debería haberte sugerido que aceptaras ese trabajo.

—Lo habría aceptado igualmente.

—Eso es lo que me preocupa.

Bianquetti trató de ignorar la observación finiquitando el tercer café de un sorbo.

—No, no es eso lo que te preocupa. Es otra cosa.

Cristina empezó a negar, pero fue incapaz de sostenerle la mirada y la desvió hacia la cristalera. Bianquetti intuyó que estaba a punto de mandarle a la mierda y, para intentar disuadirla, pasó su manaza sobre la mesa y la depositó sobre la de ella, tapándola por completo.

—¿Dónde vamos, Bianquetti?

En un primer momento quiso pensar que se trataba de una pregunta objetiva y estuvo a punto de responder «Yo estoy bien aquí», pero se percató a tiempo de que se trataba de una cuestión bastante más compleja.

—Dímelo tú.

—Es que yo no tengo ni idea.

De repente, aquella situación se le antojó más resbaladiza que cualquiera de las que había vivido durante los días anteriores y eso que le habían vapuleado, insultado y encañonado varias veces. No supo qué contestar, pero no era tan inútil como para no saber que lo peor que podía hacer era quedarse callado.

—Me encantas, Cristina.

Notó cómo sus facciones se relajaban, dando tregua a la hoguera que parecía quemarla por dentro, aunque al instante compuso de nuevo aquella mueca enfadada.

—No te he preguntado eso.

—Lo sé.

Bianquetti dirigió una ojeada discreta al camarero, para asegurarse de que estaba a suficiente distancia como para no oírlo.

—Me encanta estar contigo —confesó—. Llevaba tanto tiempo solo que ya no recordaba lo agradable que es tener un lugar a donde ir y alguien a quien acudir.

La vio desviar de nuevo la mirada hacia sus manos y le pareció que estaba buscando palabras con las que exteriorizar lo que pensaba. Cuando las halló, volvió a mirarlo.

—Contigo todo es complicado —sentenció Cristina—. Nunca quieres contarme lo que tienes entre manos y crees que haciendo eso me proteges, pero me da la impresión de que, de alguna manera, en realidad quieres protegerte tú. Te niegas a reducir la distancia entre nosotros. Como si te diera miedo que te conozca de verdad.

«Lo que me da miedo es hacerte daño», estuvo a punto de decir, pero decidió dejarla terminar.

—Ni siquiera te quedas a dormir nunca. Te oigo marcharte de madrugada y me pregunto por qué demonios sales corriendo.

—No se trata de eso.

—No he tenido una vida fácil, así que estoy acostumbrada a que las cosas se compliquen de vez en cuando, pero me gustaría tener un poco de tranquilidad por una vez.

—Si quieres que te deje tranquila, lo haré.

Cristina puso los ojos en blanco.

—Si crees que eso es lo que quiero, es que no te enteras de nada.

Miró de nuevo la zarpa de Bianquetti y pasó un dedo por sus nudillos, con cuidado de rodear las heridas.

—Me han ofrecido un traslado —anunció—. Empezar de nuevo en otra ciudad, con otros compañeros y otra vida.

Bianquetti notó que se le secaba la boca de golpe y tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva y decir algo.

—¿Y qué piensas hacer?

Cristina se encogió de hombros, un gesto que estuvo a punto de hacerle perder los estribos.

—Llevo semanas dándole vueltas. Pensando en los motivos que tengo para seguir en Cádiz.

—No quiero que te vayas.

Ella asintió, como si ya supiera que iba a decir algo así, pero recuperó su mano de debajo de la de él.

—¿Y por qué quieres que me quede?

No supo qué responder, aturdido por lo directo de la pregunta, y se tomó unos instantes para sopesar las consecuencias de cualquier cosa que dijera en ese momento.

—Cuando lo sepas, dímelo.

Cristina se puso en pie, depositó un beso fugaz en su mejilla y se marchó, sin que Bianquetti hallara ningún argumento que le pareciera lo suficientemente razonable para retenerla. La vio marchar calle abajo y alejarse de la cafetería y de su vida, mientras una pregunta empezaba a tomar forma en su cabeza: «¿Y si es mejor así?».

CAPÍTULO 38

—Llega tarde, como siempre.

—Sí —respondió Palacios.

Bianquetti estaba sentado en los escalones de piedra que había frente al portón de la Catedral y Palacios tomó asiento a su lado. El muchacho que lo acompañaba, Paco, se quedó de pie frente a ellos con los brazos cruzados.

—Me estaba preguntando por qué me cita siempre en lugares tan concurridos.

—¿Y a qué conclusión ha llegado?

—Hay dos posibilidades: la primera es que consideren que estaré más cómodo en un lugar público, que me sentiré más seguro si creo que no me pegarán un tiro en medio de tanta gente.

—¿Y la otra?

—Que sean ustedes los que crean que no voy a dispararles porque haya gente alrededor. Y si se trata de eso, se equivocan.

Palacios rio entre dientes y meneó la cabeza a un lado y a otro.

—Usted y yo nos habríamos llevado bien.

—Lo dudo.

—¿Va a contarme por qué diablos fue al entierro de Ferraro?

—¿Va a contarme cómo sabe que estuve allí?

Ninguno de los dos respondió la pregunta del otro y Palacios miró para otro lado, en dirección a los grupos de turistas que paseaban, tomaban fotos o permanecían sentados en las escalinatas del templo, al igual que ellos, aunque sin duda manteniendo conversaciones más amables.

Bianquetti sacó del bolsillo el papel que le había facilitado el lugarteniente de Andrade y se lo tendió a Palacios, que lo miró con extrañeza antes de cogerlo. Cuando leyó lo que decía endureció el gesto, sin ganas ya de hacer chistes.

GOLDEN ARIES

226485-3

—¿Qué es esto? ¿De dónde lo ha sacado?

Bianquetti se dijo que aquellas dos preguntas jamás deberían haber sido formuladas una tras otra, sobre todo si Palacios pretendía aparentar que no sabía de qué se trataba, pero este no pareció darse cuenta de que acababa de meter la pata y siguió mirando el papel, como si pudiera traspasarlo con la mirada.

—Si se lo digo, no tendrá gracia. Mejor le dejo que lo adivine.

La tarde anterior, Bianquetti había consultado en la página web de la Autoridad Portuaria de Cádiz el boletín de movimiento de buques, disponible para que cualquier ciudadano curioso pudiera consultar los barcos que entraban y salían del puerto a diario, y había descubierto que el *Golden Aries* era un buque portacontenedores con bandera hondureña que haría escala en Cádiz justo al día siguiente. La numeración de siete dígitos que aparecía en aquel papel debía de ser el código de identificación de un contenedor que, dedujo, iría cargado de droga hasta los topes. Si el esbirro de Andrade le había facilitado aquella información, debía de ser porque el cargamento era propiedad de Ferraro. Aquel bien podía haber sido el motivo por el que habían accedido a verlo, para darle el chivatazo sobre aquel contenedor y así equilibrar las tornas con sus rivales.

Palacios dobló el papel en dos y se lo guardó, ya sin sonreír.

—¿Qué coño quiere, Bianquetti? ¿Qué es lo que busca?

—Varias cosas. Una de ellas es que deje de tratarme como a un gilipollas y me diga qué está sucediendo aquí.

—No sea ingenuo. Sabe que no puedo decirle nada.

—Dele un rato libre a su perro guardián y se lo diré yo.

Palacios volvió a negar, pero dedicó una mirada explícita a Paco, que emitió un bufido de fastidio antes de darles la espalda y alejarse de ellos.

—Usted dirá —dijo Palacios cuando estuvieron solos.

—Está claro que Leo Ferraro continuará al frente de los negocios de su padre. Es lo que tiene que hacer, le guste o no.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Hace unos días le crucé la cara de un guantazo. —Esperó a ver si la

revelación operaba algún cambio en su rostro, pero no lo hizo, lo que evidenció que también estaba al corriente de aquello—. No me quiero ni imaginar lo que habría sucedido si se me llega a ocurrir darle un sopapo así a su padre.

Guardó silencio para darle la oportunidad de decir algo. Al ver que no iba a hacerlo, continuó:

—Leo no sirve para esto. Es un blando, un pusilánime. Está al frente del negocio porque no le queda más remedio, pero si por él fuera se dedicaría a cualquier otra cosa.

—¿Qué le hace pensar eso? —quiso saber, pero Bianquetti ignoró la pregunta.

—Incluso Grégory se dio cuenta de su debilidad e intentó usurpar su puesto al frente del negocio por las bravas.

—Sí, y tengo entendido que Ferraro le pegó un tiro por intentarlo.

Bianquetti se echó a reír y Palacios le secundó sin ganas.

—Le voy a decir algo: me han apuntado con un arma muchas veces y he aprendido a distinguir, con un margen de error bastante estrecho, si el tipo que está al otro lado del cañón va a apretar el gatillo o no.

Volvió a ponerse serio y trató de ordenar sus ideas antes de formularlas en voz alta.

—La otra noche, Ferraro me apuntó con mi propio revólver, pero no iba a dispararme. Se lo aseguro.

Alzó la mano con los dedos pulgar e índice extendidos e hizo que temblara como había visto temblar la mano de Ferraro mientras le apuntaba. «Aquel tío no habría acertado en la frente de Grégory ni aunque lo hubiera tenido a diez centímetros del cañón», se dijo.

—Por fortuna no le dio la oportunidad de hacerlo, así que nunca sabremos si se habría atrevido o no —objetó Palacios.

Bianquetti observó a Paco para asegurarse de que estaba lo suficientemente lejos como para no oír la conversación.

—La mujer de Ferraro, Mary... —Esperó a ver si el nombre le decía algo, pero el rostro de su interlocutor continuó impassible, como el del mejor jugador de póker del mundo—. Ella sí me habría disparado.

—No veo adónde quiere llegar.

—Es fácil: Mary es la que está al frente del negocio ahora. Ferraro es un títere en sus manos, lo que es otra muestra de su debilidad: ha perdido la

cabeza por esa mujer y está dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le pida.

Palacios se miró la punta de los zapatos y Bianquetti intuyó que, a pesar de su aparente escepticismo, estaba empezando a observar las cosas desde otro punto de vista y a tomar en consideración sus teorías, pero también que no lo admitiría ni aunque lo torturaran a fuego vivo.

—Mary tiene fuerza, es arrogante y muy inteligente —continuó—. Me dijo sin pestañear que su marido había matado a Grégory de un tiro, cuando en realidad estoy convencido de que fue ella quien lo hizo.

La versión de lo que había sucedido en el dormitorio de Leo Ferraro le había chirriado desde la primera vez que la escuchó. Si era verdad que Grégory disparó contra ellos y Ferraro le respondió, no habría pasado tanto tiempo entre un disparo y el siguiente, aunque él era el único testigo de ello, y para colmo ni siquiera se encontraba en la misma habitación en el momento de los hechos, por lo que su testimonio sería muy poco fiable. Además, a Mary le convenía que siguiera pareciendo que Ferraro estaba al frente de la organización. Hacer correr la voz de que le había pegado un tiro a su propio guardaespaldas el día que este se rebeló contra él contribuiría a erigir la fachada de tipo duro y sin escrúpulos que tanto les convenía para el negocio.

Sin embargo, aquel no era el único detalle que no encajaba. Lo que de verdad daba al traste con la versión de Mary era la mirada asustada y rabiosa que vio en los ojos de Ferraro mientras le apuntaba, como si todavía no pudiera creerse lo que acababa de suceder; había presenciado cómo su mujer mataba a otro hombre y esas cosas no pueden olvidarse fácilmente.

También le resultó muy significativo aquel «¡Cállate, idiota!» que Mary le soltó cuando sacó a relucir el nombre de Andrade o la forma en la que había visto a Ferraro reducido a la condición de tonto enamorado en el salón de su casa, humillado y suplicando que le ayudase a cumplir los deseos de su mujer.

—Todo eso está muy bien, pero comprenderá que a esa teoría le faltan algunos flecos y una batería de pruebas con las que darle sentido.

Bianquetti no contestó y Palacios continuó:

—Por ejemplo, ¿por qué se empeñaron en llevarle a Zahara para que les protegiera?

—Me imagino que Mary temía que Grégory intentara algo contra ellos y quería estar preparada.

A decir verdad, aquel detalle era el pilar más débil de toda la teoría que

había construido, una pieza que no terminaba de encajar por más vueltas que le daba, aunque el resto de evidencias le parecía tan notable que estaba dispuesto a ignorarlo hasta que le encontrara una explicación más razonable.

—El diablo está en los detalles —decretó Palacios— y ese en concreto es difícil de creer. ¿Le contrata a usted, un perfecto desconocido, para que le proteja de su jefe de seguridad? Permítame que lo dude.

Se obligó a desviar la mirada, incómodo por haberse puesto en aquel brete y cabreado consigo mismo por no haber sido capaz de encontrarle solución. Palacios se puso en pie y se sacudió la parte trasera del pantalón.

—Bien, he escuchado su teoría y he tomado nota de todo. ¿Me dejará hacer mi trabajo sin más interferencias?

Bianquetti siguió mirando para otro lado con obstinación, para no verse obligado a responder, y Palacios, al ver que no iba a decir nada, le dio la espalda y se alejó. Paco fue tras su jefe y cuando pasó por delante de Bianquetti le dedicó una mirada que delató su animadversión, a la que este no tuvo ganas de responder siquiera, ocupado en seguir el hilo de sus propios pensamientos. Le gustase o no, había hecho lo que tenía que hacer y ahora otra persona tendría que ocuparse de tomar las medidas oportunas para rematar el caso y poner a Mary y a Ferraro entre rejas. «En realidad este caso nunca ha sido mío», recordó y susurró una maldición que nadie más oyó.

Continuó sentado en aquel mismo escalón durante un buen rato más y transcurrido ese tiempo sacó su teléfono móvil y buscó en la agenda el número de Cristina. Cuando lo tuvo delante estuvo a punto de apretar el botón de llamada, pero en el último momento se lo pensó mejor y decidió no hacerlo.

La posibilidad de que Cristina aceptara el traslado del que le había hablado aquella mañana era real y Bianquetti sabía las consecuencias que aquella decisión tendría sobre la extraña relación que se había fraguado entre ambos. No podía culparla por querer marcharse, ya que en realidad no había nada que la retuviera en Cádiz, y poder empezar de nuevo en otra ciudad, en un lugar en el que no conocieran su pasado y pudiera ser una persona nueva, debía de resultarle bastante tentador.

Si fueran una pareja al uso, le propondría que se marchasen juntos, decidió. Mientras estuviera suspendido de empleo y sueldo podría establecerse donde

quisiera e incluso cuando cumpliera el tiempo de suspensión, con algo de suerte, tendría la opción de solicitar un traslado a donde ella estuviese destinada. Era una oportunidad para empezar una nueva vida en otro lugar. ¿Por qué no aprovecharla?

Eludió la respuesta mirando a su alrededor, buscando en las inmediaciones a alguien de aspecto sospechoso o con pinta de estar siguiéndole. «Si sigo en Cádiz, es por ella», resolvió, pero podía imaginar cómo reaccionaría si se lo decía abiertamente. Decidió aplazar la conversación hasta el día siguiente, a pesar de que intuía que cuanto más tiempo dejase pasar antes de darle una respuesta más motivos le estaría dando para mandarle a paseo. Volvió a sacar su teléfono, buscó en la agenda el número de Regina y la llamó.

Mientras esperaba a que respondiera, se preguntó si la chica habría pensado en la propuesta que le había hecho el día anterior. A pocas mujeres en su situación se les presentaban oportunidades como aquella de cambiar de vida y esperaba que supiera apreciarlo. Sin embargo, a medida que el teléfono seguía dando tono sin que nadie aceptase la llamada, se fue convenciendo más y más de que no iba a contestar.

Colgó y volvió a guardar el móvil mientras contenía un exabrupto que habría arruinado la tarde a la pareja que en aquel momento pasaba frente a él. Decidió que la volvería a llamar más tarde. Así le daría tiempo para que sopesara sus posibilidades y pensase bien en la decisión que iba a tomar. Deseó con todas sus fuerzas que aquella muchacha fuera consciente de lo que estaba en juego y aceptase aquella oportunidad de empezar una nueva vida, alejada de la sordidez y la miseria que la rodeaban en La Inmaculada.

Al fin se puso en pie, con el trasero aterido de frío por el tiempo que había permanecido sentado en aquellos escalones de piedra, y puso rumbo a su domicilio, sin ningún lugar mejor al que ir.

CAPÍTULO 39

Aquella noche, en plena madrugada, sonó el teléfono. La llamada le sorprendió tumbado en el sofá, sumido en un pesaroso duermevela con la mano aferrada al cuchillo de cocina, incapaz de recordar en qué momento había decidido abandonar la vigilancia y sentarse a descansar. Un vistazo a la pantalla del móvil le hizo arrugar el entrecejo y descolgó mientras en su cabeza se dibujaba un esbozo de lo que iba a escuchar.

—Dime.

Un sollozo apenas audible se materializó al otro lado, con toda su crudeza. El lamento de alguien que ha perdido a un ser querido y, con él, la posibilidad de enmendar todos los errores que cometió en el pasado. Por un momento, Bianquetti deseó que fuera un sueño, pero eso era pedir demasiado y tras unos segundos de silencio escuchó una voz que logró a duras penas imponerse al llanto para formular las dos palabras que nadie querría decir jamás.

—Ha muerto —dijo Morgado.

Siguió llorando, sin que a Bianquetti se le ocurriera ninguna frase con la que mitigar su desconsuelo. La desazón que le horadaba la boca del estómago se hizo fuerte en su garganta, impidiendo que ningún sonido saliera de ella, y siguió escuchando a aquel hombre destrozado llorar hasta que, en un arrebato de rabia o sentido común, cortó la comunicación.

Soltó el teléfono y el cuchillo sobre la mesa y se llevó ambas manos al rostro. Le habría gustado llorar por aquella niña hecha mujer a la fuerza, de piel canela y sonrisa pícaro, a la que finalmente habían negado la posibilidad de escoger un futuro diferente. Había pasado toda la tarde llamándola, sin éxito, y se preguntó si no habría querido contestar o si es que ya estaba muerta.

Maldijo en voz baja y se preguntó qué puñetas le pasaba al mundo. Al no

hallar ninguna respuesta convincente, se levantó y fue a preparar café.

Morgado y él eran los únicos inquilinos de la sala de espera del Instituto Anatómico Forense y aprovecharon para colocarse cada uno en el lugar más alejado posible del otro, a fin de no verse obligados a conversar ni a mirarse. Bianquetti se quedó en el fondo de la estancia con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados, como si de esa forma pudiera olvidarse de dónde estaba. «Ojalá fuera tan fácil», pensó.

Morgado permanecía sentado en una silla de plástico incrustada en una hilera de cuatro asientos iguales, de aspecto más económico que confortable. Miraba al frente con el rostro avejentado y Bianquetti tuvo la impresión de que hubieran pasado diez años desde la última vez que se vieron. El llanto había impreso un tono rojizo a su mirada, lo que unido a las pronunciadas ojeras evidenciaba que la noche había sido especialmente larga para él. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas extendidas cuan largo era, y miraba al infinito buscando en él una explicación a lo sucedido. De vez en cuando negaba con la cabeza, un movimiento escueto del que probablemente no era consciente.

La puerta de la sala de espera se abrió y apareció un hombre embutido en una bata blanca. Llevaba las manos enfundadas en unos guantes de látex y miró primero a Morgado y después a Bianquetti. Debió de percibir que este último iba a ser el más razonable de los dos, por lo que cuando habló lo hizo dirigiéndose a él.

—Esto no está bien.

—Por supuesto que no —respondió, separándose de la pared.

—Me refiero a que no pueden venir aquí y exigir...

—Créame, ojalá no estuviéramos aquí. Cuanto antes nos deje verla, antes nos marcharemos.

El hombre negó con la cabeza y observó a Morgado, que parecía no haberse percatado de su llegada y continuaba mirando al frente con insistencia. Después dirigió a Bianquetti una mirada explícita con la que pretendía expresar su comprensión, pero también su reticencia. Los rumores habían corrido como lo haría el fuego sobre un charco de gasolina y a esa hora todo el mundo en comisaría conocía ya la relación entre Morgado y Regina. En otras circunstancias, su condición de policía le habría abierto las

puertas del Anatómico Forense en el acto, pero en aquel momento parecía tan enajenado que resultaba lógico que se resistieran a dejarle pasar sin más.

Bianquetti hizo un gesto con el que pretendía dejar claro sin necesidad de verbalizarlo que se responsabilizaba de Morgado y de cualquier problema que pudiera provocar. Al ver que el doctor seguía indeciso trató de recordar su nombre, convencido de haberlo oído la última vez que estuvo allí.

—¿Medina? —probó y este le sostuvo la mirada antes de asentir—. Le aseguro que no le causaremos problemas.

El médico le dedicó una mueca escéptica para dejarle claro que era imposible prometer algo así y que la presencia de ambos suponía ya un problema en sí mismo, pero terminó haciendo una señal para que le siguieran. Morgado se puso en pie sin que se lo dijeran y se colocó tras Bianquetti, lo mismo que habría hecho de encontrarse en la cola de la frutería en lugar de en las dependencias del forense.

La sala de autopsias constaba de tres mesas metálicas. Junto a la pared había varios lavamanos, una encimera de aluminio y los armarios en los que se guardaba el instrumental quirúrgico y todos los trastos que necesitaban para hacer su trabajo. El cuerpo de Regina descansaba en la mesa más alejada de la entrada y Medina anduvo hasta él por un lado de la sala, mientras Bianquetti se aproximaba por el otro seguido de Morgado.

La desnudez de la muchacha le permitió apreciar que el bonito tono caribeño de su piel se había difuminado, dando paso a una tonalidad ceniza que la hacía parecer una estatua de sal. Tenía el cabello desparramado sobre la mesa en toda su longitud y estaba tan delgada que se podían apreciar con nitidez las clavículas, las costillas y los huesos de las caderas. Los pequeños pechos apuntaban con firmeza en dirección al techo y la suavidad de sus rasgos, al contrario que otros cadáveres que Bianquetti había visto con anterioridad, transmitía una inquietante sensación de placidez, lo que le hizo pensar que su muerte había sido un mero trámite, rápido e indoloro, del que ni siquiera se había enterado. El orificio provocado por el disparo que había recibido a la altura del pecho, donde debía de estar el corazón, parecía colocado allí con una precisión milimétrica.

Observó de reojo a Morgado, que contemplaba el cuerpo de Regina con extrañeza, tal que si fuera la primera vez que la veía tan de cerca. «Probablemente sea así», se dijo. Le vio acercarse a la mesa y examinar mejor sus rasgos, puede que buscando en ellos el parecido con su madre, y el

acercamiento dibujó la alarma en la expresión de Medina, que miró a Bianquetti con urgencia. Este dejó claro con un asentimiento que no pasaba nada y se acercó con disimulo a una tablilla que había sobre la encimera, en la que figuraban los datos de la chica que yacía sobre la mesa y los resultados del examen preliminar.

«Cecilia Ruano», leyó y reprimió una sonrisa. Su verdadero nombre era bastante más corriente y menos exótico que «Regina» y dedujo que debía de haber adoptado este convencida de que resultaría más atractivo a los hombres que contrataran sus servicios. Se saltó las primeras páginas, en las que figuraban enrevesadas descripciones fisiológicas, ininteligibles para él, y las pasó hasta llegar al final del informe, directo a las conclusiones.

De esa forma supo que había muerto de un único disparo, a lo largo de la noche anterior. No había señales de que se hubiera defendido y Bianquetti dedujo que no había tenido oportunidad de hacerlo. Por lo poco que la conocía, estaba seguro de que de haber sabido que estaba en peligro se habría defendido con todas sus fuerzas y maldijo para sus adentros al malnacido que la había matado de una forma tan cobarde.

Medina se acercó a la posición de Bianquetti y le hizo un gesto con las cejas, reclamando su atención. Tomó uno de los pies de Regina y lo movió para que pudiera ver las marcas de los pinchazos en la planta y el tobillo. Por si le quedaba alguna duda, separó los dedos de los pies, dejando a la vista los picotazos que acribillaban cada milímetro de piel. Bianquetti había visto a bastantes yonquis en mesas de autopsias como para saber qué eran aquellas marcas violáceas, ocasionadas por los pinchazos reiterados e inmisericordes de las jeringuillas con las que se inyectaban sus dosis.

Apretó los dientes mientras concluía que la vida de Regina había sido mucho más perra de lo que había intuido. Al menos se había preocupado de pincharse en lugares que no quedaban a la vista de sus clientes, que habrían salido espantados si hubieran sabido que se trataba de una drogadicta, se dijo. Su aspecto lozano no reflejaba su condición de toxicómana, aunque las marcas que estaba viendo no dejaban lugar a dudas, así que Bianquetti dedujo que no debía de llevar demasiado tiempo enganchada, aunque sí el suficiente como para saber que tenía un problema. «Puede que desde que murió su madre», pensó.

—Por favor.

La voz de Medina le sobresaltó y vio que Morgado había depositado su

mano sobre la mejilla de Regina, o Cecilia, o como diablos se llamase, y la contemplaba con una ternura imposible. El médico requirió a Bianquetti sin palabras que pusiera fin a aquello y este le dedicó un gesto tranquilizador y caminó hasta su antiguo compañero, que parecía haberse olvidado de ellos dos.

Dejó pasar un minuto completo antes de tomarle del brazo y, con firmeza, obligarle a abandonar la estancia delante de él. Dejaron atrás a Medina, al que oyó farfullar una protesta mientras salían.

Cuando salieron del Anatómico Forense, sin decir nada, Morgado dirigió sus pasos a la cercana cafetería del Hotel Senator. Bianquetti lo siguió hasta el interior y tomaron asiento en una mesa alejada de otros clientes. Observó la expresión triste de su amigo, cuyos pensamientos parecían muy lejos de allí y, cuando el camarero llegó hasta ellos para preguntarles qué querían tomar, consiguió articular dos palabras en un susurro, «Jim Beam». Bianquetti pidió un cortado y siguió contemplando a su antiguo compañero en silencio. Respetaba su duelo, pero algo le dijo que, si le dejaba solo, tal vez cometiera una locura.

Las horas se sucedieron con parsimonia, al igual que los vasos de Jim Beam. Morgado bebía con lentitud, dando tragos cortos que paladeaba durante unos minutos antes del siguiente, y Bianquetti no tardó en pasar del café a la cerveza. A través de un ventanal que daba a la calle vio cómo la lluvia castigaba la ciudad, originando pequeñas corrientes a un lado y a otro de la calzada que arrastraban suciedad y colillas, al tiempo que la vaciaban de viandantes.

Aprovechó el mutismo de Morgado para reflexionar sobre sus propias preocupaciones y se preguntó quién había matado a Regina, aunque podía hacerse una idea. Habían encontrado el cadáver en algún lugar del polígono de Doña Blanca, en El Puerto de Santa María, y en un primer momento estuvo tentado de creer que se había tratado de un incidente aislado, que no tenía nada que ver con él. Sin embargo, sabía que había estado jugando con fuerzas bastante inestables y la muerte de aquella chica bien podría haber sido producto de su imprudencia. Que además le hubieran pegado un tiro, en lugar de estrangularla o matarla a golpes, evidenciaba que se trataba de un crimen premeditado y que quien se la había cargado debía de ser un profesional,

alguien que se había citado con ella con el férreo propósito de asesinarla. No había sido un homicidio accidental, sino una ejecución en toda regla. Por eso no podía dejar de pensar que tenía la culpa de que aquella joven hubiera terminado así.

—Era preciosa —murmuró Morgado y Bianquetti concluyó que la cantidad de Jim Beam que corría por su torrente sanguíneo había conseguido por fin imbuirle suficiente valor para decir en voz alta lo que pensaba.

—Sí.

Alzó la barbilla y le dirigió una mirada etílica.

—Su madre también lo era. Cuando la conocí, hacía la calle junto a la playa de Cortadura. Una noche pasé por su lado en el coche patrulla y me dirigió una mirada orgullosa, desafiante. Era de madrugada y, a pesar del frío y la humedad, llevaba escote y una falda milimétrica que dejaba sus piernas al aire, sin medias ni nada que se le pareciera. No me atreví a decirle nada, pero un rato más tarde fui a tomar café y pedí que me pusieran otro en un vaso de plástico. Después volví a Cortadura, me detuve a su lado y le di el café. ¿Y sabes lo que me respondió?

Hizo una pausa teatral, que aprovechó para dar un nuevo sorbo a su vaso.

—Me preguntó: «¿Tienes sacarina?». Como si fuera un vulgar camarero. ¿Te lo puedes creer? A varios grados bajo cero, le ofrezco una bebida caliente y ella se preocupa por que lleve azúcar en lugar de sacarina.

Rio la ocurrencia mientras negaba con la cabeza.

—Nos acostamos varias veces después de aquello —continuó—. Nunca quiso coger mi dinero y me figuré que lo hacía porque era policía, aunque me hacía ilusiones pensando que en realidad le gustaba y por eso no me cobraba.

A aquella confesión le siguieron varios minutos más de silencio y Bianquetti dedujo que se trataba de una reflexión en voz alta más que de una confidencia. Hizo un gesto al camarero para que le trajera una nueva cerveza y Morgado lo imitó, alzando su vaso vacío y agitándolo.

—Cuando me contó que estaba embarazada, me cabreé —dijo—. Llegué a la conclusión de que por eso no me cobraba: porque quería quedarse preñada y que yo la mantuviera. Yo estaba casado y mi mujer no se quedaba embarazada ni a tiros, así que dudaba seriamente que el niño que esperaba fuese mío. Por lo que yo sabía, el padre podía ser cualquiera y así se lo hice saber.

El camarero llegó con las bebidas y Morgado lo miró con irritación, como

si su llegada hubiera interrumpido la parte culminante del relato. Cuando volvieron a estar solos, dio un sorbo a su Jim Beam para tomar fuerzas antes de continuar.

—¿Sabes lo que me dijo? Que le importaba una mierda lo que yo pensara. Que solo me había informado para que supiera lo que había, pero que pensaba ocuparse del niño sola.

Meneó la cabeza y miró a Bianquetti directamente a los ojos.

—Y no te lo vas a creer, pero aquello me hizo recapacitar. Si ella hubiera insistido en que el niño era mío habría dado por hecho que mentía, pero aquella forma de asumir que estaba sola me hizo pensar que, en fin, que tal vez estuviera diciendo la verdad. ¿Por qué iba a mentirme si pensaba criar al niño sola de todas formas?

Dejó la pregunta en el aire y Bianquetti rememoró las circunstancias que le habían llevado a buscar a aquella chica. Hacía casi dos semanas que Morgado se había puesto en contacto con él para contarle aquella misma historia y pedirle que encontrase a Regina. Le había referido brevemente la enfermedad de su madre y cómo le había llamado durante su estancia en el hospital y le había pedido que encontrase a su hija y la sacase de las calles. Su cobardía y la certeza de que ella le odiaba y no querría saber nada de él le habían empujado a dejar correr el asunto durante varios meses, hasta que los remordimientos le hicieron tomar la decisión de recurrir a Bianquetti para que la encontrase y la convenciera de que abandonase aquella vida. Había asumido que, si lo intentaba él mismo, fracasaría sin remedio.

—Llevo mucho tiempo solo —confesó y Bianquetti no alcanzó a recordar si el veterano estaba divorciado o era viudo—. No he tenido más hijos y albergaba la ridícula esperanza de que si encontraba a Regina volvería a tener un motivo para levantarme por las mañanas. La llevaría a vivir conmigo, le conseguiría un trabajo decente o la pondría a estudiar. Qué sé yo.

Aquellos planes le parecieron más bien castillos en el aire, fantasías propias de un anciano, pero Bianquetti asintió de todas formas.

—Ahora todo se ha ido a la mierda.

Morgado dio un sorbo largo, perentorio, y se acabó su Jim Beam de un trago. Antes de que pudiera pedir otro, Bianquetti pensó que ya estaba bien y le sujetó del brazo, obligándole a mirar en su dirección.

—El que ha hecho esto lo va a pagar caro —aseguró, y vio brillar en sus ojos una chispa de ilusión malsana—. Te lo juro.

CAPÍTULO 40

Bianquetti estaba al volante cuando notó vibrar su teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo, vio el nombre de Silva en la pantalla y soltó un juramento mientras detenía el coche en el arcén y accionaba las luces de emergencia.

—Qué —contestó.

—Buenas tardes, Bianquetti. ¿Estás con Morgado?

—No.

Hacía apenas unos minutos que lo había dejado junto al edificio en el que vivía y le había visto encaminarse hacia el portal sin despedirse, haciendo esos debido a la cantidad de Jim Beam que circulaba por su organismo. Sin embargo, dudaba que fuera a quedarse en casa sin más solo porque él se lo pidiera.

—Espero que esté bien.

—Corta el rollo, Silva. Sé por qué me telefoneas. Es por las llamadas, ¿verdad?

Silva guardó silencio, confirmando sus sospechas. Sin duda, los agentes encargados de la investigación del asesinato de Regina debían de estar muy interesados en saber por qué Regina había recibido el día anterior varias docenas de llamadas suyas. En ese momento reparó en que se había detenido justo frente al cementerio de Puerto Real. «Muy oportuno», pensó mientras observaba a través de la entrada al recinto los nichos apilados como si se tratara de una aciaga colmena fúnebre. Algunos estaban vacíos y la imagen de aquellos huecos oscuros le hizo pensar en una dentadura repleta de caries.

—Voy a averiguar quién mató a esa chica.

Era una sentencia inapelable, sin discusión, que pronunció en voz alta para advertir a Silva que más le valía no cruzarse en su camino.

—Si tienes alguna idea sobre quién lo hizo, será mejor que me la cuentes.

Bianquetti no pudo reprimir una sonrisa por la manera en la que Silva

fingía ponerse de su parte. Las llamadas a Regina debían de haberle colocado en el punto de mira y no había que ser una eminencia para saber que en aquel momento era el principal sospechoso de su asesinato.

—Si averiguo algo, serás el primero en saberlo —mintió, sin esforzarse en parecer sincero.

—Bianquetti...

Cortó la llamada, apagó las luces de emergencia y volvió a incorporarse a la circulación. El hecho de que quisieran culparle de la muerte de Regina no iba a erosionar su determinación, aunque en todo caso iba a complicar un poco las cosas durante las próximas horas. Con la certeza de que el tiempo jugaba en su contra, aceleró.

Ya había anochecido cuando llegó al barrio de La Inmaculada y divisó el Passat en su lugar habitual. Cipriano estaba a pocos metros de su coche, apoyado contra la pared como por descuido, debajo de un balcón para guarecerse de la lluvia. Tenía un cigarrillo en los labios y una mirada insolente en el rostro, bajo aquella gorra que parecía empotrada en su cráneo.

Detuvo el Kadett a su lado con un frenazo y Cipriano no reparó en quién era hasta que fue demasiado tarde. Antes de que pudiera echar a correr, Bianquetti salió de un salto y lo cogió del cuello. El cigarrillo salió despedido y el indeseable se aferró a los brazos que lo sostenían para intentar liberarse de su agarre.

Lo arrastró hasta la parte trasera del coche y, sin soltarle el pescuezo, le sacudió un patadón a la altura de ambos gemelos, haciendo que sus pies perdieran el contacto con el suelo y cayera derribado como un escupitajo. Después abrió el maletero y le dirigió una mirada explícita.

—No, por favor...

Cipriano le mostró las palmas de las manos para intentar negociar una salida digna. Bianquetti lo agarró de la sudadera y lo levantó en volandas, constatando que pesaba todavía menos de lo que esperaba. Después lo arrojó al interior del maletero y cerró con fuerza. En total la maniobra no había durado más de unos segundos y miró a su alrededor para asegurarse de que no había testigos. Dos chiquillos de apenas diez años, sucios y montados en sendas bicicletas herrumbrosas, le observaban con desconfianza desde unos metros de distancia, impertérritos bajo la lluvia, pero Bianquetti supo que

para cuando informasen a sus mayores de lo que habían visto ya estaría lejos de allí y se llevó una mano a la sien para dedicarles un saludo.

A continuación se puso al volante y subió el volumen de la radio para no escuchar los gritos de Cipriano, que suplicaba clemencia desde el maletero.

No tardaron más de unos minutos en llegar a la playa de Valdelagrana y Bianquetti se dirigió al mismo lugar en el que había disfrutado de la compañía de Regina hacía unos días. El restaurante Tadeo seguía cerrado y la lluvia mantenía alejados a los patinadores de la rampa de skate, por lo que estacionó detrás de esta y apagó el motor.

Nada más silenciarse la radio volvieron a oírse con nitidez los gritos de Cipriano, que se desgañitaba en una mezcla de súplicas y promesas que difícilmente llegaría a cumplir alguna vez. Bianquetti anduvo hasta la parte trasera del coche y abrió el maletero de golpe, atento a sus manos ante la eventualidad de que estuviera armado.

Efectivamente, en una de ellas llevaba un cuchillo de hoja fina y alargada, una especie de estilete que apuntaba en su dirección. Estaba encogido panza arriba y le recordó a aquellos perros que se tumban así a la espera de que alguien los acaricie. «Si eso es lo que quiere, le acariciaré», decidió.

Estaba empezando a decir algo cuando Bianquetti agarró la mano que sostenía el cuchillo. Retorció la articulación, lo que le hizo gritar y soltar el arma al instante. Una vez que lo tuvo desarmado, cerró el puño y le golpeó en el rostro.

A aquel puñetazo siguieron dos más, contundentes y metódicos, eludiendo la mano con la que aquel tipejo trataba de cubrirse. Agarró también aquella por la muñeca y se inclinó hacia el rostro de Cipriano, que jadeaba de dolor y miedo.

—¿Tú le vendías la droga? —preguntó, aunque no necesitaba escuchar la respuesta—. ¿Eras el camello de Regina?

Comenzó a negar con la cabeza antes de recibir un nuevo puñetazo. La sangre brotó de sus labios y Bianquetti introdujo una pierna en el maletero para plantar una rodilla en su pecho. Se tomó un momento para mirar a su alrededor y asegurarse de que seguían solos antes de continuar hablando.

—Escúchame bien, porque solo te lo voy a preguntar una vez.

Cipriano farfulló algo, pero se apresuró a guardar silencio, con la sospecha

de que si había alguna manera de librarse de él era contándole todo lo que quisiera saber.

—¿Quién mató a Regina?

Respondió con una mueca de espanto y negó de nuevo. Bianquetti alzó el puño sobre su cabeza, amenazando con descargarlo de manera definitiva sobre su rostro.

—Se fue con un tío —dijo a la desesperada y Bianquetti detuvo el gesto para darle la oportunidad de explicarse— y ya no regresó. No sé quién era, nunca lo había visto antes.

Bianquetti siguió observándole sin pestañear, con los dientes apretados para que comprendiera que no bastaba con eso y que necesitaba más información.

—Tenía la nariz vendada, como si se la hubieran roto hacía poco.

Esta vez sí, Bianquetti arrugó la frente al oírlo y pensó en el único tipo que conocía al que le habían partido la nariz hacía poco.

El puto Peter Pan.

Al tiempo que la respuesta se materializaba en su cabeza, un mordisco en las entrañas hizo que el color abandonase su rostro y se dio cuenta de lo que aquello suponía: Regina había muerto por su culpa. Aquel psicópata debía de haberle seguido y había descubierto que se veía con aquella chica, por lo que decidió vengarse de él haciéndole daño.

Entonces recordó dónde había estado la tarde anterior y el miedo atenazó sus pulmones robándole el aire. Sin tiempo para pensar en lo que hacía, cogió a Cipriano de la sudadera y lo sacó del coche de un tirón. Lo arrojó a varios metros de distancia, ignorando el agudo chillido que profirió. Después cerró el maletero, se montó en el Kadett y salió a toda velocidad, mientras rezaba por que no fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 41

Hizo el trayecto hasta Puerto Real con el coche a tope de revoluciones, maldiciéndose en voz alta mientras telefoneaba a Cristina una y otra vez. No respondió a ninguna de sus llamadas y eso era una señal terrible, ya que ella siempre, siempre, contestaba. Su pasado como víctima de violencia de género le imponía la norma de responder al teléfono de forma innegociable; en caso de que no lo hiciera, significaba que estaba en apuros.

Aquel razonamiento le hizo hundir todavía más el pie en el acelerador.

La tormenta se había recrudecido y los truenos y relámpagos comenzaron a sucederse casi sin pausa. La lluvia era tan intensa que los limpiaparabrisas funcionando a máxima potencia apenas podían desalojar la cantidad de agua que se acumulaba al otro lado del cristal, dificultando la conducción.

Regina había muerto por su culpa.

Trató de eludir el recuerdo de su cuerpecillo sin vida tumbado en la mesa del Anatómico Forense y se concentró en lo que tenía por delante. Si Peter Pan le había visto en compañía de Regina y había tomado la decisión de asesinarla, era bastante probable que le hubiera visto también con Cristina y hubiese decidido hacerle una visita también. La certeza o más bien la falta de ella le hizo apretar los dientes y exprimir el motor del Kadett como nunca nadie lo había hecho antes.

Cuando llegó a la calle en la que vivía Cristina, vio a lo lejos el edificio en el que se encontraba su piso y aceleró. Una vez en las inmediaciones, la figura que salió de entre los coches estacionados a un lado de la calle le sorprendió y, al verla detenerse en medio de la calle y alzar los brazos en su dirección, se preguntó qué diablos estaba sucediendo.

No comprendió lo que ocurría hasta que vio los destellos salir de sus manos y el parabrisas se agrietó por los impactos.

Bianquetti ahogó un insulto y se agachó mientras notaba un par de balas

más silbar sobre su cabeza. Aceleró con la esperanza de atropellar al pistolero y notó cómo la lluvia y su maltrecha postura se aliaban para hacerle perder el control del vehículo.

El impacto fue brutal y su primera reacción fue la de levantar las piernas para que no quedasen atrapadas bajo el volante. Alcanzó a ver la farola contra la que se empotró al tiempo que el morro del coche se retorció hasta adquirir una forma imposible. Se golpeó la cabeza contra el salpicadero y empezó a ver luces de colores. La lluvia que entraba a través del inexistente parabrisas le hizo abrir los ojos y tomar la decisión de espabilar, si no quería que el matarife terminara el trabajo.

La puerta del coche estaba retorcida y el tirador no funcionaba, por lo que tuvo que abrirla de una patada. Salió del coche tambaleándose y buscó al autor de los disparos entre la cortina desperejada y vibrante que formaba la lluvia.

—Volvemos a vernos, Bianquetti.

Estaba mucho más cerca de lo que había pensado, apenas a unos cuatro o cinco metros de su posición. Bajo el grotesco vendaje de la nariz, su sonrisa se ensanchó a medida que aumentaba su perplejidad. Tuvo que hacer un esfuerzo por permanecer consciente mientras la lluvia difuminaba los metros que los separaban y durante un instante jugueteó con la posibilidad de que el aguacero perjudicase su puntería, aunque estando tan cerca habría tenido que ser ciego para fallar.

—Hijo de puta, ¿por qué has tenido que matarla?

Peter Pan no contestó. Siguió sonriendo con terquedad, aumentando su rabia. Bianquetti notó cómo la cabeza le daba vueltas, a punto de desvanecerse, y se obligó a permanecer erguido mientras le sostenía la mirada a aquel sicario y buscaba algún argumento con el que retrasar lo inevitable. El hecho de estar desarmado reducía sus ya de por sí escasas probabilidades de sobrevivir a aquella emboscada.

—¿Cómo puedes dormir tranquilo después de matar a alguien a sangre fría?

El asesino alzó los hombros y blandió una mueca que parecía decir: «¿Y qué esperabas?». Aquello fue más de lo que pudo soportar y Bianquetti atrasó una pierna para ponerse en guardia, dispuesto a lanzarse a por todas. Ya que iba a morir, se dijo, al menos no iba a dejarse asesinar sin más. Peter Pan debió de percibir sus intenciones y movió el arma muy despacio, buscando el

punto exacto en el que debía de tener el corazón. Aquello fue suficiente para que supiera que pretendía colocarle allí un bonito orificio idéntico al que había acabado con la vida de Regina.

—Adiós.

Bianquetti desoyó la despedida y dedicó un último pensamiento a Sol y a Cristina, a las que consideraba ya las mujeres de su vida. En su cabeza empezó a repetir en forma de consigna, como si de un viejo mantra se tratase, las palabras que les habría dedicado de haberlas tenido delante: «Lo he intentado. Os juro que lo he intentado».

A continuación, dispuesto a vender caro el pellejo, se lanzó a por todas. Saltó en dirección a Peter Pan y empezó a recorrer los metros que los separaban en el mismo momento en el que el sonido del disparo reverberaba en toda la calle. Cayó sobre aquel tipo con todo su peso, derribándolo, y ambos rodaron por el suelo.

Trató de aprovechar sus últimas fuerzas para desarmarlo, así que agarró el brazo que sostenía la pistola y lo estrelló contra el suelo varias veces, hasta que la soltó. Sorprendido por la inmovilidad de su adversario, y sobre todo por el hecho de seguir vivo, Bianquetti se preguntó qué estaba sucediendo y obtuvo la respuesta al observar el rostro de aquel asesino o, mejor dicho, lo que quedaba de él.

El vendaje de su nariz había sido sustituido por un grotesco orificio que rezumaba un líquido denso y oscuro. Tuvo la impresión de que el puto Peter Pan seguía sonriendo incluso después de muerto, pero no tardó en dictaminar que en realidad su rostro había quedado para siempre deformado en aquel instante de felicidad suprema, a punto de matarle. Por una extraña asociación de ideas, lo primero que se le pasó por la cabeza fue que su entierro sería con el ataúd cerrado.

El disparo que acababa de oír no había salido del arma de aquel miserable, sino de algún otro punto a su espalda. Alzó la cabeza y miró a un lado y a otro en busca del autor del tiro que había acabado con la vida de Peter Pan, pero no vio a nadie. Llegó a oír detrás de él el sonido de un coche al arrancar y ponerse en marcha con un derrape, y al volverse vio un vehículo oscuro acelerar y girar por la primera calle que encontró. La lluvia y la noche se aliaron para que no pudiera distinguir el modelo ni la matrícula y se preguntó quién habría sido aquel inesperado ángel de la guarda. No tardó en decidir que tenía cosas más importantes de las que preocuparse en aquel momento.

Observó la pistola que había quedado en el suelo, a apenas unos metros de su posición, y estuvo tentado de cogerla, pero decidió que sería preferible que cuando la policía la encontrara no tuviera sus huellas. Después miró hacia arriba, en dirección a las ventanas del tercer piso, y observó que en el domicilio de Cristina las luces estaban apagadas. Como si no hubiera nadie en casa, o como si hubiera alguien pero no quisiera encenderlas para no delatar su posición. Reparó en que ningún vecino curioso se había asomado al escuchar el disparo y concluyó que debían de haberlo confundido con uno de los truenos que se dejaban oír cada pocos segundos.

Se puso en pie trabajosamente y miró el Kadett, empotrado contra aquella solitaria farola con las luces todavía encendidas. El morro estaba retorcido como si fuera un acordeón y decidió que, al fin y al cabo, no era un mal final para aquel montón de chatarra. Renqueando, empezó a caminar hacia el edificio en el que vivía Cristina y vio que el portal estaba abierto. Por un momento temió que la cerradura hubiera sido forzada, pero recordó que Cristina le había comentado hacía unos días que el portero automático estaba estropeado y quiso pensar que se trataba de eso.

El ascensor permanecía con las fauces abiertas a un lado del vestíbulo y le pareció demasiado tentador como para dejarlo pasar sin más. En otras condiciones habría utilizado las escaleras, pero no tenía claro que fuera capaz de llegar al tercer piso sin desmayarse, así que entró en el ascensor y pulsó el botón del piso de Cristina.

El espejo de la cabina le permitió apreciar que tenía el rostro bañado en sangre, procedente de una herida en la frente que debía de haberse hecho al estrellar el Kadett. También el corte de la mejilla se había abierto y se dijo que, si seguía a aquel ritmo, no iba a terminar de curarse nunca y le quedaría una cicatriz de por vida. Decidió no darle demasiada importancia y se concentró en seguir despierto mientras el ascensor llegaba a su destino con una lentitud que lo puso al límite de su paciencia. Una vez allí, caminó hasta el domicilio de Cristina y llamó con los nudillos. Después pulsó el timbre y a continuación martilleó la puerta a puñetazos.

A cada segundo que pasaba se hacía más evidente la bola de rabia y de dolor instalada en su garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a gritar. Dio un paso atrás, dispuesto a utilizar sus últimas fuerzas para derribar la puerta con el hombro, pero cuando estaba a punto de embestir oyó un ruido al otro lado y aguzó el oído.

La puerta se abrió y Cristina, envuelta en una bata de andar por casa, lo miró con el rostro desencajado.

—¿Pero qué narices te ha pasado?

Un imprevisto acceso de júbilo estalló en su pecho y Bianquetti sonrió casi sin darse cuenta. Dio un paso en su dirección y la abrazó, dispuesto a protegerla de cualquiera que intentara hacerle daño, a pesar de que en aquel momento no se consideraba capaz de proteger a nadie. Cristina murmuró una breve protesta antes de corresponder al abrazo y Bianquetti consiguió permanecer consciente hasta que la puerta se cerró a su espalda.

CAPÍTULO 42

Cuando despertó, reconoció las formas del dormitorio de Cristina y se preguntó cómo había llegado hasta allí. El recuerdo de lo que había sucedido la noche anterior salió a la superficie y le empujó a erguirse a toda prisa en busca de una explicación. Sus recuerdos se detenían en el momento en el que abrazó a Cristina y la cubrió de besos y abrazos, incapaz de creer que siguiera viva, pero le resultaba imposible recordar cómo había acabado en aquella cama.

Estaba solo y la cabeza le dolía como si los Harlem Globetrotters la hubieran utilizado como balón en uno de sus espectáculos. Se llevó una mano al rostro y descubrió que tenía un apósito en la mejilla y otro allí donde se había golpeado contra el salpicadero. Retiró las sábanas y comenzó a ponerse en pie, aunque las piernas le flaquearon y estuvo a punto de caer. Cuando se aseguró de que podía mantener el equilibrio, anduvo a duras penas hasta la puerta que daba al salón, la abrió y se asomó con desconfianza.

Cristina estaba sentada en el sofá con una taza de café delante y al verle aparecer abrió mucho los ojos.

—¿Qué haces? ¡Vuelve ahora mismo a la cama!

En lugar de obedecer, Bianquetti respondió con una sonrisa y dio un paso más en su dirección. Separó la mano de la pared y, tras comprobar que podía mantenerse erguido, se acercó al sofá con la agilidad de un octogenario.

—Si quieres ganarme a una carrera, este es un buen día para intentarlo.

Escudriñó el rostro de Cristina en busca de algún atisbo de buen humor, pero comprobó que la broma la había enfurecido aún más. Parecía a punto de ponerse a gritar, a insultarle y a golpearle, y casi deseó que lo hiciera. En lugar de eso, apretó los labios y los convirtió en una única línea delgada y furiosa. Cuando Bianquetti llegó hasta el sofá, se dejó caer a su lado con pesadez.

—¿Qué ha sucedido, Manuel?

—Yo estaba a punto de preguntarte lo mismo.

—¿Quién era aquel hombre?

Recibió la pregunta con una mueca de ignorancia, pero la expresión hosca de Cristina le dejó claro que no iba a conformarse con eso, así que se apresuró a explicarse.

—Un capullo. Iba a matarme.

—Pero tú desfundaste más rápido.

—Ojalá.

Cristina parpadeó varias veces antes de desviar la mirada.

—Esta mañana se ha formado la de Dios ahí fuera.

Bianquetti se puso en pie de nuevo y cojeó hasta la ventana que dominaba el salón. Había dejado de llover y la calle estaba desierta, sin rastro ya de la algarabía de la que le había hablado Cristina. La lluvia debía de haber borrado los restos de sangre y, de no haberlo sabido, jamás hubiera pensado que había sido el escenario de un tiroteo durante la noche anterior. El Kadett había desaparecido y lo imaginó rumbo a algún desguace.

Trató de componer mentalmente un esbozo de lo que había sucedido mientras él dormía. Los agentes que habían hallado el cadáver de Peter Pan debían de haber interrogado a todos los vecinos del bloque y se preguntó si habrían llegado a hablar con Cristina.

—La sangre —fue todo lo que dijo antes de volverse hacia ella—. Estaba sangrando, así que debo de haber dejado un rastro de sangre que habrá guiado a la policía hasta aquí.

Cristina negó con la cabeza y volvió a mirar para otro lado, permitiendo que Bianquetti se hiciera una idea de lo que había sucedido en realidad. Debía de haberle metido en la cama a rastras y, teniendo en cuenta que pesaba casi el triple que ella, habría tenido que hacer un esfuerzo titánico. El cansancio, el sueño acumulado y el alivio de saber que Cristina estaba a salvo debían de haberse aliado para sumirle en un sueño profundo mientras ella examinaba sus heridas y dictaminaba que no se iba a morir ni nada parecido. Después de limpiar sus cortes y de colocarle aquel apósito en la frente, debía de haber vuelto al rellano para fregar los restos de sangre del pasillo, el ascensor y el vestíbulo antes de que llegase la policía haciendo preguntas.

Algún agente habría ido a interrogarla y, para protegerlo, Cristina habría mentado como un concejal de obras públicas en campaña electoral. Su mirada

se desvió hacia una repisa cercana y reconoció su teléfono móvil desmontado. Batería, cargador y tarjeta SIM. Su primer pensamiento fue que se le había caído al suelo y Cristina lo había recogido en ese estado, pero al instante llegó a la conclusión de que, en realidad, debía de haber sido ella quien lo había desmontado. Tal vez quería evitar que la policía pudiera rastrearlo y dar con él, si es que le estaban buscando para pedirle explicaciones sobre la muerte de Peter Pan.

Cualquier juez con dos dedos de frente estaría encantado de acusar a Cristina de encubrimiento y obstrucción, por lo que la miró con renovado respeto y se maldijo sin palabras por haberla incriminado de esa manera.

—Gracias.

Como no parecía haberle oído, Bianquetti se acercó y extendió la mano para acariciarle el pelo, pero Cristina rehuyó el contacto moviéndose hasta el otro extremo del sofá y lo dejó con el brazo congelado en mitad del movimiento.

—¿Qué hacía ese tipo aquí, Manuel?

Bianquetti ahogó un suspiro y movió la cabeza de un lado a otro, mientras buscaba una respuesta a aquella pregunta. A ser posible, pensó, una respuesta que no la hiciera sentirse expuesta, y que fuera lo suficientemente creíble como para que no lo mandase a la mierda. Al no encontrarla, decidió decir la verdad.

—Me tendió una trampa. Me hizo creer que venía a por ti, sabiendo que yo acudiría para intentar protegerte, y se apostó entre los coches para esperarme. Su plan era matarme y casi lo consigue.

—Así que yo era el cebo.

Bianquetti prefirió no contestar a aquella pregunta y el recuerdo de Regina afloró como un mal sueño. Aquel cabrón la había matado para atraerle hasta Cristina, la había utilizado como un maldito elemento más de su plan para acabar con él, y la certeza de que la mujer que estaba en el sofá también podía haber muerto por su culpa le hizo sentirse un canalla.

—Siento haberte puesto en peligro.

Empezó a caminar hacia la puerta, dispuesto a desaparecer de la vida de aquella mujer para siempre, cuando recordó que estaba en calzoncillos.

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó, furiosa—. Tienes que ir a que te vea un médico.

—¿Y por qué no llamaste a una ambulancia anoche para que me llevara al hospital?

En esa ocasión fue ella quien se encogió de hombros.

—Creía que estabas metido en algo raro. Por eso decidí curarte y dejarte aquí hasta que pudieras ir al hospital por tu propio pie.

—Pues ya puedo andar, así que dame mi ropa y me marcharé.

—¿Así es como me lo agradeces?

Bianquetti miró al techo, buscando en él argumentos con los que convencerla de que era mejor que se mantuviera alejada de él

—Cristina, te he puesto en peligro. No te imaginas lo cerca que has estado de que te sucediera algo terrible. Nunca me voy a perdonar haberte expuesto de esa manera.

—Así que esto es un adiós.

Estuvo a punto de decir que sí, que jamás volverían a verse, pero no encontró fuerzas para hacerlo. Aun así Cristina pareció intuir la respuesta y se puso en pie mientras exhalaba de forma ruidosa. Trajo del dormitorio la ropa de Bianquetti y la dejó sobre una silla.

Empezó a ponerse los pantalones en medio de un silencio casi sólido. Cristina se esforzó en mirar para otro lado y Bianquetti buscó algo que decir, cualquier cosa con tal de alterar su expresión hosca.

—Anoche no me cogiste el teléfono. Conseguiste que me preocupara.

—No tenía ganas de hablar contigo.

Estuvo a punto de recordarle lo que implicaba el hecho de que no respondiera al teléfono, pero concluyó que no era lo más oportuno en aquel momento, así que sustituyó la respuesta por un pesado suspiro. Se puso los zapatos y se colocó el abrigo, tratando de que sus miradas no se encontrasen, pues sabía que si se cruzaban no podría decirle adiós. Cuando se puso en pie para largarse, Cristina también se levantó.

—No tienes que marcharte.

Le sujetó del brazo y Bianquetti miró su mano, para no tener que enfrentarse a sus ojos.

—Yo creo que sí.

—¿Sabes cuál es el problema? Que siempre estás intentando protegerme.

—No, el problema es que lo hago de pena.

—¿Quién te ha dicho que quiero que me protejas? ¿No has pensado que si me hubieras contado en qué andabas metido, habría estado prevenida y

menos expuesta a que ese tipo viniera a por mí?

Bianquetti se separó suavemente de ella y cogió su teléfono de la repisa. Se metió el aparato en el bolsillo y, esta vez sí, la miró de frente.

—Cristina, un tipo te ha utilizado como cebo para matarme. No se me ocurre ningún argumento mejor para convencerte de que no te conviene estar cerca de mí.

—Al menos, déjame que sea yo la que lo decida.

Bianquetti abrió la puerta del piso para huir de aquella conversación. Antes de salir, dirigió una última mirada a Cristina y tuvo que contener las ganas de volver a entrar, abrazarla y quedarse allí para siempre. Sin embargo, el recuerdo de lo que le había sucedido a Regina volvió a materializarse en su cabeza para no permitirle olvidar que una inocente había muerto por el simple hecho de formar parte de su vida.

—Acepta ese traslado —le aconsejó—. Aléjate de mí. Por tu bien.

Caminó unos pasos por el vestíbulo, deseando oír la puerta cerrarse a su espalda, pero Cristina se quedó en el umbral, como un doloroso recordatorio de lo que estaba a punto de dejar atrás. Bianquetti esperó al ascensor y entró en él sin mirarla, sabiendo que si lo hacía sería incapaz de marcharse.

Pulsó el botón de la planta baja.

Y se sintió un miserable por ello.

CAPÍTULO 43

Una vez en la calle, sacó del bolsillo el teléfono móvil y volvió a montarlo. Cuando lo encendió, vio que tenía más de veinte llamadas de Silva y masculló un insulto entre dientes. Era más de mediodía y calculó que debía de haber dormido unas dieciséis horas, mucho más tiempo del que habría sido aconsejable.

Marcó el número de Morgado, que dejó el teléfono sonar durante un buen rato antes de responder. Mantuvieron una breve charla y, después de colgar, Bianquetti dio un corto paseo para alejarse del piso de Cristina.

Reconoció la farola contra la que había empotrado el Kadett por la abolladura que le había hecho, apenas una mella que le pareció insignificante en comparación con los desperfectos que había sufrido el vehículo. En teoría, Morgado era el único en comisaría que sabía que había seguido utilizando aquel coche como si fuera suyo después de ser suspendido de empleo y sueldo, y su nombre no figuraba en ningún registro, así que esperaba que no le vinculasen con la muerte de Peter Pan, al menos por ese lado.

Sin embargo, aunque la pistola con la que aquel desgraciado había disparado contra su coche debía de ser la misma con la que había matado a la hija de Morgado, lo que lo exoneraba definitivamente, o casi, como responsable de la muerte de esta, el hecho de que el asesino de Regina hubiera aparecido muerto a pocos metros del Kadett era un detalle muy revelador que lo ponía de nuevo en el ojo del huracán. Silva debía de haber pensado lo mismo, teniendo en cuenta que el día anterior le había prometido que encontraría a aquel tipo, y dedujo que ese debía de ser el motivo por el que le había telefoneado una y otra vez. No creía estar en las mejores condiciones físicas ni mentales para enfrentarse a un interrogatorio en aquel momento, así que decidió que ya le devolvería la llamada pasados unos días, cuando el asunto se enfriara un poco.

Sin embargo, una duda planeaba sobre su cabeza y ganaba en intensidad a cada minuto que pasaba: ¿quién había matado a Peter Pan? Alguien le había seguido y se había convertido en su protector, y no tenía tantos amigos como para que casualmente alguno de ellos anduviera por allí la noche anterior.

Tras media hora dando vueltas a la manzana, sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando vio un coche emerger de una bocacalle cercana y enfilarse en su dirección. Se trataba de un vetusto Volvo de color gris, del tamaño y la forma de un coche fúnebre, que circulaba de manera alarmanamente lenta. Alcanzó a ver a Morgado al volante y, cuando este reparó en él, detuvo el coche con un frenazo que lo dejó clavado en el sitio.

Bianquetti se aproximó al lado del conductor y observó tras el volante el rostro de Morgado, que parecía haber pasado las últimas horas sin separarse de su nuevo mejor amigo, el cabronazo de Jim Beam. Lo evidenciaban su mirada hundida, las facciones deformadas por el alcohol y los vasos capilares rotos que daban a su rostro un aspecto rojizo y árido. Que hubiera conseguido llegar hasta el barrio de Cristina sin llevarse a nadie por delante era un misterio que probablemente nunca llegaría a resolver, pensó mientras abría el portón.

—Yo conduciré, si no te importa.

Morgado no protestó y se pasó al asiento del acompañante con movimientos torpes. Bianquetti se puso al volante e, ignorando la vaharada etílica que le azotó en el rostro cuando entró en el coche, se puso en marcha.

—Debajo del asiento tienes lo que me has pedido —dijo Morgado.

Las palabras patinaron en sus labios por obra y gracia de Jim Beam. Después de decir aquello, apoyó la cabeza contra la ventanilla y pasó el resto del trayecto mirando hacia el exterior, ensimismado, como si no viera el momento de volver a sumergirse en un vaso de bourbon. Por su parte, Bianquetti trató de concentrarse en la conducción sin poder olvidar que la hija del hombre que tenía al lado había muerto por su culpa. El dolor era demasiado reciente como para que Morgado hubiera empezado a plantearse algunas cuestiones obvias, como quién era el asesino de su hija y qué motivos podía haber tenido para matarla. Cuando lo hiciera, Bianquetti no iba a tener más remedio que confesarle el papel que había desempeñado en ello, por lo que agradeció en secreto que el momento no hubiera llegado todavía, incapaz de saber cómo reaccionaría el veterano cuando supiera la verdad.

Llegaron hasta la calle en la que vivía Morgado y Bianquetti detuvo el

coche junto a la acera y apagó el motor. Permaneció unos minutos en silencio y su antiguo compañero pareció percibir que tenía algo que contarle, ya que se volvió hacia él y le miró con la frente arrugada.

—El asesino de Regina ha muerto.

La revelación no provocó el menor gesto que delatase que lo hubiera oído siquiera, por lo que Bianquetti estuvo a punto de repetirla. Cuando Morgado reaccionó al fin, las palabras salieron de sus labios a borbotones.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—Llama a comisaría y te lo confirmarán.

—¿Y cómo ha muerto?

—De un tiro en la cara.

Aquel detalle hizo que Morgado parpadease varias veces antes de asentir. Después le miró con renovado respeto.

—Me alegro.

Lo dijo tratando de aparentar convicción, pero su mirada seguía perdida, a kilómetros de allí. Bianquetti supo que aquel hombre acababa de comprender que la venganza no iba a mitigar en absoluto la tristeza por la pérdida de su hija. Le colocó una mano en el hombro para transmitirle algo de fortaleza y permanecieron en aquella posición durante varios minutos, hasta que Morgado decidió romper su mutismo.

—Será mejor que me vaya. Seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—Te devolveré el coche en unos días.

Morgado bajó sin protestar y se arrastró hasta el portal de su domicilio. Bianquetti lo observó entrar en el edificio y permaneció unos minutos más mirando en aquella dirección, maldiciéndose por su cobardía. Si tuviera agallas, le habría dicho la verdad: que era el culpable de que su hija estuviera muerta.

Sin tiempo para lamentaciones, metió la mano bajo el asiento y sacó el arma reglamentaria de Morgado. Comprobó el cargador, le puso el seguro y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Después arrancó y el Volvo se puso en marcha, dejando una estela de humo negro y nefasto tras de sí.

Estacionó a varias calles del edificio en el que se encontraba su domicilio y caminó hasta allí con lentitud, recreándose en cada detalle, convencido de que aquello no había terminado todavía. Uno de los esbirros de Andrade

había ido a por él y, aunque algo le decía que lo había hecho a título personal, como una *vendetta* por el correctivo que le había administrado hacía un par de días, no podía estar seguro de que no volverían a intentar nada contra él, así que más le valía no bajar la guardia.

Como una evidencia de que sus temores no iban desencaminados, encontró al lugarteniente de Andrade en el portal de su domicilio, apoyado contra la pared con indolencia. Frente a él estaba su ayudante con los brazos cruzados y aspecto de estar aburriéndose profundamente, puede que esperando una señal de su jefe para sacar el táser a pasear.

Cuando repararon en él, cruzaron una mirada explícita. Bianquetti se metió la mano en el bolsillo en el que guardaba la pistola de Morgado y, sin sacarla, se ocupó de que el cañón apuntara a aquellos tipos de forma evidente, para que no tuvieran dudas sobre lo que guardaba allí.

El enviado de Andrade siguió el movimiento de sus manos y se separó de la pared. Compuso una expresión plácida.

—Hemos venido en son de paz.

Bianquetti se detuvo frente a ellos, apuntando alternativamente a uno y a otro, dispuesto a liarse a tiros a la menor señal de peligro.

—No hemos tenido nada que ver en eso. Se lo juro.

Al decir «eso» señaló con la barbilla en dirección a los apósitos que cubrían su rostro, como si todo se redujera a algo tan insignificante como aquello, y Bianquetti estuvo tentado de pegarle un tiro en la rodilla.

—Jorge iba por libre. Ya vio lo que sucedió la otra noche. No teníamos la menor intención de hacerle daño.

—El puto Peter Pan era un psicópata —replicó—. Hay que ser memo para no comprender lo peligroso que es tener a alguien así entre tus filas.

—El señor Andrade me ha pedido que le traslade sus disculpas. Solo quiere que...

—¿Disculpas? —Bianquetti acortó la distancia que lo separaba del emisario, a punto de perder los nervios—. ¿Y qué vais a hacer? ¿Vais a devolverle la vida a Regina, cabrones?

El lugarteniente hizo un gesto para detener a su compinche, que ya había comenzado un movimiento de aproximación a Bianquetti. Al final iba a ser verdad que solo querían charlar, se dijo, y que no habían ido para terminar lo que había empezado Peter Pan.

—Si hay algo que podamos hacer por usted, díganoslo —dijo el que estaba

al mando, separándose unos pasos—. Estamos en deuda.

—Vete a tomar por culo. ¿Necesitas que te diga lo que pasará si vuelvo a cruzarme contigo o con el gilipollas de tu jefe?

Tardó un instante en asimilar el exabrupto y negar con la cabeza. Hizo un nuevo gesto a su acompañante y ambos empezaron a alejarse, sin dejar de mirar a cada momento en su dirección para asegurarse de que no iba tras ellos.

El todoterreno que les estaba esperando al otro lado de la calle tenía los cristales bajados y Bianquetti reparó en el octogenario que le observaba con curiosidad desde el asiento trasero. No dejó de mirarle cuando sus subalternos subieron al vehículo y le pusieron al corriente de la conversación que acababan de mantener. Antes de que el todoterreno se pusiera en marcha, el viejo alzó una mano para dedicarle un gesto de despedida, tan ambiguo que lo mismo habría podido significar un «hasta luego» que una disculpa.

Bianquetti alzó el brazo y le enseñó el dedo corazón. Antes de darle la espalda y entrar en el edificio, observó cómo Andrade se mordía los labios, poco acostumbrado a tales faltas de respeto.

CAPÍTULO 44

Cuando llegó a su domicilio, Bianquetti fue a la cocina y puso una cafetera. Después examinó los estantes en busca de algo que llevarse al estómago. Encontró dos latas de sardinas y un paquete de pan de molde con los bordes llenos de moho, así que cortó con cuidado la parte del pan que estaba estropeada y se hizo tres sándwiches.

Se comió un bocadillo de sardinas tras otro de pie junto a la ventana, sin perder de vista la calle. Cuando terminó de comer, se sirvió un café y abrió el navegador de su teléfono móvil. Echó un vistazo a la prensa del día y la noticia que estaba buscando salió a su encuentro:

Interceptado cargamento de droga en el puerto de Cádiz

Agentes de la UDYCO, en una operación en la que han participado la Unidad Orgánica de Policía Judicial (UOPJ) de la comandancia de la Guardia Civil de Sevilla y agentes de Vigilancia Aduanera de la Agencia Tributaria, interceptaron en la tarde de ayer un cargamento de 280 kilos de cocaína a su llegada al puerto de Cádiz escondidos en un contenedor que portaba azúcar procedente de Brasil.

La operación ha podido realizarse gracias a un «chivatazo» anónimo y la UDYCO continúa con la investigación para intentar determinar si este alijo obedece a una práctica habitual de alguna organización dedicada al narcotráfico a gran escala.

De no haber estado tan cansado, aquella noticia habría logrado arrancarle una carcajada. Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y comprobó de nuevo el cargador de la H&K de Morgado. Nunca le había gustado aquella arma compacta y ligera, que parecía ridícula entre sus manazas, y prefería mil veces la contundencia del revólver .357, pero al menos no volverían a pillarle desarmado.

Pasó una hora de aburrida vigilancia, en la que Silva le telefoneó en varias ocasiones, pero ignoró una llamada tras otra. Cuando ya parecía que no iba a suceder nada en absoluto, vio aparecer a un lado de la calle un Porsche Cayenne de color negro que estacionó frente a su domicilio y se preguntó si sería el mismo que había visto en casa de Ferraro.

Cuando vio a Mary bajar del coche por el lado del conductor, casi no se le pudo creer y se quedó esperando a que bajase alguien más del vehículo, pero al parecer había ido sola. Le resultó muy extraño que aquella mujer acudiera a verlo sin escolta ni ningún otro tipo de protección y la observó cruzar la calle en dirección a su edificio sin saber muy bien qué esperar.

Cuando sonó el timbre del portero automático, sin tiempo para idear nada parecido a un plan, Bianquetti fue hasta el telefonillo y pulsó el botón que abría el portal. Después se apostó junto a la puerta, espió por la mirilla y esperó.

Al poco vio a Mary salir del ascensor y plantarse frente a su puerta. Llevaba sus aparatosas gafas de sol y un grueso abrigo de piel, y tenía ambas manos cruzadas por delante, probablemente para que él pudiera verlas bien y supiera que estaba desarmada.

Abrió la puerta de golpe y le plantó el cañón de la H&K entre los ojos, a unos centímetros de su rostro.

—Entre.

Las gafas le impidieron distinguir si se produjo algún cambio en su mirada. Mary obedeció sin protestar y entró en el piso, y Bianquetti cerró la puerta a su espalda sin bajar el arma.

La mujer caminó hasta el centro del salón, donde se giró y le dedicó una sonrisa traviesa. Se quitó las gafas y puso los brazos en cruz, invitándole a cachearla, como si aquella situación en realidad le hiciera mucha gracia.

—Espero no haber venido en mal momento.

Mary no dio impresión de sentirse ni mucho menos intimidada por su proximidad. Bianquetti introdujo una mano en uno de los bolsillos del abrigo, en el que llevaba las llaves del Porsche. En el otro bailaba en solitario una tarjeta llave del Parador Hotel Atlántico y dedujo que había vuelto a hospedarse en aquel lugar.

—Quítese el abrigo.

Mary hizo un gesto de ingenuidad, como si en realidad hubiera estado esperando a que dijera aquello, y el abrigo se deslizó por sus hombros hasta

caer al suelo. Llevaba un vestido rojo tan corto y ceñido que habría sido imposible que hubiera tenido un arma escondida y volvió a poner los brazos en cruz.

—¿Quieres cachearme?

Más que una pregunta le pareció una invitación y Bianquetti tuvo que reprimir el insulto que sus labios ya habían comenzado a construir.

—Siéntese.

La mujer permaneció un momento más en la misma posición antes de volverse hacia el sofá y tomar asiento. Cruzó las piernas, sin molestarse en recolocarse la parte de abajo del vestido cuando se le subió mucho más de lo que debía.

—¿A qué ha venido?

Antes de que respondiera, caminó hasta colocarse frente a ella con los brazos en jarras, colosal como un eclipse de sol, para dejarle claro que no estaba dispuesto a aguantar memeces. Mary le acribilló con sus ojos oscuros antes de hablar.

—Lamento lo de esa muchacha.

—Lávese la boca antes de mencionarla. ¿Qué hace en Cádiz?

—Deberías alejarte de esto, Manuel. Te viene un poco grande.

—No creo que esté usted en posición de amenazarme.

—Deberías hacer caso a Palacios.

La mención del agente de la judicial le sorprendió y Mary volvió a empuñar aquella sonrisa incierta que le hizo dudar de si acababa de soltar un farol o si de verdad tenía todas las cartas del mazo bajo la manga.

—Tiene a Palacios en nómina, ¿verdad?

—No exactamente. Digamos que él me tiene en nómina a mí.

La revelación estuvo a punto de hacer que su mandíbula cediera ante el peso del asombro, pero se esforzó en aparentar normalidad mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—No me joda.

De forma casi inconsciente y, pese a saber que aquella mujer era una experta manipuladora, Bianquetti empezó a atar cabos en su cabeza y a sopesar la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad, aunque la idea le pareció tan retorcida que le resultó difícil tomársela en serio.

—Soy inspectora de la policía judicial y pertenezco a la Unidad de Droga y Crimen Organizado. La versión oficial es que llevo dos años en excedencia,

pero en realidad he estado trabajando muy duro para infiltrarme en el seno de sus Ferraro. Hace un año que empecé a salir con Leo y le tengo comiendo de mi mano. Y a su padre, por cierto, también lo tenía en el bolsillo hasta que se lo cargaron.

Bianquetti acogió la confidencia negando con la cabeza, en un intento por alejar aquella alocada teoría y volver a la vida real, cercana y maloliente, que tan bien conocía. Por desgracia, cada palabra de Mary era un nuevo clavo en el ataúd de las cosas que «creía saber».

—Me ha costado mucho llegar a donde estoy —continuó—. Gracias a mi posición privilegiada, he podido alertar de algunos envíos de droga y hemos hecho mucho daño no solo a los Ferraro, también a algunas organizaciones rivales.

—Usted filtró la información sobre esos tres envíos de Andrade.

No fue una pregunta, así que Mary no respondió, pero su caída de ojos fue suficiente para que supiera que estaba en lo cierto.

—Carlos Ferraro murió porque Andrade le creía culpable de las filtraciones.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó la mujer, intentando articular una expresión inocente—. Que un traficante muera a manos de otro traficante no es más que la consecuencia lógica de los turbios negocios en los que andan metidos.

Aquella manera de liberarse de la responsabilidad de la muerte del viejo le pareció bastante mezquina, pero decidió no seguir con eso, ya que intuía que ni ella misma se creía aquellas excusas.

—Usted me metió en esto —dijo—. Hizo que Ferraro me contratara para acompañarles a Zahara. ¿Por qué?

—Para protegernos, naturalmente, y para protegerte a ti también.

La aseveración le provocó una sonrisa que Mary ignoró.

—Grégory se había propuesto acabar contigo, Manuel, e iba a por todas. Incluso se enfrentó a Leo por eso.

—¿Acaso Grégory iba por libre o qué?

—Grégory era la mano derecha de Carlos Ferraro y estaba mucho más cerca de él que su propio hijo. Sabía que Leo no servía para llevar el negocio y estaba dispuesto a tomar el mando en cuanto tuviera ocasión. Que no le dejara matarte fue más de lo que pudo soportar y yo intuía que no iba a dejarlo estar sin más, así que convencí a Leo para que te invitase a

acompañarnos a la playa de los Alemanes. Contigo de nuestra parte, ya no seríamos solo nosotros contra Grégory y Sergi.

A pesar de sus reticencias, aquella historia estaba empezando a convencer a Bianquetti, que buscó a la desesperada más argumentos con los que rebatirla.

—¿Y qué coño pasó aquella noche en vuestro dormitorio? Porque no me creo que Leo Ferraro le haya disparado a nadie en su puta vida.

—Estaba segura de que Grégory, antes o después, nos traicionaría. Cuando escuchamos ruidos en tu habitación, ordené a Leo que esperase tras la puerta mientras yo me ocupaba de él.

—¿Y él la dejó exponerse así, sin más?

Utilizó un tono de incredulidad al que Mary respondió guiñándole un ojo.

—Él sabe que he sido policía durante unos cuantos años. ¿Crees que me hubieran dejado acercarme a su entorno sin investigarme a fondo? Por eso sabía que tenía el adiestramiento y los medios necesarios para plantar cara a Grégory.

Negó con la cabeza y miró para otro lado, perdida en sus recuerdos.

—Grégory era tan básico... Desde el primer día me miraba como si me deseara más que a nada en el mundo. Por eso, cuando intuí que iba a entrar en la habitación, me quité la ropa y lo recibí desnuda. Deberías haber visto la cara que puso cuando me vio.

Mary no hizo nada por disimular su satisfacción, como si considerase que aquel detalle era demasiado suculento como para dejarlo pasar sin más.

—Lo maté de un disparo. En legítima defensa, claro está, ya que pensaba pegarme un tiro en cuanto se le pasara el efecto de verme sin ropa. El resto te lo puedes imaginar. Tomé su mano y le hice disparar sobre la cama, para que pareciera que él había disparado primero. Después me escondí tras la puerta para esperar a Sergi, creyendo que había conseguido matarte. Fue una agradable sorpresa ver que no lo había logrado.

Compuso una mirada afectuosa que Bianquetti no le devolvió, ocupado en rememorar los hechos y en contemplarlos desde aquel nuevo punto de vista.

—Tenía que parecer que fue Leo quien apretó el gatillo —añadió—. De esa manera le ayudaría a recuperar el control del negocio y sus rivales sabrían que estaba dispuesto a pegarle un tiro a cualquiera que intentara impedirselo.

Bianquetti dio unos pasos por la habitación y decidió que necesitaba algo de tiempo para procesar toda aquella información y pasarla por el tamiz.

Debía hacer algunas averiguaciones y comprobar si era posible que Mary fuera una agente infiltrada en el seno de la organización de Ferraro.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —quiso saber—. Según tengo entendido, los agentes infiltrados solo desvelan su identidad en casos de extrema necesidad y no veo que este sea uno de esos.

—Porque estás en peligro, Manuel.

—Cuénteme algo que no sepa.

—Tu presencia en el entierro de Carlos ha puesto a todos muy nerviosos —explicó y su voz recuperó aquella entonación grave que reservaba para los asuntos más serios—. Osorio ha tomado la determinación de matarte y Leo se lo ha autorizado. Está acojonado de verdad, cree que no descansará hasta acabar con él y con todo lo que su padre ha construido. Ni siquiera yo he podido convencerle de que se olvide de ti.

Mary ensayó otra de sus caídas de ojos y volvió a negar.

—Solo Palacios y tú sabéis que estoy infiltrada. Bueno, y algunos de más arriba, ya sabes.

Bianquetti sabía que la clave de una buena infiltración reside en que haya la menor cantidad posible de personas al corriente. Por eso no le extrañó que solo Palacios conociera la verdadera identidad de Mary, pero no dejaba de llamarle la atención que hubiera decidido revelárselo a él también, así que insistió.

—Sigo sin saber por qué me lo cuenta. ¿Qué gana con decírmelo?

Mary dejó vagar la vista a su alrededor, sin detenerse a mirar nada en concreto, como si solo se dedicase a observar el aire.

—Llámalo redención, si quieres. Te lo debo, por todo lo que has pasado y, sobre todo, por la muerte de esa chica.

«Redención», pensó. A Mary no le hizo falta decir que sabía que Bianquetti se sentía responsable de la muerte de Regina. No obstante, no le bastaba con eso y apelar a los sentimientos para desvelar una infiltración le pareció una estupidez.

Negó con energía y Mary pareció detectar sus dudas, así que se apresuró a aclarárselas.

—Esta noche acabará todo.

—¿Cómo?

—Hemos organizado una reunión con Andrade para acordar una tregua. Los envíos interceptados están perjudicando mucho a ambas organizaciones

y, ahora que Carlos ha muerto, pretendemos hacerle creer que vamos a hacernos a un lado para que siga haciendo negocios en Sevilla y Cádiz. Vamos a poner fin a nuestras diferencias antes de que sean insalvables.

«Una reunión en la cumbre», sentenció Bianquetti.

—Durante esa reunión aparecerá Palacios al frente del Grupo Especial de Operaciones y los detendrá a todos. Será el fin de mi infiltración y, si quieres que te sea sincera, ya tenía ganas de recuperar mi vida.

Reforzó aquel argumento con un alzamiento de hombros, como si todo se redujera a eso, a recuperar su vida e ignorar que había tenido mucho que ver en el reguero de muertes que se había producido a su alrededor durante los últimos días. A Bianquetti le pareció un ejercicio de cinismo que no esperaba, pero, a decir verdad, había descubierto que no sabía absolutamente nada sobre aquella mujer.

—¿Dónde será esa reunión?

—Sabes que no puedo decírtelo.

Estuvo a punto de insistir, pero comprendió que Mary no iba a ceder en aquel punto.

—Como te he dicho antes, esto te viene grande, así que más vale que te alejes hasta que todo haya pasado.

Sin más, se puso en pie y recogió el abrigo del suelo; y Bianquetti no encontró ninguna excusa con la que retenerla. Los labios de aquella mujer comenzaron a hilvanar una disculpa que no llegó a exteriorizar.

Pasó a su lado en silencio y, cuando cerró la puerta del piso a su espalda y lo dejó solo, Bianquetti se quedó varado en medio del salón, aturdido y confuso, dando vueltas a la información recibida en busca del fallo, de la discordancia más elemental que pudiera hacerle desechar aquella historia.

Siguió haciéndolo incluso cuando caminó hasta la ventana y observó a Mary cruzar la calle y montarse en el Cayenne. Mientras la veía marcharse se dijo que todo había terminado, al fin, y que a partir de esa noche no volvería a tener noticias de ella.

Le pareció demasiado bonito para ser verdad.

Sacó el teléfono del bolsillo y detuvo la grabación. Había esperado otro tipo de confesión y no aquella confidencia acerca de su infiltración, tan delicada como inútil a efectos prácticos. Aun así guardó el archivo de la conversación mientras pensaba en el uso que podría darle.

Siempre había que tener un plan B.

CAPÍTULO 45

Sin esperar, cogió su abrigo y bajó a la calle a la carrera, demasiado impaciente como para ponerse a esperar al ascensor. Después tomó el Volvo de Morgado y condujo hasta las inmediaciones del Parador Atlántico.

Estacionó a unos doscientos metros del edificio, presto a ver quién entraba y salía del establecimiento y con una buena visión de la salida del parking subterráneo. Silva volvió a llamarle y Bianquetti dejó el teléfono sonar hasta que se cansó de insistir. En su lugar telefoneó a Palacios, pero este tenía el móvil apagado. Le habría gustado contarle que Mary le había puesto al día de su condición de infiltrada, pese a que intuía que no le haría la menor gracia que le hubiera desvelado su tapadera a alguien como él, ajeno a la operación y con una clara tendencia a meterse donde no le llamaban.

Pasó las horas siguientes sumido en la indecisión sobre lo que estaba a punto de hacer, a sabiendas de estar metiéndose en un lío. ¿Por qué no podía dejarlo estar sin más? Al fin y al cabo, aquella no era su guerra y no tenía mucho más que hacer allí. Sin embargo, su intuición le empujó a seguir esperando, incapaz de echarse a un lado y dejar que otros tomaran las decisiones por él. Para ellos era muy fácil pedirle que se olvidara del tema y dejase a los del Grupo Especial de Operaciones y a los agentes de la UDYCO hacer su trabajo, pero a Bianquetti no le resultaba tan sencillo.

En su cabeza, una voz le exigió a gritos que recapacitara, pero como de costumbre no la escuchó.

Antes de que pudiera tomar una decisión vio tres vehículos de la marca Audi, de innegociable color negro, emerger del parking subterráneo del Parador. Cuando distinguió a Osorio al volante del primero de ellos, con Ferraro y Mary en el asiento trasero, se encogió instintivamente tras el volante y los vio alejarse.

Contó hasta diez antes de arrancar y salir tras ellos.

Durante unos veinte minutos trató de seguir el ritmo que le imponían aquellos coches, a una velocidad altísima que el Volvo mantuvo con bastante dignidad, mucho más capacitado de lo que insinuaba su aspecto destartado.

Cuando vio que los vehículos a los que perseguía tomaban el desvío en dirección al polígono de Doña Blanca, aumentó la distancia que lo separaba de ellos, ya que en aquella carretera desierta y bien iluminada le iba a ser muy difícil pasar inadvertido, y pasaron junto al Centro Comercial El Paseo en dirección a Rota.

Ya creía que se dirigían a aquella población cuando los tres Audis tomaron un nuevo desvío hacia el recinto ferial de El Puerto de Santa María y aminoró todavía más la velocidad en previsión de que estacionaran por la zona. Cuando les vio enfilarse el recinto, supo que se trataba del lugar elegido para su cita con Andrade: una explanada desierta, alejada del núcleo urbano y sin edificios ni viviendas alrededor, lo que evitaría que hubiera algún eventual testigo de la reunión que iban a mantener allí esa noche.

Bianquetti ignoró aquel desvío y condujo durante aproximadamente un kilómetro. Estacionó en el camino de acceso a una finca que parecía abandonada y bajó del coche.

Le llevó unos diez minutos desandar el camino hasta el recinto ferial y, desde unos matorrales cercanos, observó que los tres vehículos a los que había seguido estaban detenidos en medio de aquella explanada, donde cada mes de abril se celebraba la Feria de El Puerto de Santa María. Sin las casetas, las atracciones ni los coches de caballos, aquel recinto no era más que un terraplén de aspecto desapacible y desértico, un lugar ideal para llevar a cabo aquel cónclave lejos de ojos y oídos indiscretos.

Sin hacer ruido, Bianquetti pasó de un matorral al siguiente, reduciendo en algunos metros la distancia que lo separaba del grupo de matones que esperaba junto a Mary. Estaban a unos trescientos metros y contabilizó un total de cinco escoltas, los mismos que habían acompañado a la pareja durante el funeral del patriarca de los Ferraro. Mary estaba flanqueada por Osorio y por Leo Ferraro, que cambiaba constantemente de postura con nerviosismo.

Durante un cuarto de hora no sucedió nada en absoluto. El grupo se quedó donde estaba, hasta que Mary hizo una señal al hombre que tenía a su lado.

Al instante, Osorio se acercó a uno de los Audis seguido de dos de sus secuaces y abrió el maletero. Sacaron de él a un hombre maniatado y amordazado al que arrastraron hasta colocarlo de rodillas frente a Mary. Bianquetti no se lo esperaba y se preguntó qué puñetas estaba sucediendo. A pesar de la distancia, pudo reconocer al individuo que estaba arrodillado frente a Mary, cuyo blazer manchado de tierra le resultó terriblemente familiar: Palacios.

Del maletero de otro coche sacaron a otro hombre, también maniatado, al que reconoció como el que siempre acompañaba a Palacios, el tipo al que este se había referido como Paco. Lo colocaron al lado de su jefe, y Osorio volvió junto a Mary y le tendió una pistola.

Aparentando una desgana impropia de una situación así, Mary tomó el arma, la alzó y disparó.

Aquella única detonación se repitió varias veces, amplificada por el eco y la distancia, y la bala atravesó el cráneo de Paco, llevándose por delante una buena porción de materia gris. Este cayó hacia atrás como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos y Palacios miró el cuerpo de su subalterno un instante antes de volver a alzar el rostro hacia la mujer que acababa de matarlo.

Mary colocó el cañón del arma en la cabeza de Palacios. Después alzó la vista y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Sal de tu escondite, Bianquetti, si no quieres que le pegue un tiro a él también!

CAPÍTULO 46

Bianquetti calculó mentalmente sus probabilidades de éxito, desechando al momento cualquier posibilidad de cambiar el guion establecido por aquella mujer. Mary había matado a Paco con desidia, como si su ejecución no hubiera sido más que un aburrido trámite burocrático al que había tenido que hacer frente con celeridad y eficacia antes de seguir con otros asuntos más importantes.

Alguna vez había escuchado hablar de agentes infiltrados que cruzan el límite, el punto de no retorno en el que cortan con su antigua personalidad y abrazan el personaje al que interpretan hasta fundirse con él. Mary debía de haberse acostumbrado al lujo y a la opulencia que implicaba estar al frente de una organización criminal y se había dado cuenta de que se le daba bastante bien. Demasiado bien como para asumir la vuelta a su vida de funcionaria.

Palacios la miraba como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo. Era la única persona que conocía su verdadera identidad, además de Bianquetti. Una vez eliminados ambos, la transformación sería completa y no habría testigos que pudieran alertar de que aquella mujer no siempre había sido quien decía ser. Incluso en el caso de que fuera cierto que algún alto cargo de la policía estuviera enterado de aquella infiltración, era poco probable que aceptase responsabilizarse del desastre que suponía su cambio de bando y asumir la culpa en lugar de guardar el secreto bajo llave y dejarlo estar, sin más. Tampoco sería la primera vez que sucedía algo así, se dijo.

Entonces comprendió que Mary había intuido que, antes o después, Bianquetti indagaría en su pasado y se acercaría peligrosamente a la verdad. Por eso había preferido confesárselo ella misma y tenderle aquella trampa en la que había caído de bruces. En una décima de segundo, Bianquetti reparó en todos aquellos detalles que había preferido pasar por alto en su camino hasta allí:

Mary en medio del salón con los brazos en cruz, invitándole a registrarla, con la tarjeta llave del Parador Atlántico bailando en su bolsillo. Una pista tan oportuna como evidente de dónde se hospedaba.

El supuesto cónclave con Andrade para atraerle hasta aquella explanada, convencida de que su malsana curiosidad no le permitiría quedarse al margen.

La redención como motivo por el que había decidido revelar su infiltración, apelando a su culpabilidad y a la de Bianquetti.

Y sobre todo, la explicación sobre las intenciones de Ferraro de quitarle de la circulación, acompañadas de una sentencia lacónica: «Ni siquiera yo he podido convencerle de que se olvide de ti». ¿En serio aquel imbécil, aquel idiota enamorado, sería capaz de negarle alguna cosa?

De cualquier modo, Mary tenía en aquel descampado a las dos únicas personas que podían dar al traste con sus planes: Palacios, arrodillado frente a ella, y Bianquetti, oculto tras unos matorrales y maldiciéndose sin palabras por haber sido tan estúpido.

—¡No voy a contar hasta tres! —anunció Mary a gritos—. ¡Si no sales, le pegaré un tiro!

Su cerebro analizó diferentes alternativas que le pudieran permitir no obedecer aquella orden, pero las fue desechando una tras otra por impracticables. Por más vueltas que le daba, no encontraba ninguna forma de salir airoso de aquel brete y, antes de que pudiera decidir su siguiente paso, observó a Mary componer una mueca de fastidio y alzar un poco más la pistola. La certeza de que iba a apretar el gatillo le empujó a erguirse para evitarlo.

—¡Aquí estoy!

Mary esbozó una sonrisa que Osorio, a su lado, secundó al instante. Ferraro, por su parte, le dirigió una mirada despavorida que evidenció las escasas ganas que tenía de volver a tenerlo cerca.

Bianquetti comenzó a caminar hacia el grupo sin que fuera necesario que nadie se lo ordenara. Fingió que cojeaba para alargar el tiempo que tardaba en llegar hasta ellos, pero, aun así, antes de tener ocasión de encontrar una salida útil a aquel entuerto ya estaba a unos diez metros del grupo.

—Ya estamos todos —anunció y detuvo su avance—. Puede empezar la fiesta.

Mary acogió el comentario con una risita infantil que a Bianquetti le

pareció nauseabunda y fuera de lugar.

—Me alegro de que hayas podido venir, después de todo.

—Antes de que me mate, tengo que advertirle algo.

Alzó su teléfono móvil y a Mary se le congeló la sonrisa en los labios, como si hubiera intuido lo que se le venía encima.

—Tengo grabada la conversación que hemos mantenido esta tarde. Si algo me sucede, llegará una copia a Andrade, otra a comisaría y otra a la madre de este señor, para que sepa quién es en realidad la novia de su hijo.

Ferraro miró a su mujer con los ojos muy abiertos, pero el rostro de Mary se había transfigurado de pura rabia.

«Siempre hay que tener un plan B», se repitió.

Porque en realidad ya había enviado el archivo de audio de la conversación con Mary a una persona, justo antes de salir del Parador Atlántico en dirección a aquella emboscada, acompañado de un escueto mensaje de texto: «Es una sarta de mentiras. Van a tenderme una trampa».

De camino a aquel lugar, había enviado a través de WhatsApp su ubicación a cada instante, en cada nuevo desvío, para asegurarse de que el destinatario de sus mensajes sabía adónde se dirigían. Era un mal plan que se apoyaba en demasiados factores que podían salir mal y una demostración de ello era que todavía no hubiera hecho acto de presencia la caballería, condenando el final de aquella maldita historia a los designios de la mujer que tenía delante.

—Es un farol —dijo Mary y levantó la pistola en su dirección—. Un maldito farol.

Bianquetti supo que el fin estaba cerca, mucho más de lo que esperaba, y notó la sacudida de su instinto exigiéndole a gritos que hiciera algo, cualquier cosa, en lugar de quedarse allí de pie a la espera del tiro de gracia que le arrancaría la vida.

Se lanzó hacia un lado, como si estuviera tratando de parar un penalti imaginario, una décima de segundo antes de escuchar el disparo y notó la mordedura en el brazo, furiosa como una dentellada animal, que le hizo apretar los dientes y emitir un gruñido mientras caía al suelo.

Un segundo disparo se perdió sobre su cabeza y vio a Mary sujetar el arma con las dos manos para apuntar mejor, dispuesta a no errar el siguiente tiro. La observó desde el suelo, incapaz de hacer otra cosa, mientras notaba el calor que lastraba su brazo herido, y se preguntó si tendría alguna oportunidad de ponerse en pie y echar a correr para alejarse de aquella mujer

y de su maldita pistola.

Entonces llegó la caballería.

No lo hizo con toques de corneta ni con el sonido furioso de los cascos de cientos de caballos contra el suelo. Lo hizo con un sonido de motores al máximo de revoluciones, acompañados de las luces giratorias de varios coches patrulla que lanzaban destellos azulados a la noche. Habían tenido el detalle de ir hasta allí con las sirenas apagadas para no alertar a aquellos infelices de su proximidad y Bianquetti lo agradeció.

Mary se giró hacia las luces, desconcertada, y Osorio y el resto de guardaespaldas corrieron hacia los coches y los usaron como escudos mientras empezaban a disparar en dirección a los recién llegados. Bianquetti alzó la cabeza y contabilizó un total de seis coches patrulla, un despliegue colosal teniendo en cuenta que los había avisado con tan poco tiempo de antelación.

El sonido de los disparos inundó la noche, superponiéndose al de los motores y a los frenazos de los patrulleros, que se detenían a unos metros de los hombres que les estaban disparando y respondían al fuego con más fuego. Vio a Ferraro agacharse junto a su mujer y cubrirse la cabeza con ambas manos, en un pueril intento de hacerse más pequeño, y Mary volvió a mirar a Bianquetti con el rostro aterido de ira, como si le considerase culpable de todos sus problemas y de que el plan no fuera a salir como había esperado.

Mary no se agachó ni se puso a salvo de los disparos y algo le dijo que en realidad le importaba todo una mierda. Volvió a alzar el arma y apuntó, y Bianquetti supo que esa vez no iba a fallar. El cañón apuntó directamente hacia él con su único ojo negro y terrorífico, y los labios de Mary formularon una única frase que la distancia y el sonido de los disparos se encargaron de que no oyera, aunque sí pudo intuirlo:

—Hasta nunca.

Palacios se lanzó contra Mary en el momento en el que esta apretaba el gatillo y su hombro impactó contra ella, provocando que aquel tiro se perdiera unos centímetros por encima de la cabeza de Bianquetti.

Palacios y Mary rodaron por el suelo y Bianquetti supo que no iba a tener otra oportunidad como aquella, por lo que se puso en pie y, sujetándose el brazo herido, que le quemaba como si le hubieran alcanzado con un lanzallamas, echó a correr hacia ellos.

Llegó junto a Mary en el instante en el que ella alcanzaba de nuevo su

pistola. Antes de que pudiera alzarla, Bianquetti plantó un pisotón calibre 50 sobre su mano. La mujer gritó y soltó el arma al momento, y Bianquetti sacó la suya y dirigió el cañón hacia el rostro de Mary.

El tiroteo perdió intensidad y al alzar la vista vio cómo algunos de los secuaces de Ferraro alzaban los brazos para rendirse. Le pareció ver a Osorio tendido en el suelo, retorciéndose entre gritos de dolor, y varios agentes de policía se acercaron a los Audis y empezaron a esposar a los tiradores.

Mary emitió un lamento y, cuando Bianquetti la miró, vio que tenía la cara bañada en lágrimas. Reflejaba una tristeza y un dolor imposibles de fingir, o casi. Convencido de que aquella mujer ya no suponía un peligro para nadie, Bianquetti se guardó el arma.

Para su sorpresa, vio a Ferraro erguirse a unos metros de ellos y mirarle con los ojos muy abiertos. El pánico que había esgrimido durante el tiroteo había desaparecido, dando paso a una máscara de furia al ver cómo pisoteaba sin piedad la muñeca de Mary, que no dejaba de llorar y de gimotear desde el suelo.

—¡Suéltala! —rugió.

A Bianquetti le pilló por sorpresa aquel inesperado arranque de ira y supo que, en aquel estado, el hombre que tenía delante sería capaz de cualquier cosa.

—Ni lo intente, Leo. Todo ha terminado.

Ferraro no pareció oírle siquiera y, haciendo acopio de toda la rabia acumulada, se lanzó hacia él con los puños por delante, dispuesto a defender la vida y el honor de su compañera aunque para ello tuviera que enfrentarse a un bigardo como Bianquetti. De nuevo le vino a la cabeza la imagen del girasol, condenado de por vida a venerar al sol en su ascenso y declive, aunque le fuera la vida en ello.

El guantazo restalló en todo el descampado, resolutivo como un punto y final. Leo Ferraro cayó junto a Mary, que apenas le dedicó más que una ojeada de desprecio antes de volver a mirar a Bianquetti. La tristeza que hacía un momento había surcado su rostro desapareció, poniendo en evidencia que su actuación no había tenido como objetivo pedir clemencia ni mucho menos, sino provocar aquella reacción irracional en Ferraro y hacer que se enfrentara a él, con la esperanza de volver las tornas a su favor.

Dedicó un instante a observarla en silencio antes de agacharse y coger el arma que había soltado. Después le quitó el pie de encima y Mary se quedó

donde estaba, frotándose la mano mientras le veía acercarse a Palacios para retirarle la mordaza y desatarlo.

Cuando Silva llegó hasta ellos, sudoroso y con el rostro congestionado por la excitación del tiroteo, fue directamente hacia Bianquetti y todo en su actitud evidenció que tenía intención de esposarle allí mismo.

Palacios alzó el brazo para detener su avance y, agarrándose a Bianquetti, se puso en pie y miró el cuerpo sin vida de su compañero. No dijo nada, solo se limitó a mover la cabeza a un lado y al otro, lamentando aquel abrupto final. Bianquetti lo sostuvo haciendo caso omiso de la quemazón de su brazo y esperó que la herida no fuera de gravedad.

A su lado, Silva parecía desear justo lo contrario.

CAPÍTULO 47

Bianquetti observó cómo los agentes introducían a Mary en uno de los zetas. Con los prioritarios encendidos, se alejaron del descampado con la urgencia que reservaban para cuando no había ninguna urgencia que atender. Reparó en la mirada desamparada con la que Leo Ferraro vio alejarse a su amor platónico a bordo de aquel coche patrulla, con las lágrimas surcando su rostro como si no tuviera problemas más importantes de los que preocuparse en aquel momento.

Mientras metían a Ferraro en otro coche, Palacios llegó junto a Bianquetti y tomó asiento a su lado, en un bordillo desgastado y sucio que resultaba el lugar más cómodo en el que sentarse en varios kilómetros a la redonda.

—Qué hostia.

Fue todo lo que dijo y Bianquetti imaginó a qué se refería.

—Lamento lo de ese chico.

—¿Paco?

—Paco.

Recibió el pésame negando con la cabeza, un gesto con el que parecía querer quitarle importancia a la muerte de aquel muchacho, tal que si fueran gajes del oficio o algo así, pero Bianquetti vio en su mirada una tristeza mucho más profunda y difícil de exteriorizar, así que decidió no ahondar en ella.

—Me alegro de que no haya sido nada.

Señaló el brazo que Bianquetti llevaba en cabestrillo, donde le había alcanzado aquella bala y que había resultado no ser más que un rasguño.

—Hay que ser capullo para dejarse atrapar así.

Palacios acogió la crítica con una sonrisa.

—Cuando me contaste que Mary se había puesto al frente del negocio pensé que eras un zoquete —confesó— y que te habías tragado el anzuelo, el

sedal y la caña entera. Sin embargo, hubo algo que me hizo pensar que tal vez no estuvieras tan equivocado, después de todo.

—Supongo que Mary no te dijo nada de aquel último contenedor.

Palacios volvió a sonreír, «Qué tonterías dices», antes de capitular y negar con la cabeza.

—No teníamos ni idea de ese envío y le pedí que me explicase por qué alguien como tú filtraba información sobre un cargamento del que debería habernos informado ella.

Manoteó al aire, un gesto ambiguo que trató de abarcar todo el recinto en el que se encontraban.

—Me cité con ella y apareció junto a todos esos orangutanes. El resto te lo puedes imaginar.

—Nunca pensaste que pudiera cambiar de bando.

Lo dijo como si fuera algo obvio y Palacios recibió el comentario alzando las cejas en un gesto que podía tener tantos significados que Bianquetti prefirió no interpretarlo. Dando por agotada la conversación, el agente se puso en pie y se sacudió la parte trasera de los pantalones.

—Nos vendría bien alguien como tú en la unidad.

—No lo creo.

Palacios le dio la espalda y se alejó. Se acercó a Silva, quien le estrechó la mano y cruzó algunas frases con él. Bianquetti supuso que hablaban sobre la colaboración entre las diferentes unidades del Cuerpo Nacional de Policía o algo así. Después, Palacios montó en otro coche y huyó del lugar en el que había estado a punto de perder la vida, pero en el que había terminado salvando la de Bianquetti.

Silva tardó todavía un buen rato más en decidirse a acercarse.

—¿Puedo sentarme?

—No.

Tomó asiento de todas formas y permaneció unos minutos abrazado a sus rodillas, buscando la mejor manera de empezar la conversación, pero sin encontrar las palabras o el valor para hacerlo.

—Gracias.

Aquella palabra no formaba parte del vocabulario habitual utilizado por Bianquetti, motivo por el que Silva abrió mucho los ojos al oírla.

—No me has cogido el teléfono en todo el día —le recriminó.

—Si lo piensas, te darás cuenta de que ha sido mejor así.

—¿No quieres saber lo que quería contarte?

Bianquetti se volvió hacia el que había sido su compañero y detectó la urgencia en su rostro.

—Ya sé lo que querías contarme. Y no voy a volver a darte las gracias.

—¿Ya está? ¿Ni siquiera vas a preguntarme por qué lo hice?

—Lo hiciste porque tenías que hacerlo. Y si no entiendes eso, es que eres idiota.

Silva encajó el insulto con los dientes apretados y lanzó una ojeada furiosa a su alrededor. Tras un instante de indecisión, se puso en pie y empezó a alejarse de él. Se detuvo a mitad de camino hacia su coche para dedicarle un último vistazo.

—Que te den por culo, Bianquetti.

Sin más, se dirigió a su vehículo y Bianquetti lo contempló alejarse. La algarabía de coches patrulla y ambulancias que hacía un rato habían tomado el recinto ferial se había difuminado y solo quedaban algunos agentes de la científica y una pareja de policías uniformados paseando por la zona, probablemente haciendo tiempo antes de llevarle a comisaría para tomarle declaración. La perspectiva de pasar las próximas horas dando explicaciones no le apetecía lo más mínimo y se quedó allí sentado, dándole vueltas a lo sucedido sin poder evitar una sensación amarga en la boca del estómago.

Muy a su pesar, comprendía a Silva y sabía que no debía resultarle fácil asumir lo que había hecho y, sobre todo, por qué lo había hecho. Todo agente veterano esconde varios cadáveres en el armario, pero para un novato como Silva aquel debía de haber sido el primero.

Supuso que debía de haberle seguido durante todo el día anterior. Le habría visto ir al Anatómico Forense, llevar a Morgado a su casa y conducir hasta La Inmaculada para interrogar a Cipriano. Incluso se había permitido llamarle por teléfono para preguntarle qué demonios estaba haciendo. Le acusó de haber matado a Regina, pero en el fondo sabía que Bianquetti sería incapaz de algo así y, cuando le aseguró que encontraría al asesino de aquella chica, supo que hablaba en serio.

Cuando llegó a Casines y vio la emboscada que le había tendido Peter Pan, se vio obligado a actuar y le pegó un tiro en la cabeza a aquel sicario. Después se largó a toda velocidad, cargando con la culpa y el arrepentimiento por lo que acababa de hacer. Le había salvado la vida a cambio de condenar la suya para siempre.

«Alguien muere para que otro viva», sentenció Bianquetti y pensó en lo injusta que resultaba aquella sentencia, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de gente que había muerto para que personas como él, como Mary o como Palacios pudieran vivir.

Vio a Silva montarse en su coche y pensó en el papel que había desempeñado en aquella historia. En cómo le había convencido para meterse en aquel berenjenal. Por su culpa, por su maldita culpa, había terminado en aquel recinto, en medio de una guerra entre bandas de narcotraficantes y metido hasta la garganta en la compleja red de mentiras que tan hábilmente había tejido Mary.

Incluso se podía decir que la muerte de Regina, en última instancia, había sido culpa suya.

Entonces se produjo el chispazo.

El maldito chispazo.

Se levantó de un salto y recorrió a la carrera los metros que lo separaban del sendero que acababa de enfilarse el Citroën. Se puso en su camino y Silva tuvo que dar un frenazo para no llevárselo por delante. El coche se detuvo con un ruidoso derrape a unos centímetros de sus rodillas, pero Bianquetti tenía demasiadas cosas en la cabeza como para preocuparse por aquel detalle.

Silva lo miró desde detrás del volante con las facciones contraídas por el enfado, al límite de su paciencia, y salió del vehículo haciendo grandes aspavientos. El portazo resonó en todo el descampado como cualquiera de los disparos que un rato antes se habían producido allí.

—¿Estás loco? ¡Podría haberte atropellado!

Bianquetti miró a los agentes que debían llevarlo a comisaría, que le observaban desde la lejanía, pendientes por si trataba de darse a la fuga. Sin mediar palabra, empezaron a aproximarse hacia donde se encontraban, puede que intuyendo que estaban a punto de enzarzarse en una pelea.

—Quita de enmedio o te quitaré yo —amenazó Silva, y se acercó con el rostro desencajado y las manos algo separadas del cuerpo, dispuesto para la pelea.

—¿De qué conocías a Mary?

La pregunta le hizo arrugar la frente, como si no supiera a quién se refería, pero Bianquetti no la repitió, por lo que se encogió de hombros y miró en dirección a los agentes, que seguían aproximándose hacia ellos.

—Está bien —les dijo, lo que les hizo detener su avance, aunque se

quedaron en el mismo lugar, sin creer que aquella situación estuviera cerca de estar bien.

—Hace tiempo que dejé de creer en las casualidades —continuó Bianquetti — y, ahora que lo pienso, fue una casualidad muy oportuna que me convencieras de que llamase a BULL EYE y participase en el dispositivo de seguridad para proteger a Ferraro. ¿Por qué lo hiciste?

—Ya lo sabes —se defendió, sin rastro ya de la gallardía con la que lo había amenazado hacía un instante—. Me preguntaron si conocía a algún policía o expolicía que pudiera ayudarlos a montar el dispositivo. Te di aquella tarjeta pensando que te estaba echando una mano.

—Y una mierda.

Silva torció la boca para sonreír a medias e hizo ademán de darle la espalda.

—Apuesto que si hago algunas averiguaciones, descubriré que ya conocías a Mary de antes.

Esta vez sí, en el rostro de Silva se mezcló el nerviosismo con el temor, todo aderezado con un mal intento de parecer sorprendido, lo que no hizo otra cosa que confirmar a Bianquetti que sus conjeturas no iban desencaminadas. En lugar de darle tiempo para encontrar alguna excusa con la que desarmar su argumento, siguió lanzando suposiciones sin piedad.

—Conocías a Mary. Tal vez fuisteis compañeros de promoción en la academia de policía. Erais amigos o puede que algo más. Por eso, cuando te enteraste de que iba a venir a la ciudad para acompañar a Ferraro, supiste que había algo que no encajaba. La Mary que tú conocías jamás se habría convertido, de un día para otro, en la mujer florero de un narcotraficante.

Silva volvió a mirar a los agentes, para asegurarse de que desde su posición no podían oír la conversación, y dio un paso hacia Bianquetti.

—No digas tonterías —susurró y el hecho de que hablara en voz baja, como si no quisiera que nadie más oyera aquellas palabras, apuntaló las aseveraciones de Bianquetti, que volvió a la carga sin molestarse en bajar la voz.

—Llegué a preguntarme quién era la fuente de Grégory en comisaría. Quién le habría hablado de mi suspensión y le habría convencido de que, a pesar de ello, estaba más que cualificado para encargarme de aquel trabajo. Ahora no tengo la menor duda de que tú estabas detrás de todo, pero todavía

no he llegado a entender por qué le hiciste creer que sería una buena idea incluirme en el dispositivo de protección ni, sobre todo, por qué trataste de convencerme de que aceptara el trabajo.

Bianquetti se giró y tomó asiento en el capó del coche.

—Quiero pensar que lo hiciste porque, en el fondo, todavía confías en mí. Porque aún sientes algo por Mary, esa mala víbora, y querías que estuviera cerca de ella para protegerla si estaba en peligro.

—¿Tú te estás escuchando?

Silva se colocó frente a él, asegurándose de estar en su línea de visión para que pudiera ver bien su expresión alucinada. No se dio cuenta de que tratar de refutar sus teorías con tanta vehemencia, para Bianquetti, prácticamente equivalía a una confesión.

—Llevo tiempo dándole vueltas al hecho de que Mary quisiera que fuera con ellos a la casa de Zahara. ¿Fuiste tú quien la convenció de que le convenía tenerme cerca, para protegerla por si alguien intentaba hacerles daño a ella y a su marido?

El inspector hizo el intento de volver a negarlo. Incluso empezó a musitar una excusa, pero ya no había ni rastro del ímpetu que había demostrado hacía un momento. Parecía desinflado, sin fuerzas ni ganas de seguir negando lo evidente, y Bianquetti pensó que estaba a punto de suplicar que dejara de acusarle.

—De acuerdo —aceptó y dejó caer los brazos a cada lado como un pájaro herido—. Lo reconozco. Hablé con ella y...

Bianquetti no esperó a oír nada más. Se separó de un salto del coche, cogió a Silva del cuello y lo estrelló contra el capó. Antes de que pudiera recomponerse, volvió a alzarlo y lo descargó por segunda vez contra la carrocería, provocando una bonita abolladura con la forma de su espalda.

Los dos agentes, que habían presenciado la escena, llegaron hasta ellos a la carrera, justo a tiempo para evitar que Bianquetti plantara su puño en la nariz de Silva, que se revolvió como una pantera y logró encajarle un par de golpes con más rabia que destreza. Antes de que los separasen, Bianquetti consiguió acercar su rostro al del inspector y le habló a gritos, las gotas de saliva impactando sin clemencia en su rostro de galán de cine.

—La hija de Morgado está muerta por tu culpa. Vive con eso, hijo de puta.

Se separó de él y le plantó al agente que tenía más cerca un empujón que lo hizo caer de culo. Silva trató de ir a por él, pero el otro policía logró retenerle

a duras penas.

—¡Eres morralla, Bianquetti! ¡Todo lo que tocas se convierte en mierda!

Bianquetti le dio la espalda y comenzó a alejarse mientras se colocaba de nuevo el brazo en cabestrillo. El policía al que había derribado se levantó y lo miró irritado, pero, en lugar de ir hasta él y ponerle los grilletes, se apresuró a ayudar a su compañero a retener a Silva, que pugnaba por liberarse sin dejar de proferir insultos y amenazas que probablemente nunca llegaría a cumplir.

—¡Estás acabado, Bianquetti!

Bianquetti decidió que la estratagema de Silva había funcionado endiabladamente bien. Había caído como un palurdo en sus tejemanejes, colocándose en medio de aquella guerra de bandas de la que había conseguido escapar con algo más que un buen puñado de moratones y heridas. También le había costado su relación con Cristina y, por si fuera poco, Morgado había perdido a su hija antes siquiera de tener la oportunidad de conocerla. Se preguntó si alguien en comisaría le creería si le iba con aquella versión de la historia y decidió que era poco probable. Silva iba a escapar de aquello sin más que un par de golpes contra el capó de su coche y un buen mordisco en la conciencia, si es que tenía de eso.

Una gota le cayó sobre la punta de la nariz, como preludeo de la tormenta que estaba a punto de desatarse, y Bianquetti dedicó una ojeada de desprecio a aquel cielo rosáceo privado de estrellas, sin terminar de creerse que todo hubiera terminado.

Tomó asiento en el mismo bordillo sucio de hacía un rato, a la espera de que los agentes terminasen de reducir a Silva y lo llevasen a su casa, a comisaría o a donde diablos quisieran llevarle. Tal y como estaban las cosas, tampoco le preocupaba demasiado.

Un relámpago iluminó la noche, poniéndola en blanco sobre negro. Bianquetti sacó el cigarrillo arrugado y jugueteó un instante con él antes de llevárselo a los labios.

Entonces se preguntó por qué diablos llevaba siempre un cigarrillo encima, pero no un mechero con el que encenderlo.

Agradecimientos

Escribir es una labor muy solitaria, pero esta novela habría sido imposible de concebir sin la ayuda de muchas personas, así que no quiero despedirme sin citar a algunas de ellas:

A César Pérez Gellida, con la ilusión de que nunca falten encuentros, conversaciones ni Ruaviejas.

A Julián Roldán, por hacer suya mi lucha.

A Antonia Kerrigan y a todo su equipo, por querer verme crecer.

A Gonzalo Albert, por permitirme formar parte del soberbio reparto de Suma de Letras; a Mónica Adán, al «misterioso» Javier, a Mar Molina y a todo el equipo de Penguin Random House, por su profesionalidad y entusiasmo.

A Juan Miguel del Castillo, por enamorarse de la historia de Bianquetti. A Marta Velasco y a Gonzalo Bendala de *Aralan Films*, por corresponderle.

A Pedro Espinosa, por su apoyo y empuje.

A David Hernández y Daniel Heredia, mi familia literaria.

A Nani, por asesorarme en materia de investigación policial. Todavía nos queda mucho de qué hablar.

A Yolanda Rocha, del blog *Que el sueño me alcance leyendo*, y a Manuela, del blog *Entre mis libros y yo*, por su mirada crítica y por aceptar ser las primeras en leer esta novela cuando no era más que un manuscrito.

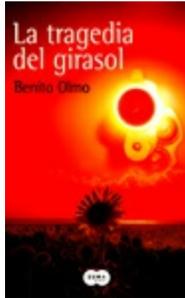
A mi familia, que con sus besos y abrazos hace que todo esto valga la pena.

A Paula, por ser parte indispensable de esta maravillosa locura.

Y a ti, lector, por darle una oportunidad a mi novela. Eres el verdadero culpable de que hoy esté aquí sentado aporreando las teclas. Si te apetece contarme tus impresiones, puedes escribirme a mi correo

benitoolmo@hotmail.com o buscarme en las redes sociales. Me encantará saber de ti

Benito Olmo, el nuevo talento del género negro y criminal, presenta una brutal aventura protagonizada por el irreverente inspector Manuel Bianquetti.



«Lo que tenía ante él respondía más bien a un sentimiento enfermizo, que colapsaba la parte más racional de su cerebro y le nublaba el juicio y la capacidad de pensar por sí mismo, convirtiéndolo en un títere en manos de aquella mujer. “Como un girasol —se dijo—, condenado hasta el final de sus días a seguir el movimiento del sol que le da la vida; el mismo sol que al cabo de unas semanas se la quitará, achicharrándolo”.»

Suspendido de empleo y sueldo, el exinspector de policía Manuel Bianquetti se ve obligado a malvender sus servicios como investigador privado hasta que recibe un encargo aparentemente sencillo: proteger a un importante empresario durante su estancia en la ciudad.

Sin embargo, lo que parece un trabajo rutinario desembocará en un reguero de muertes que obligará a Bianquetti a dar rienda suelta a su instinto de investigador para sobrevivir, llevándole a descubrir que, a menudo, el sol que más calienta también es el que más quema.

Sobre el autor

Benito Olmo (Cádiz, 1980) es escritor y guionista. Es autor de las novelas *Caraballo* (2007) y *Mil cosas que no te dije antes de perderte* (2011). Fue finalista del I Premio de novela La Trama / Aragón Negro. Su última novela, *La maniobra de la tortuga* (Suma, 2016), resultó finalista del III Premio Santa Cruz a la mejor novela negra publicada en 2016. Se han vendido los derechos para realizar la adaptación cinematográfica de esta obra y está previsto que empiece a rodarse a finales de 2018.

benitoolmo@hotmail.com

Twitter: [BenitoOlmo](#)

Facebook: [benito.olmo](#)

Instagram: [benito_olmo](#)

© 2018, Benito Olmo
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-183-1
Diseño de cubierta: Chevi Diseñarte
Conversión ebook: Raquel Martín

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[La tragedia del girasol](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)